

ANDREW LANE

EL JOVEN SHERLOCK HOLMES

LA NUBE DE LA MUERTE



SIRUELA

Las Tres Edades Serie Negra

EL JOVEN SHERLOCK HOLMES

LA NUBE DE LA MUERTE

ANDREW LANE

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 **Siruela**

Las Tres Edades Serie Negra

Índice

Portada

Portadilla

LA NUBE DE LA MUERTE

Epílogo del autor

Nota sobre el dinero

Agradecimientos

Notas

Créditos

En memoria de los autores juveniles cuya obra solía devorar cuando era pequeño: Capt. W. E. Johns, Hugh Walters, Andre Norton, Malcolm Saville, Alan E. Norse y John Christopher; y también dedicado a la amistad y apoyo de los miembros de la última generación que he tenido la suerte de conocer: Ben Jeapes, Stephen Cole, Justin Richards, Gus Smith y el incomparable Charlie Higson.

Y un especial agradecimiento a Rebecca McNally y Robert Kirby, por tener fe; a Jon Lellenberg y Charles Foley, por darme permiso; a Gareth Pugh, por contármelo todo sobre las abejas; y a Nigel McCreary, por mantenerme cuerdo en este viaje.

LA NUBE DE LA MUERTE

Prólogo

La primera vez que Matthew Arnatt vio la nube de la muerte, esta salía flotando de la ventana del primer piso de una casa cercana a la suya.

Iba corriendo a toda prisa por High Street en la villa de Farnham, buscando una fruta o trozo de pan que se le hubiera caído a algún viandante descuidado. Sus ojos deberían haber estado escudriñando el suelo, y sin embargo no paraba de mirar hacia arriba las casas, las tiendas y la muchedumbre que se amontonaba a su alrededor. Solo tenía 14 años y no recordaba haber estado nunca en un pueblo tan grande como aquel. En la parte próspera de Farnham los antiguos edificios con vigas de madera se inclinaban hacia la calle y sus habitaciones más altas se cernían amenazantes como nubes espesas sobre cualquiera que estuviera debajo.

Una parte de la calle estaba pavimentada con piedras lisas del tamaño de un puño, pero un poco más adelante los adoquines daban paso a una tierra compacta de la que emergían nubes de polvo cada vez que los caballos y los carros pasaban formando un gran estrépito. Cada pocos metros había un montón de estiércol de caballo: uno fresco y humeante rodeado de moscas, y otro seco y viejo como un amasijo de hebras de heno o hierba que se hubieran quedado pegadas de cualquier manera.

A Matthew le llegaba el hedor a estiércol húmedo, pero también olía el pan recién hecho y lo que bien podía ser un cerdo asándose en un espetón en la lumbre. Casi alcanzaba a ver la grasa goteando y chisporroteando en las llamas. El hambre le hizo un nudo en el estómago y le faltó poco para retorcerse de dolor. Llevaba unos días sin comer nada en condiciones. No estaba seguro de cuánto tiempo más podría seguir así.

Uno de los transeúntes, un hombre gordo con un bombín marrón y un traje oscuro que dejaba entrever su edad, se detuvo y le tendió la mano para ayudarlo. Matthew se alejó. No quería limosnas. La caridad llevaba a los niños sin familia al hospicio o la iglesia, y él no quería encaminarse hacia ninguno de aquellos destinos. Se las apañaba bien solo. Todo lo que tenía que hacer era encontrar algo de comer. Estaría mejor en cuanto tuviera algo en el estómago.

Se escabulló por un callejón antes de que el hombre pudiera sujetarlo por el hombro, luego volvió sobre sus pasos y dobló una esquina hacia una calle tan estrecha que los pisos de arriba de las casas prácticamente se tocaban. Una persona podría trepar fácilmente de una habitación a otra de la calle de enfrente si quisiera.

Entonces fue cuando vio la nube de la muerte. Pero en aquel momento no supo lo que era. Eso vendría después. Lo único que vio fue una mancha oscura del tamaño de un perro grande que salía sin rumbo de una ventana abierta como si fuera humo, un humo con vida propia que se detenía un instante y fluía después hacia un lado hasta llegar a una cañería donde giraba y subía deslizándose hacia el tejado. Matthew, que ya se había olvidado del hambre que sentía, se quedó boquiabierto mirando cómo la nube vagaba sobre el borde afilado de las tejas y desaparecía de la vista.

Un grito rompió el silencio –un grito que procedía de la ventana abierta– y Matthew se giró y bajó la calle corriendo lo más rápido que sus piernas desnutridas pudieron. La gente no gritaba así cuando recibía una sorpresa. Ni siquiera cuando le daban un susto. No, por lo que Matthew sabía por experiencia, la gente solo gritaba así si temía por su vida, y fuera lo que fuera lo que había provocado aquel grito no era algo que él quisiera ver.

Capítulo 1

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí!

Sherlock Holmes se giró para ver a quién llamaban y quién llamaba. Había cientos de alumnos esperando en la entrada del internado masculino de Deepdene bajo el sol resplandeciente de la mañana. Todos iban vestidos con el uniforme impecable del colegio y cada uno tenía un baúl de madera con correas de cuero o un montón de maletas atestadas de ropa delante como un perro fiel. Se podría haber dirigido a cualquiera de ellos. Los maestros de Deepdene tenían la costumbre de no llamar a los alumnos por su nombre. Siempre era «¡Tú!» o «¡Muchacho!» o «¡Niño!». Les complicaba la vida y mantenía a los chicos alerta, que era probablemente el motivo por el que lo hacían. Eso o que los maestros habían dejado de intentar recordar los nombres de sus pupilos hacía mucho tiempo; Sherlock no estaba seguro de qué explicación era la más plausible. Puede que ambas.

Ninguno de los otros alumnos prestó atención. O bien estaban cuchicheando con los familiares que habían ido a recogerles o miraban impacientes hacia la puerta del colegio para ver si avistaban el coche que les llevaría a casa. Sherlock se dio la vuelta de mala gana para comprobar si el perverso dedo del destino le estaba señalando a él.

Y efectivamente. El dedo en cuestión pertenecía en este caso al señor Tulley, el maestro de Latín. Acababa de doblar la esquina del colegio, donde Sherlock estaba esperando apartado de los otros chicos. Su traje, que solía estar manchado de tiza, había sido limpiado especialmente para el final de curso y los encuentros inevitables con los padres que pagaban para que educaran a sus hijos, y su birrete estaba perfectamente colocado en su cabeza como si el director lo hubiera pegado con pegamento.

—¿Yo, señor?

—Sí, señor. Usted mismo —dijo bruscamente el señor Tulley—. Diríjase al despacho del director *quam celerrime*. ¿Recuerda el suficiente latín para saber lo que significa?

—Significa «inmediatamente», señor.

—Entonces, muévase —Sherlock echó un vistazo a la puerta del colegio—. Pero, señor... Estoy esperando a que me recoja mi padre.

—Estoy seguro de que no se irá sin usted, muchacho.

Sherlock hizo un último intento de rebeldía.

—Mi equipaje...

El señor Tulley miró despectivamente el maltrecho baúl de madera de Sherlock, heredado de los viajes de su padre con el Ejército, manchado de barro seco y lleno de arañazos de los últimos años.

—No veo a nadie queriendo robarlo —dijo—, salvo quizá por su valor histórico. Haré que un prefecto se lo vigile. Ahora lárguese.

Sherlock abandonó de mala gana sus pertenencias —las camisas y ropa interior de repuesto, los libros de poesía y los cuadernos en los que se había aficionado a anotar ideas, pensamientos, conjeturas y alguna melodía ocasional que le venía a la cabeza— y se fue caminando hacia el pórtico de columnas que estaba en la fachada del edificio del colegio, abriéndose paso entre la multitud de alumnos, padres y hermanos sin dejar de mirar la entrada, donde una melé de caballos y carruajes intentaba entrar y salir por la estrecha puerta a la vez.

El vestíbulo de la entrada principal estaba revestido de paneles de roble y rodeado de bustos de mármol de directores y patronos anteriores, cada uno en su propio pedestal. Algunos rayos de luz cruzaban en diagonal desde las altas ventanas hasta el suelo de baldosas blancas y negras, en las que se distinguían ligeras motas de tiza. Olía al fenol que las criadas usaban para limpiar las baldosas cada mañana. Con tantos cuerpos apretujados en el vestíbulo, era altamente probable que al menos uno de los bustos se cayera en cualquier momento. Algunos ya tenían grandes grietas que deslucían su mármol puro, lo que hacía pensar que en cada trimestre al menos uno de ellos se había estrellado contra el suelo para ser posteriormente reparado.

Zigzagüeo entre la gente, ignorado por todos, y finalmente evitó a aquella muchedumbre y entró por un pasillo que salía del vestíbulo. El despacho del director estaba unos metros más adelante. Se detuvo en el umbral, respiró hondo, se sacudió el polvo de la solapa y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —bramó una voz exageradamente alta.

Sherlock giró el picaporte y abrió la puerta de un empujón, intentando reprimir el ataque de nerviosismo que le atravesó por dentro como un rayo. Solo había estado en el despacho del director dos veces, una con su padre cuando llegó a Deepdene y otra un año después con un grupo de alumnos que habían sido acusados de copiar en un examen. Los tres cabecillas habían sido azotados con una vara y expulsados, y los cuatro o cinco seguidores habían sido golpeados hasta que sus nalgas sangraron y les permitieron quedarse. Sherlock, cuyas redacciones habían sido las que había copiado el grupo, se había librado de la paliza asegurando que no sabía nada de aquello. A decir verdad, lo había sabido desde el principio, pero siempre había sido una especie de *outsider* en el colegio, y si dejar que sus compañeros copiaran su trabajo hacía que lo respetaran, que no significaba que lo aceptaran, entonces no iba a poner ninguna objeción ética. Por otra parte, tampoco pensaba chivarse de los copiones. Habría conseguido que le pegaran e incluso que lo sujetaran delante de una de las chimeneas que había en los dormitorios hasta que su piel empezara a llenarse de ampollas y su ropa de humo. La vida en el internado era así: un malabarismo perpetuo entre los maestros y los demás compañeros. Y él lo odiaba.

El despacho del director estaba igual que como lo recordaba: amplio, sombrío y con un olor que era una mezcla de cuero y tabaco de pipa. El señor Tomblinson estaba sentado detrás de una mesa lo bastante grande como para jugar a los bolos encima. Era un hombre corpulento, con un traje que le quedaba un poco pequeño y que seguramente habría elegido porque le ayudaba a creer que no era tan gordo como a todas luces era.

—Ah, usted es Holmes, ¿verdad? Pase, muchacho, pase. Cierre la puerta al entrar.

Sherlock obedeció, pero mientras empujaba la puerta vio que había otra persona en la habitación: un hombre de pie junto a la ventana con un vaso de jerez en la mano. La luz del sol refractaba los colores del arcoiris en el cristal tallado de la copa.

—¿Mycroft? —dijo Sherlock, extrañado.

Su hermano mayor se volvió hacia él y una sonrisa le cruzó tan rápidamente la cara que si Sherlock hubiera parpadeado en el momento equivocado se la habría perdido.

—Sherlock. Has crecido.

—Tú también —respondió Sherlock. Ciertamente, su hermano había engordado muchísimo. Era casi tan rechoncho como el director, pero su traje estaba hecho para disimularlo en lugar de acentuarlo—. Has venido en el coche de padre.

Mycroft enarcó una ceja.

—¿Cómo demonios has deducido eso, jovencito?

Sherlock se encogió de hombros.

—He notado los pliegues paralelos en tus pantalones donde los ha presionado la tapicería y recuerdo que el coche de padre tiene un desgarrón en los asientos que arreglaron de mala manera hace unos años. Tienes la marca de esa reparación estampada en los pantalones, junto a los pliegues —hizo una pausa—. Mycroft, ¿dónde está padre?

El director se aclaró la garganta exageradamente para volver a atraer la atención hacia él.

—Su padre está...

—Padre no va a venir —le interrumpió Mycroft con delicadeza—. Han enviado su regimiento a la India para reforzar la fuerza militar existente. Ha habido algunos disturbios en la zona fronteriza del noroeste. ¿Sabes dónde es?

—Sí. Hemos estudiado la India en clase de Geografía e Historia.

—Buen chico.

—No sabía que los nativos de allí estuvieran causando problemas de nuevo —se quejó el director—. No ha salido en *The Times*, eso desde luego.

—No son los indios —le confesó Mycroft—. Cuando recuperamos el país de la Compañía Británica de las Indias Orientales, sus soldados fueron trasladados de nuevo bajo control militar. Consideran que el nuevo régimen es mucho más estricto que el anterior. Ha habido muchísima animosidad y el gobierno ha decidido aumentar drásticamente el tamaño de las fuerzas armadas en India para enseñarles lo que son los soldados de verdad. Si ya está mal que los indios se rebelen, un motín dentro del Ejército británico sería impensable.

—¿Van a amotinarse? —preguntó Sherlock, y sintió que se le caía el alma a los pies y el corazón se le hundía como una piedra tirada a un estanque—. ¿Nuestro padre estará a

salvo?

Mycroft encogió sus enormes hombros.

—No sé —se limitó a decir. Esa era una de las cosas que Sherlock más respetaba de su hermano. Siempre daba una respuesta directa a una pregunta directa. Nada de dorar la píldora—. Desgraciadamente, no lo sé todo. Al menos por ahora.

—Pero tú trabajas para el gobierno —insistió Sherlock—. Tienes que tener alguna idea de lo que puede pasar. ¿No puedes mandar a otro regimiento? ¿Mantener a nuestro padre aquí en Inglaterra?

—Solo llevo unos meses en el Foreign Office —contestó Mycroft—, y aunque me halaga que creas que tengo el poder de cambiar cosas tan importantes, lamento decirte que no. Soy un asesor. Un simple empleado, a decir verdad.

—¿Cuánto tiempo estará fuera padre? —preguntó Sherlock, recordando al hombretón vestido con una chaqueta de sagra de color escarlata y cinturones blancos cruzándole el pecho que se reía con facilidad y rara vez perdía los estribos. Sentía una presión en el pecho pero se contuvo. Si había aprendido una lección en el internado de Deepdene era que uno nunca debía mostrar ninguna emoción. Si lo hacía, sería utilizada en su contra.

—Seis semanas para que el barco llegue a puerto, seis meses en el país, diría yo, y luego otras seis semanas para volver. Nueve meses en total.

—Casi un año —Sherlock bajó la cabeza un momento, se serenó y asintió con la cabeza—. ¿Ahora podemos irnos a casa?

—Tú no vienes a casa —dijo Mycroft.

Sherlock se quedó quieto tratando de asimilar aquellas palabras, sin decir nada.

—No se puede quedar aquí —murmuró el director—. Hemos vaciado el colegio.

Mycroft apartó su mirada serena de Sherlock y miró al director.

—Nuestra madre está... enferma —dijo—. Tiene una constitución bastante delicada y este asunto de nuestro padre la ha fatigado enormemente. Necesita paz y tranquilidad, y Sherlock necesita a alguien mayor que cuide de él.

—¡Pero te tengo a ti! —protestó Sherlock.

Mycroft sacudió apenado su enorme cabeza.

—Ahora vivo en Londres, y mi trabajo requiere que trabaje muchas horas al día. Me temo que no sería el tutor más adecuado para un joven, especialmente uno tan curioso como tú —se giró hacia el director, casi como si fuera más fácil darle a él la siguiente información que a Sherlock—. Aunque la casa de la familia está en Horsham, tenemos parientes en Farnham, no muy lejos de aquí. Unos tíos. Sherlock se quedará con ellos durante las vacaciones escolares.

—¡No! —Sherlock explotó.

—Sí —dijo suavemente Mycroft—. Ya está organizado. El tío Sherrinford y la tía Anna han accedido a que te quedes con ellos durante el verano.

—¡Pero si ni siquiera los conozco!

—No obstante, son de la familia —Mycroft se despidió del director mientras Sherlock se quedaba quieto con la mirada perdida, tratando de asimilar la gravedad de lo que acababa de ocurrir. No iría a casa. No vería a su padre ni a su madre. No exploraría los campos y

bosques alrededor de la mansión que había sido su casa durante catorce años. No dormiría en su vieja cama en la habitación que había debajo de la cornisa donde guardaba todos sus libros. No entraría a escondidas en la cocina donde la cocinera le daría una rebanada de pan con mermelada si le sonreía. En lugar de eso, tendría que quedarse semanas con gente a la que no conocía, comportándose lo mejor posible en un pueblo, en un condado del que no sabía nada. Solo, hasta que volviera al colegio.

¿Cómo iba a sobrevivir?

Sherlock salió detrás de Mycroft del despacho del director y lo siguió por el pasillo hasta llegar al vestíbulo. Una berlina cerrada esperaba en la puerta. Las ruedas tenían barro y los laterales estaban llenos de polvo del viaje que Mycroft había hecho hasta el colegio. El escudo de armas de la familia Holmes estaba pintado en la puerta. Ya habían metido el baúl de Sherlock detrás. Un conductor demacrado que Sherlock no reconoció estaba sentado en el asiento delantero y tenía las riendas que lo unían a los dos caballos apoyadas suavemente en sus manos.

—¿Cómo sabía que era mi baúl?

Mycroft hizo un gesto con la mano para indicar que no era por nada en especial.

—Lo podía ver desde la ventana del despacho del director. Tu baúl era el único que estaba abandonado. Y además, era el que solía tener nuestro padre. El director ha sido muy amable de enviar a un chico para decirle que lo metiera en el carruaje —abrió la puerta del coche y le hizo un gesto a Sherlock para que entrara. Pero Sherlock hizo caso omiso y echó un vistazo al colegio y a sus compañeros—. Parece que estás pensando que no los vas a volver a ver —dijo Mycroft.

—No es eso —respondió Sherlock—. Es solo que creía que dejaba esto por un sitio mejor. Ahora sé que es por algo peor. Por muy malo que sea este lugar, es de lo mejor que hay.

—No va a ser así. El tío Sherrinford y la tía Anna son buena gente. Sherrinford es el hermano de nuestro padre.

—¿Entonces por qué nunca he oído hablar de ellos? —preguntó Sherlock—. ¿Por qué padre nunca mencionó que tuviera un hermano?

Mycroft hizo una mueca casi imperceptible.

—Me temo que hubo una discusión familiar. Las relaciones estuvieron tensas durante un tiempo. Madre reinició el contacto por carta hace unos meses. Ni siquiera estoy seguro de que padre lo sepa.

—¿Y es ahí donde me estás mandando?

Mycroft le dio una palmadita en el hombro.

—Si hubiera una alternativa, la tomaría, créeme. Bueno, ¿tienes que decir adiós a algún amigo?

Sherlock miró a su alrededor. Conocía a algunos chicos, ¿pero alguno de ellos era realmente su amigo?

—No —dijo—. Vámonos.

El viaje a Farnham les llevó varias horas. Tras atravesar el pueblo de Dorking, que era el grupo de casas más cercano al internado de Deepdene, el coche repiqueteó por senderos rurales, bajo una maraña de árboles, y pasó por alguna choza o casona y junto

a campos repletos de cebada. El sol brillaba en el cielo despejado y convertía al coche en un horno pese a la brisa que soplaban. Los insectos zumbaban perezosamente en las ventanas. Sherlock miró durante un rato cómo el mundo pasaba ante sus ojos. Pararon a comer en una taberna, donde Mycroft compró un poco de jamón y queso y media hogaza de pan. En un momento dado, Sherlock se quedó dormido. Cuando despertó, minutos u horas después, la berlina seguía atravesando el mismo paisaje. Charló un poco con Mycroft sobre lo que estaba ocurriendo en casa, sobre su hermana, sobre la salud delicada de su madre. Mycroft le preguntó por los estudios y él le contó algo sobre las diferentes clases que había tenido que aguantar y sobre los profesores que las impartían. Imitó sus voces y sus gestos e hizo reír a Mycroft a carcajadas con la crueldad y el humor de sus imitaciones.

Poco después empezaron a ver más casas al borde de la carretera y pronto se adentraron en un gran pueblo y los cascos de los caballos trapalearon en los adoquines. Asomado por la ventana del carruaje, Sherlock vio algo que parecía un ayuntamiento. Era un edificio blanco, de tres pisos, con vigas negras y un enorme reloj colgado de un soporte en el exterior de las puertas dobles.

—¿Farnham? —dedujo Sherlock.

—Guildford —respondió Mycroft—. Ya estamos cerca de Farnham.

El camino que salía de Guildford pasaba junto a la cresta de una montaña en la que la tierra descendía abruptamente hacia ambos lados y los campos y bosques aparecían desperdigados como juguetes con manchas de flores amarillas diseminadas por todas partes.

—Esta cresta se llama Hog's Back —comentó Mycroft—. Hay un semáforo de banderas por aquí, en Pewley Hill, parte de una cadena que se extiende desde el edificio del Almirantazgo de Londres hasta llegar al puerto de Portsmouth. ¿Te han enseñado en la escuela lo que son los semáforos?

Sherlock negó con la cabeza.

—Me lo imaginaba —murmuró Mycroft—. Todo el latín que un niño puede meterse en la mollera pero nada práctico de verdad —suspiró con fuerza—. Un semáforo es un método para enviar rápidamente mensajes a larga distancia que tardarían varios días a caballo. Los semáforos de banderas tienen paneles en el tejado que son visibles a distancia y seis grandes agujeros que pueden abrirse o cerrarse mediante unas contraventanas. Dependiendo de qué agujeros estén abiertos o cerrados, el panel deletrea diferentes letras. Un hombre en cada semáforo de banderas vigila el anterior y el siguiente de la cadena con un telescopio. Si ve deletrearse un mensaje, lo escribe y luego lo repite con su propio panel de semáforo, y así es como el mensaje viaja. Esta particular cadena comienza en el Almirantazgo, luego pasa por Chelsea y Kingston y va sobre el Támesis hasta llegar aquí, y luego sigue hasta el astillero de Portsmouth. Hay otra cadena que baja a los astilleros de Chatham y otras que van a Deal, Sheerness, Great Yarmouth y Plymouth. Se construyeron para que el Almirantazgo pudiera enviar mensajes rápidamente a la Armada en caso de que Francia invadiera el país. Ahora dime, si hay seis agujeros y cada agujero puede ser cerrado o abierto, ¿cuántas combinaciones

diferentes hay que puedan indicar letras, números u otros símbolos?

Sherlock trató de controlarse para no decirle a su hermano que las clases ya habían terminado, pero cerró los ojos y estuvo haciendo cálculos durante un rato. Un agujero podía estar de dos formas: abierto o cerrado. Dos agujeros podían estar de cuatro formas: abierto-abierto, abierto-cerrado, cerrado-abierto y cerrado-cerrado. Tres agujeros... Hizo el cálculo rápidamente en su cabeza y entonces vio que había un patrón que se repetía.

–Sesenta y cuatro –dijo finalmente.

–Bien hecho –asintió Mycroft–. Me alegra ver que al menos das la talla en matemáticas –miró por la ventana hacia su derecha–. Aldershot, interesante lugar. Hace catorce años fue nombrado por la Reina Victoria el hogar del Ejército británico. Antes de eso era una pequeña aldea de menos de mil habitantes. Ahora tiene dieciséis mil y sigue creciendo.

Sherlock estiró el cuello para echarle una ojeada a su hermano y observar lo que se veía por la otra ventanilla, pero desde donde estaba solo pudo atisbar unas cuantas casas desperdigadas y lo que podría haber sido una vía férrea que circulaba junto a la carretera al final de la cuesta. Se acomodó en su asiento, cerró los ojos y trató de no pensar en lo que le esperaba.

Al cabo de un rato notó que la berlina descendía por una pendiente y poco después hacía una serie de giros y pasaba de la piedra a la tierra compacta, haciendo que cambiara el ruido de los cascos de los caballos sobre el suelo. Apretó los ojos lo más fuerte que pudo, intentando posponer el momento en el que tendría que aceptar lo que estaba ocurriendo.

El carruaje frenó en un camino de gravilla. El canto de los pájaros y el viento que soplaba a través de los árboles invadió el coche. Sherlock oyó el crujido de unas pisadas que iban en su dirección.

–Sherlock –dijo Mycroft dulcemente–. Es hora de afrontar la realidad.

Sherlock abrió los ojos.

La berlina se había detenido a la entrada de una casona de ladrillo rojo que se alzaba sobre ellos. Tenía tres pisos y algo que, a juzgar por las pequeñas ventanas empotradas en las tejas grises, parecía un conjunto de habitaciones en el ático. Un sirviente se dispuso a abrir la puerta de Mycroft. Sherlock se deslizó y salió detrás de su hermano.

Una mujer esperaba de pie en lo alto de tres amplios escalones de piedra envueltos en sombra que conducían al pórtico de la entrada principal. Iba completamente vestida de negro. Tenía la cara delgada y demacrada, los labios fruncidos y los ojos entrecerrados, como si alguien aquella mañana le hubiera sustituido la taza de té por vinagre.

–Bienvenidos a la mansión Holmes. Soy la señora Eglantine –dijo con una voz seca como de papel–. Soy el ama de llaves de esta casa –echó un vistazo a Mycroft–. El señor Holmes le espera en la biblioteca en cuanto esté listo –desvió la mirada hacia Sherlock–. Y el lacayo trasladará su... equipaje... a su habitación, señorito Holmes. La merienda se servirá a las 3. Por favor, si es tan amable, quédese en su habitación hasta esa hora.

–No me quedará a merendar –dijo Mycroft suavemente–. Por desgracia, tengo que regresar a Londres –se volvió hacia Sherlock y su mirada reflejaba en parte compasión,

en parte amor fraternal y en parte advertencia—. Cuídate, Sherlock –dijo—. Regresaré sin falta para llevarte de vuelta al colegio cuando acaben las vacaciones y si puedo te visitaré antes. Sé bueno y aprovecha esta oportunidad para explorar la zona. Tengo entendido que el tío Sherrinford tiene una biblioteca excepcional. Pregúntale si puedes aprovecharte de todo ese saber. Le dejaré mis datos de contacto a la señora Eglantine. Si me necesitas, envíame un telegrama o escíbeme una carta –alargó el brazo y le puso una mano reconfortante en el hombro—. Son buena gente –dijo lo bastante bajo para que la señora Eglantine no le oyera—, pero como todo el mundo en la familia Holmes, tienen sus excentricidades. Ten eso en mente y procura no molestarles. Escíbeme cuando tengas tiempo. Y recuerda: esto no es para el resto de tu vida. Son solo un par de meses. Sé valiente –y le apretó el hombro.

Sherlock sintió que una burbuja de ira y frustración trataba de subirle por la garganta y la contuvo. No quería que Mycroft le viera reaccionar, y tampoco quería empezar mal su estancia en la mansión Holmes. Cualquier cosa que hiciera en los próximos minutos marcaría la pauta para el resto de su estancia.

Le tendió la mano. Mycroft apartó la mano que mantenía apoyada en el hombro y se la estrechó, sonriéndole afectuosamente.

–Adiós –dijo Sherlock en el tono más ecuánime que pudo—. Dale un abrazo a madre y a Charlotte. Y si oyes algo de padre, házmelo saber.

Mycroft se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras hacia la entrada. La inexpresiva señora Eglantine se encontró un instante con la mirada de Sherlock, luego se giró y condujo a Mycroft al interior de la casa.

Sherlock miró hacia atrás y vio cómo el sirviente hacía un gran esfuerzo por ponerse el baúl sobre los hombros. Cuando consiguió equilibrar el peso, subió las escaleras tambaleándose y pasó por delante de Sherlock, que le siguió desconsolado.

El vestíbulo era de baldosas blancas y negras y estaba revestido de madera de caoba. Una escalera de mármol muy recargada se deslizaba desde los pisos de arriba como una cascada congelada y había varios cuadros de escenas religiosas, paisajes y animales en las paredes. Mycroft acababa de atravesar una puerta situada a la izquierda de la escalera y se había adentrado en una habitación que, por lo que Sherlock logró atisbar, estaba repleta de libros forrados con tapas de cuero verde. Un anciano delgado vestido con un traje negro chapado a la antigua se estaba levantando de una silla que habían tapizado en un tono marrón que combinaba a la perfección con el color de los libros que había a sus espaldas. Tenía barba, la cara arrugada y pálida y el cuero cabelludo moteado de manchas.

La puerta se cerró cuando se estaban estrechando la mano. El criado atravesó las baldosas hasta llegar al primer escalón, manteniendo en equilibrio sobre su hombro el baúl de Sherlock. Él le siguió.

La señora Eglantine estaba al pie de la escalera, fuera de la biblioteca. Miraba fijamente hacia la puerta por encima de la cabeza de Sherlock.

–Mocoso, sea consciente de que no es bienvenido aquí –siseó cuando él pasó.

Capítulo 2

Sentado en los bosques de las afueras de Farnham, Sherlock podía ver cómo el terreno descendía abruptamente hacia un camino que serpenteaba entre la maleza, como un cauce seco, hasta desaparecer de su vista. Lejos, al otro lado del pueblo, en la ladera de una colina, había un pequeño castillo enclavado entre los árboles. A su alrededor no había nadie. Sherlock había estado tan quieto durante tanto rato que los animales se habían acostumbrado a él. Cada cierto tiempo se oía el suave ruido de la hierba alta cuando pasaba algún ratón de campo, mientras los halcones volaban lentamente en círculo en el cielo azul esperando a cualquier animalillo lo bastante estúpido como para aparecer en un claro del terreno.

Detras de él, el viento hacía susurrar las hojas de los árboles. Sherlock dejó vagar su mente, intentando no pensar en el pasado ni el futuro, viviendo el presente todo el tiempo que fuera posible. El pasado dolía como un moratón y el futuro inmediato no era algo a lo que quisiera llegar con prisas. La única forma de salir adelante era no pensar en ello, dejarse llevar por la brisa y permitir que los animales se movieran a su alrededor.

Ya llevaba tres días viviendo en la mansión Holmes y las cosas no habían mejorado mucho desde su llegada. Lo peor era la señora Eglantine. El ama de llaves era un espectro omnipresente que estaba al acecho en los oscuros recovecos de la casa. Cada vez que se daba la vuelta se la encontraba ahí, de pie en la sombra, mirándole con sus ojos arrugados. Apenas había intercambiado tres frases con él desde que había llegado. Tenía entendido que le esperaban para desayunar, comer, merendar y cenar, que no debía hablar, que tenía que comer lo menos posible y luego desaparecer hasta la siguiente comida; y aquella iba a ser su vida hasta que acabaran las vacaciones y Mycroft viniera a librarle de su condena.

Sherrinford y Anna Holmes –sus tíos– solían estar presentes en el desayuno y la cena. Sherrinford era una presencia dominante: igual de alto que su hermano pero mucho más delgado, con los pómulos marcados, la frente en forma de huevo por delante y hundida en los lados, una barba blanca tupida que le caía hasta el pecho pero el pelo de la cabeza tan ralo que a Sherlock le pareció como si le hubieran pintado cada uno de ellos en la piel del cuero cabelludo y luego hubieran aplicado una capa de barniz. Entre las comidas desaparecía dentro de su despacho o en la biblioteca, donde, por lo que Sherlock podía deducir de fragmentos de conversación, escribía panfletos religiosos y sermones para

párrocos de todo el país. Lo único con un poco de enjundia que le había dicho en los últimos tres días fue en el almuerzo, cuando le clavó los ojos amenazadores y le dijo:

—¿Cuál es el estado de su alma, joven? —Sherlock parpadeó mientras se llevaba el tenedor a la boca.

Recordó al señor Tulley, el profesor de Latín de Deepdene, y dijo:

—*Extra ecclesiam nulla salus* —que estaba bastante seguro de que significaba: «Fuera de la Iglesia no hay salvación».

Pareció funcionar: Sherrinford Holmes asintió con la cabeza y murmuró:

—Ah, San Cipriano de Cartago, por supuesto —y volvió a su plato.

La señora Holmes —o tía Anna— era una mujer menuda y llena de energía que daba la sensación de estar en continuo movimiento. Incluso cuando estaba sentada agitaba las manos sin parar y nunca las posaba más de un segundo en ningún lado. No paraba de hablar con nadie en particular, o esa era la impresión que le daba a Sherlock. Simplemente disfrutaba con su monólogo perpetuo y no parecía esperar que nadie participara o respondiera a ninguna de sus múltiples preguntas retóricas.

Al menos la comida era aceptable, mejor que la de la escuela Deepdene. Consistía mayormente en verduras —zanahorias, patatas y coliflor que él imaginaba que habían cultivado en los terrenos de la mansión—, pero cada una tenía algún tipo de carne, y, a diferencia de aquello gris, cartilaginoso y casi siempre irreconocible a lo que estaba acostumbrado en el colegio, esto era sabroso y estaba bien condimentado: lacón, muslos de pollo, filetes de lo que le habían dicho que era salmón y, en una ocasión, grandes lonchas trinchadas de una grasienta paletilla de cordero que habían colocado en el centro de la mesa. Si no tenía cuidado engordaría tanto que empezaría a parecerse a Mycroft.

Su cuarto estaba arriba, en la buhardilla de la casa, no exactamente donde se alojaban los sirvientes pero tampoco en la planta de abajo con la familia. El techo se inclinaba desde la puerta hasta la ventana, coincidiendo con el tejado que había encima, lo que significaba que debía agacharse al andar, mientras que el suelo estaba hecho de sencillos tablones de madera cubiertos por una alfombra de dudosa antigüedad. Su cama era igual de dura que la de Deepdene. Las primeras dos noches el silencio le había mantenido despierto durante horas. Estaba tan acostumbrado a oír a otros treinta chicos roncar, hablar en sueños o sollozar para sus adentros, que la repentina ausencia de ruido le desconcertaba. Entonces había abierto la ventana para airearse y había descubierto que la noche no era en absoluto silenciosa, sino que estaba impregnada de un ruido sutil. A partir de ese momento se sintió arrullado por el chillido de los búhos, el grito de los zorros y el rápido batir de alas cuando algo espantaba a las gallinas en la parte de atrás de la casa.

Pese al consejo de su hermano, había sido incapaz de entrar en la biblioteca y sentarse a leer un libro. Sherrinford Holmes pasaba ahí casi todo su tiempo investigando para sus panfletos religiosos y sus sermones y Sherlock tenía miedo de molestarle. En lugar de eso se había aficionado a deambular en círculos cada vez más grandes alrededor de la casa. Había empezado por las tierras de la parte delantera y trasera, el jardín vallado, el corral y el huerto; después había trepado por los muros de piedra que rodeaban la casa y

saltado a la calle y finalmente había ampliado el círculo hacia los centenarios bosques pegados a la parte de atrás de la casa. Sherlock había adquirido la costumbre de caminar y explorar los bosques, solo o con su hermana, pero estos bosques parecían más viejos y misteriosos que aquellos a los que estaba habituado.

—Para ser un lugareño puedes estar realmente quieto, ¿eh?

—Igual que tú —respondió Sherlock a la voz que hablaba detrás de él—. Me has estado observando durante media hora.

—¿Cómo lo has sabido?

Sherlock oyó un leve golpe seco, como si alguien acabara de saltar al suelo desde las ramas más bajas de un árbol y hubiera caído en los helechos que cubrían el suelo.

—Hay pájaros posados en todos los árboles excepto en uno: en el que estás sentado tú. Obviamente los has asustado.

—No les haré daño, y a ti tampoco.

Sherlock giró la cabeza despacio. La voz pertenecía a un chico de su edad, solo que más bajo y fornido que el larguirucho de Sherlock. Tenía el pelo tan largo que le llegaba hasta los hombros.

—No estoy seguro de que pudieras —dijo lo más tranquilamente que pudo dadas las circunstancias.

—Sé pelear duro —dijo el chico—. Y tengo una navaja.

—Sí, pero yo he estado viendo los combates de boxeo en el colegio y tengo un largo alcance —Sherlock observó con ojo crítico al chico. Su ropa estaba cubierta de polvo y hecha con una tela basta remendada por todos lados y tenía la cara, las manos y las uñas sucias.

—¿Colegio? —dijo el chico—. ¿Enseñan boxeo en el colegio?

—En el mío, sí. Dicen que nos endurece.

El joven se sentó al lado de Sherlock.

—La vida es lo que te endurece —murmuró, y después añadió—: Me llamo Matty. Matty Arnatt.

—¿Matty de Matthew?

—Supongo. Vives en la casa grande al final de la calle, ¿no?

Sherlock asintió.

—Solo he venido a pasar el verano. Con mis tíos. Me llamo Sherlock, Sherlock Holmes. Matty miró seriamente a Sherlock.

—Ese no es un nombre de verdad.

—¿Cuál? ¿Sherlock? —se quedó un rato pensando—. ¿Qué tiene de malo?

—¿Conoces a algún otro Sherlock?

Sherlock se encogió de hombros.

—No.

—¿Cómo se llama tu padre entonces?

Sherlock frunció el ceño.

—Siger.

—¿Y el tío con el que te estás quedando?

–Sherrinford.

–¿Tienes algún hermano?

–Sí, uno.

–¿Cómo se llama?

–Mycroft.

Matty negó con la cabeza, exasperado.

–Sherlock, Siger, Sherrinford y Mycroft. ¡Vaya panda! ¿Por qué no optar por algo tradicional, como Matías, Marcos, Lucas y Juan?

–Son apellidos –explicó Sherlock–. Y son tradicionales. Todos los varones de nuestra familia tienen nombres así –hizo una pausa–. Mi padre me dijo una vez que una rama de la familia vino a Inglaterra procedente de Escandinavia, y de ahí es de donde provienen esos hombres. O algo así. Me parece que «Siger» podría ser escandinavo, pero los otros en realidad me suenan más a nombres de lugares en inglés antiguo. Aunque el origen de «Sherlock» es un completo misterio. Quizá haya un Sher Lock o un Sheer Lock en algún canal de por aquí¹.

–Sabes muchas cosas –dijo Matty–, pero no sabes mucho sobre canales. Nunca me he encontrado con ningún Sher Lock o Sheer Lock. ¿Qué hay de tus hermanas? ¿Algún nombre absurdo entre ellas?

Sherlock se avergonzó y apartó la mirada.

–¿Entonces vives por aquí?

Matty lo miró un instante y luego pareció aceptar el hecho de que Sherlock quería cambiar de tema.

–Sí –dijo–, por ahora. Estoy viajando bastante.

El interés de Sherlock se avivó.

–¿Viajando? ¿Te refieres a que eres un gitano? ¿O vas con un circo?

Matty resopló con desprecio.

–Normalmente, si alguien me llama gitano le doy un puñetazo. Y no pertenezco a ningún circo. Te lo aseguro.

De pronto a Sherlock le vino a la mente algo que Matty había dicho hacía un momento.

–Antes comentaste que no conocías ningún Sher Lock o Sheer Lock. ¿Vives en los canales? ¿Tu familia tiene una barcaza?

–Tengo una barca, pero no tengo familia. Estoy solo. Con Albert.

–¿Tu abuelo? –supuso Sherlock.

–Mi caballo –le corrigió Matty–. Albert tira del barco.

Sherlock esperó un momento para ver si Matty continuaba. Como no lo hizo, le preguntó:

–¿Qué pasa con tu familia? ¿Qué les ocurrió?

–Haces muchas preguntas, ¿no?

–Es una forma de averiguar cosas.

Matty se encogió de hombros.

–Mi padre estuvo en la Marina. Se fue en un barco y no volvió nunca. No sé si se

hundió, se quedó en un puerto en algún lugar del mundo o regresó a Inglaterra y no se molestó en recorrer los últimos kilómetros. Mi madre murió hace unos años de tuberculosis.

—Lo siento.

—No me dejaban verla —siguió diciendo Matty como si no le hubiera oído, mirando fijamente a lo lejos—. Se fue consumiendo. Adelgazó mucho y cada vez estaba más pálida, como si se estuviera muriendo poco a poco. Escupía sangre cada noche. Yo sabía que vendrían a buscarme para meterme en el hospicio cuando ella muriera, así que me escapé. Ni de broma iba a ir al asilo. La mayoría de la gente que entra ahí no vuelve a salir y cuando lo hacen no están bien de la cabeza ni del cuerpo. Me aficioné a ir por los canales en lugar de ir andando porque podía llegar más lejos en menos tiempo.

—¿De dónde sacaste la barca? —preguntó Sherlock—. ¿Pertenece a tu familia?

—¡Qué va! —dijo Matty, resoplando—. Digamos que la encontré y dejémoslo ahí.

—¿Entonces cómo te las arreglas? ¿Qué haces para conseguir comida?

Matty se encogió de hombros.

—En verano trabajo en el campo, recolectando fruta o cortando trigo. Todo el mundo quiere trabajadores baratos y no les preocupa usar a niños. Durante el invierno hago chapuzas: un poco de jardinería por aquí, recolocar unas tejas de plomo en los tejados de las iglesias por allá... Me las apaño. Haría cualquier cosa excepto deshollar chimeneas y trabajar en la mina. Una muerte lenta es lo que es eso.

—Es verdad —admitió Sherlock—. ¿Cuánto tiempo llevas en Farnham?

—Un par de semanas. Es un buen sitio —reconoció Matty—. La gente es bastante amable y no te molesta demasiado. Es un pueblo firme y respetable —dudó un instante—. Salvo...

—¿Salvo qué?

—Nada —negó con la cabeza, recobrando la compostura—. Mira, te he estado vigilando durante un rato. No tienes ningún amigo por aquí y no eres ningún idiota. Te das cuenta de las cosas. El caso es que he visto algo en el pueblo y no puedo explicarlo —se sonrojó un poco y apartó la mirada—. Espero que puedas ayudarme.

Sherlock se encogió de hombros, intrigado.

—Puedo intentarlo. ¿De qué se trata?

—Será mejor que te lo enseñe —Matty se limpió las manos en los pantalones—. ¿Quieres dar una vuelta por el pueblo primero? Te puedo decir dónde están los mejores sitios para comer y beber, y dedicarnos a ver pasar a la gente. Y también dónde están los mejores callejones por los que huir y las calles sin salida que tienes que evitar.

—¿Me enseñarás también tu barca?

Matty miró a Sherlock.

—Puede. Si decido que puedo confiar en ti.

Bajaron la cuesta juntos hacia la carretera que conducía al pueblo. El cielo sobre ellos era azul y Sherlock olió el humo de un fuego y oyó a alguien a lo lejos talando madera con la precisión del tictac de un reloj de bolsillo. En un momento dado, mientras atravesaban fugazmente un pequeño bosque, Matty señaló un pájaro que planeaba encima de ellos.

—Un azor —dijo a secas—. Está rastreando algo.

Había unos cuantos kilómetros hasta el pueblo y tardaron casi una hora en llegar. Sherlock podía sentir los músculos de sus piernas y la parte baja de la espalda estirándose mientras andaba. Al día siguiente le dolería y tendría agujetas, pero en ese momento el ejercicio estaba disipando la profunda depresión en la que se había sumido desde que había llegado a la mansión Holmes.

A medida que se iban acercando al pueblo y comenzaban a aparecer cada vez más casas a ambos lados de la carretera, Sherlock empezó a notar un olor rancio y desagradable que flotaba por el campo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

Matty olfateó.

—¿Qué olor?

—Ese. Es imposible que no lo huelas. Huele como una alfombra que se ha mojado y no se ha dejado secar bien.

—Serán las fábricas de cerveza. Hay unas cuantas desperdigadas junto al río. La fábrica de Barratt es la más grande. Está creciendo a causa de las tropas que se han alojado recientemente en Aldershot. Ese es el olor de la cebada húmeda. La cerveza es lo que hizo enfermar a mi padre. Ingresó en la Marina para escapar de ella, pero allí le dio por el ron.

Ya estaban a las afueras del pueblo y había más casas y cabañas que espacios vacíos. Muchas de las viviendas eran de ladrillo rojo, algunas con techos de paja compacta y abultada como una hogaza de pan, y otras con tejas rojas oscuras. Detrás de las casas, una ligera cuesta conducía a un castillo de piedra gris que se alzaba sobre el pueblo. Más allá, pasado el castillo, la cuesta llegaba hasta la cresta distante de una montaña. Sherlock no pudo evitar preguntarse de qué serviría un castillo en ese lugar si cualquier atacante podía colocarse encima y dejar caer flechas, piedras y fuego sobre él durante todo el tiempo que quisiera.

—Todos los días hacen un mercado aquí —comentó Matty—. En la plaza del pueblo. Venden ovejas y vacas y pasteles y de todo. Es un buen sitio para inspeccionar cuando recogen al final del día. Siempre tienen prisa por marchar antes de que se ponga el sol, y de los puestos caen todo tipo de cosas, o las tiran porque están un poco podridas o llenas de gusanos. Se puede comer bastante bien solo con lo que tiran.

—Delicioso —dijo Sherlock con ironía. Al menos las comidas en la mansión Holmes eran algo que esperaba ansioso, aunque el ambiente durante el almuerzo y la cena no lo fuera.

Ahora el pueblo les rodeaba y la calle estaba tan atestada de gente que los dos chicos tenían que bajarse continuamente de la acera a la carretera llena de baches para evitar que alguien chocara con ellos. Sherlock estaba casi todo el tiempo pendiente de las boñigas del suelo, intentando no pisar ninguna. La forma de vestir de la gente en general había mejorado: las chaquetas formales y las corbatas de los hombres y los vestidos de las mujeres predominaban sobre los bombachos, chalecos y blusones que llevaban los lugareños que se habían cruzado en el campo. Los perros estaban por todas partes, bien cuidados y con correa o sarnosos y callejeros en busca de comida. Los delgados gatos de

ojos grandes se quedaban en la sombra y en la carretera los caballos tiraban de carruajes y carros en ambas direcciones, aplastando las boñigas cada vez más en aquel camino lleno de baches.

Cuando llegaron a un callejón que salía de la calle principal, Matty se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sherlock.

Matty vaciló.

—Esa cosa que vi —se encogió de hombros—, fue ahí abajo, hace unos días. No sé qué era.

—¿Quieres enseñármelo?

En lugar de responder, Matty echó a correr calle abajo. Sherlock corrió a toda velocidad para alcanzarle.

El callejón zigzagueaba hacia una travesía tan estrecha que Sherlock podía tocar los edificios a ambos lados. La gente estaba asomada a las ventanas más altas y hablaba entre sí con la misma facilidad que si estuviera inclinándose sobre la valla de un jardín. Matty se quedó mirando fijamente una ventana en particular. Estaba vacía y la puerta debajo de ella, cerrada. Daba la impresión de estar abandonado.

—Fue ahí arriba —dijo—. Vi humo, pero se movía. Salí por la ventana, trepó por la pared y desapareció por el tejado.

—El humo no hace eso —señaló Sherlock.

—Este humo, sí —dijo Matty firmemente.

—Puede que el viento lo guiara.

—Puede —Matty no parecía muy convencido. Frunció el ceño mientras recordaba lo que había pasado en aquel lugar—. Oí a alguien gritar dentro. Salí corriendo porque me asusté, pero volví más tarde. Había un carro fuera y estaban metiendo un cadáver dentro. Había una sábana encima del cuerpo, pero se quedó enganchada en la puerta y se soltó. Vi el cuerpo. Vi su cara —se volvió hacia Sherlock intentando enmascarar el miedo y la incertidumbre que sentía—. Estaba cubierto de pústulas, grandes pústulas rojas por toda la cara, el cuello y los brazos, y tenía la cara totalmente desfigurada, como si hubiera sufrido mucho antes de morir. ¿Crees que ha sido la peste? He oído hablar de ella, de cuando arrasó el país en el pasado. ¿Crees que ha vuelto?

Sherlock sintió que un escalofrío le atravesaba los hombros.

—Supongo que podría ser el comienzo de otro brote, pero una muerte no implica una plaga. Puede haber sido escarlatina o cualquier otra cosa.

—¿Y la sombra que vi moverse sobre el tejado? ¿Qué me dices de eso? ¿Era su alma? ¿O vino algo a buscarlo?

—Eso —dijo Sherlock con firmeza— fue solo una ilusión causada por el ángulo del sol y una nube que pasaba —cogió a Matty del hombro y lo apartó—. Venga, vámonos.

Le condujo lejos de la casa y por la calle estrecha. Enseguida estuvieron de vuelta en la calle principal que iba hacia Farnham. Matty estaba pálido y callado.

—¿Estás bien? —le preguntó dulcemente Sherlock.

Matty asintió con la cabeza.

—Lo siento —dijo, avergonzado—. Es que... me asustó. No me gustan las enfermedades

desde que...

–Lo entiendo. Mira, no sé qué viste, pero pensaré sobre ello. Mi tío tiene una biblioteca, la respuesta debe de estar ahí dentro. O en los archivos de los periódicos locales.

Cruzaron a pie un pequeño puente y volvieron al pueblo. La calle pasaba por delante de una serie de puertas de madera empotradas en un muro de piedra. Una especie de animal estaba tumbado junto a ellas, con las patas extendidas y tías, y no se movía. Tenía el pelaje sucio y sin brillo. Por un momento Sherlock pensó que era un perro, pero a medida que se aproximaban pudo ver el hocico puntiagudo, las patas cortas y las rayas blancas y negras –ahora gris claro y gris oscuro– de la cabeza. Era un tejón, y Sherlock se dio cuenta de que su estómago estaba prácticamente aplastado contra el suelo. Lo más probable es que lo hubiera atropellado la rueda de un carro.

Matty aminoró el paso cuando estuvo más cerca.

–Deberías tener cuidado al pasar por ahí –le confió, como si él estuviera a salvo de todo y fuera Sherlock el que debía preocuparse–. No sé lo que hacen ahí, pero hay guardias dentro. Tienen porras y bicheros. Son unos tipos grandes.

Sherlock estaba a punto de decir algo sobre la probabilidad de que esos hombres estuvieran simplemente proporcionando alguna protección para los salarios de los trabajadores que había dentro, cuando las puertas se abrieron. Dos hombres salieron a la calle. Tenían la cara magullada, llena de cicatrices y muy seria, pero su ropa de terciopelo negro estaba impecable. Miraron a derecha e izquierda y echaron un vistazo a los chicos, pero no les prestaron mucha atención e hicieron un gesto a alguien de dentro.

Un carruaje tirado por un solo caballo negro asomó por el patio. Su conductor era un hombre enorme con manos como palas y la cabeza calva cubierta de cicatrices. Cerraron las puertas y saltaron a la parte de atrás del coche, sujetos a ella mientras el vehículo se alejaba.

–Vamos a ver si el señor nos da un cuarto de penique –susurró Matty. Y se puso a correr hacia la carroza antes de que Sherlock pudiera detenerlo.

Sorprendido, el caballo retrocedió hacia las varas que lo conectaban al coche. El conductor trató de recuperar el control y lo fustigó con el látigo, pero aquello solo empeoró las cosas. El carruaje se giró del todo cuando el caballo intentó hacer cabriolas para apartarse de Matty.

Sherlock se quedó atónito cuando vio, a través de la ventanilla del coche, que una cara pálida, casi esquelética y enmarcada por un pelo blanco y ralo le estaba mirando fijamente y sin pestañear con sus ojos pequeños y rosas, como los ojos de una rata blanca. Sintió una punzada instantánea de repulsión, como si hubiera intentado pinchar una hoja de lechuga de su plato de la cena y en lugar de eso hubiera tocado una babosa. Quería moverse, alejarse, pero aquella mirada pálida y malévolamente lo mantenía inmóvil, incapaz de moverse. Y entonces el fornido conductor consiguió recuperar el control y el caballo pasó por delante de los dos chicos a medio galope, llevándose el carruaje y a su ocupante con él.

–Ni siquiera he tenido la oportunidad de preguntar –se quejó Matty, sacudiéndose el

polvo—. Creí que ese tío iba a intentar azotarme con el látigo.

—¿Quién era el hombre del coche? —preguntó Sherlock con voz temblorosa.
Matty negó con la cabeza.

—No me ha dado tiempo a verlo. ¿Parecía rico? —dijo esperanzado.

—Parecía que llevara muerto tres días —contestó Sherlock.

Capítulo 3

Las nubes de vapor que salían de la chimenea del tren atravesaron las tablas del puente y les escaldaron las piernas. Sherlock corrió hacia un lado y Matty hacia el otro, los dos mojados y riéndose. El tren se metió majestuosamente por debajo de ellos y se adentró en la estación de Farnham reduciendo la velocidad, y los chicos volvieron a ponerse en medio del puente de madera que conectaba los andenes para verlo detenerse poco a poco con un ruido metálico de cadenas y un silbido discordante en el momento en que el maquinista soltaba el vapor restante.

Era la mañana del día siguiente. El andén estaba desierto antes de que llegara el tren, pero en cuestión de segundos se transformó como por arte de magia en una masa desbordante de gente que se dirigía a la salida. Señores con levitas negras y sombreros de copa salían de los compartimentos de primera clase como insectos de sus capullos y se codeaban con los hombres barrigudos con chaquetas de tweed y gorras, las mujeres con vestidos decentes que habían estado sentadas en segunda clase y los múltiples obreros musculosos y curtidos con camisas raídas y pantalones remendados que habían ido hacinados en tercera. Unos hombres uniformados abrieron la puerta corredera de uno de los vagones y empezaron a descargar cajas de madera y sacos que Sherlock supuso que contenían cartas. Los mozos de estación salieron de las oficinas donde normalmente se escondían y empezaron a llevarse las cajas y las maletas del tren en carritos. Al cabo de un rato el andén estaba otra vez prácticamente vacío, salvo por un puñado de vecinos que se habían quedado charlando y poniéndose al día con los acontecimientos de la semana. Un guardia prepotente vestido con una guerrera azul y un sombrero dio un paso al frente, miró de arriba abajo el tren, se llevó el silbato a los labios y sopló con un pitido breve y agudo. El tren dio una sacudida y comenzó a salir renqueando de la estación, pesadamente al principio y a más velocidad después. Los vagones hicieron un ruido metálico cuando sus uniones se tensaron uno detrás de otro y fueron arrastrados detrás de la máquina.

—¿Ese es el tren que va *a* Londres o el que viene *de* Londres? —preguntó Sherlock.

Matty miró la vía de arriba abajo.

—A —dijo por fin—. Desde aquí la línea va a Tongham, Ash, Ash Wharf y luego continúa a Brookwood y Guildford. Desde ahí puedes tomar un tren directo a Londres.

Londres. Sherlock miró fijamente las vías hasta el punto en que el tren giraba en una

curva y desaparecía de la vista. Al final del viaje se encontraría a dos o tres kilómetros de su hermano Mycroft, que estaría sentado en su despacho leyendo documentos u observando atentamente un mapamundi, pintado de rojo donde el Imperio británico había dejado su huella. Por un momento el deseo de correr detrás del tren y subir a bordo fue casi irresistible. Echaba de menos a su hermano. Echaba de menos a su padre y a su madre y a su hermana. Hasta echaba de menos el internado masculino de Deepdene, aunque no tanto.

—¿Qué hay en Brookwood? —preguntó, tratando de distraerse más que nada.

Matty se estremeció.

—No preguntes —dijo.

—No, en serio —a Sherlock le empezó a picar la curiosidad—. ¿Es algo que merezca la pena ver?

Matty negó con la cabeza.

—Ahí no hay nada que quieras ver a la luz del día —dijo rotundamente—, y no te gustaría estar allí de noche, créeme.

—Estaba pensando que podríamos hacernos con unas bicicletas —insistió Sherlock—. Salir a dar una vuelta. Ver algunas aldeas y pueblos de la zona.

Matty lo miró y frunció el ceño.

—¿Por qué íbamos a querer hacer eso?

—¿Curiosidad? —preguntó Sherlock—. ¿Nunca te has preguntado cómo son las cosas antes de verlas?

—Los pueblos se parecen a los pueblos y las aldeas se parecen a las aldeas —afirmó Matty—, y toda la gente se parece entre sí. Así es la vida. Venga, vámonos.

Llevó a Sherlock por el puente, bajaron las escaleras de hierro fundido y llegaron al andén donde los pasajeros habían desembarcado antes. Y desde ahí salieron a la calle.

Un carro se había detenido a un lado del camino y tres hombres lo estaban cargando con cajas de hielo envuelto en paja que había salido del tren.

Uno de los hombres era un individuo con cara de comadreja y dientes amarillos que les miró con el ceño fruncido cuando pasaron por delante.

—Señorito Sherlock —dijo una voz cortante detrás de ellos—, me decepciona encontrarle con árabes zarrapastrosos de la calle. Su hermano estaría avergonzado.

Sherlock se volvió con la cara colorada pese a no saber quién le estaba hablando y vio al ama de llaves, la señora Eglantine, a unos metros de distancia. Dos hombres que Sherlock reconoció de la mansión Holmes estaban cargando una serie de cajas de comida en un carro que iba enganchado a un caballo grande y aparentemente manso. Las cajas habían salido del tren casi con total seguridad.

—¿Árabes de la calle? —Sherlock miró a su alrededor. Matty era la única persona que había ahí y miraba a la señora Eglantine con cautela, listo para correr si las cosas se ponían feas—. Si piensa que es un árabe de la calle entonces necesita salir más, señora Eglantine —dijo con descaro, fastidiado por la actitud de la mujer.

Ella frunció los labios.

—Al señor le gustaría verle cuando regrese —dijo mientras los dos hombres que había

detrás de ella cargaban la última caja en el carro—. Por favor, no le haga esperar —se dio la vuelta y se montó en uno de los asientos delanteros—. El almuerzo se servirá tanto si está usted como si no —añadió mientras uno de los hombres se subía de un salto a su lado y el otro montaba detrás—. Su amigo no está invitado.

El caballo se marchó tirando del carro tras él. La señora Eglantine continuó mirando hacia delante y no se giró en ningún momento a mirar a Sherlock. El hombre que iba sentado en la parte de atrás echó un vistazo al muchacho y le saludó amablemente con la cabeza, tocando la visera de su gorra. Le faltaban varios dientes y tenía un corte en la oreja que parecía que se lo había hecho con un cuchillo, un hacha o algo así.

—¿Quién era esa? —dijo Matty mientras se acercaba a Sherlock.

—Era la señora Eglantine. Es el ama de llaves de la casa donde me estoy quedando —hizo una pausa—. No le caigo bien.

—Supongo que no le cae bien nadie —dijo Matty.

—Será mejor que me vaya —dijo Sherlock—. Tardaré media hora en volver si me doy prisa. Ha dicho en serio lo del almuerzo. Pasaré hambre hasta la cena si me lo salto —se volvió a mirar a Matty—. ¿Te veo mañana?

Matty asintió con la cabeza.

—¿Aquí mismo sobre las diez?

Sherlock tardó casi cuarenta y cinco minutos en regresar a la mansión Holmes y llegó justo cuando estaban tocando la campana para ir a comer. Se sacudió casi todo el polvo de la ropa y entró en el comedor. Para variar, Sherrinford Holmes estaba sentado en la cabecera de la mesa leyendo un panfleto. Su mujer, Anna, se movía afanosamente, revisando los cubiertos y hablando sola. La señora Eglantine estaba de pie detrás del tío Sherrinford. Cuando Sherlock entró no reaccionó, pero la forma en que evitaba intencionadamente mirarle le indicó que se había dado cuenta de que había llegado.

—Buenas tardes, tío Sherrinford y tía Anna —dijo Sherlock educadamente mientras se sentaba.

Sherrinford saludó a Sherlock con la cabeza sin levantar la vista del panfleto. Anna consiguió incluir algo parecido a un saludo en su monólogo ininterrumpido.

Una criada entró con una sopera y procedió a servir su contenido en cuencos bajo la supervisión de la señora Eglantine. Sherlock lo miraba sin gran interés hasta que Sherrinford dejó su panfleto, se inclinó hacia delante y dijo:

—Muchacho, después de comer va a venir un invitado y le agradecería mucho que estuviera presente. Su hermano me ha exhortado a que me asegure de que continúa con su educación mientras no va al colegio, y también me ha indicado que espera que no se meta en líos. Con esa intención he contratado los servicios de un tutor. Se hará cargo de usted tres horas al día, todos los días de la semana excepto el domingo, que espero que acuda a misa con el resto de la familia. Su nombre es Amyus Crowe —se sorbió la nariz—. El señor Crowe viene desde las colonias a visitar nuestro país, tengo entendido, pero no obstante ha demostrado ser un distinguido erudito. Su latín y su griego son excelentes. Espero que usted cumpla sus instrucciones.

De pronto Sherlock sintió que ardía de rabia. Cuando llegó a la mansión Holmes había

visto cómo los días se alargaban ante él, vacíos e inhóspitos, y se había preguntado qué haría con su tiempo, pero conocer a Matty Arnatt había abierto un abanico de posibilidades. Ahora parecía como si todas fueran a desaparecer de nuevo.

—Gracias, tío Sherrinford —susurró. Intentó parecer contento, pero su cara le delataba. La señora Eglantine sonrió levemente sin mirar a Sherlock.

Un pastel de carne con una gruesa masa de hojaldre y salsa siguió a la sopa, y un pudín de frutos rojos siguió al pastel. Sherlock comió sin apenas saborear los platos. No paraba de darle vueltas al hecho de que sus vacaciones se estaban convirtiendo en un infierno personal y estaba deseando volver a la estabilidad y previsibilidad del colegio.

Después del almuerzo, Sherlock pidió que le disculparan.

—No se vaya lejos —le advirtió Sherrinford—. Recuerde a mi invitado.

Sherlock merodeó por el salón mientras cada miembro de la familia se iba por su lado: Sherrinford a la biblioteca y la tía Anna a la terraza interior. Se dedicó a mirar los cuadros tratando de decidir cuál había sido pintado de la manera menos profesional. Al cabo de un rato una sirvienta se acercó a él. Llevaba en las manos una bandeja de plata con un sobre.

—Señor Holmes —dijo en voz baja—, esta carta le llegó esta mañana.

Sherlock la cogió rápidamente de la bandeja.

—¿Es para mí? ¡Gracias!

Ella sonrió y se alejó. Sherlock miró a su alrededor, medio esperando que la señora Eglantine se materializara y le arrebatara el sobre de la mano, pero estaba solo en el salón. La carta en efecto se dirigía al «Señor Sherlock Holmes, mansión Holmes, Farnham». Tenía el matasellos de Whitehall. ¡Mycroft! ¡Era de Mycroft! Impaciente, pasó la uña por debajo del lacre y tiró de la solapa.

Dentro había una sola hoja de papel. Las señas de la habitación de Mycroft en Londres estaban escritas en la parte superior, y debajo, con la letra particularmente clara de Mycroft, se leía:

Mi querido Sherlock:

Confío en que te encuentres bien de salud. No me cabe duda de que te sentirás abandonado y solo, y esta carta te hará enfadar. Has de saber que entiendo cómo te sientes y solo espero poder hacer algo para ayudarte.

«¡Sí que puedes!», pensó Sherlock. «¡Podrías dejar que fuera y pasara contigo las vacaciones!» Tan pronto se le ocurrió la idea, la descartó. Mycroft tenía sus propios problemas: un trabajo que le exigía mucho, su actual condición de cabeza de familia durante la ausencia de su padre, el cuidado de su madre, cuya salud física era delicada, y el de su hermana, que también tenía sus problemas. No, Mycroft había hecho lo mejor para los dos. A veces, pensó Sherlock, las únicas opciones que tenemos son injustas y lo que debemos hacer es escoger la que minimice las consecuencias negativas en lugar de la que maximice las positivas. Parecía la típica forma de pensar de los adultos, pero no le

gustaba que la vida adulta fuera así.

Cualquier carta que envíes a la dirección que figura arriba me llegará en un día, y prometo que responderé al instante a cualquier cosa que pidas, aparte de la de venir a Londres a vivir conmigo, que obviamente es imposible.

«Vaya, anticipándose como de costumbre», reflexionó Sherlock. Su hermano siempre había hecho gala de una capacidad extraordinaria de predecir lo que Sherlock estaba a punto de decir. Continuó leyendo:

He sugerido al tío Sherrinford que contrate a un tutor para impulsar tus estudios. Tengo buenas referencias de un hombre llamado Amyus Crowe y le he mencionado su nombre. Creo que puedes depositar tu confianza en el señor Crowe. También me consta que tiene una hija. A través de ella puede que consigas hacer algunos amigos de tu edad por la zona.

«Eso demuestra cuánto sabes», pensó Sherlock. «Ya he empezado a hacer mis propios amigos.»

En resumen, te pido encarecidamente que recuerdes que esta es una situación puramente temporal. Las cosas cambiarán, como siempre pasa. Aprovecha la situación en la que te encuentras. Como escribió el poeta persa Omar Khayyam: «Aquí con un mendrugo, entre el gajo ramaje, un ánfora de vino, un manojo de versos —y tú conmigo, sola, cantando entre el bosque, es para mí un paraíso el yermo más salvaje...».

Sherlock intentó descifrar el significado de aquellas palabras. Estaba bastante familiarizado con el *Rubaiyat* de Omar Khayyam, gracias a una copia que su traductor, Richard Burton, había donado a la biblioteca de Deepdene. La idea clave de los cuartetos parecía ser que la rueda de la fortuna seguía girando y nadie podía pararla, aunque los seres humanos podían disfrutar un poco durante el camino. El cuarteto en particular que Mycroft había citado implicaba que Sherlock debía buscar su propio «mendrugo», algo simple que le ayudara a que los días pasaran más rápido. ¿Pensaba Mycroft en algo en particular, o solo era un consejo general? Sherlock estuvo tentado de contestar inmediatamente a su hermano y pedirle que lo explicara mejor, pero conocía lo suficiente a Mycroft como para darse cuenta de que una vez que había dicho algo, era raro que entrara en detalles. Sherlock leyó con atención las últimas líneas.

Un último consejo: ten cuidado con la señora Eglantine. Pese a ser una persona de confianza, no es amiga de la familia Holmes.

Sé que no dejarás esta carta por ahí tirada y que la guardarás en un lugar seguro.

Tu hermano que te quiere,

Mycroft

Sherlock sintió un escalofrío al leer las últimas líneas. No era nada propio de Mycroft ser tan directo como para prevenirle contra la señora Eglantine, lo que le hizo preguntarse por qué estaba siendo tan franco. ¿Era porque quería que Sherlock no tuviera ninguna duda de su opinión sobre la señora Eglantine? Su última sugerencia, o más bien su última orden, la de no dejar la carta por ahí tirada, era la forma en clave de Mycroft de decir «destrúyela». Eso era más propio de él.

Deslizó la carta dentro del sobre, pero dentro había algo más, otro papel. Sherlock lo sacó y se quedó mirando un giro postal por valor de cinco chelines. ¡Cinco chelines! Había tenido miedo de abordar el tema de la paga con sus tíos, pero parecía que Mycroft se la proporcionaría.

Sherlock tuvo sentimientos encontrados al leer la carta. Por un lado estaba más tranquilo y contento ahora que Mycroft se había puesto en contacto y que sabía que tenía buena opinión de Amyus Crowe, pero por otro lado estaba seriamente preocupado por algo que antes solo había sido un asunto perturbador: la señora Eglantine y su evidente aversión hacia él.

—¿Una carta interesante?

La voz era grave y cálida y tenía un acento que Sherlock no reconoció. Se dio la vuelta mientras doblaba el sobre y se lo metía en el bolsillo.

El hombre que estaba en la entrada de la casa era alto y fornido. Tenía un mechón de pelo rebelde y totalmente blanco y la piel del cuello flácida, pero se conservaba tan bien que parecía mucho más joven. Tenía la piel curtida y bronceada, como si hubiera pasado mucho tiempo al aire libre bajo un sol más cálido que el que podía ofrecer Inglaterra. Llevaba un traje beige que tenía un corte y una tela con las que Sherlock no estaba familiarizado y en la mano sostenía un sombrero de ala ancha.

—De mi hermano Mycroft —dijo Sherlock, sin estar seguro de cómo seguir. ¿Debía llamar a una criada o invitarle a entrar?

—Ah, sí, Mycroft Holmes —dijo el hombre—. Veo que tenemos conocidos en común. Y como me niego a creer que eres lo bastante mayor para ser el señor Sherrinford Holmes, supongo que debes de ser el joven Sherlock.

—Sherlock Scott Holmes, a su servicio —dijo Sherlock, acercándose. Miró a su alrededor—. Eh... ¿le importaría entrar, señor...?

—Señor Amyus Crowe —respondió el hombre—. En otros tiempos de Albuquerque en el estado de Nuevo México, parte de los Estados Unidos de América. Es usted muy amable —dijo al entrar—. Pero seguramente ya habías deducido quién era. He venido aquí

recomendado por tu hermano y no creo que te escribiera sin mencionarlo, ¿no?

—Debería llamar a una criada o...

Antes de que pudiera acabar la frase, la señora Eglantine salió de la sombra que había al lado de la escalera principal. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? ¿Habría visto a Sherlock leer la carta?

—¿Señor Crowe? —preguntó—. El señor le está esperando. Por favor, acompáñeme —hizo un gesto hacia la puerta del despacho.

Sherlock se estremeció a su pesar. Era imposible que hubiera sabido lo que ponía en la carta a menos que la hubiera abierto y la hubiera vuelto a sellar, y se negaba a pensar eso de ella, pero sin embargo sentía como si le hubieran pillado haciendo algo malo.

Amyus Crowe entró en el salón y dejó su sombrero y su bastón en el perchero. Se acercó a Sherlock.

—Luego hablamos —dijo, poniéndole una mano en el hombro. Sherlock era alto para su edad, pero Amyus Crowe le sobrepasaba y le hacía sentir que tenía diez años—. Quédate por aquí, hijo —le echó un vistazo al salón—. Mientras esperas, intenta averiguar cuántos de estos cuadros son falsos.

La señora Eglantine se puso tensa.

—¡Ninguno de estos cuadros es fraudulento! —siseó—. ¡El señor nunca lo permitiría!

—«Ninguno de ellos» es una respuesta aceptable —dijo Crowe, y le guiñó el ojo a Sherlock cuando pasó delante de él. Le dio una tarjeta a la señora Eglantine—. Le agradecería que anunciara mi presencia.

La señora Eglantine condujo a Amyus Crowe a la biblioteca. Al cabo de un rato apareció y se alejó sin mirar a Sherlock. Él la siguió con los ojos mientras desaparecía entre las sombras que había al pie de la escalera y se preguntó si se habría detenido ahí y se habría dado la vuelta para mirarle.

Sherlock oía voces dentro de la biblioteca, pero no podía entender ninguna palabra. Deambuló junto al artesonado de roble, asimilando los detalles de cada uno de los cuadros. Ninguno de ellos estaba firmado. La apreciación artística no formaba parte del programa de estudios del colegio Deepdene y él no encontraba mucho interés en aquellos paisajes terrestres y marinos y escenas de caza. Todos le parecían falsos, con sus árboles perfectos, sus mares salvajes y sus caballos con patas largas y delgadas.

Albuquerque. Estados Unidos. Sonaba tan romántico... Sherlock sabía poco del país, salvo el hecho de que había sido colonizado por Inglaterra más de dos siglos antes, que se había rebelado contra el gobierno inglés unos cien años después y que sus habitantes eran independientes y descarados. Ah, y que había habido una guerra civil unos años antes que tenía algo que ver con la esclavitud. Pero Amyus Crowe le había caído bien al instante, y si Crowe era mínimamente representativo de sus compatriotas, Sherlock querría ir algún día a Estados Unidos.

Una media hora después se abrió la puerta del despacho y Amyus Crowe salió. Estaba sonriendo y estrechándole la mano a Sherrinford Holmes. Detrás de ellos, las apretadas hileras de libros encuadernados en cuero verde se desdibujaban como un paisaje cubierto de hierba.

–Ah, Sherlock –dijo Sherrinford–. Señor Crowe, permítame que le presente a mi sobrino Sherlock.

–Nos hemos conocido antes –dijo el señor Crowe, saludando con la cabeza a Sherlock.

–Muy bien. Gracias por venir. Haré que una sirvienta le acompañe a la puerta.

–No se moleste, señor Holmes. Daré un paseo por sus tierras con el señorito Sherlock, si me lo permite.

–Desde luego, desde luego –Sherrinford se replegó en su despacho como una tortuga en su caparazón y Crowe fue dando zancadas hasta donde estaba Sherlock.

–Bueno, ¿cuál es? –preguntó–. Si hay alguno.

Sherlock echó un vistazo a los cuadros. Pese a observarlos con detenimiento, seguía sin estar seguro. Señaló uno particularmente tosco de un jinete en un caballo con unas patas tan delgadas que se deberían haber partido por el peso.

–Ese no está especialmente bien pintado –se aventuró a decir–. La perspectiva está distorsionada del todo y la anatomía está mal. ¿Es el falso?

–Lo que pasa con los estafadores –dijo Crowe, examinando el cuadro– es que a los menos talentosos se les pilla bastante rápido. A menudo los estafadores son más convincentes que los auténticos. Tienes razón en lo de que el cuadro está pintado torpemente, pero es real –se puso frente a una dramática escena costera, con las olas rompiendo en una playa mientras un barco se balanceaba al fondo–. Este es el falso.

Sherlock lo miró fijamente.

–¿Cómo lo sabes?

–Al igual que varios de los cuadros de tu tío, se le atribuye a Claude Joseph Vernet. Tu tío también tiene unos cuantos cuadros del hijo de Vernet, Horacio. El mayor era muy conocido por sus paisajes costeros. Este es un cuadro del puerto de Dover, pero Vernet nunca visitó Inglaterra. El detalle es demasiado realista: está obviamente pintado del natural; por lo tanto, por definición, no es de Vernet. Es una falsificación hecha con su estilo.

–Era imposible que yo supiera eso –protestó Sherlock–. Nunca me han enseñado nada sobre Vernet o ningún otro pintor.

–¿Y qué te indica eso? –preguntó Crowe–. Miró fijamente a Sherlock, con sus ojos azules medio escondidos detrás de la piel arrugada.

Sherlock se quedó pensando un momento.

–No lo sé.

–Que puedes deducir todo lo que quieras, pero no sirve de nada sin conocimientos. Tu mente es como una rueca que gira continua e inútilmente hasta que se introducen las fibras y empieza a producir hilo. La información es la base de todo pensamiento racional. Búscala. Recopíla diligentemente. Llena el trastero de tu cabeza de todos los hechos que quepan dentro. No intentes distinguir entre hechos importantes y hechos triviales: todos son potencialmente importantes.

Sherlock se quedó un rato pensando. Se había preparado para sentirse avergonzado y ofendido, pero en la voz de Crowe no había ni rastro de crítica y tenía razón en lo que decía.

—Entiendo —dijo, y asintió con la cabeza.

—Ya lo creo que sí —contestó Crowe—. Vamos a dar un paseo y ver lo que encontramos.

Crowe cogió su sombrero y su bastón de la puerta y salieron a pasear bajo la luz radiante de aquel día de verano. Crowe atravesó el jardín frente a la casa y se dirigió hacia los árboles mientras hablaba sobre las distintas formaciones de nubes del cielo y sobre cómo se relacionaban con el clima.

—¿Te has preguntado alguna vez sobre los zorros y los conejos? —dijo al cabo de un rato.

—La verdad es que no —respondió Sherlock, sin saber a dónde llevaría aquel desvío.

—Supongamos que tuvieras cien zorros y cien conejos en un bosque y hubiera una cerca alrededor de él para que no pudiera salir ninguno. ¿Qué ocurriría?

Sherlock lo sopesó un momento.

—Los conejos tendrían crías, los zorros tendrían crías y los zorros se comerían a los conejos.

—¿A todos?

—A la mayoría. Los conejos que sobrevivieran serían difíciles de encontrar y probablemente empezarían a esconderse.

—¿Qué pasaría después?

Sherlock se encogió de hombros; no estaba seguro de a dónde le llevaría aquello.

—Los zorros comenzarían a morir de hambre, supongo.

—¿Y los conejos?

—Se mantendrían escondidos, comiendo hierba y procreando, por lo que empezarían a aumentar —una bombilla pareció encenderse dentro de su cabeza—. Y entonces la cantidad de zorros empezaría a crecer, porque estarían atrapando más conejos y comiendo bien y procreando. Y con el tiempo la cantidad de zorros sería tan grande que se comerían cada vez más conejos y el número de conejos empezaría a bajar de nuevo.

—Y el proceso se repetiría sin cesar, como dos olas que suben y bajan, una detrás de otra. En algún lugar detrás de todo eso hay un tipo de matemáticas llamadas cálculo diferencial, a las que deberías echar un ojo. Es extrañamente útil. Si quisieras, podrías aplicar esas mismas ecuaciones a los delincuentes y policías de una ciudad —de repente se echó a reír—. Los policías no suelen comerse a los delincuentes, pero los fundamentos son los mismos. Isaac Newton y Gottfried Leibniz desarrollaron las matemáticas de forma independiente, pero en los últimos tiempos han sido perfeccionadas por Augustin Cauchy y Bernhard Riemann. Riemann murió hace unos meses. Creo que fue una gran pérdida para el mundo, aunque no estoy seguro de que el mundo se haya dado cuenta todavía.

Sherlock personalmente dudaba de que las matemáticas pudieran ser importantes, así que evitó el tema. Se alegraba de «llenar el trastero de su cabeza» de cosas sobre arte y música que encontraba interesantes, pero seguramente podía prescindir de las ecuaciones.

Al cabo de un rato llegaron al muro de piedra seca que limitaba la finca Holmes. Crowe hizo un gesto hacia la derecha.

—Tú ve por ese lado, coge todas las setas y hongos venenosos que puedas. Yo iré por el otro lado. Nos encontraremos aquí en media hora y te enseñaré cómo puedes saber cuáles son venenosas y cuáles no. No pruebes ninguna antes de que te lo diga, ten cuidado. Es una técnica analítica válida, sin lugar a dudas, pero puede llegar a ser fatal.

Crowe se alejó por la izquierda, moviendo arbustos y matas de hierba hacia un lado con su bastón y mirando debajo de ellos. Sherlock fue en sentido opuesto y echó un vistazo al suelo para ver si encontraba los reveladores tallos blancos y carnosos de los hongos esforzándose por salir entre las hojas del helecho.

Al cabo de un rato estaba fuera de la vista de Amyus Crowe. Siguió andando, pero salvo una serie de brotes marrones y redondeados que salían al lado de un árbol y que no estaba seguro de si coger o no, no encontró nada.

Un destello de color entre los árboles captó su atención. Eran unos puntos rojos sobre un fondo blanco. Se acercó, pensando que sería una mata de setas venenosas abriéndose paso entre la tierra, pero había algo en la sombra que le preocupó. Era como...

Una nube de humo comenzó a ascender de aquel objeto y en ese momento Sherlock supo que se trataba del cuerpo retorcido de un hombre tendido en el suelo. El humo se alejó flotando, impulsado por la brisa, pero no había ni rastro de fuego. Por un momento Sherlock pensó que el hombre estaba tumbado ahí fumando una pipa y por alguna razón tenía la cara envuelta en un pañuelo blanco moteado de rojo, pero cuando se acercó se dio cuenta de que las manchas rojas no eran ni marcas de una seta ni puntos en un pañuelo blanco.

Eran pústulas llenas de sangre en el rostro de un cadáver.

Capítulo 4

Amyus Crowe se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio a Sherlock. De otro bolsillo cogió un frasco de metal plano y curvo para que se ajustara bien a la forma de su cuerpo. Tenía una cinta de cuero alrededor. Desenroscó la tapa y vertió un líquido parduzco en el pañuelo que tenía Sherlock en la mano, mojándolo. Un olor que hacía que le picara la nariz y le lloraran los ojos salió de la tela empapada.

—Brandy —dijo Crowe al ver la expresión dudosa de Sherlock—. Por si lo que mató a este hombre fuera infeccioso. No queremos pillar lo que se lo llevó de este mundo —se sacó otro pañuelo de un bolsillo diferente e hizo lo mismo.

—¿Lo que lo mató? —preguntó Sherlock, perplejo—. Sin duda fue algún tipo de enfermedad. ¡Mírale la cara!

Los brillantes ojos azules de Crowe se fijaron en la cara de Sherlock. Se quedó mirándole con interés durante unos segundos, sin soltar el pañuelo.

—¿Crees que una enfermedad es algo que ocurre sin más, que las enfermedades se manifiestan en un cuerpo sin ayuda de nada?

—Supongo —admitió Sherlock—. La verdad es que nunca lo he pensado.

—Pero sabes que las enfermedades pueden pasar de una persona a otra, si la tocas o estás cerca de ella.

—Sí... —dijo Sherlock con cautela, preguntándose a dónde querría ir a parar.

—Entonces, ¿acaso no tiene sentido que la persona enferma le transmita algo a la que está sana provocándole también la enfermedad?

Sherlock permaneció en silencio. Sabía que aquello se convertiría en otra lección, independientemente de lo que él dijera.

—Estuve en Viena hace unos años —dijo Crowe—. Conocí a un hombre llamado Ignaz Semmelweis. Era húngaro y trabajaba con mujeres que estaban a punto de dar a luz. Notó que las mujeres que eran atendidas por médicos o estudiantes de medicina tenían más probabilidades de morir de fiebre puerperal que las que eran atendidas por comadronas. Un hombre inteligente, Semmelweis. Muchos otros médicos habrían dejado de investigar llegados a ese punto, pero él se dio cuenta de que a menudo estos doctores llegaban a los partos directamente de las autopsias. Obligó a los médicos a lavarse las manos con agua y lima antes de examinar a las mujeres embarazadas y la tasa de mortalidad de fiebre puerperal cayó en picado en su hospital. Obviamente la lima estaba

matando o destruyendo algo en las manos de los médicos que de otro modo se habría trasladado de los cadáveres a las mujeres –sujetó el pañuelo en alto–. De ahí el brandy. Tiene un efecto similar.

–¿Qué clase de algo? –preguntó Sherlock.

Crowe sonrió.

–El escritor romano Marco Terencio Varrón escribió: «... allí nacen ciertas diminutas criaturas que no pueden verse con los ojos, que flotan en el aire y entran en el cuerpo por la nariz y la boca, causando serias enfermedades». Imagino que no es el tipo de clásicos que estudias en el colegio. La gente lleva siglos hablando de estas criaturas diminutas, pero la profesión médica simplemente no se lo ha tomado en serio.

–¿Pero no podríamos dejar el cuerpo aquí y decírselo a alguien? –preguntó Sherlock–. ¿No sería más seguro para nosotros?

Crowe miró los árboles y arbustos a su alrededor.

–Demasiadas probabilidades de que un zorro o un tejón lo encuentren y coman hasta saciarse. Nunca había visto a este tipo, pero no le desearía esto a nadie, vivo o muerto. No, en algún momento lo tendrán que sacar del bosque para enterrarlo, así que este es tan bueno como cualquier otro. Estaremos a salvo siempre y cuando no lo toquemos y nos pongamos estas máscaras.

Crowe se ató el pañuelo con cuidado alrededor de la cara. Los vapores del brandy hicieron que le lloraran los ojos. Se rio y las profundas líneas que bordeaban sus ojos se arrugaron como el lino.

–Nunca dije que fuera un buen brandy –dijo–. Ten cuidado de no probarlo. Ahora corre, ve a buscar una carretilla a los jardines y tráela aquí. Deprisa.

Sherlock dejó a Crowe agachado sobre el cuerpo, se guardó el pañuelo en el bolsillo para más tarde, se volvió deprisa sobre sus pasos y cruzó el bosque de vuelta a casa. Se abrió paso a través de los diversos árboles, arbustos y hongos que Amyus Crowe había señalado por el camino, corriendo entre la maleza y sintiendo cómo las hierbas le azotaban los tobillos al correr. El olor a helecho seco y a lavanda se mezclaba en sus fosas nasales. Podía sentir el sudor brotándole de la frente y entre los omóplatos y goteándole por las mejillas y la columna vertebral.

Cuando salió del bosque y entró en la extensión de campo abierto que les separaba de la casa, se detuvo un momento para recobrar el aliento y tranquilizarse. El sol de la tarde le cegó momentáneamente, tan contundente como un golpe en la cabeza. Se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, aspirando bocanadas de aire caliente. Los sonidos que habían sido amortiguados por los árboles –la tala de madera, el distante gruñido de los cerdos, alguien cantando– de pronto le pedían a gritos que les prestara atención.

Cuando se enderezó vio a lo lejos una figura montada a caballo más allá de la entrada que conducía a la carretera, al otro lado del muro. El caballo estaba inmóvil, y a Sherlock le pareció que la figura le miraba. Entornó los ojos y levantó una mano para protegerlos del sol, pero en el instante en que su mano le bloqueó la vista el caballo se movió y la figura desapareció.

Sherlock se sacó aquella imagen de la cabeza, encontró una carretilla cerca del gallinero

y la empujó a toda prisa por los bosques donde yacía el cuerpo. Encontró a Crowe registrando los bolsillos del hombre.

—Nada que nos diga quién es —dijo sin volverse. Su voz estaba amortiguada por el pañuelo—. ¿Lo reconoces?

Sherlock miró fijamente la cara hinchada y sintió que se le revolvía el estómago. Intentó ver los rasgos que había debajo de los forúnculos y la rojez.

—Creo que no —dijo finalmente—, pero es difícil saberlo.

—Mira las orejas —dijo Crowe—. Las orejas de la gente son bastante características. Algunas no tienen lóbulos, otras están arrugadas y otras son como conchas perfectas. Es una manera fácil de distinguir a la gente, especialmente si están tratando de esconderse.

Sherlock iba a responder que era prácticamente imposible distinguir la identidad del hombre que yacía muerto en el suelo, pero se mordió la lengua y en lugar de hablar se concentró en su oreja izquierda, que estaba al descubierto. Notó que tenía un marcado corte en la piel, hacia la mitad, como si se lo hubieran hecho con un cuchillo en alguna pelea, o con un hacha mientras cortaba madera. Aquel pensamiento le hizo acordarse de algo. Había visto a ese hombre antes. ¿Pero dónde?

—Creo que trabaja para mi tío —dijo por fin—. Lo vi conduciendo un carro.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Crowe.

—Esta misma mañana —Sherlock frunció el ceño—. Pero parece que llevara días enfermo. Estaba bien cuando yo lo vi.

—Instructivo —murmuró Crowe—. Muy bien; vamos a meterlo en la carretilla y a llevarlo a casa. Tu avinagrada ama de llaves puede mandar a buscar al quebrantahuesos local.

—¿Quebrantahuesos?

—Doctor —rio Crowe—. ¿Nunca habías oído la palabra «quebrantahuesos»?

Sherlock negó con la cabeza.

—Los llaman así porque no hace mucho tiempo eso era prácticamente todo lo que hacían: amputar dedos, manos, pies, brazos o piernas cuando había un accidente —Crowe resopló—. Afortunadamente, la civilización ha avanzado algo desde entonces —se inclinó hacia el cuerpo, luego se volvió a enderezar y le echó un vistazo a Sherlock—. Recuerda: no le toques la piel —le advirtió—. Solo la ropa. Mejor no correr riesgos.

Tardaron casi media hora en atravesar el bosque. Amyus Crowe empujaba la carretilla donde el cadáver se balanceaba torpemente. Sherlock iba delante y se agachaba y retiraba piedras y ramas que pudieran engancharse con la rueda o hacer que Crowe se tropezara. Las manos del muerto se movían inertes arriba y abajo cada vez que la carretilla pasaba por encima de un bache, y daba la sensación de que estuviera intentando incorporarse con todas sus fuerzas. Sherlock trató de no mirar.

Cuando vieron la casa, la respiración de Sherlock era entrecortada y podía sentir cómo le ardían los músculos por el cansancio. Alguien debió de haberlos visto, porque la señora Eglantine caminaba dando zancadas hacia ellos.

Fue a su encuentro cuando salieron de entre los árboles.

—No oséis —dijo fríamente— llevar esa cosa cerca de la casa.

—Esta cosa —le increpó Crowe con calma— es uno de los empleados de su señor. Sé que

está muerto, pero creo que no obstante merece un poco de respeto.

La señora Eglantine se cruzó de brazos.

–Empleado o no –dijo–, no permitiré que lo lleven cerca de la casa. Mírelo. No sé si es la viruela o la peste, pero hay que quemar el cuerpo.

–Estoy de acuerdo –dijo Crowe–, pero primero quiero que lo vea un médico. Y, por supuesto, hay que decírselo a su familia. Sea tan amable de mandar a buscar un médico de la ciudad. Mientras tanto, ¿hay algún lugar donde podamos guardar el cuerpo?

La señora Eglantine soltó un bufido.

–Hay un cobertizo por allí donde se amontona el estiércol –dijo–. No se usa para nada. Póngalo ahí –hizo una pausa–. Podemos quemar el sitio después –agregó, se dio la vuelta y regresó a la mansión.

–Una dama encantadora –murmuró Crowe.

Sherlock rodeó la casa y le condujo hasta donde amontonaban el abono antes de extenderlo por los huertos de verduras y árboles frutales. Aquel olor reciente y nauseabundo, pese al pañuelo empapado en brandy, le penetraba por la nariz y la boca y le llenaba la garganta de bilis.

El cobertizo estaba desvencijado y Sherlock y Crowe tuvieron que apartar montones de madera partida y utensilios del campo oxidados para poder maniobrar con la carretilla y meter el cuerpo dentro. La luz del sol que atravesaba los agujeros del techo y las paredes iluminó el cuerpo en zonas como una mano de grandes y afortunadamente dejó el resto a oscuras. Al verlo con los brazos y piernas colgando de los bordes de la carretilla, a Sherlock se le antojaba una especie de muñeca grotesca tamaño natural de la que se habían deshecho sin contemplaciones.

–No tiene sentido que nos quedemos los dos –dijo Crowe cuando salió fuera y se quitó el pañuelo–. Vuelve a casa. Haz que una de las sirvientas te prepare un baño con agua caliente. Frótate bien con jabón carbólico. Cámbiate de ropa y deja fuera la que llevabas puesta para que la quemen, si tienes suficiente de repuesto. Si no, pídele a la sirvienta que se las lleve para lavar.

Después del baño, con la piel enrojecida y en carne viva de restregarse con el jabón carbólico rojo oscuro, Sherlock se puso su ropa limpia y abandonó la casa. Aún podía percibir el olor alquitranado que el jabón le había dejado en la piel, y le escocían los ojos. Dobló la esquina de la casa y mientras se enjugaba las múltiples lágrimas de los ojos vio a Amyus Crowe fuera del ruinoso cobertizo conversando con un hombre fornido que llevaba una levita negra. Debía de ser el médico local. Mientras se acercaba, Sherlock pudo oír la voz aguda y arrogante del doctor que decía:

–Debemos alertar a las autoridades civiles. Este es el segundo cuerpo con síntomas similares que encontramos. Si es la peste, tenemos que tomar precauciones inmediatamente. La feria de mañana deberá ser cancelada y habrá que cerrar todos los bares para impedir que la enfermedad se propague. ¡Cielos! ¡Incluso puede que tengamos que acordonar las calles que entran y salen de la ciudad hasta que haya pasado el peligro!

–Para el carro –dijo Amyus Crowe con su voz grave y pausada–. Solo tenemos dos cuerpos. Dos gotas no hacen una tormenta.

–Pero si esperas a que llueva a cántaros antes de abrir el paraguas, te empaparás – replicó el médico.

De pronto Sherlock cayó en la cuenta de que él sabía más que ellos. El cuerpo, las pústulas, la nube de humo. Todo aquello era exactamente lo que Matty Arnatt había visto cuando murió el hombre de la ciudad. ¿Qué era el humo?

–Hay que esperar al menos hasta conseguir que un experto eche un vistazo a los cadáveres.

El doctor negó con la cabeza en señal de fastidio.

–¿Qué experto? Yo puedo hacer una autopsia, pero me basta con ver esos forúnculos hinchados. Tenemos que asumir que estamos lidiando con la peste bubónica y actuar en consecuencia.

Crowe levantó una mano para tranquilizarle.

–Conozco a un profesor de enfermedades tropicales que vive en Guildford. Profesor Winchcombe, se llama. Podríamos mandar a alguien a buscarle. Escribiré una carta.

–Escribe si quieres –dijo el médico–, pero mientras haces eso yo hablaré con el alcalde y el gobierno municipal; y también con el obispo de Winchester.

–¿Qué tiene que ver él con esto? –preguntó Crowe–. El castillo de Farnham es la residencia oficial de su Ilustrísimo.

Sherlock se acercó, pero Amyus lo vio y le indicó que se alejara con un gesto de la mano. Sherlock sintió un arranque de enfado. Era él el que había encontrado el cuerpo y parecía que su tutor quería dejarlo fuera. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Aguantar hasta que hubiera acabado la conversación y luego retomar la lección donde la habían dejado? Tenía mejores cosas que hacer con su tiempo. Si Crowe quería quejarse, que escribiera a Mycroft.

Sentía tal rabia revolviéndole por dentro que se dio la vuelta y se alejó por el bosque.

Al llegar a los árboles enseguida perdió de vista la casa. La tierra esponjosa cedía bajo sus pies. Lo único que le rodeaba era el leve crujido de plantas que se secaban al sol de la tarde y el ocasional susurro de un pájaro o un zorro moviéndose entre la maleza. El aroma de las hojas húmedas subía desde el suelo y tapaba los rastros de brandy que le producían aquel hormigueo en la nariz y que aún podía oler junto a los vestigios más acres del carbólico. No había senderos ni veredas que seguir entre los arbustos y Sherlock tuvo que pasar con cuidado por encima de árboles caídos y rodear majuelos para avanzar.

Había entrado en los bosques por un sitio diferente del que habían usado antes Crowe y él, y no estaba seguro de dónde se encontraba. Al cabo de unos minutos seguía sin ver la casa y se dio cuenta de que se había orientado mal. Lo mismo podía estar en medio del bosque que en los límites, y en ese caso, si no tenía cuidado, podría seguir andando hasta llegar al centro. No había forma de saber dónde estaba, y aunque intentó catalogar los tipos de árboles por los que pasaba, todos le acabaron pareciendo iguales.

Algo lo arrastraba hacia lo más profundo del bosque, algo primitivo que no comprendía. Mucha gente hablaba de pueblos y ciudades como si tuvieran personalidad propia y Sherlock había experimentado algo parecido en Londres, en las visitas

esporádicas que hacía con su padre, y en menor medida en Farnham con Matty Arnatt. Pero aquí podía sentir un tipo de personalidad diferente. Algo intemporal y oscuro. Fuera lo que fuese, había visto morir al granjero y no le había importado, como tampoco le había importado ninguno de los cientos, miles, millones de muertes de animales y seres humanos que había atestiguado durante todo el milenio.

Cuando se deshizo de sus sentimientos se topó con los surcos que había dejado la carretilla y los siguió para volver a la zona del bosque donde había descubierto el cuerpo. La vegetación que poco antes estaba aplastada bajo el cadáver se había vuelto a levantar y no quedaba ni rastro del lugar donde había estado tendido el cuerpo. Sherlock solo supo el sitio exacto porque era ahí donde acababan los surcos de la carretilla.

Miró fijamente el suelo, sin estar muy seguro de lo que estaba buscando. Intentó imaginarse cómo habrían sido los últimos momentos del muerto. ¿Se habría tambaleado, delirante, hacia un claro del bosque y se habría dejado caer sobre sus rodillas antes de desplomarse en el suelo? o ¿habría estado andando, inconsciente de su enfermedad, antes de desmayarse de pronto y yacer inconsciente mientras le aparecían los furúnculos en la cara y en las manos? Debía de haber alguna forma de saberlo por sus pisadas. Si hubiera estado delirando, deambularía; mientras que si hubiera andado con normalidad, sus pisadas serían rectas. Al doctor podría resultarle útil saber cuán rápido había comenzado la enfermedad, o al menos podría impresionar a Amyus Crowe con sus habilidades deductivas.

Sherlock se agachó y examinó de cerca el suelo. Las botas del hombre habían dejado unas huellas muy marcadas en la tierra: el talón de un pie estaba desgastado comparado con el otro y Sherlock vio que podía distinguir fácilmente las huellas del hombre de las suyas y de las de Amyus Crowe. Siguió su rastro hasta los árboles. Eran extrañas; algunas veces apuntaban hacia un lado y otras hacia otro, como si el hombre hubiera estado dando vueltas. ¿Bailando, quizá? No, eso era una estupidez. ¿Mareado? Eso era más probable. Tal vez la enfermedad —cualquiera que fuese— había afectado su sentido del equilibrio.

Sherlock siguió las huellas garabateadas en el camino lejos del claro hasta un punto donde de pronto se encauzaban. De ahí conducían a otra parte siguiendo una línea recta y se desviaban de vez en cuando al bordear un árbol o un tronco caído, mientras se alejaban de lo que él suponía que era la mansión Holmes. Parecía como si lo que le había afectado hubiera comenzado de repente: un segundo caminaba aparentemente normal y al siguiente se tambaleaba en círculos como un borracho y poco después caía al suelo. Y finalmente, moría.

Sherlock volvió a la zona donde cambiaban las huellas y se quedó quieto, mirando perplejo a su alrededor. Algo sobre el terreno en las inmediaciones le preocupaba. Miró fijamente los árboles, los arbustos y la hierba durante unos instantes, tratando de entender cuál era el problema, y entonces se dio cuenta. La hierba era de un color ligeramente distinto, más amarilla que la de otros lugares del bosque. Sherlock se arrodilló y tocó la tierra con el dedo, que salió manchado y lleno de polvo. Habían esparcido algo ahí, algo que no encajaba.

Sherlock frotó las puntas de sus dedos entre sí. Estaban grasientas. Lo que quiera que fuese aquel polvo amarillo no se parecía a nada que hubiera visto antes. Por un momento le entró el pánico y el corazón le empezó a latir deprisa cuando se le ocurrió que el polvo amarillo podría haber causado la enfermedad del hombre, pero al pensarlo de nuevo se convenció de que las enfermedades no se originaban por una mancha de polvo. Eran transmitidas de una persona a otra. El veneno era otra posibilidad, ¿pero qué venenos había que provocaran pústulas en la cara y las manos de un hombre?

Sherlock pensó rápidamente y se sacó del bolsillo el sobre que contenía la carta de Mycroft que había recibido esa mañana. Extrajo la hoja y se la volvió a meter en el bolsillo, luego sujetó el sobre por los bordes para que se abrieran como una boca diminuta y lo deslizó por el césped como una pala. Metió un poco del polvo amarillo dentro del sobre. Lo volvió a cerrar deprisa y se lo guardó en un bolsillo diferente. No sabía si era importante, pero Amyus Crowe podría identificarlo.

Vagó por el bosque y finalmente consiguió salir a una carretera. No sabía si era la que conducía a la mansión Holmes o a otra diferente. Se alejaba de él describiendo curvas en ambas direcciones y le resultó imposible averiguar dónde estaba. Se sentó al lado de la carretera y esperó. En algún momento, razonó, un carro pasaría por ahí y le podría pedir que le llevara.

Ya había atardecido. ¿A dónde quería ir, a la mansión o a la ciudad? Al cabo de unos segundos decidió que si volvía a la mansión se exponería a pasar una tarde aburrida. La ciudad le pareció más interesante.

Los primeros diez o doce carros que pasaron iban en la misma dirección y todos estaban llenos hasta arriba de cajas, cajones y sacos de lona. Las caras de los conductores y sus pasajeros daban miedo. Sherlock no estaba seguro, pero le daba la sensación de que habían oído hablar de las dos muertes y se marchaban de Farnham, escapándose lo más lejos posible de la supuesta peste. Ni siquiera se molestó en pedirles que le llevaran: la expresión de sus caras indicaba que no serían muy encantadores con él. Por fin, cuando media hora después, oyó el traqueteo de las ruedas de un carro en la dura superficie de tierra de la carretera en dirección opuesta a aquella por la que habían venido los demás carros. Se puso de pie y esperó a que doblara la curva.

—¡Disculpe! —le gritó al conductor canoso de cara alargada—. ¿En qué dirección va?

El conductor movió ligeramente la cabeza para indicar la carretera que había delante. No se molestó en mirar a Sherlock, aunque al menos tiró de las riendas para frenar al único caballo que iba con él.

—¿Hacia dónde está la mansión Holmes? —exclamó Sherlock.

El hombre ladeó la cabeza e indicó la carretera a su espalda con un ligero tirón.

—¿Me puede llevar a la ciudad? —preguntó. El hombre se quedó pensando un momento y luego sacudió la cabeza hacia la parte de atrás del carro. Sherlock lo tomó como un «sí» y se montó justo cuando el carro aceleraba, lo que estuvo a punto de provocar que se cayera. En lugar de eso, cayó hacia delante sobre una masa de paja.

El conductor no dijo ni una palabra durante el viaje y Sherlock pensó que él tampoco tenía nada que decir. Se pasó todo el camino pensando alternativamente en el hombre

muerto, el jinete misterioso y el personaje extraño pero cautivador de Amyus Crowe. Para tratarse de un lugar que al principio le había parecido un infierno sumamente aburrido, la mansión Holmes y sus alrededores se estaban convirtiendo en cualquier cosa menos eso.

Sus pensamientos derivaron a la historia que Matty le había contado sobre el cadáver que habían sacado de la casa de Farnham y la extraña nube que había visto salir flotando por la ventana. Sherlock había hecho caso omiso de la historia en ese momento –al menos la parte de la nube–, pero ahora lo estaba reconsiderando. Si Amyus Crowe tenía razón cuando afirmaba que las enfermedades eran causadas por «criaturas diminutas» que podían pasar de una persona a otra, ¿entonces era eso lo que él y Matty habían visto, una nube de esas diminutas criaturas portadoras de enfermedades?

No tenía sentido. Nadie había mencionado nunca haber visto esas nubes de criaturas. Sherlock y Matty no podían ser las únicas personas que se hubieran topado con ellas, ¿no? Algo más estaba pasando.

Cuando el carro se detuvo con una sacudida, Sherlock se dio cuenta de que habían llegado a Farnham. El conductor estaba sentado tan quieto como una estatua, esperando a que Sherlock se bajara, y se puso de nuevo en marcha sin mirar atrás mientras él seguía hurgando en sus bolsillos en busca de calderilla, pues esperaba tener que pagarle algo al hombre por las molestias.

Sherlock miró a su alrededor. Reconoció la calle: era la principal que pasaba por el centro de Farnham. Delante de él había un gran edificio cuadrado de ladrillo rojo rodeado de arcos que Matty le había dicho que era un almacén. Echó un vistazo a su alrededor; la villa seguía su curso habitual: la gente caminaba por la calle o cruzaba de un lado a otro, se paraba en escaparates o en puestos donde vendían pasteles, hablaban entre ellos o se metían en sus propios asuntos. Sería difícil encontrar un mayor contraste con la oscura soledad de los bosques.

Quizá era su imaginación, pero daba la impresión de que se estaban formando pequeños grupos de personas en las esquinas de las calles y fuera de las tiendas. Todas las cabezas parecían estar pegadas y mirando hacia abajo, como si estuvieran cuchicheando, y de vez en cuando lanzaban miradas sospechosas a los viandantes. ¿Estarían hablando de la posibilidad de que hubiera peste en el pueblo? ¿Estarían escudriñando cada cara que pasaba para ver si tenía signos de bubones hinchados o del rubor de la fiebre?

Sherlock hizo rápidamente una lista de lugares donde podría encontrar a Matty y fue tachando los menos probables. En ese momento aún faltaba una hora o dos para que los puestos del mercado cerraran, así que había pocas posibilidades de que estuviera al acecho esperando a que tiraran frutas o verduras en su dirección, y según el horario de trenes que Sherlock había memorizado cuidadosamente por si no podía aguantar más en la mansión Holmes, no había más trenes hasta la noche. Imaginó que Matty estaría merodeando fuera de una de las tabernas locales, esperando a que a uno de los clientes borrachos se le cayera algún penique.

Al final, Sherlock se dio cuenta de que no tenía suficientes pruebas para averiguar

dónde podía estar Matty. Como le había dicho Mycroft: «Teorizar sin pruebas es un error capital, Sherlock». Así que en lugar de eso se abrió paso por las calles hasta llegar al sitio que Matty le había mostrado: la casa donde había muerto el primer hombre y donde la nube de la muerte había salido sigilosamente por la ventana, trepado por la pared y atravesado el tejado.

El edificio parecía abandonado. Las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, y parecía que alguien había clavado un letrero en la puerta. Sherlock supuso que era una advertencia de que alguien había muerto dentro por una fiebre. Tuvo sentimientos encontrados: parte de él quería entrar y echar un vistazo, ver si había algún rastro del polvo amarillo dentro, pero otra parte, una más primitiva, estaba asustada. Pese al pañuelo empapado en brandy que aún tenía hecho una bola en el bolsillo, no quería exponerse a un posible contagio.

La puerta de la casa tenía una rendija abierta y Sherlock se ocultó en la sombra de un portal que estaba al otro lado de la calle. ¿Quién había dentro? ¿Alguien se estaba arriesgando a limpiarla o se había mudado o había vuelto a entrar sin tener en cuenta el riesgo que conllevaba? Durante un rato la puerta no se abrió más y Sherlock sintió la presencia de una figura que vigilaba a lo lejos en la oscuridad. Retrocedió y se ocultó aún más en la sombra. El corazón le latía con fuerza sin que él supiera por qué.

Finalmente la puerta se abrió un poco más, lo suficiente para que un hombre se colara por el hueco. Estaba vestido en varios tonos de gris y echó una ojeada a ambos lados de la calle antes de escapar. Llevaba un saco en la mano.

Y la mano que sujetaba el cuello del saco estaba cubierta de un fino polvo amarillo.

Intrigado por el polvo y por la actitud del hombre, que indicaba que no quería ser visto dejando la casa, Sherlock le observó seguir la calle hasta donde se unía con otra más ancha. El hombre giró hacia la izquierda. Sherlock esperó unos segundos y luego fue tras él. No sabía lo que estaba pasando, pero tenía la intención de averiguarlo.

Había algo en aquel hombre que le resultaba extrañamente familiar. Sherlock le había visto antes en algún sitio. Tenía la cara estrecha como una comadreja y unos dientes salidos amarilleados por el tabaco. Y entonces lo recordó: lo había visto en la estación de Farnham cuando fue con Matty. Había estado cargando cajas de hielo en un carro.

La trayectoria del hombre le llevó de una punta de Farnham a la otra. Sherlock permaneció todo el camino detrás de él, ocultándose en las entradas de las casas o detrás de la gente cuando pensaba que el hombre se iba a dar la vuelta. En un momento dado el extraño viró hacia una calle lateral que Sherlock reconoció. Era la calle en la que habían estado antes Matty y él y donde habían estado a punto de ser atropellados por el carruaje que llevaba al extraño individuo de los ojos rosas.

El hombre caminó de lado por un alto muro de yeso hasta llegar a las puertas de madera por las que había salido la carroza, y las golpeó con un ritmo tan complicado que Sherlock no pudo retenerlo pese a intentar memorizarlo. Las puertas se abrieron con un chirrido y cuando el hombre se escurrió dentro volvieron a cerrarse antes de que Sherlock tuviera la oportunidad de ver lo que había dentro.

Miró a su alrededor, frustrado. Realmente quería echar un vistazo al otro lado del muro

para ver lo que había ahí, pero no sabía cómo hacerlo. Ahora estaba todo conectado de alguna forma –las dos muertes, las nubes que se movían, el polvo amarillo–, pero no podía ver los hilos que establecían esa conexión. Las respuestas que buscaba podían estar detrás de esa pared, pero también podían estar en China.

El sol anaranjado estaba bajo en el cielo. No faltaba mucho para que Sherlock tuviera que estar de vuelta en la mansión Holmes adecentándose para la cena. No tenía mucho tiempo. Desesperado, miró a su alrededor. Detrás de él, donde el muro doblaba la esquina, buena parte del yeso se había desmoronado a causa de los golpes que a lo largo de los años le habían dado los carros y carretillas al pasar, y después se había erosionado por la lluvia. El áspero ladrillo que estaba al descubierto en los sitios donde faltaba revoque podría haber sido suficiente para darle a Sherlock un punto de apoyo y empujarle hacia arriba de la pared.

Merecía la pena intentarlo.

Sin darse tiempo para pensar, se deslizó hasta la esquina y echó un vistazo a su alrededor. Nadie le estaba mirando. Se estiró todo lo que pudo hacia arriba y dejó que sus dedos encontraran un nicho entre dos ladrillos, luego escarbó con el pie derecho para encontrar un agarre equivalente. Cuando pensó que estaba listo se impulsó hacia arriba. Los músculos de sus piernas se inflamaron con la actividad repentina, pero no iba a rendirse ahora. Levantó la mano izquierda lo más alto que pudo y notó que agarraba la parte de arriba del muro. Resistió firmemente, subió el pie izquierdo y luego lo arrastró hacia abajo del muro hasta que tocó algo. Cambió el peso del pie derecho al izquierdo esperando que los ladrillos no se cayeran en pedazos. Pero aguantaron y Sherlock estiró la mano izquierda y empujó con el pie izquierdo a la vez. Al trepar por la pared se arañó el cuerpo y acabó milagrosamente tumbado en la parte de arriba del muro, tambaleándose y a punto de caer al patio que había debajo de él.

Capítulo 5

Desde encima del muro donde estaba tumbado, Sherlock pudo ver todo el patio que se extendía ante él. No había nadie a la vista. Un edificio de madera de una sola planta y sin ventanas, más parecido a un almacén que otra cosa, invadía el espacio y la zona que lo rodeaba estaba sucia y llena de malas hierbas. Múltiples rodadas enlazaban las enormes puertas de madera de la entrada del edificio con las puertas del muro. Algunas de ellas eran poco más que arañosos en la tierra, mientras que otras eran profundas y aún estaban llenas de agua de la lluvia que había caído recientemente. Sherlock supuso que los carros o carretas llegaban al almacén ligeramente cargados, por lo que hacían surcos poco profundos, y se marchaban con algo pesado dentro, lo que hacía que los surcos se hundieran más en la tierra blanda. Pero ¿qué se estaba almacenando o haciendo en aquel almacén? Y ¿estaba eso de alguna manera conectado con la muerte del hombre que Matty había visto y con el polvo amarillo?

Pasó una pierna por encima del muro y se preparó para bajar al suelo, pero de pronto oyó un correteo que le hizo retroceder rápidamente. Algo oscuro y veloz salió a la carrera de la sombra que rodeaba el edificio y apenas pudo distinguir sus patas. Sherlock alcanzó a ver una cabeza grande y muy musculosa, con orejas diminutas pegadas al cráneo y un cuerpo pequeño cubierto de pelaje. El perro no le ladró, pero le gruñó con un sonido chirriante y grave, como una sierra que estuviera cortando madera dura. La baba le goteaba por los dientes. Se deslizó a toda prisa por el suelo, paró justo debajo de donde estaba él tumbado y se quedó mirándole fijamente, arrastrándose de un lado a otro sobre sus achaparradas patitas y con el rabo bajo.

Tenía que entrar en aquel almacén. Ahí había un misterio encerrado, y Sherlock odiaba los misterios sin resolver. Pero el perro parecía hambriento y entrenado para atacar.

Miró atrás, hacia el lado de la pared por donde había trepado. ¿Habría otra forma de entrar? Era improbable, y además el perro le olería y le seguiría por todas partes. ¿Podría hacerse amigo de él? Probablemente no, y mucho menos sin bajar del muro, y el castigo si fallaba era demasiado terrible para contemplarlo. Podía encontrar un ladrillo que estuviera flojo o una piedra grande y dejarlo caer encima del animal, pero eso le pareció innecesariamente cruel. ¿Podría drogarlo de algún modo? Se le ocurrió que podía regresar corriendo al mercado de Farnham y comprar un trozo de carne con el poco dinero que tenía, pero luego, ¿qué?

Echó un vistazo al suelo a ambos lados del muro, buscando algo que pudiera servirle de ayuda. En la esquina donde la pared se encontraba con el suelo, cerca de las puertas, divisó una especie de sombrero de piel abandonado. Era el tejón muerto que había visto antes. Pegó un salto que casi le hizo caer de la pared y corrió un poco hasta donde yacía el cuerpo agazapado del tejón. Lo cogió. El pelaje estaba seco y polvoriento y el cuerpo casi no pesaba, como si al morir cualquier chispa de vida se hubiera evaporado llevándose consigo cualquier masa que efectivamente pudiera haber tenido. Olfó algo rancio y asqueroso. Musitó una disculpa, se inclinó ligeramente, estiró el brazo y lanzó el tejón por encima del muro. Sus rígidas extremidades se extendieron mientras volaba dando vueltas a toda velocidad. Desapareció detrás de los ladrillos y Sherlock oyó un ruido sordo cuando chocó contra el suelo. Segundos después llegó el sonido que había estado esperando: el agitado pataleo en la tierra seca y el gruñido cuando el perro le hincaba los dientes al cadáver. Sherlock volvió a trepar rápidamente por la pared y echó un vistazo abajo. El perro estaba sujetando al tejón con sus patas delanteras, movía penosamente su cuerpo de un lado a otro con su firme mandíbula y le arrancaba trozos. Cuando cayó al suelo, el perro paró de golpe, le miró con recelo y luego siguió tirando de la criatura muerta. O había decidido que Sherlock era su amigo por darle un juguete tan bueno con el que divertirse o simplemente lo estaba reservando para más tarde. Sherlock esperaba con fervor que la primera explicación fuera la correcta.

A toda prisa, antes de que el perro destrozara al tejón en pedazos demasiado pequeños y la presa perdiera su interés, corrió a toda velocidad por el patio hasta llegar al almacén. Había una puerta lateral en una de las paredes y la abrió ligeramente. Silencio y oscuridad. La abrió un poco más, se deslizó dentro y la cerró tras él.

Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad, pero cuando lo hicieron Sherlock vio que el espacio en el interior del almacén estaba iluminado por claraboyas. Los rayos de sol se proyectaban a través del sucio cristal formando pilares diagonales de luz que parecían sostener el techo con un andamio imaginario. El lugar olía a tierra seca y vieja y a sudor, pero por debajo de esos olores subyacía otro más dulce y floral. Había montones de cajas y cajones en diferentes sitios del edificio, y al otro lado, en el extremo más lejano, varios hombres los cargaban en un carro. El hombre al que había estado siguiendo por Farnham era uno de ellos y el saco de lona que llevaba antes encima estaba tirado en el suelo. Un caballo sujeto a las varas del carro pastaba tranquilamente de un morral que le habían atado con correas a la cabeza. Un segundo carro estaba aparcado en un lateral del almacén con las varas apuntando hacia abajo y apoyadas en el suelo.

Un montón de cajas de madera vacías estaban apiladas de mala manera cerca de ellos y Sherlock se movió con sigilo hacia un lado para esconderse detrás de ellas. Miró fijamente a los hombres mientras cargaban el carro con lo que parecía que era lo último. No paraban de maldecir y de empujarse mutuamente al levantar las cajas del suelo y meterlas una por una en el carro. A juzgar por la suciedad de su ropa y el sudor de sus caras, llevaban un buen rato trabajando de esa manera.

El hombre al que Sherlock había seguido por Farnham ayudó con la última caja, luego se sacudió las manos y se las limpió en el chaleco como si llevara todo el día ahí

trabajando. Sus manos dejaron manchas amarillas de polvo –lo que quiera que fuese– en la tela basta. Uno de los otros hombres, un matón enorme con la cabeza afeitada, tatuajes que le cubrían el brazo hasta la muñeca como si fueran mangas y un quinqué encendido colgando de una trabilla del cinturón, le miró con desdén.

–¿Has disfrutado de tu pequeña excursión? –preguntó con fingido interés.

–¡Eh! Yo también estaba currando –respondió el primero.

–¿Qué pasa con la choza de Wint?

El recién llegado negó con la cabeza.

–El barón tenía razón: nos estaba mangando cosas de extranjis y tratando de revenderlas. Había un huevo de chaquetas y pantalones al lado de su cama.

–¿Te ha visto alguien?

–Nadie. He sido como una rata.

–¿Lo has cogido todo?

El hombre señaló con la cabeza el saco de lona.

–Lo recogí todo y lo metí ahí.

–Vale. Tíralo también al carro.

Mientras el recién llegado iba a recoger el saco, su colega fornido le gritó:

–¿Quemaste la choza de Wint?

El recién llegado negó con la cabeza.

–No me pareció necesario.

El hombre corpulento se encogió de hombros.

–Puedes explicárselo al barón cuando lo veas.

–¡Eh, Clem! No vamos a usar el otro –gritó un hombre, sacudiendo la cabeza hacia el carro de repuesto.

El hombretón se giró levemente hacia la cuadrilla.

–Déjalo –dijo–. Lo más probable es que no lo necesitemos, pero al barón no le gusta correr riesgos. Un hombre precavido es este barón –se volvió hacia el recién llegado y señaló las manchas de polvo amarillo de su chaleco–. Tienes un poco de su movida en la ropa. La choza de Wint también estará contaminada. El barón querrá que se queme, igual que este sitio. Deshazte de todas las pruebas.

El recién llegado se miró el chaleco.

–¿Qué es esto? –preguntó.

Su colega se rio con un sonido que era una mezcla entre un bufido y una tos.

–Mejor que no lo sepas –dijo.

El recién llegado se observó las manos. Volvió a mirar al hombre fornido y de pronto le cambió la cara.

–Oye, Clem, ¿significa esto que lo que le pasó a Wint me pasará a mí?

Clem negó con la cabeza.

–No si te lo lavas bien, como nos dijo el barón –se volvió hacia los otros hombres, que andaban de cháchara ahora que las cajas ya estaban metidas en el carro–. Vale, gente, es hora de irse. Martin y Joe: vosotros vais con el carro. Ya sabéis dónde llevarlo. Stouffer y Flynn: id donde el barón –se volvió hacia el recién llegado–. Denny, tú y yo

solucionaremos lo de este sitio. Incéndialo. Este lugar es tan grande que no hay forma de saber lo que nos hemos podido olvidar dentro.

El recién llegado, Denny, echó un vistazo al almacén.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó lastimeramente—. Piensa solo en lo que podríamos hacer con este sitio en cuanto el barón acabe con él. Montar un negocio, quizá, o convertirlo en la taberna más grande de la zona. Podríamos tener a tías cantando y bailando y todo. Es una pena que lo quememos.

Clem contrajo las cejas en actitud amenazante.

—Si quieres ir y explicarle tu pequeño plan al barón, adelante. Yo voy a seguir las instrucciones que me dieron.

Denny pareció encogerse bajo la mirada aplastante del otro hombre.

—Solo preguntaba —dijo.

Uno de los hombres que esperaba al lado del carro levantó la mano para atraer la atención de Clem.

—¿Cuándo cobramos? —preguntó.

—Cuando entreguéis las cosas —refunfuñó Clem.

—Nos vemos mañana en la taberna de Molly. Llevaré el dinero del barón y lo dividiré allí a partes iguales.

—¿Y cómo sabemos que vendrás? —preguntó otro hombre, levantando la mano con garbo y pensándose luego mejor.

Clem le sostuvo la mirada.

—Porque el barón ha comprado nuestro silencio, recuerda. El vuestro y el mío. Si no os pagan y decidís contarle a alguien lo que hemos estado haciendo, el barón vendrá a buscarme, y eso es algo que no quiero que pase. Todo el mundo va a cobrar lo que le corresponde, ¿de acuerdo?

El hombre asintió, más calmado.

—De acuerdo.

Sherlock se ocultó aún más detrás del montón de cajas mientras los hombres se dispersaban. Dos de ellos se subieron al carro y los otros dos abrieron las puertas de madera maciza para que pudieran salir. Entretanto, Clem vigilaba y Denny se quedó sin hacer nada y con cara de estar perdido. El hombre que conducía el carro chasqueó la lengua y golpeó el trasero del caballo con un palo, y este empezó a moverse sin dejar de comer del morral de heno.

Clem fue hacia los portones de madera y el quinqué que tenía sujeto al cinturón le daba golpes en el muslo al moverse. Sin darse la vuelta, señaló bruscamente con el pulgar hacia donde estaba escondido Sherlock.

—Cierra con llave esa puerta —gruñó—, nos encontraremos luego en la entrada.

A Sherlock se le paró el corazón cuando Denny empezó a andar hacia donde estaba escondido. Si rodeaba el montón de cajas le vería seguro, y en ese caso Sherlock no estaba muy convencido de que fuera a sobrevivir. Se cambió de posición y se preparó para correr. ¿Conseguiría llegar a la puerta lateral antes de que Denny le pillara? No estaba seguro, pero aún lo estaba menos de que hubiera ninguna alternativa.

Denny llegó hasta donde estaban las cajas con el olor a sucio y a sudor de su ropa flotando a su alrededor y Sherlock echó un vistazo rápido a Clem, intentando averiguar si el hombre fornido estaba lo bastante cerca para ayudar a Denny a pillarle. Clem ya casi había llegado a la entrada principal. Sherlock se agachó rápidamente al lado de las cajas. Cuando Denny pasó por delante, Sherlock volvió a deslizarse a su posición inicial. Si Clem miraba hacia atrás antes de salir por la puerta le vería, no cabía ninguna duda, pero no lo hizo. Sherlock aguantó la respiración y vio cómo Clem desaparecía detrás del muro y se adentraba en la tarde soleada. Al cabo de un rato, una de las puertas empezó a cerrarse y su tosco borde de madera rozó la tierra haciendo que sus goznes oxidados chirriaran.

Sherlock echó una ojeada a las cajas. Denny acababa de comprobar que la puerta lateral por la que él había entrado estaba bien cerrada e iba a echar el cerrojo que aseguraría que nadie pudiera entrar. En cuanto se fuera, Sherlock podría quitar el pestillo, abrir la puerta y escapar.

Denny cogió un candado del suelo y lo deslizó por el cerrojo más alto y luego otra vez por un aro metálico que habían pegado al marco de la puerta. El candado se cerró con un chasquido. Denny sacó la llave que sobresalía y la deslizó dentro de su bolsillo. Luego se dio la vuelta silbando y atravesó el almacén.

Sherlock era consciente de los latidos de su corazón y de que le estaban empezando a sudar las manos. Echó un rápido vistazo por encima del hombro a la puerta que acababan de cerrar con llave. Parecía sólida. No iba a salir tan fácilmente; al menos no con prisa ni sin hacer mucho ruido. Tendría que esperar a que Denny y Clem se hubieran ido, aguantar otros cinco minutos y salir como habían salido ellos.

Denny llegó a las puertas principales justo cuando Clem estaba empujando la segunda para cerrarla desde fuera. El rectángulo de luz que se veía desde el patio se fue estrechando cada vez más y se redujo hasta convertirse en una barra, luego una línea y luego nada. Las puertas se cerraron con un golpe seco.

A Sherlock se le encogió y ensombreció el corazón, igual que había hecho la luz, cuando oyó el sonido inconfundible de una pesada barra de madera que habían encajado detrás de las puertas. ¡No había salida!

Durante unos minutos solo pudo distinguir a los dos hombres hablando, pero no oía lo que decían. Se enderezó, preparado para acercarse a la entrada principal y ver si podía entender alguna palabra, pero un ruido súbito le paró los pies.

Era el sonido del quinqué de Clem al estamparse contra las puertas.

El cristal se hizo añicos y el líquido salpicó toda la madera. Un instante de silencio y luego un chisporroteo siniestro cuando las llamas de la mecha de la lámpara prendieron en la madera empapada de aceite.

Clem y Denny le habían prendido fuego al almacén.

El pánico amenazó con apoderarse de Sherlock. Quería correr, pero no sabía adónde ir, así que no hacía otra cosa que moverse nervioso de un lado a otro. Un sabor a metal amargo le inundó la boca y su corazón latía tan fuerte que podía sentirse el pulso en la garganta y las sienes. Durante aproximadamente un minuto no pudo pensar con claridad

ni conectar dos ideas de forma razonable, pero poco a poco sofocó el pánico repitiéndose a sí mismo que debía haber una salida. Lo único que tenía que hacer era averiguar cuál era. Notó que su acelerado corazón volvía lentamente a su estado habitual y que el tic nervioso de sus piernas y brazos disminuía.

El repentino olor a humo empezó a llenar el almacén. Algunas llamas diminutas comenzaban a adentrarse como dedos curiosos por las juntas que había entre los tablones de las puertas.

Piensa, se dijo a sí mismo. Piensa más detenidamente de lo que has pensado en tu vida.

Miró a conciencia alrededor del almacén. Clem y los otros hombres se habían llevado la mayoría de las cajas y Sherlock aún no sabía lo que había dentro de ellas. Los cajones detrás de los que se había escondido seguían apilados junto a la puerta lateral cerrada con llave, pero estaban vacíos.

Corrió hacia el lateral del almacén y estampó su hombro contra la pared de madera, que tembló por el impacto pero no se dobló ni rompió nada. Volvió a intentarlo. Nada. Si pretendía derribarla iba a necesitar un hacha o un martillo o algo parecido. No un hombro.

Estaba desesperado buscando por todo el almacén algún tipo de herramienta que pudiera usar para derribar el muro o separar los tablones haciendo palanca, cuando de pronto su mirada se fijó en el carro de repuesto que habían dejado abandonado. Tenía aspecto de ser útil y Clem había dicho que lo habrían usado si hubieran tenido suficientes cajas. ¿Podría Sherlock usarlo de algún modo para salir? ¿Podría siquiera moverlo?

Solo había una forma de saberlo. Cruzó corriendo el almacén y cogió una de las varas donde se ataban los caballos para que el carro se moviera. La levantó con facilidad. Probó a tirar de él, pero el carro no se movió. Volvió a tirar más fuerte y lo desplazó mínimamente, pero la otra vara seguía apoyada en el suelo del almacén y los esfuerzos de Sherlock solo la metían cada vez más en la tierra e impedían que el carro se moviera.

Lógica. Usa la lógica. Si no podía tirar del carro, tal vez pudiera empujarlo. Sherlock dejó la vara y se lanzó contra la parte delantera del carro donde estaría sentado el conductor. ¡Y se movió! ¡Todo el carro rodó unos centímetros hacia atrás! Agradeció al dios que estuviera velando por él por el misterioso barón, quienquiera que fuese, que había impresionado de tal forma a sus empleados con su cautela que no solo habían previsto un carro de repuesto, sino que también habían mantenido los ejes engrasados. Luego dio unos pasos hacia atrás y se abalanzó sobre el carro, impulsando su hombro con fuerza contra la madera. Era el mismo hombro que había lanzado contra el muro del almacén, y sintió un fuerte pinchazo de dolor que le bajaba por el brazo y le subía hasta el cuello, pero el carro rodó unos cuantos centímetros hacia atrás antes de detenerse.

A Sherlock se le llenó la cara de humo y le empezaron a picar los ojos. Se dio la vuelta y vio que las llamas comenzaban a lamer las puertas delanteras y el dintel. Como era lógico, las puertas del almacén se ablandarían por el fuego y serían el sitio ideal donde estrellar el carro, si podía moverlo lo suficientemente lejos y rápido; pero tendría que darle la vuelta para dirigirlo hacia las puertas, y además, las llamas le asustaban. Su única

oportunidad realista era intentar estampar el carro en la pared trasera del almacén.

Ignoró el dolor agudo que se le extendía por el hombro, se agarró a la parte delantera del carro y clavó los pies en la tierra blanda que había en el suelo del almacén con las rodillas flexionadas. Su cuerpo estaba casi horizontal y Sherlock empleó hasta la última gota de energía que tenía, más de la que había usado nunca jugando al rugby en los campos del internado masculino de Deepdene o peleando en el ring de boxeo del gimnasio del colegio. Durante un buen rato su cuerpo pareció estar suspendido entre dos objetos fijos, pero de pronto el carro empezó a moverse. Una de sus ruedas se atascó con una piedra o un terrón y el carro amenazó con volver atrás hacia el lugar de donde había salido, pero Sherlock se empecinó y empujó hasta que sus músculos chillaron. La rueda del carro sorteó el obstáculo, cualquiera que fuera, y luego empezó a rodar cada vez más suavemente hacia atrás. Sherlock dio un gran paso y desplazó su pie izquierdo y luego el derecho. Sus pies se agarraron firmemente a la tierra y empleó toda su energía para mover el carro palmo a palmo. Como una locomotora, empezó a coger velocidad a medida que avanzaba. En unos segundos había pasado de un gateo torpe a un paso lento, luego a uno más rápido y finalmente a un trote. Sherlock sintió que algo silbaba en su hombro cuando un tendón se le quedó pillado como una cuerda de violín que fuera pulsada por un dedo. Su brazo amenazó con desplomarse, pero con gran fuerza de voluntad lo mantuvo asido a la parte delantera del carro y al cabo de unos minutos la sensación de cosquilleo remitió. El carro siguió moviéndose. Sherlock no se atrevió a mirar hacia arriba para ver si el lejano muro estaba más cerca por si al cambiar de posición disminuía la fuerza que estaba ejerciendo y el carro volvía a reducir la velocidad. Lo único que podía hacer era contar sus pasos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis; cada uno más rápido que el anterior. Ya debía estar cerca del muro. Sintió un golpe de calor en la nuca cuando el fuego se aferró a las puertas. Vio su propia sombra proyectada por la llama delante de él. Estaba perfilada en rojo y parpadeaba de un lado a otro.

De repente la parte trasera del carro golpeó la pared. La masa del carro fue detrás, los listones de madera se astillaron alrededor de él y los clavos que los mantenían unidos se arrancaron de cuajo chirriando penosamente. Una ráfaga de aire fresco pasó junto a la cabeza de Sherlock y, aunque sopló el humo hacia atrás, provocó que el fuego se propagara. Las ruedas traseras del carro se engancharon en la madera, pero Sherlock vio que la luz del día brillaba en los bordes cuadrados de la carrocería. Trepó con dificultad al asiento del conductor, luego atravesó el suelo plano del carro y salió al espléndido aire fresco de aquel día soleado.

Había esperado ingenuamente ver una multitud de personas y la brigada contra incendios del pueblo con bombas de mano y cubos, pero el patio estaba desierto. Incluso el perro había huido, sin duda siguiendo a los criminales por la puerta principal. Aunque el interior del almacén había estado peligrosamente cerca de convertirse en un horno, fuera las llamas apenas se distinguían en el cielo soleado, y solo una fina estela de humo subía hacia arriba, poco más de lo que haría el fuego de una cocina. En algún momento alguien se fijaría e investigaría, pero quizá pasara un tiempo.

Las puertas de la entrada estaban cerradas y Sherlock supuso que Clem y sus secuaces les habrían puesto un candado antes de batirse en retirada. Habían demostrado un cuidado similar en casi todo lo que habían hecho antes. Sherlock descartó huir por la puerta y miró por las paredes en busca de un lugar adecuado para trepar y saltar por encima. El interior era de ladrillo descubierto y no tendría problemas para escalarlo.

Se detuvo en el muro y miró el almacén a su espalda. El fuego había empezado a avanzar poco a poco hacia la zona del tejado y el techo estaba ardiendo. Tenía que salir de allí.

Sherlock trepó a duras penas y estuvo a punto de caerse, pero por fin consiguió marcharse renqueando. Siguió andando hasta que sintió que sus pulmones iban a estallar y los músculos de sus piernas le suplicaron que se detuviera. Cuando se desplomó y se quedó sentado junto a un muro bajo de piedra, sucumbió al cansancio y al pánico que había estado combatiendo durante lo que le pareció una eternidad. Aspiró enormes bocanadas de aire y dejó que el temblor que había ido aumentando dentro de él le recorriera el pecho, los brazos y las piernas. Al cabo de un rato se sintió lo bastante fuerte para llevarse las manos a la cara. Tenía la piel llena de arañazos y ensangrentada, y astillas clavadas en las palmas que ni siquiera había notado. Las fue sacando una a una y dejó sus manos salpicadas de gotas de sangre.

Todo aquel esfuerzo, todo aquel peligro, ¿y qué es lo que había aprendido en realidad? Que si la muerte del hombre de la casa de Farnham era un accidente, se trataba de un accidente provocado por algún tipo de actividad delictiva. El muerto había estado robándoles algo a sus cómplices y ese algo le había asesinado. Los criminales habían metido en cajas el resto de aquello y se las habían llevado en carro a un lugar indeterminado, y luego habían prendido fuego al almacén para ocultar su actividad. Y todo esto se había hecho siguiendo las instrucciones de un misterioso «barón».

Entonces Sherlock recordó la primera vez que había estado fuera en las puertas que daban a ese patio, cuando él y Matty habían estado a punto de ser atropellados por un carruaje. El hombre del carruaje, el que tenía la cara blanca y los ojos rosas, ¿era el barón? Y si era así, ¿qué estaba tramando exactamente?

De pronto Sherlock se dio cuenta de que estaba anocheciendo. El sol estaba a punto de ponerse y él no solo debía volver a la mansión Holmes sino que tenía que limpiarse y cambiarse de ropa como fuera antes de que la señora Eglantine notara que había pasado algo. Por un momento pensó que sus problemas del día se habían terminado, pero se le encogió el corazón al caer en la cuenta de que no habían hecho más que empezar.

Capítulo 6

A la mañana siguiente Sherlock casi se queda sin desayunar. Las aventuras del día anterior le habían dejado cansado y dolorido, y la cabeza le latía al ritmo de sus pulsaciones. Sentía una opresión en el pecho y un picor en la garganta que probablemente se debiera al humo que había inhalado. Se había perdido la cena, pero su tía se había asegurado de que le guardaran una bandeja de fiambre y queso. Debía de haber sido su tía, porque era obvio que la señora Eglantine no se iba a molestar. Había pasado la noche inquieto entre el sueño y la vigilia, deslizándose de los sueños a los recuerdos hasta que fue incapaz de distinguir uno de otro. Solo logró sumirse en un profundo y tranquilo sueño cuando ya estaba saliendo el sol, así que el gong que golpeó una de las sirvientas para indicar que era la hora del desayuno le despertó bruscamente y le dejó apenas diez minutos para prepararse.

Por suerte, otra de las criadas había dejado un barreño con agua en su habitación sin despertarle. Se mojó la cara, se lavó los dientes con un polvo calcáreo con sabor a canela que esparció en las cerdas de su cepillo con mango de hueso y se vistió rápidamente. Tenía que asegurarse de que alguien lavaba pronto sus cosas: estaba empezando a quedarse sin ropa limpia.

Mientras bajaba a toda prisa las escaleras miró la hora en el reloj del abuelo que había en el vestíbulo. Las siete en punto.

Entró corriendo en el comedor, hizo caso omiso de la mirada siniestra de la señora Eglantine y se sirvió kitchiri de la larga mesa de platos y fuentes que ocupaba un lado de la habitación. Era una sabrosa mezcla de arroz, huevo y abadejo ahumado que no había probado nunca antes de llegar a la mansión Holmes y por la que estaba desarrollando una gran afición. Intentó con todas sus fuerzas evitar el contacto visual con nadie y engulló la comida tan rápido que apenas podía saborearla. Estaba famélico: los acontecimientos del día anterior le habían quitado mucha energía y tenía que recuperarla. El tío Sherrinford estaba leyendo un tratado religioso mientras comía y la tía Anna hablaba consigo misma como de costumbre. Sherlock había notado que decía todo lo que le pasaba por la cabeza, tanto si tenía alguna relevancia como si no.

—Sherlock —dijo su tío, levantando la vista del panfleto que estaba leyendo—, tengo entendido que ayer se vio envuelto en un desafortunado incidente —tenía rastros de gachas en su larga barba.

Durante un momento Sherlock se quedó petrificado y se preguntó cómo sabía su tío lo del almacén y el incendio, pero luego se dio cuenta de que Sherrinford estaba hablando del cuerpo del hombre que él y Amyus Crowe habían encontrado en los bosques.

—Sí, tío —dijo.

—El hombre nacido de mujer vive corto tiempo —recitó Sherrinford—, y está colmado de miserias. Como una flor nace y es pisoteado; huye como una sombra y nunca permanece en el mismo estado —le clavó a Sherlock una mirada penetrante y continuó—: En medio de la vida estamos en la muerte: ¿a quién acudiremos para que nos socorra sino a Ti, oh Señor, que estás indignado justamente por nuestros pecados?

Sin saber bien cómo responder, Sherlock se limitó a asentir como si entendiera perfectamente de lo que estaba hablando su tío.

—Ha vivido muy protegido por mi hermano y su mujer —dijo Sherrinford—. Puede que la muerte le haya pasado de largo, pero es una parte natural del plan divino. No deje que le preocupe. Si necesita hablar, la puerta de mi despacho está siempre abierta.

A Sherlock le conmovió que el tío Sherrinford estuviera, a su manera, tratando de ayudar.

—Gracias —dijo—. ¿El hombre que encontramos trabajaba aquí en la finca?

—Creo que era un jardinero —dijo Sherrinford—. No puedo decir que le conociera, pero él y su familia estarán presentes en nuestras oraciones. Mantendremos a los suyos.

—Era nuevo —dijo la tía Anna—. Creo que acababa de empezar a trabajar para nosotros. Antes trabajó haciendo ropa en Farnham para una compañía que era propiedad de un conde o vizconde o alguien de la aristocracia. Sus referencias eran excelentes...

—¿Cómo murió? —preguntó Sherlock, pero su tía seguía hablando sola en voz baja.

—Ese no es un asunto apropiado para discutir durante el desayuno —dijo la señora Eglantine desde donde les supervisaba junto a la mesa de la comida.

Sherlock la miró, sorprendido del atrevimiento de sus palabras y del hecho de que sus tíos no la hubieran amonestado. Para ser una sirvienta, era muy descarada. Entonces recordó la advertencia de Mycroft —«no es amiga de la familia Holmes»— y se preguntó si la señora Eglantine tendría más presencia en la casa de lo que él creía.

—Es un chico curioso —dijo Sherrinford, mirando fijamente a Sherlock desde debajo de sus cejas tupidas—. Y yo aliento la curiosidad. Es, junto a nuestras almas inmortales, lo que nos distingue de los animales —se giró hacia Sherlock y continuó—: El cadáver ha sido entregado al médico local y este le ha enviado un telegrama al forense de North Hampshire. Es cosa suya pronunciarse sobre la causa de su muerte, pero tengo entendido que la cara y las manos del hombre presentaban las ampollas inflamadas características de la viruela o la peste bubónica —negó con la cabeza y frunció el ceño—. Lo último que necesitamos por aquí es un brote de fiebre. Presionarán mucho al médico para que tome medidas si otra persona cae enferma. He oído que algunos mercaderes ya están recogiendo sus puestos y yéndose a otro sitio. El pánico puede propagarse más rápido que la enfermedad. Farnham existe gracias al comercio de ovejas, cereal, lana y todo eso. Si ese comercio se va a otro pueblo, la prosperidad de Farnham simplemente se desvanecerá y morirá.

Sherlock miró su plato. Había comido suficiente kitchiri para aguantar en pie durante un buen rato y quería volver a Farnham y ver si Matty andaba por ahí.

—¿Me disculpa, señor? —preguntó.

Su tío asintió con la cabeza y dijo:

—Amyus Crowe me ha pedido que le diga que estará de vuelta a la hora de comer para proseguir con sus estudios. Asegúrese de estar aquí.

Puede que su tía tuviera preparada una respuesta dentro de su monólogo ininterrumpido, aunque era difícil saberlo. Sherlock se levantó y fue hacia la puerta, pero una idea repentina le retuvo.

—¿Tía Anna? —dijo, y ella levantó la vista—. ¿Dijo usted que el hombre que murió había trabajado previamente para un conde o un vizconde?

—Así es, querido —contestó—. De hecho, recuerdo que...

—¿Pudo haber sido un barón?

Se quedó callada un momento, pensando.

—Creo que tiene razón —dijo—. Era un barón. Tengo la carta en algún lado. Era solo...

—¿Recuerda su nombre?

—Maupertuis —dijo la tía Anna—. Se llamaba barón Maupertuis. Vaya nombre tan curioso, pensé. Francés, obviamente. O quizá belga. Él no escribió las cartas de recomendación, claro; las escribió un tal...

—Gracias —dijo Sherlock, y se marchó dejándola con la palabra en la boca.

Cuando entró en el salón estaba temblando. No podía ser una coincidencia. Dos hombres muertos, ambos asesinados aparentemente de la misma forma, uno de ellos relacionado con una banda de matones que trabajaban en un almacén de Farnham propiedad de un misterioso «barón», y el otro, un tipo que había dejado recientemente de trabajar para un tal «barón Maupertuis». No podía haber dos barones que tuvieran que ver con ese negocio, ¿verdad? El dueño del almacén, el tipo extraño que Sherlock y Matty habían visto marcharse en el carruaje, ese tenía que ser el barón Maupertuis. Y si el hombre cuyo cadáver habían descubierto Sherlock y Amyus Crowe en los bosques había trabajado previamente para el barón Maupertuis en una fábrica de ropa, ¿se encontraría esta en el almacén de Farnham? ¿Y significaba eso que las cosas que el recién asesinado Wint había robado supuestamente del almacén, las cosas de las que Clem y Denny habían hablado, eran ropa?

A Sherlock le pareció como si un montón de piezas de un rompecabezas que habían estado rondándole por la mente se hubieran conectado de pronto. La imagen aún no estaba clara —todavía faltaban algunas piezas—, pero todo estaba empezando a cobrar un extraño sentido.

Ahora que sabía lo de la fábrica, la ropa, el barón y los hombres muertos, Sherlock podía hacer algunas deducciones basadas en la información que tenía. No eran precisamente conjeturas, pero podía elaborar algunas teorías creíbles. Por ejemplo, dos hombres relacionados con una fábrica de ropa habían muerto, aparentemente de viruela o peste. ¿Significaba aquello que la propia ropa estaba de algún modo contaminada? Sherlock tenía la impresión, por cosas que había leído en los periódicos de su padre, de

que la mayoría de la tela era manufacturada en los pueblos textiles del norte de Inglaterra, Escocia e Irlanda, pero sabía que alguna era importada del extranjero, como la seda en el caso de China o la muselina y el algodón que traían normalmente de India. Tal vez un lote que hubiera llegado a un puerto británico de uno de esos países extranjeros había sido contaminado por una enfermedad o estaba infestado de insectos portadores de dicha enfermedad, y los trabajadores de la fábrica se habían infectado. Era una explicación posible y Sherlock sintió la presión y la urgencia de contárselo a alguien. Lo primero que pensó fue contárselo a su tío, pero descartó la idea enseguida. Sherrinford Holmes sería un adulto, pero no tenía mucho mundo y probablemente descartaría la teoría de Sherlock sin pensarlo. Por un momento se le cayó el alma a los pies. ¿Quién más le quedaba?

Y entonces recordó a Mycroft. Podía escribirlo todo en una carta y enviársela a su hermano. Mycroft trabajaba para el gobierno británico. Sabría qué hacer.

Sintió que el nudo que le oprimía el pecho por la preocupación se aflojaba ligeramente al pensar en su responsable y leal hermano, pero luego se le ocurrió preguntarse qué haría en realidad Mycroft. ¿Abandonar su trabajo y bajar a toda prisa a Farnham para hacerse cargo de una investigación? ¿Mandar a las tropas? Lo más probable es que solo enviara un telegrama al tío Sherrinford, lo que haría que Sherlock tuviera que volver a empezar desde el principio.

Salió de casa a la luz de la mañana. Se detuvo un instante para saborear el aire y pudo oler el humo, el heno recién cortado y el ligero tufo a humedad de la fábrica de cerveza de Farnham. El sol se elevaba por encima de las copas de los árboles y alcanzaba las hojas dotándolas de un halo dorado y proyectando sus largas sombras en la hierba como si fueran dedos que se extendieran hacia él.

Había otra sombra, una que se movía. La siguió por el césped hasta la pared que separaba la casa y su finca de la carretera. Al otro lado del muro había una figura a caballo. Parecía que le estaba mirando. Cuando levantó la mano para protegerse los ojos de los rayos del sol, el jinete espoleó al caballo y se marchó por la carretera, desapareciendo detrás de un seto alto.

Sherlock fue hacia la entrada principal. El jinete y el caballo se habían ido, pero con suerte habría alguna huella de un casco o algo que se le hubiera caído al jinete que le permitiera identificarles.

No había ninguna huella ni ninguna cosa en el suelo, pero Sherlock encontró a Matty Arnatt sentado junto a la verja. Tenía dos bicicletas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Sherlock.

—Las he encontrao. Pensé que te gustaría dar una vuelta. Es más fácil que andar y podemos ir a más sitios.

Sherlock le miró fijamente durante un rato.

—¿Por qué?

Matty se encogió de hombros.

—No tenía otra cosa que hacer —se quedó callado y apartó la mirada—. Pensé en soltar amarras, seguir un poco por el canal con la barcaza, pero eso significa empezar otra vez

en un sitio nuevo, averiguar dónde encontrar comida y todo eso. Al menos aquí conozco a gente. Te conozco a ti.

—De acuerdo. Me vendrá bien un poco de ejercicio. Tengo los músculos agarrotados después de lo de ayer.

—¿Qué pasó ayer?

—Te lo contaré mientras vamos en bici —Sherlock bajó la vista hacia la calle que había pasada la verja—. ¿Has visto a alguien a caballo que pasara por aquí y parara un rato?

—Sí. Pasaron por delante de mí y pararon ahí abajo —señaló con la cabeza hacia el lugar donde Sherlock había visto al jinete—. Parecía que estaban mirando algo y luego se alejaron cabalgando.

—¿Los reconociste?

—No estaba prestando atención. ¿Importa?

Sherlock negó con la cabeza.

—Probablemente no.

Bajaron la calle hacia Farnham en el sentido opuesto al que había tomado el jinete. Sherlock llevaba tiempo sin montar en bicicleta y notó que se tambaleaba mucho detrás de Matty, pero solo tardó unos minutos en pillarle el truco y alcanzarlo. Mientras pedaleaban uno al lado del otro por calles en sombra donde los árboles se inclinaban formando un arco sobre sus cabezas y pasaban por campos llenos de hojas amarillas brillantes, le contó a Matty lo que había ocurrido el día anterior: el hombre al que había seguido al salir de la casa donde Matty había visto la extraña nube, el almacén, el carro repleto de cajas y el incendio. Matty no paraba de hacer preguntas y Sherlock se dio cuenta de que volvía atrás todo el tiempo para contar otra vez las mismas partes de la historia, saliéndose por la tangente para explicar otras cosas y por lo general sin ir al grano. No era un narrador nato y por un momento deseó tener a alguien que pudiera sacar los hechos de su cabeza y presentarlos de forma coherente.

—Tuviste suerte de salir con vida —dijo Matty cuando Sherlock hubo acabado—. Yo hace unos meses trabajé en una panadería. Se quemó. Tuve suerte de sobrevivir.

—¿Qué pasó? —preguntó Sherlock.

Matty negó con la cabeza.

—El panadero era un idiota. Encendió una cerilla para su pipa justo cuando estábamos abriendo los sacos de harina.

—¿Qué tiene que ver eso con un incendio?

Matty le miró extrañado.

—Creí que todo el mundo sabía que la harina rondando por el aire es como un explosivo. Si se le prende fuego a un grano de harina se propaga al resto en un segundo, como una chispa que saltara de uno a otro —negó con la cabeza—. Toda la panadería se redujo a escombros. Tuve suerte: estaba detrás de una mesa en ese momento. Aun así, el pelo tardó un mes en volver a crecer del todo —levantó la vista hacia Sherlock y le dijo—: Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Deberíamos contárselo a la policía local —dijo Sherlock. Las palabras sonaron mal desde el momento en que salieron de su boca. Dos cadáveres, una extraña nube de la

muerte, un misterioso polvo amarillo y una panda de matones prendiendo fuego a un almacén. Parecía una fantasía infantil.

Incluso si la mitad de la historia pudiera confirmarse mediante hechos –dos hombres habían muerto y los restos ennegrecidos y humeantes del almacén se verían todavía durante bastante tiempo–, el resto era más bien un montón de conjeturas y suposiciones absurdas que habían sido conectadas para rellenar los huecos.

Al ver la cara de Matty supo que el chico estaba pensando exactamente lo mismo que él. Hizo una mueca, frustrado. No conocía a nadie allí que pudiera ayudarles, y los que conocía que podían ayudar no vivían en esa zona. Era una paradoja.

Y entonces recordó la imponente figura de Amyus Crowe y le invadió un sentimiento de alivio que eliminó la nube de incertidumbre que le rodeaba como agua fría que limpiara la suciedad y el barro de una piedra. Crowe tenía pinta de poder hablar con la gente joven como si fueran adultos y su cabeza funcionaba de forma lógica, ya que usaba las pruebas como peldaños para sacar conclusiones en lugar de saltar de golpe al final del camino. De hecho era la única persona que podría creerles.

–Se lo diremos a Amyus Crowe –dijo.

Matty parecía escéptico.

–¿El tipo grande con la voz rara y el pelo blanco? –preguntó–. ¿Estás seguro?

Sherlock asintió firmemente con la cabeza.

–Sí –y sintió que se le desencajaba la cara y que el cuerpo se le desinflaba–. Pero no sé dónde vive. Tenemos que esperar a que aparezca en casa de mi tío. O preguntarle a mi tío dónde está.

Matty negó con la cabeza.

–Ha alquilado una casa a las afueras de la ciudad –dijo–. Antes era la casa de campo de un guardabosques. Si vamos en bici seguramente estemos allí en media hora –y al ver la expresión de sorpresa de Sherlock añadió–: ¿Qué? Sé donde vive casi todo el mundo. Es la forma de saber dónde tengo más posibilidades de conseguir comida a cualquier hora del día. Necesito saber cómo funciona un sitio como este: dónde vive la gente, dónde trabajan, dónde está el mercado, dónde guardan el grano, dónde va a estar probablemente el policía por la mañana, a mediodía y por la noche y qué huertos están vigilados y cuáles no. Es una cuestión de supervivencia.

Observación, pensó Sherlock, al recordar lo que Amyus Crowe le había dicho. Al final todo se resumía a observar. Si contabas con suficientes hechos, podías resolver casi cualquier cosa.

Y ese era el problema con los dos cadáveres y la nube de la muerte: que no tenían suficientes hechos.

Atravesaron el pueblo en bici evitando las calles principales por las que deambulaba mucha gente. El trayecto se acabó casi antes de empezar y aun así la mente de Sherlock seguía hirviendo a fuego lento con un sabroso estofado de hechos, suposiciones e hipótesis cuando se detuvieron en la casita de piedra donde aparentemente vivía Amyus Crowe.

Un movimiento a su lado llamó la atención de Sherlock. Miró a su alrededor y vio un

semental pastando hierba en un campo. Un semental negro con una mancha marrón atravesándole el cuello.

El mismo semental que ya había visto dos veces con una figura misteriosa sentada a horcajadas encima de él, mirándole. Sintió que un escalofrío le recorría los brazos y el pecho poniéndole toda la piel de gallina. ¿Qué estaba pasando?

Matty vaciló y esperó en la puerta mientras Sherlock atravesaba a pie el jardín delantero. Sherlock se dio la vuelta y le miró de manera inquisitiva. El chico le miró con el ceño fruncido.

—Yo me quedo aquí afuera —dijo.

—¿Qué pasa?

—No conozco a este tío. Puede que no le caiga bien.

—Le diré que no pasa nada. Que puede confiar en ti. Le diré que eres mi amigo —cuando la palabra «amigo» salió de su boca, Sherlock sintió de pronto un arrebato de sorpresa. Daba por hecho que Matty era su amigo, pero la idea le confundió. Nunca había tenido ningún amigo de verdad; en el colegio no, desde luego, y tampoco en la casa de su familia, el lugar que él consideraba su hogar. Los niños que vivían allí solían evitar su mansión porque pertenecía a gente a la que consideraban de una clase social superior, «los terratenientes», y Sherlock había pasado casi todo el tiempo solo. Ni siquiera Mycroft había sido algo más que una presencia tranquilizadora, sentado en la biblioteca de su padre y enfrascado en la lectura de la amplia colección de libros que la familia había acumulado durante varias generaciones. A veces Sherlock dejaba ahí a Mycroft después de desayunar y se lo encontraba en el mismo sitio a la hora de cenar, sin cambiar de postura y con la única diferencia de que el montón de libros sin leer a su alrededor era más pequeño y el de libros acabados había aumentado.

—De todas formas me quedaré fuera —dijo Matty.

A Sherlock se le ocurrió una idea.

—Fuera —repitió—. Te gusta estar al aire libre, ¿eh? No te he visto dentro de ningún sitio desde que te conozco.

La expresión ceñuda de Matty se acentuó y apartó la vista para no mirar a Sherlock a los ojos.

—No me gustan las paredes —musitó—. No me gusta no tener ningún sitio por donde escapar salvo una puerta cuando no sé quién hay al otro lado.

Sherlock asintió con la cabeza.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. No sé cuánto tiempo estaré aquí. Tal vez te vea cuando salga —echó un vistazo hacia la puerta—. Suponiendo que haya alguien en casa, claro —miró fugazmente al semental negro, que seguía arrancando matas de hierba y masticándolas, y llamó con fuerza a la puerta.

Cuando se giró, Matty y su bicicleta habían desaparecido.

Al cabo de un rato la puerta se abrió. Sherlock estaba mirando ligeramente hacia arriba porque esperaba ver a Amyus Crowe de pie en la entrada, y por un momento aquel espacio vacío le confundió. Bajó la vista y sintió que se le paraba el corazón cuando sus ojos se posaron en la cara de una chica igual de alta que él. Llevaba puesta ropa oscura y

en la sombra del vestíbulo su cara parecía estar flotando en el aire.

–Yo... Estaba buscando al señor Crowe –dijo, y se ruborizó cuando sintió que le temblaba la voz. Deseó con todas sus fuerzas sonar tan seguro de sí mismo y desinteresado como Mycroft, que parecía conseguirlo sin hacer ningún esfuerzo.

–Mi padre ha salido –dijo la chica. Su voz tenía el mismo tono nasal que la de Amyus Crowe. Un acento probablemente norteamericano que hacía que la frase sonara más como «mi padre ha salido»². Fuera lo que fuese, le confería un encanto exótico—. ¿Puedo decirle quién ha venido a verle?

Sherlock notó que no podía apartar la vista de su cara. Tenía más o menos la misma edad que él. Su pelo largo y rizado de color rubio cobrizo le caía sobre los hombros como una cascada de cobre que chocara contra las rocas y salpicara a su alrededor. Sus ojos eran de un tono violeta que Sherlock solo había visto antes en las flores silvestres y tenía la piel morena y llena de pecas, como si pasara mucho tiempo fuera.

–Soy Sherlock –dijo–. Sherlock Holmes.

–Eres el niño al que está dando clases particulares.

–No soy un niño; soy igual de mayor que tú –dijo con toda la bravuconería que fue capaz de reunir.

Ella salió al sol y Sherlock vio que llevaba puestos unos pantalones marrones ajustados de montar a caballo, más propios de un chico que de una chica, y una camisa de lino que le marcaba el pecho.

–Le diré a mi padre que has venido –dijo como si él no hubiera hablado–. Creo que fue a buscarte a casa de tu tío. Esperaba verte hoy.

–Me he distraído –le explicó Sherlock casi sin darse cuenta. Al ver sus pantalones de montar y el caballo que estaba en el prado cercano cayó en la cuenta–. ¡Me has estado espionando! –soltó sin pensar, y de repente sintió un ataque de vergüenza y de vulnerabilidad.

–¡No te hagas ilusiones! –dijo ella–. Te vi un par de veces mientras estaba fuera montando a caballo, eso es todo.

–¿A dónde ibas? Pasada la mansión no hay nada más que campo abierto.

–Entonces ahí es a donde iba –levantó una ceja–. ¿Tú montas a caballo?

Sherlock negó con la cabeza.

–Deberías aprender. Es divertido.

Recordó la figura que había visto a lo lejos y dijo:

–Montas como un hombre.

–¿A qué te refieres?

–Cuando he visto mujeres montar se ponen de lado en la silla, con las dos piernas a un lado del caballo. Montar a la amazona, lo llaman. Tú montas como un hombre, con una pierna a cada lado del caballo.

–Así es como me enseñaron –dijo enfadada–. La gente de aquí se ríe de mí por montar así, pero si montara como ellos quieren me caería si fuera un poco más rápido que al trote. Este país es extraño. No es como el mío –se abrió paso empujándole. La puerta se cerró detrás de ella, que se alejó del joven dando grandes zancadas en dirección al prado.

Él la miró mientras se iba.

–¿Cómo te llamas? –gritó Sherlock.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Para no tener que seguir pensando en ti como «la hija de Amyus Crowe».

Ella se detuvo y dijo sin girarse:

–Virginia –dijo–. Es un lugar de Estados Unidos. Un estado de la costa este, cerca de Washington DC.

–He oído hablar de él. ¿Está cerca de Albuquerque?

Ella se dio la vuelta con una expresión risueña no exenta de desprecio.

–Para nada. A miles de kilómetros de distancia. Virginia es casi todo bosques y montañas, y Albuquerque está en medio de un desierto. Aunque allí también hay montañas.

–Pero vienes de Albuquerque.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Por qué os marchasteis?

Virginia no respondió. En vez de eso le dio la espalda y continuó caminando hacia el prado. Sherlock la siguió y tuvo una sensación extraña, como si fuera una marioneta cuyas cuerdas movieran de un lado a otro, incapaz de obedecer sus propios deseos. Echó una ojeada a su alrededor, esperando que Matty no estuviera ahí para ver lo que estaba ocurriendo, pero no había ni rastro del chico y su bicicleta.

–¿No le quieres decir a nadie adónde vas? –preguntó mientras Virginia ponía el pie en un estribo, agarraba la parte delantera de la silla con la mano izquierda y se impulsaba hacia arriba para sentarse en el caballo. Le acarició la crin con la mano.

–No hay nadie en casa –gritó–. Recuerda que mi padre ha salido.

–¿Y tu madre? –preguntó. La forma en que la expresión de la chica se endureció denotando una extraña fragilidad le hizo desear no haber dicho aquellas palabras.

–Mi madre está muerta –dijo Virginia de manera inexpresiva–. Murió en el barco, mientras atravesábamos el Atlántico para ir a Liverpool. Por eso odio este país y estar aquí. Si no hubiéramos venido, ella seguiría viva.

Tiró bruscamente de las riendas para darle la vuelta al caballo y se marchó. Sherlock la vio irse y se sintió avergonzado por el dolor que reflejaba su rostro y enfadado consigo mismo por haberlo ocasionado.

Cuando por fin se giró para marcharse vio que Amyus Crowe aguardaba pacientemente al final del camino, apoyado en un bastón y mirándole con ecuanimidad.

–Veo que has conocido a mi hija –dijo por fin con un acento que, al igual que el de Virginia, hizo que sonara más parecido a «Veo que has conocido a mi hija»³.

–No parece que le haya causado muy buena impresión –admitió Sherlock.

–Nadie le causa buena impresión. Se pasa el día cabalgando por el campo vestida como un chico –su boca se torció formando una mueca ladeada–. No la culpo. Que te arrastren aquí desde Albuquerque es suficiente para poner a una criatura de un humor de perros, sin... –de repente paró de hablar y Sherlock tuvo la impresión de que iba a decir algo más y se había callado justo a tiempo–. ¿Querías verme por algo en particular o

simplemente estabas esperando la oportunidad de que te diera otra clase?

—En realidad —dijo— era por algo.

Sherlock le esbozó rápidamente a Crowe lo que había ocurrido en Farnham: el hombre del polvo amarillo, el almacén, el incendio... Notó que su voz se iba apagando al llegar al final. Era consciente de estar admitiendo lo que podría tratarse de una actividad delictiva si se miraba desde cierta perspectiva, pero al ver la expresión de Crowe no estaba seguro de cuál sería su reacción.

Cuando terminó, Crowe negó con la cabeza y miró a lo lejos.

—Te lo has pasado bien, ¿eh? —dijo—. Pero no estoy seguro de lo que significa todo esto. Sigue habiendo dos tipos muertos y un posible brote de peste. Si quieres mi opinión, déjalo estar. Deja que se encarguen de ello los médicos y los administradores. Hay una regla útil en la vida que dice algo así como que no deberías intentar librar todas las batallas que se te presentan. Elige las que sean importantes y deja que otro combata las demás. Y en este caso, esta no es tu lucha.

Sherlock sintió que la frustración lo invadía por dentro, pero se quedó callado. Tenía el fuerte presentimiento de que esta sí era su lucha, aunque solo fuera porque nadie más había visto al hombre en el carruaje ni pensaba que el polvo amarillo fuera importante. Pero quizá Amyus Crowe tenía razón. Intentar convencerle de que estaba pasando algo quizá no era una batalla que Sherlock debería estar librando. Quizá había otra manera de hacer las cosas.

—Bueno, ¿qué tenemos programado para hoy? —preguntó en su lugar.

—Creo que no llegamos a conocer a fondo los hongos comestibles —contestó Crowe—. Vamos a dar un paseo y ver lo que podemos encontrar. Y de camino señalaré algunas plantas silvestres que se pueden comer crudas, cocinadas o hervidas en una bebida que puede aliviar el dolor.

—Genial —dijo Sherlock.

Él y Amyus Crowe pasaron las siguientes horas deambulando por el campo y comiendo todo tipo de cosas seguras que estuvieran a su alcance. Muy a su pesar, Sherlock aprendió mucho sobre pasar tiempo en la naturaleza, no solo intentando sobrevivir, sino también progresando. Crowe le enseñó incluso a hacer una cama muy cómoda amontonando helechos que le llegaran hasta el hombro, subiéndose encima y usando su peso para aplastarlos hasta que tuvieran el mismo grosor y fueran igual de blandos que un colchón.

Cuando regresó más tarde en bici a la mansión Holmes, intentó volver a recordar a los dos hombres asesinados, el almacén quemado, el polvo amarillo y la misteriosa sombra ascendente de la muerte, pero sus pensamientos eran interrumpidos constantemente por el pelo cobrizo de Virginia cayéndole por los hombros y peinado hacia atrás con orgullo, por los estrechos pantalones de montar y por la forma en que su cuerpo se movía arriba y abajo mientras se alejaba de él cabalgando. Recordó la muestra de polvo amarillo que había recogido del suelo en el bosque y había metido dentro del sobre. Si los rufianes del almacén decían la verdad, había algo relacionado con la muerte de los dos hombres que era contagioso o contaminante o que al menos podía causar problemas de salud al

tocarlos. Suponiendo que fuera el polvo amarillo, necesitaba averiguar lo que era, pese a la advertencia algo disimulada de Amyus. Era obvio que no tenía los conocimientos o la capacidad para hacerlo él mismo. Necesitaba un químico, un boticario o alguien parecido que pudiera analizar el polvo, y era poco probable que encontrara alguien así allí. De camino a Farnham con su hermano había pasado por Guildford, así que si ese era el pueblo grande más cercano entonces era allí donde Sherlock podría encontrar a alguien que hubiera estudiado ciencias naturales y pudiera decirle lo que era aquella sustancia. Amyus Crowe había mencionado el nombre de un experto de allí, el profesor Winchcombe. Tal vez Sherlock pudiera ir a verle.

Lo único que tenía que hacer ahora era llegar a Guildford.

Capítulo 7

Al día siguiente en el mercado Sherlock se reencontró con Matty Arnatt. Empezaba a ser capaz de predecir sus movimientos. La mañana estaba tocando a su fin y los comerciantes llevaban trabajando desde primera hora. Seguramente estarían pensando en comer y se turnarían para ir a comprar comida. Mientras uno de ellos se quedaba vigilando dos puestos, el otro iba a comprar un poco de pan y carne, o un pastel, y quizá una pinta de cerveza. Eso significaba que la hora del almuerzo era uno de esos momentos en que su atención trataría de abarcarlo todo, dándole a Matty la oportunidad de birlar alguna fruta o verdura de la esquina de un puesto sin que le vieran. Sherlock no aprobaba el robo, pero tampoco aprobaba que la gente se muriera de hambre y que metieran a los niños en un asilo, así que imaginó que se trataba de un compromiso entre dos dilemas éticos, y a decir verdad no envidiaba a Matty por comer de vez en cuando una manzana con gusanos. Eso no iba a hundir el Imperio.

El mercado se extendía por un campo con edificios en tres de sus lados. Había puestos donde vendían montones de cebollas y nabos blancos, patatas, remolachas y otras verduras de colores tan variados que Sherlock ni siquiera reconocía. Otros tenían codillos de jamón colgando de ganchos con moscas zumbando a su alrededor y pescado desplegado encima de un montón de paja. También había gente vendiendo distintas telas y ropas: tapices y alepines, barraganes y tejidos de lana ligeros y sarga. A un costado del terreno, dentro de un corral improvisado, había un rebaño de ovejas y un par de cerdos tumbados en el suelo que estaban durmiendo pese al barullo. La mezcla de olores era bastante insoportable y había un ligero tufo a putrefacción flotando en el aire. Al atardecer, pensó Sherlock, todo aquel lugar apestaría a verduras y pescado podrido, pero para entonces la mayoría de los clientes se habría marchado y solo quedarían los vecinos más pobres que estarían esperando a que los comerciantes empezaran a bajar los precios para deshacerse de sus existencias.

Daba la impresión de que el mercado estaba un poco apagado, no tan animado como Sherlock lo recordaba. En vez del ajetreo típico del mercado en una aldea, al que la gente consideraba un acontecimiento social, además de una oportunidad para adquirir aquello que necesitaba, parecía que aquí los clientes iban directos a comprar lo que les hacía falta, negociaban lo justo y se marchaban.

—¿Estaba Crowe en casa? —preguntó Matty cuando Sherlock se acercó a él. Estaba

sentado en una caja de madera puesta bocabajo y miraba fijamente a los comerciantes esperando que se despistaran un momento.

–Al principio, no; pero he conocido a su hija.

–Sí, la he visto por ahí.

–Podrías haberme dicho algo –se quejó Sherlock–. Me pilló por sorpresa. No esperaba que estuviera ahí. He debido de parecer un idiota.

Matty le miró de arriba abajo.

–Pues sí, bastante –dijo.

Sherlock se quedó cohibido y cambió de tema.

–He pensado una cosa...

Paró de hablar cuando de repente Matty desapareció como una flecha en la muchedumbre, escurriéndose entre los compradores como una anguila entre las rocas. Poco después el chico volvió con un pastel de cerdo al que le estaba sacudiendo la tierra.

–Se cayó del borde de un puesto –dijo con orgullo–. Estaba esperando que pasara eso. Demasiadas cosas apiladas en montones demasiado altos. Era evidente que algo se iba a caer en algún momento –le dio un buen bocado y se lo pasó a Sherlock–. Toma, Pruébalo.

Sherlock mordisqueó un poco del borde de la pasta. Estaba salado, grasiento y consistente. Dio otro mordisco y probó un poco de la carne rosácea y la gelatina transparente de dentro. La carne estaba sabrosa y salpicada de trozos de fruta. ¿Pasas, quizá? Lo que quiera que fuese, la combinación era increíble.

Le devolvió el pastel.

–Ya he comido un poco de queso y manzana –explicó–. Acábatelo tú.

–Has dicho que has tenido una idea.

–Necesito ir a Guildford.

–Se tarda unas cuantas horas en bici –dijo Matty, sin dejar de examinar a la multitud. Sherlock recordó su viaje desde el internado masculino de Deepdene hasta Farnham, pasando por el camino por Guildford y después por Aldershot. No le gustaba particularmente la idea de ir en bici hasta Guildford y luego hacer todo el camino de vuelta, y no estaba seguro de que pudiera hacerlo en un día y además encontrar a un experto con quien hablar sobre venenos y enfermedades.

Suspiró.

–Olvídalo –dijo–. Era una idea absurda.

–No tiene por qué –respondió Matty–. Hay otras formas de llegar a Guildford.

–No sé montar y no tengo caballo.

–¿Y en tren?

–Preferiría hacerlo sin dejar huella, sin que nadie lo supiera. La señora Eglantine parece llevarse bien con el jefe de estación. No quiero que sepa lo que hago todo el tiempo.

«La señora Eglantine no es amiga de la familia.» De pronto las palabras de la carta de Mycroft le pasaron flotando por la cabeza y sintió un escalofrío.

–Hay otra manera –dijo Matty con cautela.

—¿Cuál?

—El Wey.

—¿Qué camino?⁴

—No, el *Wey*. El río Wey. Va de aquí a Guildford.

Sherlock consideró la idea un momento.

—Necesitaríamos un barco —y entonces, antes de que Matty dijera nada, exclamó—: ¡Y tú tienes uno! ¡Una barcaza al menos!

—Y un caballo para tirar de ella.

—¿Cuánto tardaremos?

Matty se quedó un rato pensando.

—Probablemente igual que en bici, pero con mucho menos esfuerzo. No creo que podamos hacerlo hoy. Podemos encontrarnos mañana al amanecer y pasar el día en el agua, pero eso no te va a dejar mucho tiempo en Guildford.

—¿Y si empezamos antes de que amanezca? —preguntó Sherlock.

Matty lo miró con curiosidad.

—¿No se preocuparán tus tíos?

A Sherlock le zumbaba la cabeza como el reloj de un abuelo que estuviera a punto de dar la hora.

—Puedo volver para cenar y luego decirles que me voy a la cama. Puedo salir a hurtadillas de la casa más tarde, cuando esté oscuro y todo el mundo se haya ido a dormir. Estoy seguro. Nadie comprueba nunca si estoy o no. Y puedo dejar una nota en el comedor diciendo que me he levantado antes de desayunar y he salido con Amyus Crowe. No la verán hasta la mañana. ¡Todo saldrá bien!

—El río pasa cerca de casa de tu tío —dijo Matty—. Puedo dibujarte un mapa y quedar ahí contigo. Podemos estar toda la mañana en Guildford y volver antes del atardecer.

Rápidamente, con una piedra afilada del suelo, Matty hizo un mapa en un trozo de madera que arrancó de la caja donde estaba sentado. Sherlock se imaginaba que el chico no sabía leer ni escribir, pero su mapa era perfecto y estaba hecho casi a escala. Sherlock pudo hacerse una idea exacta de dónde se encontrarían.

—Necesito que hagas una cosa —dijo Sherlock.

—¿Qué?

—Pregunta por ahí. Mira a ver si puedes averiguar algo sobre el hombre que murió, el de la casa donde estuviste. Averigua qué hacía.

—¿Qué quieres decir?

—En qué trabajaba. Dónde ganaba su dinero. Tengo el presentimiento de que puede ser importante.

Matty asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda —dijo—, pero normalmente nadie le cuenta nada a los niños.

Después de eso, todo fue como la seda. Sherlock volvió en bici a la mansión Holmes y llegó justo cuando la familia se estaba sentando a la mesa para comer. Trató de analizar punto por punto su plan, comprobando la eficacia de cada paso ante cualquier imprevisto y pensando en los posibles errores, pero se dio cuenta de que su mente no paraba de

acudir a Virginia Crowe. No podía sacarse de la cabeza la forma de su cara y el pelo que le caía sobre los hombros como una cascada.

Amyus Crowe llegó después de comer y pasó varias horas fuera en el porche poniendo a prueba los procesos mentales de Sherlock con juegos de estrategia y acertijos. A Sherlock se le quedó grabado uno en particular.

—Imaginemos que hay tres tipos que deciden pagar entre los tres una habitación de hotel —dijo Crowe—. La habitación cuesta treinta chelines por noche con el desayuno y la cena incluidos. Obviamente se trata de un lugar de prestigio. Total, que los tipos pagan al director diez chelines cada uno. ¿Hasta aquí todo bien?

Sherlock asintió con la cabeza.

—Bien. A la mañana siguiente el director se da cuenta de que ha cometido un grave error. La habitación tiene una tarifa especial porque están haciendo obras en el hotel. Así que manda a un mozo... botones, creo que lo llamáis aquí, a la habitación de los tipos con cinco chelines para que se los devuelva. Ellos se ponen tan contentos que deciden quedarse cada uno con un chelín y darle una propina de dos chelines al botones. Total, que cada uno de los hombres acaba pagando nueve chelines en lugar de diez y el botones gana dos chelines. ¿De acuerdo?

Sherlock volvió a asentir, pero su cabeza iba a toda velocidad para seguir su razonamiento.

—Espera. Si cada hombre terminó pagando solo nueve chelines, eso son veintisiete chelines en total. Si añades eso a los dos chelines del botones te salen veintinueve chelines. Hay un chelín que falta.

—Así es —dijo Crowe—. Dime tú adónde fue.

Sherlock pasó los siguientes veinte minutos haciendo cálculos, primero mentalmente y luego en un papel. Al final admitió la derrota.

—No sé —dijo—. El director devolvió cinco chelines, así que él no se lo quedó; al botones le dieron dos chelines, así que para él no fue, y a cada uno de los hombres le devolvieron un chelín, o sea que para ellos tampoco fue.

—El problema está en la descripción —explicó Crowe—. Sí, tres veces nueve chelines es igual a veintisiete chelines, pero la propina ya está incluida ahí. No tiene sentido añadírsela a eso para que salgan veintinueve chelines. Si reestructuras el problema te das cuenta de que los hombres pagaron veinticinco chelines por la habitación y dos de propina, y luego cada uno recibió un chelín más, sumando un total de treinta chelines. ¿Y la conclusión es...?

Sherlock asintió con la cabeza.

—No dejes que nadie formule el problema por ti, porque puede que te estén engañando. Toma los hechos que te proporcionen y luego reformula el problema de un modo lógico que te permita resolverlo.

Amyus Crowe se marchó antes de cenar y Sherlock se fue a su cuarto para pensar en lo que había aprendido. Volvió abajo para cenar y comió en silencio, mientras su tío leía y su tía hablaba consigo misma. La señora Eglantine le observaba con recelo desde un lateral de la habitación, pero él no la miró a los ojos. La única conversación que hubo fue

cuando su tío levantó la vista del libro que estaba leyendo y le dijo al ama de llaves:

–Señora Eglantine, ¿qué existencias tenemos en los huertos de la mansión?

–De verduras cultivamos lo suficiente para cubrir nuestras necesidades –dijo apretando la boca–. De aves de corral y huevos, lo mismo. En lo que respecta a la carne y el pescado, si se administran bien probablemente podamos apañarnos unas semanas más antes de que se agoten.

El tío Sherrinford asintió con la cabeza.

–Creo que debemos estar listos para lo peor. Prepara la carne para ahumar o de lo contrario conserva toda la que sea posible. Almacena los productos imprescindibles. Si la peste invade Farnham podríamos quedarnos aislados durante un tiempo. Sé que Amyus Crowe está aconsejando que seamos prudentes, pero deberíamos tomar precauciones –se volvió a Sherlock–. Lo que me recuerda que... El señor Crowe me ha dicho que no ha pasado usted mucho tiempo con su Latín y su Griego.

–Lo sé –dijo Sherlock–. El señor Crowe y yo hemos estado concentrados en las Matemáticas.

–El tiempo del señor Crowe es muy valioso –prosiguió con calma el tío Sherrinford en un tono moderado–. Y su hermano se ha gastado bastante dinero para obtener sus servicios. Quizá quiera reflexionar sobre ello.

–Lo haré, tío.

–El señor Crowe regresará mañana por la tarde. Tal vez usted pueda hacer una traducción para mí.

Al recordar lo que había dicho Matty de que no estarían de vuelta hasta la hora de cenar, Sherlock hizo una mueca de dolor. Pero no le podía decir a su tío que se iba a Guildford. Le podrían prohibir que fuera. Levantó la vista y vio que la señora Eglantine le estaba lanzando una mirada de odio con sus ojos pequeños y brillantes. ¿Qué sabía?

–Allí estaré –prometió, aunque al decirlo supo que era poco probable conseguir llegar a tiempo. Se preocuparía por explicarlo cuando ocurriera.

Terminó de cenar, se disculpó y abrió la puerta de la biblioteca empujándola. Su tío seguía cenando en el comedor y un día o dos antes había dicho que Sherlock podía entrar en la biblioteca si quería, pero aun así se sentía como un intruso en aquella habitación silenciosa, con las cortinas cerradas impidiendo que entrara la luz del sol y el olor a cuero y a papel viejo llenando cada rincón y cada grieta de la sala. Sherlock hojeó los libros de las estanterías buscando algo relacionado con la geografía local. Encontró varias colecciones diferentes de enciclopedias, algunos volúmenes de publicaciones eclesiásticas encuadernados en tapa dura, una miríada de libros que contenían colecciones de sermones de lo que él suponía que eran clérigos renombrados del pasado y muchas historias de la Iglesia cristiana, y al final se encontró con varias estanterías de historia y geografía locales. Escogió un libro sobre las vías fluviales de Surrey y Hampshire, salió de la biblioteca y regresó a su cuarto situado en la buhardilla.

Durante media hora aproximadamente redactó una nota explicando que había salido temprano y que volvería tarde. Sus primeros intentos fueron demasiado detallados: especificaba diversas mentiras sobre lo que iba a hacer y dónde, pero al cabo de un rato

se dio cuenta de que cuanto más simple fuera la nota y cuantos menos hechos constatables tuviera, mejor. En cuanto la terminó, se tumbó en la cama y leyó el libro que había cogido de la biblioteca.

Sherlock le echó un vistazo en busca de alguna mención al río Wey, preferiblemente con un mapa que pudiera memorizar, pero pronto encontró más de lo que esperaba. Como, por ejemplo, que el Wey no era solo un río. Aparentemente era algo llamado «vía navegable». Los ríos tendían a serpentear por el paisaje en direcciones impredecibles, mientras que los canales, contruidos con el fin de comerciar entre los pueblos, eran rectos en los terrenos donde era posible y utilizaban unas compuertas llamadas esclusas para subir y bajar el nivel del agua dependiendo de la forma del terreno. Descubrió que una vía navegable era un río que habían hecho más navegable mediante la construcción de presas y esclusas, con lo que un río natural se convertía en algo más parecido a un canal.

A Sherlock le zumbaba la cabeza pensando en los detalles de las enormes proezas de ingeniería que habían sido necesarias para torcer el río a voluntad del hombre y todos los años que había costado. Al final intentó dormir porque sabía que tenía un día muy largo por delante. Aunque su mente bullía con ideas, imágenes y hechos, se sumergió en un sueño profundo antes de darse cuenta. Cuando se despertó aún era de noche, pero una brisa fresca entraba por la ventana y los pájaros estaban empezando a cantar en los árboles y arbustos. Eran las cuatro de la mañana.

Se había acostado vestido, así que muy pronto estaba escurriéndose sigilosamente por la casa a oscuras. Salió al rellano del ático y bajó las estrechas escaleras de madera, asegurándose de que pisaba el borde de los peldaños para evitar que crujieran. Luego atravesó con cuidado el descansillo del primer piso, pasó por el dormitorio de sus tíos y su vestidor, luego por el baño intentando no jadear mucho y después bajó las escaleras principales que trazaban una curva hasta el vestíbulo de la planta baja, arrimado a la pared y sintiendo el peso de los cuadros que colgaban encima de él, que tenían unos marcos de madera tallada con tantos adornos que hacían que los propios cuadros parecieran insignificantes. El único ruido era el tictac del enorme reloj que estaba colocado en el ángulo donde las escaleras se encontraban con el suelo de baldosas.

Cuando llegó al vestíbulo se detuvo. Tenía que atravesar el tramo de suelo que le separaba la puerta de entrada. Se acabó lo de deslizarse por la pared; estaría totalmente desprotegido si alguien salía por casualidad de una puerta o miraba hacia abajo desde el balcón de arriba. Se arrodilló un momento, intentando ver si había alguna luz debajo de alguna de las puertas, pero todo estaba oscuro. Finalmente se armó de valor y atravesó las baldosas. Cuando alcanzó la puerta de la entrada el corazón le martilleaba el doble de rápido que el tictac del reloj.

La puerta estaba cerrada con pestillo, pero se lo quitó y la abrió despacio. Alguien podría notar por la mañana que habían quitado el cerrojo, pero con un poco de suerte imaginarían que otra persona había llegado antes.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Sherlock recordó la nota que tenía que dejar explicando que había salido temprano. Empujó la puerta con todo su cuerpo y la

volvió a abrir, luego se escurrió dentro y dejó la nota en una pequeña consola del recibidor que había junto al perchero donde colocaban normalmente el correo de la mañana y de la tarde esperando a que lo recogieran.

Afuera soplaban un aire fresco y reconfortante comparado con la poca ventilación que había dentro de la casa, y se vislumbraba un resplandor sobre los árboles donde la oscuridad daba paso al azul del amanecer. Sherlock atravesó lo más rápido que pudo las piedras del camino de entrada de la casa y las oyó crujir bajo sus pies antes de alcanzar el silencio del césped.

Siguió las indicaciones de Matty y tardó diez minutos en llegar a la orilla. Una sombra negra y alargada se extendía sobre el río plateado, moviéndose de un lado a otro con las ondas del agua. Parecía una extraña cabaña alargada y baja construida encima de una quilla estrecha. El único hueco estaba en la parte trasera, donde se acababa la cabaña, y había una plataforma con espacio suficiente para que dos personas se pusieran de pie y una de ellas sujetara el timón. Una cuerda enganchada a la parte delantera del barco bajaba hacia la superficie del agua y luego volvía a subir hasta donde un caballo comía con satisfacción en los bancos cubiertos de hierba. A diferencia del magnífico semental negro de Virginia Crowe, este daba la impresión de ser un animal pesado de patas gruesas y crin espesa. Echó un vistazo a Sherlock con indiferencia y siguió comiendo.

Matty le esperaba en la parte delantera de la barcaza, una sombra oscura recortada contra el cielo del amanecer, como el mascarón de un barco o la gárgola de una catedral. Estaba sujetando un bichero, un asta larga de madera con un gancho metálico en un extremo.

—Vámonos —dijo mientras Sherlock trepaba al barco—. Ese es Albert, por cierto —y chasqueó la lengua. El caballo se volvió a mirarle con una expresión de pesar en su larga cara y luego empezó a andar por la orilla del río. La cuerda que se extendía entre él y el barco se tensó y este comenzó a moverse mientras Albert tiraba de él. Matty usó el bichero para empujar la barcaza lejos de la orilla y que no se quedara pillada en los juncos.

—¿Sabe a dónde va? —preguntó Sherlock.

—¿Qué tiene que saber? Camina por la orilla arrastrando la barca tras él. Si se encuentra con un obstáculo, para y yo lo arreglo. Tú quédate atrás y mantén agarrado el timón. Si empezamos a adentrarnos en el río, llévanos de nuevo hacia la orilla. Hay una manta en la cubierta, por si tienes frío. Es una manta para caballos, pero te mantendrá igual de caliente que una más elegante.

La barcaza flotó sin rumbo. El agua lamía el casco con un ritmo constante que sumió a Sherlock en un estado somnoliento y casi hipnótico. El río estaba totalmente vacío salvo por algún pato o ganso que pasaba de vez en cuando dejándose llevar por la corriente.

—¿Qué averiguaste sobre el hombre que murió? —gritó Sherlock al cabo de un rato—. El primero. El de la casa.

—Era un sastre —le contestó Matty gritando—. Trabajaba para una compañía que estaba haciendo uniformes para el ejército de Aldershot. Un pedido muy grande, aparentemente, así que la compañía estaba contratando a todos los vecinos que supieran cortar tela o

coser las piezas.

—¿Cómo te enteraste?

Matty se rio.

—Dije que era su hijo y que mi mamá quería saber si algún patrón le debía dinero. Supuestamente le deben algunos salarios atrasados, pero su casero ya le ha echado el ojo a eso para el alquiler.

—¿Dónde tenía su sede la compañía? —preguntó Sherlock gritando.

—Tienen una oficina central cerca del mercado y un almacén a las afueras del pueblo donde trabajaba este tío. ¡Probablemente sea el que tú quemaste!

Sherlock reflexionó mientras la barcaza seguía su curso empujada por el caballo de Matty. El hombre que murió era un sastre que hacía uniformes. El almacén donde había trabajado estaba lleno de cajas que los matones habían cargado en un carro. ¿Cajas de uniformes? Era bastante probable. Pero eso seguía sin explicar por qué el hombre había muerto o cómo había sido, y tampoco explicaba la muerte del segundo hombre, el del bosque.

El cielo en el este era morado oscuro como un cardenal reciente y los árboles que bordeaban el río eran como sombras oscuras sobre un fondo un poco más claro. Una estrella solitaria brillaba intensamente cerca del horizonte. Sherlock vio delante de ellos un arco negro que atravesaba el río de un lado a otro, probablemente un puente. Quizá fuera el mismo donde él y Matty se habían sentado hacía solo un día o dos para mirar los peces del agua.

Albert relinchó como si algo le hubiera asustado. Sherlock miró fijamente la orilla tratando de distinguir la silueta del animal en medio de los oscuros setos que la bordeaban. El sonido de sus cascos al chocar contra el suelo cambió. A Sherlock le pareció como si el caballo estuviera intentando alejarse de algo que se estaba acercando demasiado.

Matty dijo algo tranquilizador, que parecía más un ruido que unas palabras en sí, pero Sherlock dedujo por su tono de voz que estaba preocupado. ¿Qué problema había? ¿Habría un perro salvaje vagando por ahí y espantando al caballo o simplemente había olido algo extraño?

Sherlock estaba a punto de llamar a Matty y preguntarle cuál era el problema, cuando algo se movió sobre el puente más allá de la figura negra de la cabeza y hombros de Matty.

Sherlock desvió la atención hacia la silueta oscura que estaba cruzando el río frente a ellos. Había algo que rompía el delicado arco del puente: una sombra abultada un poco distante del centro. De hecho, dos sombras abultadas, porque a la primera se unió una segunda. Estuvieron deliberando durante un rato apoyados el uno en el otro y luego se separaron.

—¿Vecinos de Farnham de aquí para allá a estas horas? ¿Cazadores furtivos, quizá?

Teorías que Sherlock descartó cuando el resplandor de una cerilla iluminó por un momento un rostro moreno que reconoció del almacén.

El matón que tenía por nombre Clem.

La llama se convirtió en un cálido fulgor que se extendió a lo largo del puente de ladrillo. Clem sostenía en alto una lámpara que arrojaba su luz hacia abajo sobre la barcaza que se acercaba. A medida que se aproximaban al puente, Sherlock pudo ver que torcía la boca en una sonrisa cruel. El resplandor de la lámpara perfiló el contorno de Matty cuando se puso en pie en la proa del barco. Parecía que estaba a punto de decir algo cuando Clem hizo oscilar la lámpara sobre él haciendo que las sombras parpadearan por todas partes y luego se la tiró a la cabeza.

Matty se agachó y la lámpara rebotó dos veces antes de hacerse añicos en la parte de atrás de la barcaza, derramando aceite hirviendo por todas partes. Unas llamas diminutas prendieron en la madera y lamieron con avidez el barniz. Sherlock miró a su alrededor. ¡Por el amor de Dios! Estaban en un río y no sabía cómo llevar el agua hasta donde hacía falta en ese momento.

Su mirada se quedó clavada en la manta del caballo que Matty le había dado, que estaba arrugada en la esquina de la cubierta cerca del timón. Sherlock la recogió y la lanzó entre las llamas, manteniendo agarrado un extremo para que no se le resbalara dentro del agua. Salió humo de debajo, pero no llamas. Sherlock tiró de la manta hacia él. Gracias al grueso tejido, la mitad del fuego se había apagado, pero algunas llamas seguían buscando las costuras del barco.

Matty chilló cuando otra lámpara de aceite golpeó el borde de la barca cerca de la cabeza de Sherlock y rebotó en el río, donde se hundió con un chisporroteo y un silbido en el instante en que la mecha tocaba el agua. Sherlock se volvió rápidamente y sumergió la manta en el agua a un lado del barco, asegurándose de agarrarla con fuerza y no soltarla. Antes de que se mojara demasiado la sacó y la volvió a lanzar en la madera. Esta vez las llamas silbaron cuando el tejido empapado las extinguió.

Sherlock levantó la vista hacia el puente cuando la barcaza pasó por debajo, esperando que una tercera lámpara de aceite se precipitara sobre su cabeza, pero parecía que sus asaltantes no tenían más. Sherlock se asustó al ver un cuerpo que bajaba a toda velocidad hacia él. Clem había saltado. El gánster chocó contra el suelo de la barcaza y resquebrajó la madera con sus botas. Cayó de espaldas en la cubierta y cuando se puso en pie, apretando los dientes y con un brillo en los ojos, avanzó hacia Sherlock. Llevó hacia abajo su mano derecha y sacó un cuchillo extremadamente curvo de su cinturón.

—¿Pensaste que podías entrar en nuestro almacén y escapar así sin más? —gruñó—. Te vieron salir corriendo del incendio como la rata que eres —lo agarró del pelo con la mano izquierda—. ¡Prepárate para conocer a tu Creador!

Sherlock retrocedió a una esquina de la minúscula cubierta, sintiendo la brisa en su cara cuando Clem agitaba los dedos delante de sus ojos. El hombre estaba tan cerca que Sherlock podía oler el tufo rancio y sudoroso que salía de sus ásperas ropas y ver la mugre incrustada bajo sus uñas mordidas.

Clem se echó hacia delante y le tiró del pelo, empujándolo. Sherlock no pudo evitar gritar de dolor cuando casi le arranca el pelo del cuero cabelludo. Por un momento lo único que le pasó por la mente, por extraño que pudiera parecer, fue el recuerdo de Albert arrancando matas de hierba del margen del río.

Clem le tiró de la camisa y le miró fijamente a los ojos. Sherlock sintió que la mano derecha del matón subía hacia su garganta empuñando el cuchillo. Faltaron unos segundos para que le cortaran el cuello, ¡y ni siquiera sabía por qué!

Algo se estrelló contra la espalda de Clem, que abrió mucho los ojos por el impacto. Sherlock sintió que la mano que le tiraba con fuerza del pelo se relajaba. Dio un paso atrás, empujando a Clem con las dos manos. El hombre no opuso resistencia, sino que se tambaleó hacia atrás y empezó a arrastrar los pies con una cautela exagerada.

Matty se quedó de pie detrás de él, sosteniendo el bichero en alto con las dos manos. Al principio Sherlock no sabía muy bien lo que había ocurrido, pero cuando Clem se giró del todo hacia Matty pudo ver un corte profundo y ensangrentado que le recorría la parte de atrás de la cabeza desde la coronilla hasta su cuello grueso como un toro. La piel estaba abierta por la mitad y Sherlock alcanzó a ver un hueso blanco debajo de la sangre. Matty le había golpeado de lleno con el bichero.

Clem dio un paso al frente hacia Matty y luego otro. Levantó la mano que sujetaba el cuchillo, pero no parecía saber qué hacer con él. Se quedó mirándolo embobado y luego se desplomó hacia un lado de la barcaza y cayó al río como un árbol talado. Cuando golpeó la superficie, salpicó de tal forma que el agua casi llegó hasta el puente. Por un momento, Sherlock vio hundirse la cara de Clem y la expresión de incredulidad en sus ojos de loco, hasta que desapareció en medio de la oscuridad y los sedimentos del fondo del río. Sus manos fueron lo último en desaparecer, con los dedos ondeando como algas en la corriente hasta que también se perdieron de vista.

Capítulo 8

Sherlock seguía temblando cuando el sol estuvo completamente sobre el horizonte y colgaba del cielo detrás de las siluetas negras de los árboles como una fruta pocha. Clem le había agarrado tan fuerte el hombro que le había provocado un dolor profundo que ahora se propagaba hacia la espalda. Si se miraba estaba seguro de que encontraría moratones: cinco cardenales ovalados dejados por los cinco dedos de la mano.

Tras el ataque, después de que Clem se hubiera ahogado en el agua y su acompañante hubiera huido, Matty y Sherlock se habían quedado un buen rato mirándose mutuamente, impactados por la violencia repentina y por su cese igualmente repentino.

—No estaba intentando robar el barco —susurró Matty en un momento dado—. Estaba intentando destruirlo. Ha habido tíos que lo han intentado robar antes, ¿pero por qué alguien querría quemarlo? ¡No les había visto en mi vida! ¿Yo qué les he hecho?

—Me querían a mí —le dijo Sherlock a regañadientes—. Ese era uno de los hombres del almacén. Creo que era el que estaba al cargo. Por lo menos a cargo de los hombres que estaban allí. El barón del que hablaban es el que está realmente al frente de todo. Debí de verme dejar el almacén cuando se estaba quemando y supondría que les había oído. Pero no sé cómo nos localizaron con la barcaza —sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Qué traman para estar dispuestos a matarnos con tal de proteger su secreto? ¿Qué demonios es tan importante?

Matty se quedó mirando a Sherlock como si le hubiera traicionado y luego le dio la espalda de golpe y movió rápidamente la cuerda para que el caballo se pusiera de nuevo en movimiento.

Y entonces, mientras el sol salía y el hombro de Sherlock dolía como un diente podrido, llegaron a Guildford, y él aún no había averiguado lo que se suponía que debía saber. Lo único que tenía eran preguntas y el ataque solo había dado pie a más.

Una pequeña jauría de perros zarrapastrosos les seguía por la orilla del río y les miraba con la esperanza de que tiraran algún resto de comida. Sherlock sonrió brevemente, pensando cuánto se parecían a Matty en ese aspecto. Miró hacia delante, a la espalda de Matty, y la sonrisa se le borró de la cara. Había puesto en peligro la barca del chico, el único hogar de verdad que este poseía. O peor aún, había puesto en peligro su vida. ¿Y para qué?

Poco a poco empezó a aparecer gente en la ribera. Algunos estaban claramente

entrando o saliendo del pueblo por la orilla porque les resultaba más práctico, mientras que otros estaban sentados en cajas y habían colgado sus cañas de pescar improvisadas en el agua con la esperanza de pescar algún pez para el desayuno. Delante de ellos el humo subía hacia el cielo cuando los habitantes de Guildford empezaron a hacer la comida para ese día. En las orillas empezaban a verse edificios: chozas improvisadas hechas de madera y clavadas entre sí en varios puntos y otras casas más sólidas de ladrillo. Comenzaron a aparecer adoquines, que al principio eran dispersos pero al rato empezaron a formar una especie de pavimento junto al borde del agua.

Al cabo de un rato, cuando se acercaron a un conjunto de edificios parecidos a los de un almacén que había agrupados en la ribera, Matty comenzó a tirar de la cuerda. El caballo aflojó el paso y la barcaza se deslizó poco a poco hacia la orilla. Matty había calculado bien el tiempo. Se detuvieron justo al lado de una gran anilla de hierro que estaba colocada en una de las losas. Sherlock esperaba que su amigo enrollara la cuerda alrededor de la anilla, pero en lugar de eso Matty metió la mano en la proa del barco y sacó una cadena que parecía estar sujeta a un ojal clavado en la madera. La lanzó a la orilla y saltó detrás. Enrolló la cadena en la anilla de hierro, sacó un gran candado viejo de su bolsillo y lo pasó por varios eslabones.

—Aquí no puedes fiarte de nadie —dijo entre dientes, aún sin mirar a Sherlock—. Podrían cortar una cuerda, pero cortar una cadena y un candado les llevará bastante tiempo. Más tiempo del que vale el barco, creo yo.

—¿Qué pasa con el caballo? —preguntó Sherlock.

—Si encuentra a alguien que le trate mejor que yo, puede irse si quiere —dijo Matty. Dio un paso hacia el césped y miró a Sherlock, que estaba detrás de él. Su expresión no era exactamente de disculpa, pero al menos ya estaba dispuesto a mirarle a los ojos—. Es demasiado viejo y débil para tirar de un arado o un carro —explicó—. Un barco es más o menos su límite y hasta en eso es lento. No merece la pena robarlo.

—Siento lo que ha ocurrido —dijo Sherlock nervioso.

—No es culpa tuya —respondió Matty, y se limpió la boca con la manga—. Estás metido en algo que te tiene atado de pies y manos. Yo también estoy metido. Lo mejor que podemos hacer es intentar salir lo más rápido posible y seguir adelante —miró a su alrededor—. Este es el muelle de Dapdune —dijo—. Si nos separamos, lo que es muy probable, recuerda que nos encontraremos otra vez aquí. No me iré sin ti —miró seriamente a Sherlock—. Y estoy bastante seguro de que tú no te irás sin mí. A ver, ¿cómo se llama ese tío al que estás buscando?

—Profesor Winchcombe —dijo Sherlock.

—Pues vamos a buscarlo. Y quizá podamos conseguir algo de desayunar por el camino.

Los dos chicos se alejaron del río por un sendero que prometía llevarles hacia una carretera más grande. Tuvieron que andar durante una hora y preguntar a varios transeúntes para averiguar que la casa del profesor Winchcombe estaba en Chaelis Road, una calle que salía de High Street, y luego otra media hora para encontrar High Street, que subía desde el río y estaba bordeada de tiendas de dos y tres pisos construidas con vigas de madera negras con un revoque blanco en su interior. Había carteles colgando

fuera, placas de madera con dibujos de peces, pan, verduras y todo tipo de alimentos. La gente que caminaba de aquí para allá en la calle y miraba los escaparates iba por lo general mejor vestida que en Farnham. Su ropa estaba confeccionada con telas más finas, adornada con cintas y encaje, y más colorida y limpia de lo que Sherlock había visto en mucho tiempo.

Algunos puestos que vendían fruta, embutidos y fiambre estaban situados al final de High Street, junto a un muro que les llegaba por la cintura y separaba el pueblo del río. Matty estaba a punto de trepar por el muro detrás de los tenderos para buscar comida que se hubiera caído de los puestos, cuando Sherlock se acercó y usó un poco del dinero escaso que Mycroft le había enviado para comprar algo de desayuno para los dos. Matty le miró con recelo y a Sherlock le dio la impresión de que pensaba que por alguna razón la comida sabía mejor si no tenía que pagar por ella. En cuanto a Sherlock, la comida sabía mejor si no había estado rodando por el suelo o si no había tenido que luchar con un perro para hacerte con ella.

Chaelis Road se encontraba a medio camino de High Street y los dos chicos ya estaban sin aliento cuando dieron con ella. La calle trazaba una curva pronunciada que se perdía de vista y Sherlock echó a andar, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que Matty no le seguía. Se dio la vuelta y miró al chico de manera inquisitiva.

—¿Qué pasa?

Matty negó con la cabeza.

—No es un sitio para mí —dijo observando las casas altas y los jardines bien cuidados que bordeaban el camino—. Ve tú por delante. Te espero aquí —miró a su alrededor—. Por aquí cerca, vamos.

Sherlock asintió. Matty tenía razón: la presencia de lo que la señora Eglantine había descrito como un «árabe zarrapastroso de la calle» probablemente les causaría problemas. Se sacudió todo el polvo que pudo de la ropa y siguió caminando.

La casa que estaba buscando estaba justo al doblar la curva. Abrió la cancela empujándola y se acercó a la puerta, que estaba protegida por un pórtico griego. Una placa conmemorativa estaba atornillada a uno de los pilares y tenía grabadas las siguientes palabras: «Profesor Arthur Albery Winchcombe. Académico de enfermedades tropicales».

Antes de que le traicionaran los nervios, Sherlock tocó la campana.

Un hombre con un austero traje negro y un chaleco gris abrió la puerta. Miró hacia abajo a Sherlock a través de sus gafas diminutas, que apenas le cubrían los ojos.

—¿Está en casa el profesor Winchcombe? —preguntó Sherlock.

El hombre, que Sherlock supuso que era un mayordomo, se quedó callado un momento.

—¿Quién debo decirle que llama? —preguntó por fin.

Sherlock abrió la boca y cuando estaba a punto de presentarse vaciló. Tal vez sería mejor que dijera el nombre de otra persona, alguien de quien el profesor hubiera oído hablar. ¿Mycroft, quizá? ¿O Amyus Crowe? ¿Cuál sería mejor?

Al final eligió uno al azar.

–Por favor, dígame al profesor que un alumno del señor Amyus Crowe desea hacerle una consulta –dijo.

El mayordomo asintió con la cabeza.

–¿Le importaría esperar en la sala de estar? –preguntó mientras sujetaba la puerta abierta. Trató a Sherlock como si fuera de la realeza, en lugar de un chico un poco desaliñado y nervioso, y le señaló una puerta que había al otro lado del vestíbulo.

El papel pintado que forraba la habitación estaba lleno de dibujos de plantas largas y finas que Sherlock no reconocía, como una especie de hierbas gigantes. Tenían unos anillos alrededor del tallo dispuestos a la misma distancia de abajo arriba. Se quedó fascinado y aún las estaba mirando cuando se abrió la puerta y un hombre entró en la habitación. Era bajo, más bajo que Sherlock, y su estómago sobresalía como si tuviera un cojín metido debajo de la chaqueta. Llevaba un curioso sombrero rojo en la cabeza sin ala ni visera, como si fuera una gruesa torre baja de seda roja.

–Bambú –dijo.

–¿Perdón?

–Las plantas de la pared. Bambú. Es una planta leñosa de hoja perenne de la familia de las gramíneas. Pasé bastante tiempo en China cuando era joven y me familiaricé mucho con ella. Los bambús son las plantas leñosas que más rápido crecen del mundo, ¿sabes? Las más grandes pueden crecer hasta sesenta centímetros al día en ciertas circunstancias. El papel es chino, por cierto. Papel de arroz.

Sherlock no estaba seguro de haberlo entendido.

–¿Papel hecho de arroz?

–Un malentendido habitual –respondió el profesor–. En realidad, el papel de arroz está hecho con la médula de un árbol pequeño, *Tetrapanax papyrifer* –inclinó la cabeza hacia un lado–. ¿Dices que eres un alumno de Amyus Crowe? –preguntó. Los ojos detrás de las gafas brillaban como los de un pájaro y estaban llenos de curiosidad.

–Sí, señor –contestó Sherlock, y se sintió extrañamente como si estuviera de nuevo en el colegio Deepdene.

–Esta mañana he recibido una carta del señor Crowe. Muy rara. Rarísima. ¿Por eso estás aquí?

–¿La carta hablaba de dos hombres muertos?

El profesor asintió con la cabeza.

–Efectivamente.

–Por eso estoy aquí. Le oí decir al señor Crowe que era usted un experto en enfermedades.

–Me especializo en enfermedades tropicales, pero sí, mi especialidad incluye la mayoría de las enfermedades contagiosas importantes, desde la fiebre Tapanuli y la podredumbre negra de Formosa, al cólera y la fiebre tifoidea. Tengo entendido que estos dos hombres han muerto de una enfermedad desconocida.

–No estoy seguro –Sherlock escarbó en el bolsillo de su chaqueta y sacó el sobre que había contenido la carta de Mycroft y que ahora contenía una muestra del polvo amarillo–. Recogí esto cerca de uno de los cuerpos, pero sé que estaba presente en

ambos –dijo atropelladamente–. No sé lo que es, pero creo que está relacionado con las muertes. Puede que sea venenoso.

El profesor extendió la mano para coger el sobre.

–En ese caso lo trataré con cuidado –dijo.

–¿Me cree? –preguntó Sherlock.

–Has venido hasta aquí para verme, así que supongo que te lo estás tomando en serio. Lo menos que puedo hacer es tomármelo igual de en serio que tú. Y además, conozco a Amyus Crowe y creo que es un hombre honrado. No me lo puedo imaginar haciéndose cargo de un alumno que se permita gastar bromas –de repente sonrió y la cara se le transformó en algo angelical–. Bueno, vamos a echarle un vistazo a esta muestra que me has traído.

Le condujo a través del vestíbulo y entraron en otra habitación que estaba llena de libros y tenía un gran escritorio al lado de la ventana donde había mejor luz. Sobre un cuaderno de papel secante verde encima del escritorio, entre periódicos y documentos dispersos y una vela encendida, había un microscopio.

El profesor Winchcombe se sentó en una silla con respaldo de piel que había detrás de su mesa y le hizo un gesto a Sherlock para que acercara otra silla y la pusiera a su lado. Sacó una hoja en blanco de pergamino de un cajón y la puso en el papel secante que había al lado del microscopio. Luego abrió con mucho cuidado la solapa del sobre con un abrecartas y vertió el contenido en el pergamino. En unos segundos tuvo un montoncito de polvo amarillo ante él. Con la punta del abrecartas recogió unos cuantos granos del polvo y los depositó en una placa de vidrio que estaba sujeta a la platina del microscopio, la placa plana que hay debajo del objetivo. Ajustó un espejo debajo de la platina y lo torció para que reflejara la luz de la vela por un agujero de encima de la platina y pasara por la placa de vidrio hasta la lente. Mientras Sherlock observaba intentando no respirar demasiado fuerte para no soplar el polvo, el profesor miraba atentamente por el microscopio, girando primero la gran rueda y después los pequeños tornillos hasta enfocar los granos.

–¡Ah! –exclamó, y después–: ¡Vaya! –se quitó su sombrero rojo, se rascó la cabeza y volvió a colocarlo exactamente en el mismo sitio.

–¿Qué es? –susurró Sherlock.

–Polen de abeja –dijo el profesor–. Bastante inconfundible.

–¿Polen de abeja? –repitió Sherlock sorprendido, sin estar seguro de haberlo oído bien.

–¿Has estudiado alguna vez a las abejas? –preguntó el profesor, reclinándose en su silla–. Son unas criaturas fascinantes. Te las recomiendo como tema serio de investigación –se quitó las gafas y se restregó los ojos–. Recogen polen de las flores y lo llevan a su colmena.

–¿Qué es el polen? –preguntó Sherlock, que se sentía extrañamente decepcionado–. He oído la palabra antes, pero nunca he estado seguro de lo que significaba.

–El polen –replicó el profesor– es un polvo que contiene microgametofitos, que son los que producen los gametos masculinos o células reproductivas de las semillas. El polen es producido por los estambres u órganos reproductores masculinos de las flores y

transportado a través del viento o de ciertos insectos al pistilo u órgano reproductor femenino de otra flor de una naturaleza similar. Allí se fusionan para formar una semilla –examinó sus gafas y luego se las volvió a colocar en la nariz. Sherlock intentó repasar lo que el profesor le había dicho, pero se dio cuenta de que se había puesto a hablar otra vez–. En el caso de las abejas, cogen el polen de las flores y lo llevan de vuelta a la colmena en canastas en forma de bola conectadas a sus patas traseras. La ventaja para la planta, naturalmente, es que mientras la abeja viaja de flor en flor deja caer un poco del polen del estambre de una flor en los pistilos de otra, ayudando de este modo a la reproducción. A lo que íbamos, en sus patas traseras superiores las abejas tienen unos pelitos diminutos que actúan como una canasta donde la abeja enrolla los granos de polen y los mezcla con néctar formando una bola. Y eso es a lo que llamamos «polen de abeja».

–¿Y es seguro?

–Para la mayoría de la gente sí, aunque unos cuantos desafortunados tienen una aversión física hacia él –se echó para atrás y se quedó un rato pensando–. ¿Podría haber causado eso las hinchazones con aspecto de furúnculos que el señor Crowe describía en su carta? Mmmm... lo dudo. Las reacciones al polen suelen ser más parecidas a sarpullidos que a furúnculos, y encontrar a dos hombres elegidos supuestamente al azar que tengan esa misma sensibilidad sería poco probable –de repente golpeó la mesa con la mano y Sherlock pegó un salto–. ¡Claro! ¡Estoy pasando por alto la respuesta más evidente!

–¿Evidente? –Sherlock se devanó los sesos. ¿Cuál era la explicación evidente para las hinchazones con aspecto de pústulas cuando implicaban a las abejas? Y cuando al fin lo comprendió sintió como si le hubiera alcanzado un rayo–. ¡Picaduras! –gritó.

–Bien hecho, hijo mío. Sí, picaduras de abeja. Picaduras muy venenosas, además. La mayoría de las abejas, por lo menos en este país, tienen aguijones que causan dolor y originan un grano ligeramente abultado, pero nada que ver con los furúnculos que describía el señor Crowe –miró a Sherlock–. Tú también debes de haberlos visto. ¿Cómo eran de grandes?

Sherlock levantó la mano derecha.

–Más o menos del tamaño de la punta de mi pulgar –respondió.

–Lo que indica una variedad de veneno muy virulenta y tal vez un tipo de abeja muy agresiva.

–¿Cómo sabe tanto de abejas? –preguntó Sherlock.

El profesor sonrió.

–Ya te he dicho que pasé unos años en China. Los chinos llevan varios miles de años criando abejas y descubrí que la miel es muy apreciada por ellos por sus beneficios terapéuticos. Según los datos del gran libro médico *Bencao Gangmu*, o *Compendio de materia médica*, que fue escrito por un hombre llamado Li Shizhen hace trescientos años, la miel tiene la capacidad de tonificar el bazo, aliviar el dolor, eliminar sustancias tóxicas, reducir la irritación, iluminar la mirada y prolongar la vida –apartó la vista de Sherlock y la desvió hacia la pared, y a Sherlock le dio la sensación de que estaba

recordando cosas que habían pasado hacía muchos años—. Aquí en Gran Bretaña estamos acostumbrados a la mansa abeja melífera europea, *Apis mellifera*. La abeja asiática grande, *Apis dorsata*, es considerablemente más agresiva y tiene una picadura mucho más dolorosa, y aun así los chinos las crían y recolectan la miel de sus colmenas. A diferencia de las nuestras, que tienen forma de campanas, los chinos usan troncos vacíos o cestos cilíndricos para meter a las abejas. A veces podías ver a los campesinos chinos llevando sus colmenas a las montañas colgadas de dos en dos en los extremos de una vara de bambú que llevan en equilibrio sobre los hombros. Recuerdo verlos trepar, con las abejas zumbando a su alrededor como una nube de humo.

«Una nube de humo.» Aquellas palabras le cayeron a Sherlock como un jarro de agua fría.

—Eso es lo que era —dijo con la respiración entrecortada.

—¿El qué?

—Vi cómo una sombra se alejaba de uno de los cuerpos y mi amigo vio lo mismo saliendo de una ventana donde descubrieron el otro cadáver. ¡Deben de haber sido las abejas!

El profesor asintió con la cabeza.

—Deben de haber sido muy pequeñas para que las confundáis con una sombra, y probablemente de un color oscuro más que el amarillo brillante y el negro de nuestros típicos abejorros. Creo que hay abejas africanas que son pequeñas y prácticamente negras. Esas también son muy agresivas.

—¿Podría hacer algo por mí? —preguntó Sherlock.

—Claro.

—¿Podría escribirle una carta a Amyus Crowe diciéndole lo que usted cree que causó la muerte de esos dos hombres? La llevaré a Farnham y se la daré —apartó la vista del profesor al sentir que se estaba ruborizando—. Creo que mis tíos me van a regañar cuando vuelva, y eso puede salvarme de que me castiguen.

El profesor asintió con la cabeza. Vertió el polvo amarillo —el inofensivo polvo amarillo, Sherlock tenía que recordarlo— del pergamino a su papel secante. Echó mano de un tintero que había al borde de su escritorio, sacó una pluma y empezó a escribir en el pergamino. Tenía una caligrafía enmarañada, pero Sherlock podía descifrar las palabras.

Querido señor Crowe:

He tenido el placer de conocer a tu alumno

—¿Cómo te llamas, jovencito? —preguntó, volviéndose a Sherlock.

—Holmes, señor. Sherlock Holmes.

el señorito Sherlock Holmes, que me ha traído

una muestra de un polvo amarillo que me ha dicho que encontró cerca de los hombres que fallecieron lamentablemente y cuya defunción me describías en la carta que llegó esta mañana. Habiendo examinado la sustancia, la reconozco como un simple polen de abeja y por consiguiente deduzco que tus dos hombres no murieron de peste bubónica o alguna enfermedad parecida, sino por picaduras de abeja. Si le pides a un médico local que examine las supuestas «pústulas», todo parece indicar que encontrará pequeños agujones clavados en cada una, o por lo menos las marcas que hayan dejado esos agujones. Elogio a este joven por traerme la muestra de polvo. De no haberlo hecho, los rumores de una fiebre mortal que están arrasando el país podrían haber causado un pánico terrible.

Espero que reanudemos nuestra amistad cuando tengas a bien.

Atentamente,

Dr. Arthur Winchcombe

Dobló la hoja, la metió en un sobre que sacó de un cajón del escritorio, lo selló con una gota de cera de la vela que había estado usando para iluminar el microscopio y se lo

entregó a Sherlock.

—Confío en que esto te salve de un castigo demasiado doloroso —dijo—. Por favor, preséntale mis respetos a tu tutor.

—Lo haré —Sherlock se detuvo y luego añadió—: Gracias.

El profesor Winchcombe tocó una pequeña campana que había sobre el papel secante, junto al microscopio.

—Mi mayordomo te acompañará fuera. Si quieres saber algo más sobre enfermedades tropicales, apicultura o China, no dudes en volver a visitarme.

Cuando salió a la calle, a Sherlock le sorprendió ver que el sol apenas había cambiado de posición en el cielo. Le daba la impresión de haber estado horas en casa del profesor Winchcombe.

Matty estaba sentado en la tapia del jardín comiendo algo de un cucurucho de papel.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —preguntó.

Sherlock asintió con la cabeza. Señaló el cucurucho.

—¿Qué tienes ahí?

—Berberechos y bígaros —respondió el chico. Inclínó la abertura del cucurucho hacia Sherlock—: ¿Quieres unos pocos?

Sherlock vio un montón de conchas dentro.

—¿Están cocinados? —preguntó.

—Cocidos —respondió Matty a secas—. Encontré un puesto de un pescadero que los vendía. Probablemente vino por la noche desde Portsmouth. Le eché una mano un rato, ordenándole las cajas, yendo a buscar más hielo y cosas así. Me pagó con un cucurucho lleno —metió la mano en el cono y sacó una concha. Luego lo apoyó en la pared, cogió una navaja de su bolsillo y jugueteó con la punta dentro de la concha, pinchando lo que había dentro. Al cabo de unos segundos sacó algo oscuro y correoso y se lo metió rápidamente en la boca—. Riquísimo —dijo sonriendo—. No consigues esto muy a menudo, a menos que vivas cerca del mar. Es como una sorpresa cuando lo encuentras.

—Creo que paso —dijo Sherlock—. Vámonos a casa.

Esta vez bajaron por High Street hacia el río y luego caminaron por la orilla hasta encontrar la barcaza. Como había previsto Matty, tanto ella como el caballo seguían ahí. Sherlock se preguntaba cómo iban a darle la vuelta a la barca, pero Matty llevó al caballo por la orilla en dirección al pueblo hasta que llegaron a un puente, hizo que Albert cruzara al otro lado y giró la proa del barco mientras Sherlock usaba el bichero para impedir que chocara contra las orillas a ambos lados. Y después hicieron el lento camino de vuelta, Sherlock delante esta vez, ayudando a que el caballo se moviera, y Matty detrás manejando el timón.

Conversaron mientras el barco se movía lentamente río abajo. Sherlock le habló del profesor Winchcombe y de su explicación sobre las abejas y las picaduras. Matty al principio tenía sus dudas, pero al final Sherlock le convenció de que la nube de la muerte no requería ninguna explicación sobrenatural. Parecía que Matty estaba aliviado de que la peste no hubiera llegado a Farnham y al mismo tiempo fastidiado porque la explicación fuera tan prosaica. Sherlock no dijo nada, pero durante el viaje iba estando cada vez más

seguro de que acababan de resolver un misterio para desvelar otro. ¿Por qué las abejas habían picado a esos dos hombres en diferentes lugares y a nadie más? ¿Por qué había abejas africanas en Inglaterra, para empezar? ¿Y qué tenía todo eso que ver con el almacén, las cajas que habían cargado los matones en el carro y el misterioso barón?

Al cabo de un rato, Sherlock tomó conciencia de que otro caballo se había unido al suyo en la ribera. Era un semental negro brillante con una mancha marrón en el cuello y Virginia Crowe lo estaba montando. Llevaba los mismos pantalones con una blusa y una chaqueta encima.

—¡Hola! —gritó Sherlock. Ella le devolvió el saludo con la mano—. Matty, te presento a Virginia Crowe —gritó volviendo la cabeza—. Virginia, él es Matthew Arnatt. Matty.

Matty la saludó con la cabeza y ella hizo lo mismo, pero ninguno dijo nada.

Sherlock se puso en pie y durante un momento mantuvo un equilibrio inestable en la proa del barco, desde donde notaba cómo se balanceaba debajo de él, y luego pegó un salto a la orilla. Agarró la brida del caballo de Matty y lo guió hacia delante, caminando junto a Virginia.

—Él es Albert —dijo por fin.

—Ella es Sandia —respondió Virginia—. Deberías aprender a montar, en serio.

Sherlock negó con la cabeza.

—Nunca he tenido la oportunidad.

—Es fácil, pero los chicos siempre os quejáis de lo difícil que es. Guíalo con tus rodillas, no con las riendas. Usa las riendas para que vaya más despacio.

A Sherlock no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada. Siguieron andando un rato en medio de un silencio incómodo.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Virginia por fin.

—En Guildford. Quería ver a alguien allí —entonces se acordó, hurgó en su chaqueta y sacó la carta que había escrito el profesor Winchcombe—. Necesito darle esto a tu padre. ¿Sabes dónde está?

—Aún está buscándote. Se suponía que teníais una clase.

Sherlock le echó un vistazo para ver si estaba hablando en serio, pero había una ligera sonrisa en sus labios. Le miró desde el caballo y él apartó la cara.

—Dame la carta —le dijo—. Me encargaré de que la reciba.

Él le tendió la carta y luego la atrajo de nuevo hacia sí.

—Es importante —dijo con vacilación—. Es sobre los dos hombres que murieron.

—Entonces se la daré ahora mismo —le cogió la carta de la mano extendida. Sus dedos no tocaron los de él, pero Sherlock casi pudo imaginar que sentía su calor cuando pasaron cerca—. Aquellos hombres murieron de la peste, ¿no? Es lo que la gente dice.

—No es la peste. Fueron abejas. Por eso tuve que ir a Guildford. Necesitaba hablar con un experto en enfermedades —se dio cuenta de que estaba hablando más rápido, pero ya no podía detenerse—. Encontré un polvo amarillo cerca de ambos cuerpos. Quería que alguien me dijese lo que era, así que me llevé una muestra a Guildford. Resulta que era polen. Por eso hemos llegado a la conclusión de que las abejas son las responsables.

—Pero no sabías eso cuando encontraste la sustancia —señaló Virginia.

–No.

–O cuando la recogiste y la llevaste hasta Guildford.

–No.

–Todo lo que sabías es que podría haber sido algo que causara la peste. Algo contagioso.

Sherlock se sintió acorralado.

–Sí –respondió, alargando la palabra para que sonara más parecido a «Sí-i-i-i».

–O sea que arriesgaste tu vida basándote en el hecho de que pensabas que todo el mundo estaba equivocado y tú podías probar que era así.

–Supongo –se sintió levemente avergonzado. Ella tenía razón: llegar al fondo del misterio había sido más importante para él que su propia seguridad. Podría haberse equivocado (no sabía mucho sobre enfermedades o cómo se transmitían). El polvo amarillo podría haber sido algo que los cadáveres de los hombres habían producido como consecuencia de una enfermedad, como piel seca e infectada, algo que podría haber contenido la enfermedad y haberla transmitido. Había estado tan absorto en resolver el rompecabezas que no había pensado en ello.

El resto del viaje de vuelta a Farnham transcurrió en silencio.

Capítulo 9

–Me decepciona, muchacho.

Sherrinford Holmes estaba sentado en el enorme escritorio de roble de su despacho, Amyus Crowe estaba de pie detrás de su hombro izquierdo y la señora Eglantine detrás del derecho. Las ropas negras del ama de llaves se mimetizaban tan bien con las sombras que solo se le veían la cara y las manos. Eso, unido a la larga barba blanca del tío Sherrinford y las diferentes Biblias hebreas, griegas, latinas e inglesas que estaban amontonadas por toda la mesa, pensó Sherlock, era como ser disciplinado por Dios con dos ángeles vengativos de pie detrás de su trono; un efecto que solo se echaba a perder porque el tío Sherrinford llevaba puesta la bata encima del traje.

A Sherlock le ardía la cara de la vergüenza y el enfado. Quería protestar y decir que lo había hecho por una buena causa, pero con una sola mirada a su tío supo que discutir no serviría de nada.

–Lo siento, señor –dijo al cabo de un buen rato cuando se dio cuenta de que su tío estaba esperando una respuesta–. No lo volveré a hacer.

–Su padre, mi hermano, le encomendó a mi cuidado a condición de que continuara con su educación y evitara que se juntase con malas compañías o tomara un camino equivocado. Me muero de vergüenza al descubrir que he fracasado en ambas tareas.

Se hizo otra pausa larga. Sherlock se sintió presionado para volver a decir que lo sentía, pero le dio la impresión de que si lo hacía les parecería un insolente.

–Sé que no debería haber ido yo solo hasta Guildford –dijo por fin.

–Ese es el más nimio de sus pecados –declaró el tío Sherrinford–. Esta misma mañana se ha ido a hurtadillas de esta casa antes de que saliera el sol como un criminal cualquiera.

–Ni siquiera ha dormido en su cama –le interrumpió la señora Eglantine–. Debe de haberse ido antes de medianoche.

Sherlock sentía cómo le temblaban los hombros del esfuerzo que estaba haciendo para controlar su enfado. Sabía que ella estaba mintiendo –sí que había dormido unas horas y se había marchado justo antes del amanecer–, pero no podía contradecirla pese a un deseo ardiente de decir la verdad. El ama de llaves estaba intentando que se metiera en un lío aún mayor y si discutía con ella lo verían como un desafío y recibiría el correspondiente castigo.

–Escribiré a su hermano –continuó Sherrinford–, diciéndole que la confianza que he depositado en usted ha sido traicionada. Y no se le permitirá dejar esta casa en una semana.

–Si me lo permite –dijo Amyus Crowe arrastrando las palabras desde detrás de Sherrinford–, me gustaría decir algo a favor del chico –rebuscó en su deslumbrante chaqueta blanca y sacó un sobre–. La carta que el chico trajo del eminente profesor Winchcombe ha apaciguado el temor a un brote de peste bubónica en la zona. El hecho de llevarse esa muestra de polen para que fuera identificado indica una voluntad de hierro, una manera de pensar independiente y una reticencia a fiarse de las cosas, todos ellos atributos que deberían ser fomentados, diría yo.

–¿Está sugiriendo que el chico debería librarse del castigo, señor Crowe? –preguntó la señora Eglantine con una voz suave.

–En absoluto –respondió Crowe–. Yo sugeriría que en lugar de prohibirle del todo que salga de casa, le digan que solo puede salir conmigo. De ese modo yo puedo seguir manteniendo el acuerdo que hice con su hermano.

Sherrinford Holmes se quedó un rato pensando y pasándose la mano por la barba con la mano derecha.

–Muy bien –dijo–. Haremos un acuerdo mutuo. Estará confinado en esta casa lo que queda de hoy y mañana. Después se quedará aquí todo el tiempo excepto cuando el señor Crowe le dé clase. Mientras esté en la casa habrá de quedarse en su habitación salvo para las comidas –le temblaron los labios–. Aunque le permitiré que coja cualquier libro que desee de mi biblioteca para pasar el rato. Aprovéchelo bien para mejorar y que lo que aprenda se vea reflejado en sus acciones.

–Lo haré, señor –dijo Sherlock, haciendo un esfuerzo porque las palabras salieran de su boca. La tensión en sus hombros se alivió un poco–. Gracias, señor.

–Ahora váyase y no regrese hasta la hora de cenar.

Sherlock se dio la vuelta y salió del despacho. Tenía unas ganas tremendas de discutir, de explicar que lo que había hecho estaba bien, pero conocía bastante bien cómo funcionaba el mundo de los adultos como para darse cuenta de que discutir solo empeoraría las cosas. Que estuviera «bien» no importaba. Lo que importaba era «obedecer las reglas».

Subió las amplias escaleras alfombradas hasta el primer piso, luego las de madera más estrechas que llevaban a la buhardilla, donde estaba su habitación. Se tumbó en la cama mirando al techo y dejó que sus pensamientos se arremolinaran en su cabeza.

El resto de aquel día y todo el siguiente pasaron en una nebulosa. Su cuerpo, cansado y maltrecho tras sus aventuras, tuvo la oportunidad de repararse durmiendo todo lo que podía, pero cuando se despertaba descubría sus pensamientos revoloteando sin rumbo, como polillas alrededor de la llama de una vela. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba planeando exactamente el barón Maupertuis y quién iba a detenerlo?

Pasó algún tiempo intentando redactar una carta en su cabeza para su hermano, no porque esperara que Mycroft hiciera algo, sino porque necesitaba contarle a alguien en quien confiara lo que había estado ocurriendo. Por fin, cuando consiguió expresarlo

como quería, lo puso por escrito en un papel.

Querido Mycroft,

Ojalá pudiera decirte que he estado siguiendo tus consejos y que me he dedicado enteramente a estudiar en la biblioteca del tío Sherrinford y pasear por el campo, pero parece que me he metido en líos y ahora no sé qué hacer. La buena noticia, si es que hay alguna, es que he hecho dos amigos. Uno de ellos se llama Matthew Arnatt y vive en una barcaza en el canal. Creo que te va a caer bien. La otra es Virginia Crowe. Es la hija de Amyus Crowe, que dice que me está enseñando cosas de la naturaleza y a observar el mundo que me rodea, pero creo que en realidad me está enseñando a pensar. Desearía que no hubieras visto necesario encontrarme un tutor durante las vacaciones, pero de todos los tutores que podrías haber encontrado creo que el señor Crowe es el mejor. Han estado pasando cosas extrañas aquí en Farnham y me gustaría poder hablar contigo sobre ellas. Encontraron en el pueblo el cuerpo sin vida y lleno de ampollas de un hombre, y otro aquí en las tierras de la mansión Holmes. La gente de aquí pensó que podía tratarse de la peste, pero un hombre llamado profesor Winchcombe probó que fueron asesinados por cientos de picaduras de abeja. Creo que las abejas están conectadas de algún modo a un hombre llamado barón Maupertuis, que posee un almacén en Farnham, pero no sé de qué manera.

El almacén se incendió y se destruyeron todas las pruebas. Te contaré cómo ocurrió cuando te vea.

En resumen, la vida aquí es más interesante de lo que esperaba, al menos cuando puedo salir de casa. Actualmente estoy castigado en mi cuarto por haber ido a Guildford a ver al profesor Winchcombe, pero esa es otra historia que te contaré cuando te vea.

¿Hay alguna noticia de padre? ¿Sigue de camino a la India, y tienes alguna información más sobre cuándo acabarán los problemas allí?

Dale recuerdos a madre y a nuestra hermana. Y ven pronto a visitarme, por favor.

Tu hermano,
Sherlock

Cuando terminó la carta y la lacró, la dejó en la mesa del vestíbulo a la hora de comer para que una sirvienta la recogiera y la llevara a la oficina de correos de Farnham. Cuando bajó otra vez para cenar, la carta no estaba. La señora Eglantine pasaba por el vestíbulo –su cara parecía flotar en la sombra– y le sonrió sin alegría. ¿Habría visto la carta? ¿La habría leído? ¿Habría conseguido siquiera llegar hasta la oficina de correos o

la habría destruido? Sherlock se dijo a sí mismo que aquello era una estupidez. ¿Qué motivos tenía ella para hacer eso? Pero la advertencia de Mycroft resonó en su cabeza: «No es amiga de la familia Holmes».

Mientras estaba tumbado en su cuarto no era capaz de sacarse aquello de la cabeza. El lejano gong para ir a cenar lo sacó de una siestecita y bajó al piso de abajo. La señora Eglantine estaba saliendo del comedor en ese momento. Le echó un vistazo con una sonrisa sarcástica en los labios y se marchó.

Sherlock no tenía hambre. Se quedó mirando la puerta unos instantes, intentando obligarse a comer lo justo para mantenerse con fuerzas, pero no pudo. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la biblioteca para ver si podía encontrar algún libro sobre abejas o apicultura.

Cuando estaba en medio del vestíbulo vio una carta en la fuente de plata de la consola. ¿No estaba ahí antes o es que no la había visto? Por un momento creyó que podría ser otra carta de Mycroft, así que la cogió. Su nombre estaba escrito junto a la dirección de la casa, pero no era la letra de Mycroft. Era más redonda. Más... femenina. ¿Cómo era posible?

Sherlock miró a su alrededor, casi convencido de que encontraría a la señora Eglantine mirándole desde la penumbra, pero era el único que estaba en el vestíbulo. Cogió la carta, abrió la puerta de la casa y se quedó de pie bajo el sol del atardecer, sin moverse de la entrada para que no pudieran acusarle de haber salido.

Dentro del sobre solo había una hoja de un tenue color lavanda. En ella, debajo de su nombre y dirección, estaba escrito:

Sherlock,
Hay una feria que se celebra en el prado que hay bajo los terrenos del
castillo. Búscame allí mañana a las nueve de la mañana, ¡si te atreves!
Ven solo.
Virginia

Se quedó atontado durante un rato y respiró hondo. ¿Virginia quería verle? ¿Pero por qué? En las dos ocasiones que se habían encontrado le había dado la impresión de no caerle bien. La verdad es que no habían hablado mucho entre ellos. Y sin embargo ahora quería verle. ¿A solas?

¡Pero no podía ir! ¡Le habían prohibido salir de casa!

Los pensamientos se le agolparon en la mente mientras trataba de inventarse una excusa que le permitiera salir de casa a la mañana siguiente sin meterse en líos. Tenía que haber una razón lógica que pudiera resistirse al examen minucioso del tío Sherrinford. Virginia le había pedido que se vieran. Por lo poco que sabía de ella, podía afirmar que era más independiente que las chicas inglesas de su edad. Sabía montar a caballo –bien, no a la amazona– y era perfectamente capaz de irse por su cuenta. Pero si hubiera sido inglesa no habría ido a la feria sin su familia. Y eso quería decir que sería razonable que

Sherlock interpretara la carta como si fuera una invitación para quedar con ella «y con su padre», lo que significaba que podía salir de casa sin infringir las condiciones del acuerdo con su tío. Sherrinford no se iba a creer que una chica pudiera quedar con un chico sin que su familia estuviera presente. Sherlock se lo imaginaba, pero si lo ponían en duda no soltaría prenda.

Una idea pasajera lo desconcertó. ¿Qué pasaría si alguien de la mansión Holmes acudía a la feria? Pero al pensarlo mejor se convenció de que era bastante improbable que su tío, su tía o la señora Eglantine estuvieran allí, y si alguna de las criadas, cocineras o trabajadores había ido, lo más seguro es que ni siquiera le reconocieran.

Pasó el resto de la tarde y gran parte de la noche convenciéndose a sí mismo de si debía o no debía ir a la mañana siguiente. Por la mañana seguía sin estar seguro, pero mientras bajaba las escaleras para ir a desayunar se puso a pensar en la cara de Virginia y decidió que sí. Definitivamente sí.

Miró la hora en el reloj del abuelo. Eran las ocho pasadas. Si se marchaba ya y llevaba la bicicleta podría llegar allí casi a tiempo. Sabía dónde estaba el castillo —encaramado en una colina que había encima del pueblo— y supuso que el ejido era una zona del prado a muy poca distancia.

¿Debía dejar una nota? Después de los últimos acontecimientos pensó que sería lo más sensato, así que escribió a toda velocidad una explicación rápida en la parte de atrás del sobre diciendo que iba a ver a Amyus Crowe y la dejó en la fuente de plata. Luego fue medio corriendo hasta donde había dejado la bicicleta, agachándose cuando pasaba delante de las ventanas y escondiéndose tras los muros donde podía hacerlo.

Por el camino, la cabeza le daba vueltas con ideas y conjeturas. Nunca había tenido una amiga de verdad. Estaba su hermana, claro, pero era mayor que él y le interesaban cosas diferentes: pintar, hacer ganchillo, tocar el piano... Y además estaba enferma, lo que la había mantenido apartada y postrada en cama durante largos períodos de la infancia de Sherlock. Nunca había hecho ningún amigo de verdad en la zona que bordeaba la casa de sus padres, y mucho menos amigas, y el internado de Deepdene era solo para chicos. No estaba del todo seguro de cómo comportarse con Virginia, sobre qué hablar o cómo actuar.

Cuando entró pedaleando en Farnham, tomó una calle lateral que subía hacia el castillo que estaba en lo alto del pueblo. Avanzó a duras penas hasta que las piernas le empezaron a quemar, luego se bajó de la bici y caminó, empujándola a su lado. Cuando llegó a las tierras del castillo estaba exhausto.

Sherlock vio un variado grupo de gente que se extendía por la pradera iluminada por el sol de la mañana. Como si se tratara de un auténtico pueblo en miniatura, habían montado barracas y rings rodeados de cuerda a ambos lados de amplios callejones cubiertos de hierba por los que la gente deambulaba y contemplaba el espectáculo. El humo lo cubría todo y los olores de la carne cocinándose, el excremento animal y la gente hicieron que a Sherlock le picara la nariz. Había zonas para malabaristas, para boxear, para batirse en duelo y para peleas de perros. Los embaucadores vendían jarabes curalotodo hechos de quién sabe qué, los lanzallamas se metían a la fuerza en la boca

brasas ardiendo en pinchos metálicos y los vecinos hacían muecas grotescas para ganar un sombrero, echaban carreras para ganar una bata y comían gachas por un premio en metálico para el que pudiera comer más.

Echó un vistazo a la muchedumbre, buscando el inconfundible pelo cobrizo de Virginia, pero había tanta gente que no diferenciaba a unos de otros. Ella no había concretado donde se encontrarían, por lo que sus únicas opciones eran esperar y confiar en que llegara hasta donde él estaba o sumergirse entre la multitud y buscarla. Y nunca se le había dado muy bien esperar.

Algo inquieto, Sherlock dejó su bicicleta apoyada en una valla a un lado del prado. No estaba del todo seguro de que estaría allí cuando regresara, pero aquella aglomeración de gente implicaba que no iba a ser capaz de llevarla consigo.

Lo primero que se encontró mientras cruzaba andando la pradera fue un gran barril lleno de agua hasta el borde. La gente estaba arracimada alrededor de él, riendo y animándose entre sí para entrar. Parecía que la superficie del agua estaba hirviendo, lo que llevó a Sherlock a sospechar que estaban cocinando algo dentro, pero no había fuego debajo. En medio de la multitud, un joven delgado con un pañuelo de lunares anudado al cuello estaba intentando impresionar a una chica rubicunda con un vestido blanco que tenía al lado. Le entregó una moneda al supuesto dueño del barril, agarró los lados con ambas manos y metió bruscamente la cabeza en el agua.

Sherlock dio un grito ahogado, bastante convencido aún de que el agua estaba hirviendo, pero el chico no parecía estar haciéndose ningún daño. Se movía de un lado al otro del agua como si estuviera buscando algo; cada pocos segundos impulsaba la cabeza muy rápido hacia delante y luego la echaba hacia atrás. Por fin la sacó fuera del todo. El agua le corría por la cara y el cuello y le mojaba la ropa, pero no parecía importarle. Tenía algo apretado entre los dientes; algo plateado que serpenteaba frenéticamente intentando escapar. Al principio Sherlock no pudo averiguar lo que era, hasta que se dio cuenta. Era una anguila, apenas más larga que el dedo de un hombre. Sherlock siguió andando, asombrado. Había oído hablar de pescar manzanas con la boca, ¿pero pescar anguilas? Increíble.

—¡Vean a la oveja más extraordinaria del mundo! —gritó un vocero desde delante de una caseta—. Vean a una oveja con cuatro patas y la mitad de una quinta. ¡Nunca verán otra igual! —y se encontró con la mirada de Sherlock cuando pasaba por delante—. Usted, jovencito. Vea el espectáculo más asombroso sobre la faz de la tierra. Jamás lo olvidará. Las chicas le escucharán fascinadas sin perder detalle mientras describe la increíble oveja con cuatro patas y la mitad de una quinta.

Pasó por una barraca donde había dos marionetas expuestas en una ventana y manejadas por un titiritero cuyo cuerpo estaba oculto dentro de la caseta. Sus cabezas estaban talladas en madera. Tenían unas narices y unas barbillas exageradas y su ropa estaba hecha con jirones de colores llamativos. Cuando Sherlock estaba mirando, una marioneta puso la cabeza en el borde de la ventana —casi tuvo que doblarse para conseguirlo— y la otra se la cortó al instante con un hacha en miniatura. La cabeza se cayó y unos lazos rojos brillantes explotaron hacia afuera, emulando chorros de sangre.

La multitud aplaudió y agitó sus sombreros.

Al otro lado de la feria había un estanque y un pato al que un hombre vestido con un chaleco de colores vivos y una chistera estaba lanzando dentro. La pata del animal estaba atada con un pedazo de cuerda muy fina a una pesa que lo mantenía sujeto. Alrededor del estanque había perros gruñendo y babeando al final de unas sogas y correas de cuero. Cuando vio el intercambio de dinero entre todo el gentío, Sherlock tuvo el terrible presentimiento de que sabía lo que pasaría después. El hombre del chaleco dio un paso atrás y levantó la mano. La multitud se quedó callada, expectante. Los perros redoblaron sus esfuerzos para liberarse y sus rugidos fueron suficientes para hacer que temblara la tierra. El hombre dejó caer su mano hasta la cintura y los dueños soltaron a sus perros, que se tiraron en masa al estanque, intentando atrapar al ave que graznaba y salpicaba agua por todas partes. Aterrorizado, el pato revoloteó de un lado a otro todo lo que le permitían la cuerda y la pesa, y esquivó las embestidas. Los perros, por su parte, evitaron ir donde no hacían pie, excepto un valiente terrier que nadó rabioso por el estanque persiguiendo al pato. Sherlock apartó la vista antes de que le hincara los dientes en el cuello. Era algo que se veía venir. La única duda era cuál de los amos ganaría el premio.

Sherlock se alejó, asqueado. Pasó por delante de puestos donde vendían salchichas calientes y manzanas recubiertas de caramelo frío pinchadas en palos, galletas con sabor a naranja y cortezas de cerdo saladas e infladas. No estaba seguro de si la sensación que tenía en el estómago era de hambre o de nerviosismo. O de ambas.

La muchedumbre iba en aumento y cada vez era más escandalosa. Sherlock sintió que le empujaban por detrás. La gente a su alrededor protestaba y refunfuñaba. Una voz se elevó por encima de ellos, gritando:

—¿Quién competirá con el invencible campeón? ¿Quién tiene el valor de enfrentarse a Nat Wilson, el prodigio de Kensal Green? ¡Un soberano si ganáis; nada más que desdén y escarnio si perdéis!

Tropezó con algo y se hizo daño en la rodilla. Cuando logró ponerse de pie le pegaron en un costado. Algo duro le golpeó en la espalda. Se giró y de repente vio que estaba delante de la multitud. El objeto con el que se había tropezado era un poste de madera, uno de los cuatro que delimitaban las esquinas de un cuadrado. Habían puesto unas cuerdas entre los postes. Un hombre vestido solo con unos calzones de cuero estaba de pie en medio del ring, posando y haciéndole gestos al público. Tenía el pecho y los brazos muy musculosos. Otro hombre vestido con un traje polvoriento y un sombrero de fieltro miraba fijamente a Sherlock.

—¡Tenemos un contrincante! —gritó. La audiencia aplaudió.

Sherlock intentó retroceder, pero la gente le empujaba desde atrás. Unas manos separaron las cuerdas para hacer un hueco y metieron a Sherlock a la fuerza en el recinto cubierto de hierba.

—¡No! —gritó, dándose cuenta de que de alguna manera era el rival—. Yo no...

El charlatán de feria le cortó.

—Normas de Broughton —coreó—. Nada de almohadillas ni puños de hierro. Todo vale

salvo golpear a un hombre noqueado. Cuando un hombre está en el suelo tiene treinta segundos para descansar y ocho segundos adicionales para volver en sí. El combate termina cuando un hombre no se puede levantar –le echó un vistazo a Sherlock, que estaba mirando con cara de espanto a su alrededor, tratando de encontrar un hueco en la multitud por donde poder escapar–. Chaval –murmuró–, no creo que dures más de un minuto sin ayuda. Si aguantas cinco, duplicaré el premio. Tengo que mantener entretenidos a los clientes.

–¡Yo no debería estar aquí! –protestó Sherlock.

–Ya es un poco tarde para eso –replicó el charlatán.

–¡Pero esto es un error!

–No –el hombre sonrió, mostrando unos dientes negros y podridos–. Esto es una masacre.

El vocero se dirigió a un lateral del ring donde otra gente le separó las cuerdas para que pasara. Sherlock intentó seguirle, pero las cuerdas volvieron a su sitio con un ruido seco y los hombres, mujeres y niños del público le abuchearon cuando se acercó y le tiraron piedras que le hicieron retroceder al centro del ring.

El otro boxeador avanzó dando zancadas, con su mirada revoloteando entre el público y provocando aplausos. Era al menos quince centímetros más alto que Sherlock y mucho más robusto. Sus manos parecían dos bolsas de cuero llenas de nueces.

–Colócate –gruñó.

–¿Qué?

El boxeador indicó dos líneas paralelas que habían marcado en la hierba, a menos de un metro de distancia una de otra.

–Ponte detrás de una; yo me pondré detrás de la otra. Cuando toquen la campana, luchamos. Así es como funciona esto.

–Yo no quiero luchar –protestó Sherlock.

–Tú eliges, chico –gruñó el boxeador–. De todas formas tengo que conseguir que dure cinco minutos. Tu cabeza va a parecer carne picada si no te proteges –miró a Sherlock de arriba abajo–. Aunque probablemente también lo parezca si te cubres –añadió. Le empujó hacia la línea más cercana al césped–. Levanta las manos, protégete la cara. Y cuando te caigas, levántate. Si te caes, te patearé hasta que te vuelvas a poner de pie.

–Creía que el árbitro había dicho que no se golpeaba a un hombre que estuviera en el suelo.

El boxeador se encogió de hombros.

–No dijo nada de dar patadas.

Sin poder creer lo que le estaba pasando, Sherlock se colocó en su puesto. El boxeador, ataviado con unas botas, se puso en la otra línea. Sherlock miró a su alrededor, buscando a alguien, a cualquiera que pudiera ayudarle, pero las caras que le devolvían la mirada estaban enardecidas, sudorosas y desfiguradas por la agresividad. No tenía escapatoria.

Tocaron una campana.

Sherlock retrocedió justo cuando el puño de su adversario pasó silbando al lado de su

nariz. Subió las manos para defenderse y se alejó mientras el otro hombre daba un paso al frente. El público clamó. Había visto imágenes de boxeadores en los libros y algunos combates en el gimnasio de Deepdene, incluso él mismo había peleado alguna vez, y adoptó la posición que recordaba –los puños apretados y colocados en alto delante de él– pero su rival evidentemente no había leído los mismos libros y avanzó con pesadez, balanceando los brazos hacia los lados desde la altura del hombro. Sherlock recibió un puñetazo en el hombro izquierdo –el que Clem había herido la noche anterior– y sintió que un dolor muy fuerte le manaba por el brazo como un metal líquido. La mano se le cayó hacia un lado. ¿Cómo había ocurrido aquello? Solo un minuto antes había sido alguien anónimo entre el público, ¡y ahora era el centro de todas las atenciones! Era casi como si algo, «alguien», hubiera estado dirigiendo a la multitud y la hubiera empujado hasta ese mismo momento.

El otro boxeador se acercó, preparado para asestarle un puñetazo en toda la cara, así que Sherlock retrocedió y le golpeó con su puño derecho. Increíblemente logró darle en la nariz. Notó que algo se rajaba bajo sus dedos, y la sangre cayó como una cascada por la barbilla y el pecho del hombre. El luchador retrocedió con un movimiento brusco y escupió con fuerza, rociando de sangre la camisa de Sherlock, y luego le pegó con la mano derecha directamente en el pecho. Sherlock se echó hacia atrás por el impacto. El dolor se le extendió por las costillas. Por un momento pensó que su corazón se había detenido. Intentó respirar, pero los pulmones no le funcionaban. Se dobló por la mitad y trató de meterse a la fuerza un poco de aire en la garganta. Una mano lo agarró de la nuca y lo lanzó a la hierba. El impacto de su cuerpo contra el suelo sacó el último aire que le quedaba en los pulmones e inmediatamente comenzó otra vez a dar grandes bocanadas de aire. Se apartó rodando justo cuando un pie se estrelló contra el suelo donde había estado su cabeza, y se puso en pie rápidamente.

La cara del otro boxeador estaba cubierta de sangre y solo se veían dos ojos entrecerrados y furiosos y una hosca hilera de dientes. Avanzó hacia Sherlock y le golpeó dos veces, con la mano izquierda a las costillas y con la derecha a un lado de la cabeza. Un dolor invadió a Sherlock, rojo y crudo. Todo parecía tan lejano... Se estaba cayendo, pero no sintió el impacto al chocar contra el suelo.

La oscuridad lo reclamaba y él acudió sin pensarlo.

Capítulo 10

Cuando Sherlock se despertó le dolía la cabeza. El malestar parecía estar concentrado alrededor de su sien derecha, que latía lastimosamente al ritmo de su corazón. Era una especie de bulto gigantesco, palpitante y suave en el centro de su cabeza del que no podía librarse. Se quedó un rato tumbado en la oscuridad, sin pensar, dejándose llevar una y otra vez por el dolor, esperando que desapareciera. Y finalmente lo hizo.

Lo último que recordaba era que le habían dejado inconsciente en la pradera de debajo del castillo de Farnham junto al boxeador de la feria. Y ahora estaba en una confortable cama con la cabeza apoyada en almohadas de plumas. Eso quería decir que no seguía tumbado en el ring lleno de hierba enfangada de la feria, ni lo habían metido a empujones en una carpa para que se recuperara. A menos, claro, que estuviera alucinando, lo que era una posibilidad evidente dado que tenía una herida en la cabeza.

No, se dijo firmemente: tenía que dar por supuesto que lo que estaba sintiendo, oyendo y viendo era verdad y no una simple invención de un cerebro dañado.

La luz difusa que se filtraba por las ventanas con cortinas le indicó que aún era de día. No estaba en su cama; eso seguro. La suya era más dura y sus almohadas tenían más bultos. Le debía de haber encontrado alguien de la mansión Holmes y llevado allí de vuelta, dejándolo en una cama más cómoda, una a la que el médico y las criadas pudieran acceder con más facilidad, tal vez. Hizo un esfuerzo por intentar oír algún movimiento detrás de la ventana, pero no percibió nada salvo un sonido que podría ser el canto distante de un pájaro.

¿Cómo de grande era el problema en el que se había metido? Al pensarlo, sus labios emitieron un gemido involuntario. Había desobedecido las instrucciones precisas de su tío y sospechaba que cualquier intento de explicar que pensaba encontrarse con Amyus Crowe sería criticado duramente. Se había visto envuelto en una vulgar pelea a puñetazo limpio. Y peor aún, había perdido. Aquello podía no preocupar a Sherrinford o Anna Holmes, pero si el padre de Sherlock se enteraba alguna vez se pondría furioso. Uno de sus refranes favoritos era: «Un caballero nunca comienza una pelea, pero siempre la termina».

Si tenía suerte, su tío le recluiría en su cuarto durante un mes y limitaría sus comidas a pan y agua. Si tenía suerte. Y si tenía mala suerte... bueno, no estaba seguro, pero se imaginaba que el castigo sería funesto. ¿Una zurra, quizá? ¿Una paliza con una vara o un

cinturón de cuero? Su tío probablemente lo haría con más pesar que enojo, pero ¿no había una cita bíblica que decía «la letra con sangre entra»?

Aquello no tenía buena pinta. Sherlock levantó el brazo y se tocó la cabeza. Sus dedos se toparon con un chichón, y cuando lo apretó una explosión de dolor le recorrió todo el cuerpo.

Se incorporó con mucho cuidado. Ni a su cabeza ni a su estómago les hizo ninguna gracia que se moviera, pero no se quejaron demasiado.

La habitación donde se hallaba estaba recubierta con artesanado de madera y la cama con dosel tenía un baldaquín bordado. No era una cama con la que estuviera familiarizado y la decoración parecía desentonar con lo que recordaba de la mansión Holmes. Se observó de arriba abajo. Seguía vestido, aunque le habían quitado la chaqueta. Miró a su alrededor y vio que estaba colgada en una percha detrás de la puerta.

Apartó la sábana que le tapaba y se puso de pie poco a poco. Parecía que el mundo daba vueltas sin parar como el agua de un cubo antes de estabilizarse. Le habían quitado los zapatos, pero vio que estaban al pie de la cama. Fue hacia ellos dando tumbos e hizo todo lo posible para deslizar los pies dentro sin inclinarse. Inclinarse sería una mala idea, pensó.

Fue hacia la ventana y abrió la cortina, pero la vista que tenía ante él no se parecía en nada al paisaje que rodeaba la mansión Holmes.

Aquella tierra era llana y baldía, despojada de hierba y plantas. El terreno era marrón y seco, y hasta donde alcanzaba a ver estaba cubierto de cajas de madera sobre cuatro patas resistentes. Eran un poco como gallineros pero más pequeños, y cada una tenía un pequeño agujero en el fondo, justo antes del sitio donde una base de madera separaba la caja de sus soportes. Estaban separadas formando una cuadrícula simétrica. Sherlock hizo una multiplicación rápida con la cabeza y llegó a la conclusión de que ante él habría unas quinientas cajas.

Una especie de espirales de humo salían por encima de algunas de ellas, pero el viento debía de estar arremolinándose de un modo extraño porque el humo de las distintas cajas se movía en direcciones diferentes. Algunas columnas dejaban una estela hacia arriba, otras hacia la izquierda, otras hacia la derecha y otras simplemente se quedaban merodeando por la entrada de las cajas como intentando entrar o salir.

Una figura se movió detrás de una de las cajas. Iba ataviada con un mono holgado hecho aparentemente de lona y tenía la cabeza cubierta por una máscara de muselina lo bastante fina para poder ver a través de ella y que había apartado de la cara con unos aros de madera. La figura se movió hacia otra caja y levantó la tapa con cuidado. Una bocanada de humo salió hacia afuera y le envolvió la cabeza, pero no pareció importarle. Se inclinó más y miró fijamente en su interior, luego volvió a cerrar la tapa y sacó una especie de bandeja de madera de debajo. Se quedó mirándola unos segundos, dio unos pasos y la colocó en un montón de bandejas similares.

Cuando por fin se despertó del todo, Sherlock cayó en la cuenta de lo que estaba mirando. La nube que había visto salir del cuerpo del hombre en el bosque que rodeaba

la mansión Holmes, el humo que había presenciado Matty y el polen que le había llevado al profesor Winchcombe, finalmente cobraron sentido. Aquello no era humo sino abejas. Pequeñas abejas negras. Y eso quería decir que las cajas eran colmenas y el hombre de la máscara era un apicultor.

¿Pero qué clase de abejas eran y para qué servían? ¿Para hacer miel? ¿Para defenderse? ¿O para otra cosa?

O lo que era más importante, ¿dónde diablos estaba?

La puerta de la habitación se abrió detrás de él. Se giró rápidamente. Había dos hombres de pie en la entrada. Iban vestidos con una ropa impecable de terciopelo negro un tanto anticuada –bombachos, medias, chalecos y chaquetas cortas– y tenían la cara tapada con máscaras de terciopelo negro con unos agujeros a la altura de los ojos para poder ver.

Uno de ellos hizo un gesto por encima de su hombro. Estaba claro lo que significaba: Sherlock tenía que acompañarles. Por un momento se rebeló –nunca se le había dado bien obedecer órdenes que le dieran sin explicaciones–, pero al pensarlo un segundo se dio cuenta de que si no hacía lo que le decían lo levantarían sin contemplaciones y lo llevarían con ellos. Y seguramente no tendrían cuidado.

También pensó que ir con ellos era probablemente la única forma de averiguar lo que estaba pasando.

Con el corazón desbocado pero tratando de parecer calmado, incluso aburrido, Sherlock se acercó a la puerta. Los dos lacayos se apartaron para dejarle pasar.

El vestíbulo que había al salir de la habitación estaba decorado lujosamente de colores rojos y morados intensos, con un peculiar escudo de armas tejido en el papel pintado y bordado en las cortinas de terciopelo. Un criado le llevó por un tramo ancho de escaleras de mármol blanco, mientras el otro les seguía por detrás. El único ruido que se oía era el de las pisadas de Sherlock, ya que los zapatos de los sirvientes estaban enfundados para amortiguar el ruido y apenas producían un murmullo al pisar.

Cuando llegaron al pie de la escalera, el primer sirviente condujo a Sherlock a una puerta cerrada que había junto a un pesado armario de teca. La abrió hacia fuera y le hizo un gesto a Sherlock para que entrara. El joven dudó solo un segundo pero al final obedeció.

La puerta se cerró tras él con un golpe sordo pero rotundo.

La habitación era grande, oscura y fresca. Todas las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas. Algunos rayos diagonales se colaban en la penumbra y la luz que proyectaban era tan exigua que Sherlock solo pudo distinguir el borde de una mesa de madera maciza con una pesada silla colocada delante de ella. Todo lo demás estaba oscuro salvo el destello de lo que parecían objetos metálicos colgando de las paredes de piedra.

Era evidente lo que esperaban que hiciera. Mientras notaba cómo unas nerviosas gotas de sudor le chorreaban por la espalda, avanzó y se sentó en la silla.

Durante un buen rato lo único que rompió el silencio fueron los rápidos latidos de su corazón. Forzó la vista para ver en la oscuridad, pero no alcanzó a distinguir nada más

que la superficie de la mesa que tenía justo enfrente. Y entonces, paulatinamente, empezó a oír un sonido débil, un chirrido rítmico, como las jarcias de un barco que cabeceara y fuera sacudido por las olas de algún océano fantasma. Parecía ir y venir, como si una ligera brisa estuviera soplando intermitentemente contra las velas, tirando muy fuerte de los cabos mojados y luego dejando que se volvieran a soltar. No entendía lo que era. Era imposible que estuviera en un barco. Había visto tierra por la ventana de la habitación y el suelo no subía y bajaba. ¿Pero entonces, qué era ese sonido?

—Estabas en el almacén —la voz de un hombre, apenas un susurro, habló desde la oscuridad al otro lado de la mesa. En aquella frase parecía haber una pizca de acento, la palabra «almacén» sonó más parecida a «almasén», pero Sherlock no logró averiguar de qué país era el hablante—. ¿*Por qué* estabas en el almacén?

—¿Quién es usted? —preguntó Sherlock con firmeza y una bravuconería que no sentía.

—¿*Por qué* estabas en el almacén? —insistió la voz. Sherlock tuvo que esforzarse para descifrar las palabras por encima del chirrido.

—Mi tío estará preocupado por mí —bramó Sherlock—. Habrá equipos de búsqueda tratando de encontrarme —no sabía si eso era verdad o no, pero le pareció bien decirlo. Podría descolocar a su misterioso interrogador.

—Solo te lo preguntaré una vez más y luego habrá consecuencias. ¿*Por qué* estabas en el almacén?

—No sé de qué me habla.

Algo fino, negro y desenroscado como una serpiente a punto de atacar surgió de la oscuridad. Le dio en la mejilla derecha antes de volver a la penumbra. Sherlock se estremeció al sentir la sangre que le chorreaba por la cara un momento antes de que el dolor le aflorara por toda la piel.

—¿*Por qué* estabas en el almacén? —insistió la voz.

Sherlock se llevó la mano a la mejilla. Estaba ardiendo. Luego la apartó de la cara y la miró. Tenía sangre en las líneas de la palma.

—Me ha hecho daño —dijo sin creérselo mucho.

El látigo volvió a salir rápidamente de la oscuridad. Esta vez Sherlock atisbó la punta justo cuando pasó silbando junto a su cara. Había un nudo en el fino cordón de cuero. El chasquido del nudo al golpear de lleno y retroceder coincidió con el fuerte dolor que le provocó al cortarle la parte de arriba de la oreja derecha. Sherlock chilló y se dio una palmada en un lado de la cabeza. Esta vez sintió que la sangre se le acumulaba en la mano y le chorreaba por la muñeca.

—¿*Por qué...*?

—¡Seguí a un hombre desde una casa de Farnham! —gritó Sherlock—. ¡Iba al almacén!

La voz se quedó en silencio un momento, pensando. Y luego:

—¿*Por qué* estabas siguiendo al hombre de la casa?

La sangre de la oreja, húmeda y cálida, le empezó a resbalar por el cuello. Todo el lado derecho de la cara estaba a punto de estallarle de dolor.

—Alguien murió en esa casa. Quería averiguar cómo había sido.

—Murieron por la peste, ¿no? —susurró la voz—. Es lo que dice la gente.

Sherlock se mordió la lengua antes de que se le escapara nada sobre las picaduras de abeja, pero el látigo salió otra vez de la oscuridad y le dio en plena frente, encima del ojo izquierdo. Su cabeza se golpeó bruscamente con la silla y sintió como si una terrible oleada de dolor se le estrellara contra el cráneo. Cuando intentó abrir el ojo notó que se le había quedado pegado con la sangre que le goteaba del corte que acababan de hacerle.

Si seguía así le acabarían destrozando la cabeza.

—¡Murió de picaduras de abeja! —gritó—. Cientos de picaduras de abeja.

Silencio. El dolor de los tres cortes en la piel de Sherlock se concentró en un punto de dolor ardiente que palpitaba al mismo tiempo que los rápidos latidos de su corazón.

—¿Quién más sabe lo de las abejas?

—¡Solo yo! —mintió.

El látigo volvió a salir de la sombra con un chasquido, como una serpiente a punto de morder, y le golpeó justo al lado del ojo izquierdo. Por un pelo no le llegó a cortar la blanda gelatina del propio globo ocular. La sangre le salpicó las pestañas, como glóbulos negros que colgaran en su campo de visión.

—La próxima vez que mi maestro del látigo te golpee, te dejará ciego del ojo izquierdo —dijo la voz—. La siguiente te cortará la oreja derecha. Responde bien a mis preguntas y no me mientas.

«¿Mi maestro del látigo?», pensó Sherlock. Eso significaba que el que estaba haciendo las preguntas y el que sujetaba el látigo eran dos personas diferentes. ¿Cuántos más estaban ahí escondidos en medio de la oscuridad, mirando y escuchando?

—Ya conozco algunas de las respuestas a las preguntas que te hago —continuó diciendo la voz susurrante—, y si tus respuestas son diferentes sufrirás ahora y por el resto de tu vida. ¿Quién más sabe lo de las abejas?

—El profesor Winchcombe en Guildford y Amyus Crowe en Farnham —la voz de Sherlock temblaba por el esfuerzo que hacía para mantener el dolor bajo control—. Mi tío Sherrinford. Amyus Crowe se lo dijo al médico local. No sé quién más —Sherlock dejó intencionadamente el nombre de Matthew Arnatt fuera de la lista y esperó que el hombre en la sombra no supiera de su existencia o no lo considerara importante.

—Demasiados —dijo la voz. Sherlock tuvo la impresión de que hablaba consigo mismo en lugar de con él. O quizá con alguien más, alguien que permanecía en silencio—. Debemos acelerar la operación —hubo una pausa, como si el hombre detrás de la voz estuviera pensando, y luego—: Llévate al chico y mátalos. Haz que parezca un accidente. Atropéllalo con un caballo y un carro. Asegúrate de que las ruedas le machacan el cuello.

De repente Sherlock tuvo una horrible visión del tejón muerto que había visto fuera del almacén, aquel cuyo vientre había sido aplastado por un carro al pasar. Y ahora le iba a suceder lo mismo a él.

Unas manos lo agarraron por los hombros y lo levantaron a la fuerza de la silla. Fue tambaleándose hacia la puerta, empujado por los dos lacayos que habían estado todo el tiempo en silencio detrás de él. Un caleidoscopio de ideas sobre cómo escapar le cruzó la mente como un relámpago, pero todas ellas dependían del primer paso para zafarse de aquellas manos que lo agarraban y lo empujaban. De pronto la luz se derramó sobre los

tres cuando la puerta se abrió empujada por uno de los sirvientes, que había soltado momentáneamente el hombro de Sherlock. Este se dio la vuelta y le dio una patada con la que esperaba hacerle el suficiente daño para que le soltara, pero su zapato fue a parar a un lado de una bota de piel y rebotó. Un puño salió disparado hacia él y le dio en toda la cabeza. Galaxias de luz giraron velozmente delante de sus ojos.

La puerta del cuarto oscuro se cerró tras ellos. Matty Arnatt estaba de pie frente a ellos con una porra de metal tachonada en la mano. Parecía algo que habría usado un caballero medieval en el campo de batalla.

Golpeó con fuerza la cabeza del criado que estaba más cerca. El hombre cayó con la elegancia de un saco de carbón arrojado a una carbonera. El otro lacayo soltó a Sherlock y, gruñendo, dio un paso hacia Matty y trató de agarrarle la cabeza con su mano fornida. Sherlock se movió alrededor de él y le pegó un fuerte puñetazo en la ingle. El hombre se dobló y empezó a jadear.

—Por aquí —siseó Matty, haciéndole un gesto a Sherlock para que le siguiera.

Corrieron por los pasillos de una casa desconocida, cubierta de oscuros paneles de roble, con cortinas de terciopelo negro y asombrosas estatuas de alabastro blanco de ninfas griegas desnudas.

—¿De dónde has sacado esa maza? —gritó Sherlock mientras corrían. Podía oír el ruido de gente persiguiéndoles.

—Hay armaduras y cosas de esas por toda la casa —respondió Matty mirando hacia atrás—. Y me hice con una.

—¿Y qué demonios estabas haciendo aquí?

—Estaba en la feria. Vi cómo te embaucaban en esa pelea. Fui a ayudarte, pero dos tíos enormes te llevaban a rastras. Te tiraron dentro de un carro y te trajeron aquí. Yo me agarré a la parte de atrás para que no me vieran y luego me bajé cuando giró hacia este lugar. Te he estado buscando desde entonces.

—Vale —jadeó Sherlock—. ¿Dónde estamos?

—A unos cinco kilómetros de Farnham. Al otro lado de la mansión Holmes —Matty le condujo por una puerta sencilla que iba a parar a una zona que sería sin duda la de los sirvientes, y de ahí fueron por un desnudo pasillo de ladrillo hacia una puerta que daba al jardín. Salieron al sol radiante donde soplaba un delicioso aire fresco.

—¿Y no has traído las bicicletas?

—¿Cómo? —gritó Matty, ofendido—. ¡Estaba colgando en la parte de atrás de un carro! Difícilmente podía llevarlas, ¿no?

—¡Bien dicho! —exclamó Sherlock mirando a su alrededor sin dejar de correr. Estaban detrás de la casa. En lugar de un jardín, pasado un amplio porche empedrado y una pared baja estaba el campo lleno de colmenas que había visto antes—. ¿Entonces cómo vamos a salir?

—Encontré un establo, ¿no? —dijo Matty, todavía ofendido—. ¡Hay caballos!

—¡No sé montar!

Detrás de ellos, tres hombres con máscaras negras y ropa negra irrumpieron desde unas puertas acristaladas abiertas que seguramente llevaran a un salón. Se dispersaron en

varias direcciones. Uno de ellos vio a Sherlock y a Matty y pegó un grito.

Matty miró a Sherlock con el ceño fruncido.

—¡Pues no tienes mucho tiempo para aprender, colega! —dijo.

Matty iba delante cuando doblaron la esquina de la casa. Un gran establo apareció frente a ellos. Los dos chicos atravesaron a toda prisa el campo abierto mientras oían el rápido zas zas zas de las pisadas de los sirvientes corriendo tras ellos. Llegaron al establo y entraron como una bala por las puertas abiertas.

La cuadra por dentro estaba en penumbra y los ojos de Sherlock tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad. Matty, que había estado ahí antes, fue inmediatamente hacia donde había visto dos caballos atados a columnas de madera fuera de sus compartimentos. Los dos estaban ensillados.

—Sube —dijo Matty—. Usa el lateral del compartimento como escalón.

Las pisadas de la calle se oían cada vez más cerca. Matty cogió la silla del caballo más pequeño, puso el pie en un estribo y se impulsó hacia arriba mientras Sherlock trepaba a duras penas por la parte de madera de los compartimentos con el pie derecho, deslizaba el izquierdo en el estribo e intentaba imitar el suave movimiento de Matty en el otro caballo, una enorme yegua alazana. Terminó sentado en la silla de pura casualidad. El caballo miró hacia atrás y le observó serenamente. Parecía no inmutarse de que un extraño saltara de repente encima de su lomo.

—¡Vámonos! —gritó Matty. Llevaba las riendas con una mano y con la otra desataba al caballo. Sherlock trató de agarrar sus riendas y de acordarse de lo que Virginia le había dicho sobre montar a caballo: «Guíalo con tus rodillas, no con las riendas. Usa las riendas para que vaya más despacio».

Sin mirar atrás, Matty arreó a su caballo para que saliera por las puertas del establo. Parecía suponer que su amigo le seguiría. Sherlock soltó la cuerda que impedía que su caballo se alejara. De repente le invadió el pánico cuando se dio cuenta de que Virginia le había explicado cómo montar y cómo parar, pero no cómo empezar a andar. Indeciso, presionó las rodillas a ambos lados del caballo. Obedientemente, la yegua empezó a moverse. Sherlock se inclinó hacia delante en la silla para compensar el balanceo. Hizo más presión con las rodillas y probó a agitar las riendas. El caballo comenzó a trotar y luego a medio galopar. ¿Por qué la gente decía que montar a caballo era tan difícil? ¡Era solo un conjunto de señas y gestos!

Al abandonar el establo, Sherlock se encontró de golpe ante una escena que era un derroche de color y acción. Matty se alejaba corriendo mientras un grupo de sirvientes enmascarados lo perseguían a pie y se iban quedando atrás. Dos hombres enmascarados estaban de pie delante de Sherlock, tratando de cerrarle el paso. Uno de ellos agitaba un revólver. Le disparó y él sintió que algo caliente le pasaba muy cerca del pelo. Azuzó a la yegua para que fuera al galope y esta se abrió paso en medio de los dos hombres y los tiró al suelo. Con ayuda de sus rodillas, Sherlock hizo que el caballo fuera más rápido. Parecía que estaban sobrevolando la tierra cuando dieron alcance a Matty.

A los pocos minutos llegaron cerca del muro que limitaba la finca. Debía de tener tres metros de alto. Los chicos guiaron a sus caballos por una curva y se dirigieron a la

entrada principal. Los dos caballos corrían pesadamente y el ruido de sus cascos cambió al pasar de la tierra blanda a las piedras del camino. A Sherlock se le cayó el alma a los pies cuando vio que las puertas de la finca estaban cerradas a cal y canto. Dos sirvientes enmascarados con escopetas estaban de pie delante de ellos y apuntaban a los caballos. Sherlock y Matty tiraron de las riendas a la vez. Los caballos patinaron y se detuvieron, lanzando piedras por el aire.

Uno de los hombres disparó su escopeta. El estallido resonó en toda la finca. Sherlock vislumbró cómo el perdigón pasaba volando cerca de ellos formando una nube de polvo, como si fuera una explosión de mosquitos.

Luego usó las rodillas para guiar a la yegua y tiró instintivamente del lado izquierdo de las riendas para hacer más fuerza y conseguir que el animal se diera la vuelta. Matty hizo lo mismo. Ambos arrearon a sus caballos para que volvieran a ir al galope. La casa se alzaba ante ellos, oscura y amenazante.

Sherlock miró a izquierda y derecha y vio salir a varios hombres enmascarados de ambos lados de la casa, armados con una colección de revólveres, escopetas, rifles y horquillas para aventar heno. Solo podían seguir de frente hacia la entrada de la casa.

Matty empezó a ir más despacio. Miró a su alrededor con aire indeciso.

Sherlock pasó al galope por delante de su amigo y gritó:

–¡Sígueme! –les habían cerrado el paso a derecha e izquierda, así como detrás de ellos. Casi podía oír la voz de su hermano Mycroft diciendo: «Cuando todas las demás opciones son imposibles, Sherlock, aprovecha la que queda, por muy improbable que parezca».

Su caballo presintió sus intenciones, saltó los escalones que subían al porche y se dirigió con paso certero hacia la amplia entrada principal.

Sherlock se agachó cuando su caballo pasó galopando por las puertas abiertas y entró en el vestíbulo, donde notó cómo el dintel de la puerta le rozaba el pelo. Los cascos del caballo patinaron y trapalearon en el suelo de baldosas y estuvieron a punto de derribar a Sherlock antes de que el animal recobrara el equilibrio. Por un momento la oscuridad del vestíbulo lo desconcertó, pero sus ojos se acostumbraron rápidamente y arreó al caballo para que siguiera adelante. Pasaron las escaleras de mármol y fueron hacia la parte de atrás de la casa. Algunos sirvientes enmascarados salieron corriendo de las puertas y luego retrocedieron, aterrorizados por los dos caballos que prácticamente ocupaban todo el espacio. En lugar de dirigirse a la zona de los criados, Sherlock condujo al caballo bruscamente hacia la derecha y abrió una puerta que daba a lo que él intuía –por el lugar donde se ubicaba y comparándola con la mansión Holmes– que era una sala de estar. Y tenía razón.

La habitación era espaciosa y tenía mucha luz y unas grandes puertas acristaladas de doble hoja que daban a una galería. Y según recordaba de su huida unos momentos antes, ¡las puertas estaban abiertas!

En pocos segundos, cruzó al galope el salón y salió al porche. Sherlock oyó un alboroto cuando el caballo de Matty tiró al suelo varios muebles en el cuarto de al lado y luego el trapaleo de los cascos en las losas del porche.

Ante él, al otro lado del campo de las colmenas, atisbó una pequeña puerta trasera por la que probablemente les entregarían provisiones y suministros. Daba la impresión de que no la estaban protegiendo. Corrió hacia ella mientras la crin del caballo le azotaba la cara y la brisa le soplaba en las orejas. Las colmenas en forma de caja componían una cuadrícula geométrica por la que el caballo galopó en línea recta. Varias nubes de abejas echaron a volar detrás de ellos, pero el caballo era demasiado rápido para ellas, que deambularon y se agitaron confusas.

La puerta de atrás estaba cerrada con llave, pero Sherlock apenas tardó un minuto en apearse y quitar el cerrojo. Se dio la vuelta y miró hacia el otro lado de la finca justo cuando Matty llegaba a medio galope y se ponía a su lado. Unos hombres enmascarados y armados se concentraban en el otro extremo del campo de las colmenas. Era evidente que no querían arriesgarse a entrar en aquella zona. Uno o dos de ellos ya estaban dando golpes en el aire mientras las rabiosas abejas atacaban lo primero que se les ponía por delante.

—Creo que ha ido bien —dijo Matty—. ¿Nos quedamos a mirar?

—Ni hablar —contestó Sherlock.

Capítulo 11

Amyus Crowe terminó de limpiar los cortes de la cara de Sherlock con una toallita y un líquido que tenía un olor acre y escocía allá donde lo pusiera, luego atravesó la habitación y se sentó en una silla de mimbre que crujió bajo su peso. Se impulsó hacia atrás con los pies, manteniendo la silla en equilibrio sobre sus dos patas traseras, y la meció suavemente. Sus ojos estuvieron todo el tiempo pendientes de Sherlock.

Matty se movía inquieto a su lado, como un animal que quisiera correr y no supiera qué dirección era más segura.

–¡Menuda historia! –murmuró Crowe.

Sherlock supuso que las palabras de Crowe eran solo una forma de romper el silencio mientras pensaba y se quedó callado. Su tutor se balanceaba adelante y atrás, sin dejar de mirar a su alumno.

–Sí, menuda historia –dijo él al cabo de un rato.

La mirada persistente de Crowe le estaba poniendo nervioso, así que miró para otro lado y dejó que sus ojos vagaran por la habitación. La casa de campo de Amyus Crowe estaba abarrotada, llena de libros, periódicos y revistas que se habían quedado dondequiera que él los hubiera ido dejando. Un montón de cartas estaba clavado en la repisa de madera de la chimenea con un cuchillo que las atravesaba por el centro, al lado de un reloj que indicaba que eran cerca de las dos. A su lado había una pantufla de la que asomaba un puñado de puros como si fueran dedos dispuestos a agarrar algo. Teniendo en cuenta todo eso, la casa podría haber estado asquerosa, pero no había nada de polvo ni de suciedad. Pese al desorden, el lugar estaba limpio. Simplemente daba la sensación de que Crowe tenía una manera diferente de guardar las cosas.

–¿Qué conclusión sacas de todo esto? –preguntó por fin Crowe.

Sherlock se encogió de hombros. No le gustaba ser el objeto de atención de su tutor.

–Si lo supiera, no habría venido a hablar contigo –argumentó.

–Estaría bien que una sola persona pudiera cambiar siempre las cosas –respondió Crowe sin una pizca de irritación–, pero en este complicado mundo nuestro a veces necesitas amigos y a veces necesitas una organización que te respalde.

–¿Piensas que deberíamos ir a la pasma? –preguntó Matty, visiblemente nervioso.

–¿A la policía? –Crowe negó con la cabeza–. Dudo que os creyeran, y si lo hicieran no podrían hacer mucho. Quienquiera que viva en esa mansión donde habéis estado lo

negará todo. Ellos tienen el poder y la autoridad, no vosotros. Y tenéis que reconocer que a primera vista es una historia ridícula.

—¿Nos crees? —le retó Sherlock.

Crowe le miró sorprendido.

—Por supuesto que os creo —dijo.

—¿Por qué? Tú mismo has dicho que es una historia ridícula.

Crowe sonrió.

—La gente hace cosas cuando miente —respondió—. Mentir es estresante, porque tienes que tener dos cosas distintas en la cabeza a la vez: la verdad que tratas de ocultar y la mentira que quieres contar. Ese estrés se manifiesta de determinadas maneras. Las personas no miran directamente a los ojos, se frotan la nariz, titubean y tartamudean más al hablar. Y entran en más detalles de los necesarios, como si por recordar de qué color era el papel de la pared y si la gente tenía barba o bigote o cosas así hicieran su mentira más creíble. Tú has contado bien la historia, me has mirado a los ojos y no has añadido detalles superfluos. A mi juicio, estás diciendo la verdad, o al menos, lo que crees que es la verdad.

—¿Entonces qué hacemos ahora? —preguntó Sherlock—. Aquí está pasando algo. Tiene que ver con ropa que están haciendo para el Ejército y con abejas y con ese almacén de Farnham. Y ese hombre de la mansión, el barón, creo, está detrás de todo pero no sé lo que está haciendo.

—Pues tenemos que averiguarlo —Amyus Crowe dejó que su silla se apoyara de nuevo en las cuatro patas y se levantó—. Si no tienes suficientes premisas para llegar a una conclusión, tienes que salir a buscar más. Vayamos a hacer algunas preguntas.

Matty se movió incómodo.

—Tengo que irme —musitó.

—Ven con nosotros, muchacho —dijo Crowe—. Tú has sido parte de esta aventura y mereces averiguar qué está pasando. Y además, parece que el joven Sherlock confía en ti —hizo una pausa—. Si te ayuda a aclararte, compraré algo de comida por el camino.

—Me apunto —dijo Matty.

Crowe les condujo hacia la calle. Virginia Crowe estaba cepillando a Sandia, su yegua, en el prado que había junto a la casa de campo. A su lado había una yegua alazana más grande. Sherlock imaginó que sería la de Crowe. Los dos caballos con los que Sherlock y Matty habían huido cabalgando de la mansión del barón estaban pastando hierba tranquilamente a un lado.

Virginia levantó la vista cuando se acercaron. Su mirada se cruzó con la de Sherlock y la apartó rápidamente.

—Vamos a dar una vuelta —anunció Crowe—. Virginia, tú también vienes. Cuanta más gente haga preguntas, más oportunidades habrá de obtener respuestas medio decentes.

—No sé qué preguntas hacer —protestó Virginia.

—Estabas escuchando detrás de la puerta —dijo Crowe con una sonrisa—. He oído relinchar a Sandia. Solo hace eso cuando estás a la vista pero no con ella. Y he visto algo moverse de un sitio a otro y tapar la luz de debajo de la puerta.

Virginia se ruborizó pero le sostuvo la mirada a su padre, como si le estuviera desafiando.

–Siempre me has enseñado a aprovechar las oportunidades –dijo.

–Eso también es verdad. La mejor forma de aprender es escuchar.

Crowe se montó en su caballo y Virginia hizo lo mismo mientras miraba sonriente cómo Sherlock y Matty montaban en los suyos. La chica le hizo a Sherlock un gesto de aprobación con la cabeza.

–No está mal –dijo.

Los cuatro juntos fueron por la calle a medio galope, haciendo el camino inverso que Sherlock y Matty habían tomado para llegar a la casa de campo. Brillaba el sol, el olor a humo flotaba en el aire y Sherlock tuvo que intentar con todas sus fuerzas convencerse de que le habían dejado inconsciente, hecho prisionero, interrogado y luego sentenciado a muerte como si nada. Esas cosas no pasaban, ¿no? Al menos no en un día soleado. Hasta los cortes de la cara le habían dejado de doler.

Virginia espoleó un poco a su caballo para acercarse más al de Sherlock.

–Montas bien, para ser principiante –dijo.

–Me dieron buenos consejos –dijo mirándola de refilón y luego apartando la vista.

–Todo eso que dijiste en mi casa, ¿era cierto?

–Cada palabra.

–Entonces puede que este país no sea tan aburrido como yo pensaba.

Cuanto más se acercaban a la enorme casa donde Sherlock había estado aprisionado, más nervioso se ponía. Amyus Crowe frenó a su caballo delante de la entrada. No había nadie a la vista.

–¿Este es el lugar? –gritó Crowe.

Sherlock asintió con la cabeza.

–Hay surcos profundos en el suelo que salen de la entrada principal y siguen por la carretera –continuó Crowe–. Me parece que se han ido pitando.

Sherlock miró confuso a Virginia. Ella sonrió.

–Que se han largado –le explicó–. Han huido.

–Ah, vale –Sherlock tomó nota de esa expresión para el futuro.

–Vamos por la carretera a ver lo que encontramos –gritó Crowe, y espoleó a su caballo para que no se detuviera. Virginia estaba justo detrás de él. Sherlock y Matty intercambiaron miradas y les siguieron.

Unos cinco minutos después encontraron una taberna de ladrillo rojo en espinapez, un estilo característico que Sherlock había visto antes, con revoque blanco y travesaños negros. Fuera en el césped habían dispuesto varias mesas de caballete y bancos. El humo salía por la chimenea dejando una estela y a Sherlock le vino el olor a carne asada y enseguida le entró hambre.

Crowe paró y se apeó del caballo.

–Hoy comemos tarde –dijo en voz alta–. Matty, Virginia, vosotros os quedáis aquí fuera vigilando a los caballos. Sherlock, tú entra conmigo.

Sherlock siguió al corpulento americano al interior de la taberna. El techo era bajo y

estaba casi oculto por una capa de humo grasiento del cordero que estaban asando en un espetón del hogar. El suelo estaba cubierto de serrín fresco. Cuatro hombres sentados a una mesa observaron a los recién llegados con recelo. Había otro hombre sentado en un taburete del bar que no les prestó ninguna atención, ya que estaba más interesado en mirar su copa. El dueño, que se encontraba detrás de la barra sacando brillo a una jarra de metal con un paño, saludó con la cabeza a Amyus Crowe.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Van a beber, a comer o las dos cosas?

—Cuatro platos de carne con pan —dijo Crowe, y a Sherlock le sorprendió oírle hablar sin su habitual acento americano. Su voz, o eso le pareció a Sherlock, sonaba como la de un granjero o trabajador de alguno de los condados que rodeaban Londres—. Y cuatro jarras de cerveza.

El dueño sacó cuatro jarras y las puso en una bandeja de peltre. Crowe cogió una para él y le hizo un gesto con la cabeza a Sherlock.

—Sácalas fuera, muchacho —dijo con su inglés áspero. Sherlock levantó la bandeja y la llevó con cuidado hacia la puerta. Vio cómo Crowe se instalaba en un taburete del bar.

Una vez fuera, vio que Matty había encontrado una mesa y unos bancos cerca de la taberna. Virginia seguía de pie junto a su caballo. Sherlock se unió a Matty y se sentó donde pudiera ver por una de las ventanas. Matty cogió una de las jarras con ambas manos y empezó a beber con avidez.

Sherlock le dio un sorbo al líquido marrón oscuro. Era amargo, no tenía gas y le dejó un regusto desagradable en la boca.

—Los lúpulos no se comen, ¿no? —le dijo a Matty.

El chico se encogió de hombros.

—Te los puedes comer, supongo, pero nadie lo hace. No saben muy bien.

—¿Entonces por qué demonios la gente piensa que se puede hacer una bebida con ellos?

—Ni idea.

Sherlock miró el interior de la taberna a través de la ventana y vio a Amyus Crowe charlando con el dueño. Por la forma en que ladeaba la cabeza parecía que estaba haciendo preguntas y que el dueño estaba contestándolas mientras sacaba brillo a las jarras de metal con su paño cada vez más sucio.

Una chica con delantal salió de la taberna llevando una bandeja con cuatro platos de carne humeante. Fue hacia donde estaban, puso los platos y los cubiertos en la mesa sin decir una palabra y se marchó.

Virginia se unió a ellos y Sherlock se apartó un poco para hacerle sitio. La joven picoteó algunos trozos calientes de cordero con un tenedor. Se detuvo un instante con el cubierto cerca de los labios.

—Sabes que yo no escribí esa nota, ¿verdad?

—Ahora sí —Sherlock apartó la vista y la desvió hacia el campo, incapaz de mirarla a los ojos—. En el momento pensé que eras tú, pero supongo que es porque quería que fueras tú. Si lo hubiera pensado bien, habría sabido que no podía ser.

—¿Y eso por qué?

Él se encogió de hombros.

—La hoja era delicada y femenina, y la letra era muy precisa. Era como si alguien hubiera estado intentando hacerse pasar por una niña —se enredó—. Una mujer, quiero decir. Una mujer joven, quiero decir.

—Sé lo que quieres decir —sonrió ligeramente—. ¿Qué te hace pensar que normalmente no uso papel femenino y que no tengo una letra clara?

En ese momento fue capaz de mirarla a los ojos y el contacto visual duró un buen rato.

—No eres como ninguna chica que haya conocido en Inglaterra —dijo—. Eres única. Todavía estoy intentando entenderte, pero creo que si quisieras que fuera a algún lugar, como una feria, simplemente vendrías y me lo pedirías —se quedó pensando un momento—. O más bien me lo ordenarías —añadió.

Esta vez fue ella la que se ruborizó.

—¿Crees que soy tan mandona?

—No tanto. Solo lo suficiente.

Los ojos de Matty pasaron rápidamente de uno a otro.

—¿De qué estáis hablando?

—De nada —dijeron a la vez Sherlock y Virginia.

Sherlock volvió a mirar por la ventana y vio que Crowe se había unido a los cuatro hombres que estaban sentados en una mesa. Daba la impresión de que se llevaban bien. Crowe le hizo un gesto al dueño, que empezó a servir más cerveza de una jarra de peltre que había en el mostrador.

—Tu padre es un hombre interesante —dijo Sherlock, volviéndose a mirar a Virginia.

—A ratos.

—¿A qué se dedicaba en Estados Unidos?

Ella se quedó mirando fijamente su plato.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Era un rastreador.

—¿Te refieres a que cazaba animales?

Ella negó con la cabeza.

—Cazaba hombres. Seguía la pista a asesinos que habían escapado de la justicia y a indios que habían atacado asentamientos aislados. Los perseguía durante días por el desierto hasta que se acercaba lo suficiente para pillarles por sorpresa.

Sherlock no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y qué...? ¿Y los volvía a llevar ante la justicia?

—No —dijo ella en voz baja. Se puso en pie de golpe y se marchó hacia donde estaban los caballos.

Sherlock y Matty se quedaron sentados en silencio durante un rato, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

Finalmente Amyus Crowe salió de la taberna y se unió a ellos, empujando su enorme cuerpo a presión entre el banco y la mesa.

—Interesante —dijo, y volvió a ser el norteamericano de siempre.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Sherlock–. ¿Qué saben de la casa?

–¿Y cómo has conseguido que respondan a tus preguntas? –agregó Matty–. Nadie te conoce por aquí y la gente no suele confiar en los desconocidos.

–Entonces lo mejor que se puede hacer es no ser un desconocido –contestó–. Si te sientas ahí un momento y le das conversación al camarero, te conviertes en un mueble más. Luego, si ves una oportunidad, participas en la conversación y les cuentas algo sobre ti: quién eres, por qué estás ahí... Yo les he dicho que estaba pensando en comprar una granja y criar cerdos, partiendo del hecho de que los nuevos soldados de Aldershot van a necesitar un montón de comida. Les interesaba saber cuántos soldados iban a guarnecer allí y nos hemos puesto a hablar de oportunidades de negocio. He preguntado si había alguien por aquí que pudiera estar interesado en invertir en un negocio o tuviera alguna tierra que me pudieran prestar y me han hablado de la finca al final de la calle, que era propiedad de un hombre llamado Maupertuis, una especie de barón, aparentemente, y para colmo extranjero.

Sherlock le echó una ojeada a Matty y sonrió. Parecía que Crowe no se daba cuenta del hecho de que él mismo era un extranjero en ese país.

–Nadie ha visto nunca a este barón Maupertuis y dicen que trajo a todos sus empleados con él, que no los contrató aquí, lo que no le granjeó muchas simpatías de los aldeanos. Todas sus provisiones las compraron al por mayor en otro sitio, no las adquirieron en los alrededores. Total, que el dueño nos estaba escuchando y ha dicho que el barón se había marchado hoy a primera hora. Supuestamente un convoy de carros ha bajado la calle, todos atestados de cajas y muebles, con un vehículo de dos ruedas negro a la retaguardia. Y un poco más tarde han pasado más carros, esta vez con montones de cajas grandes cubiertas de sábanas. Sospecho que eran las colmenas que mencionabas, muchacho. Seguramente usaron humo para tranquilizar a las abejas y adormecerlas. Eso es lo que hacen los apicultores de verdad si están moviendo colmenas.

–¿Se llevaron las colmenas con ellos? ¿Por qué?

Amyus Crowe asintió con la cabeza.

–Muy buena pregunta. Si estás evacuando un lugar a toda prisa, ¿por qué te llevas todas las colmenas? Lo único que vas a hacer es retrasarte, y no es que no puedas conseguir más abejas en otro sitio –reflexionó un momento–. Parece que vuestra huida los asustó. No se podían arriesgar a que acudierais a la policía y fueran a investigar. Se han trasladado a otro sitio y tenemos que saber adónde.

–Podríamos seguirlos –dijo Sherlock.

Crowe negó con la cabeza.

–Llevan mucha ventaja.

–Tendrán que viajar despacio –insistió Sherlock–. Llevan las colmenas. Una persona a caballo podría alcanzarles.

–Hay demasiados caminos que pueden haber tomado –insistió Crowe.

–¿Un convoy de carros enorme? La gente los reconocería y se acordaría. Y no creo que vayan por caminos rurales que estén en malas condiciones. Permanecerán todo el tiempo en las carreteras principales. Eso reduce las opciones.

Crowe sonrió de oreja a oreja.

—Bien pensado, muchacho.

—¿Ya lo habías pensado? —preguntó Sherlock con el ceño fruncido.

—Sí, pero no quería ponerte las respuestas en bandeja. Quería ver si eras capaz de analizar algo detalladamente, sobre todo si yo te estaba empujando en la otra dirección —se levantó—. Conozco a unos tipos cerca de nuestra casa que tienen caballos y no les vendrían mal unos chelines. Les pediré que busquen el convoy. Te sugiero que vuelvas a la mansión Holmes y te reconcilies con tu familia. Diles que has estado conmigo todo el tiempo, eso debería calmar las cosas. Me dejaré caer por ahí mañana y te pondré al tanto de lo que haya descubierto.

Los cuatro volvieron al trote por carreteras secundarias y campo a través hasta que estuvieron cerca de Farnham, donde se despidieron. Matty se fue hacia donde había dejado su barco y Crowe y Virginia trotaron en dirección a su casa. Sherlock dejó a su caballo quieto un momento para poder poner en orden en su cabeza los acontecimientos del día anterior, que se convirtieron en recuerdos en lugar de en un batiburrillo de impresiones sensoriales. Finalmente, cuando se calmó un poco, guió al caballo hacia la mansión Holmes.

Cuando llegó, dudó por un instante dónde dejar el caballo. Al fin y al cabo no era suyo. Por otra parte, parecía que su dueño anterior lo había abandonado, y definitivamente era mucho mejor que la ruidosa bicicleta vieja que Matty había encontrado para él. Al final lo dejó en el establo con un fardo de heno. Si seguía ahí al día siguiente, lo vería como una señal de que estaba destinado a quedárselo.

Cuando entró en casa acababan de servir la cena. Se comportó de forma normal, como si nada hubiera ocurrido, como si el mundo fuera exactamente el mismo que por la mañana. Le echó un vistazo a su ropa, se sacudió el polvo de la chaqueta y se dirigió al comedor.

La comida fue una experiencia surrealista. Su tía no paraba de cotorrear sobre nada en particular como de costumbre y su tío leía un libro enorme mientras comía y de vez en cuando murmuraba algo entre dientes. La señora Eglantine le miraba fijamente desde su puesto junto a la pared. Era muy difícil conciliar aquel ambiente tranquilo y refinado con el hecho de que en las últimas horas había estado inconsciente, secuestrado y sentenciado a muerte antes de conseguir escapar. Estaba muerto de hambre, pese a la carne que había comido en la taberna, así que llenó con ansia su plato de trozos de pollo y verduras humeantes, y luego lo recubrió todo de salsa.

—Parece que vienes de la guerra, Sherlock —dijo su tía cuando estaban tomando el postre, que era lo más cerca que había estado nunca de preguntarle algo directamente.

—Yo... me caí —dijo él, consciente de los dolorosos cortes que tenía en la cara y las orejas—. No estoy acostumbrado a montar en bici.

Aquella respuesta pareció satisfacerla y siguió murmurando para sí en su monólogo perpetuo.

Cuando ya no era de mala educación irse, Sherlock se escabulló y se fue a su habitación. Tenía la intención de leer un rato y luego quizá escribir algunos de los sucesos

del día en un diario para que no se le olvidaran, pero en cuanto se tiró en la cama le resultó difícil mantener los ojos abiertos y enseguida se quedó dormido con la ropa puesta.

Se despertó de noche y los búhos ululaban a lo lejos. Se quitó la ropa y se deslizó debajo de la áspera sábana. Cayó en un profundo sueño, como quien se sumerge en un oscuro y misterioso lago.

El día siguiente amaneció soleado y nítido. Amyus Crowe estaba en el salón cuando Sherlock bajó a desayunar. Llevaba un traje de lino blanco y un sombrero de ala ancha.

—Nos vamos a Londres —bramó cuando vio a Sherlock—. Tengo que ir por trabajo y tu tío me ha dado permiso para que vengas conmigo. Será muy educativo. Veremos algunas galerías de arte y te enseñaré un poco de historia relacionada con esa gran ciudad.

—¿Virginia viene también? —preguntó Sherlock sin pensar, e inmediatamente deseó poder retirar lo que había dicho, pero Crowe sonrió con una mirada pícara.

—Claro que sí —dijo—. No iba a dejarla sola en el campo ahora, ¿no? ¿Qué clase de padre sería si lo hiciera?

—¿Por qué Londres? —preguntó Sherlock en voz baja cuando llegó al pie de la escalera.

—Es a donde se dirigía el convoy de carros —respondió Crowe también en voz baja—. Sospecho que tiene otra casa allí.

Con un apenas audible frufrú de su falda, la señora Eglantine salió de la sombra al fondo del pasillo.

—Debería desayunar antes de que recoja la mesa, señorito Sherlock —dijo con una voz cargada de la suficiente aversión para que se notara, pero no tanta como para que Sherlock pudiera sentirse ofendido.

—Gracias —dijo él, y se volvió hacia Crowe—. ¿Nos vamos ya?

—Come algo antes de irte —respondió Crowe—. Lo vas a necesitar. Prepara una maleta pequeña para dos días. Te esperaré fuera en el carruaje —y se volvió a la señora Eglantine quitándose el sombrero con un ademán ostentoso y exagerado—. Señora —dijo, y se marchó.

Sherlock se tomó el desayuno lo más rápido que pudo, sin apenas saborearlo. ¡Londres! ¡Iba a ir a Londres! ¡Y si tenía suerte quizá podría ver a Mycroft mientras estaba allí!

Amyus Crowe le esperaba en un carruaje de cuatro ruedas a la entrada de la mansión. Virginia estaba sentada a su lado. Parecía incómoda, o bien por el vestido de volantes y el sombrero que llevaba o porque estaba encerrada dentro del coche en lugar de estar fuera al aire libre.

—Estás muy guapa —dijo Sherlock cuando se sentó frente a ella mientras el conductor acoplaba su bolsa con el resto. Ella le miró con el ceño fruncido.

El traqueteo de las ruedas en la gravilla cuando el carro arrancó no dejó oír su respuesta, pero de todas formas Sherlock no estaba seguro de querer oírla.

Cuando llegaron a la estación de Farnham, Matty estaba esperándoles. Amyus Crowe le sonrió.

—¿Recibiste mi mensaje entonces?

–Me despertó el tío que me lo entregó. ¿Cómo sabías dónde estaba amarrado mi barco?

–Mi trabajo es saber dónde está todo. Mi trabajo y también mi satisfacción personal. ¿Te apetece ir de excursión, muchacho?

–No tengo ropa de repuesto ni nada –dijo Matty.

–Te compraremos lo que necesites en Londres. Venga, vamos a por los billetes.

Crowe compró cuatro billetes de segunda clase a Londres y el grupo bajó al andén de la estación mientras el conductor del carro descargaba sus maletas. Había calculado perfectamente el tiempo. El tren llegó en diez minutos, gigante como un Behemot, con la parte delantera en forma de tubo expulsando vapor, los pistones bombeando arriba y abajo como las manecillas de un reloj y sus ruedas metálicas, casi igual de grandes que Sherlock, chirriando contra la vía.

–Una locomotora «Saxon» de Joseph Beattie –señaló Amyus–. Genéricamente se refieren a ella como una 2-4-0. Sherlock, ¿puedes decirme por qué?

–¿Por qué «Saxon» o por qué lo de «2-4-0»?

Amyus asintió con la cabeza.

–La recopilación de la información adecuada depende principalmente de cómo se formule la pregunta –indicó–. Me refería a la denominación «2-4-0». Imagino que lo de «Saxon» fue solo un capricho histórico que tenía el ingeniero. También diseñó una locomotora a la que llamó «Nelson».

Sherlock dejó que su mirada se paseara por la máquina. Observó que las ruedas no estaban a la misma distancia unas de otras sino agrupadas en un punto.

–Yo diría que es por la forma en que están colocadas las ruedas –se aventuró a decir–, pero no será por eso.

–En efecto, es por eso –respondió Crowe–. Hay dos ruedas en el único eje delantero girando de manera independiente para permitir que la locomotora atravesase las curvas. Luego hay cuatro ruedas unidas a la propia locomotora, en dos ejes. Esas son las ruedas motrices.

–¿Y el «0»? –preguntó Sherlock.

–Algunas máquinas tienen ruedas en la parte trasera –respondió Crowe–. El «0» indica que esta no tiene ese tercer grupo de ruedas.

–O sea que tiene un número para indicar que no hay ninguna –dijo Sherlock.

–Correcto –Crowe sonrió–. Puede que no sea razonable, pero es sumamente lógico, si aceptas el sistema que han elegido usar.

Encontraron un vagón para ellos solos y se acomodaron para el viaje. Sherlock nunca había estado en un tren y todo era nuevo para él: la vibración de los asientos, las paredes y las ventanas cuando se movían, el olor sorprendentemente agradable del humo que salía de la locomotora, el modo en que el paisaje pasaba rápidamente ante sus ojos, siempre cambiante y sin embargo extrañamente constante... Matty tenía los ojos muy abiertos y estaba nervioso; Sherlock imaginó que el chico nunca habría experimentado ni siquiera el escaso lujo de un compartimento de segunda clase.

Un bosque pasó a toda velocidad y dio paso a campos, pero las plantas que crecían en

ellos no eran maíz ni trigo ni cebada; eran plantas marrones altas y delgadas con pequeñas hojas verdes abarquilladas alrededor de unos palos que habían clavado en la tierra a un metro y medio o dos del suelo. Sherlock estaba a punto de preguntarle a Crowe lo que eran cuando Matty, al ver su interés, se inclinó hacia delante para echar un vistazo.

—Lúpulos —dijo a secas—. Para las fábricas de cerveza. Esta zona es famosa por la calidad de la cerveza que elabora. Hay treinta bares y tabernas solo en Farnham.

Y así prosiguió el viaje, interrumpido por un cambio de trenes en Guildford, hasta que llegaron a la gran terminal de Waterloo en la concurrida metrópoli de Londres.

El sitio donde trabajaba y vivía Mycroft Holmes.

Capítulo 12

La estación de Waterloo era un hervidero de gente que iba en todas las direcciones y llevaba todo tipo de cajas, paquetes, maletas y baúles bajo un sólido techo abovedado de metal y cristal. El calor del sol aumentaba a causa del cristal y hacía que en la estación la temperatura fuera mayor que en las calles que la rodeaban. Los trenes entraban con esfuerzo en los andenes y vomitaban nubes de vapor y a más gente que contribuía al calor. Sherlock sintió que el sudor se le acumulaba debajo del cuello de la camisa.

Amyus Crowe llamó a un mozo enseguida y le pidió que sacara las maletas del tren. Luego este los condujo fuera, donde una fila de cabriolés recogía a los pasajeros de una larga cola. Una propina extra de medio penique convenció al mozo de que los llevara a la fila donde los taxis recién llegados dejaban a sus pasajeros antes de unirse a la cola de los que esperaban. Después de regatear un rato, subieron al cabriolé por una puerta al tiempo que sus ocupantes salían por la otra.

Amyus Crowe parecía estar familiarizado con Londres y le dijo al taxista que les llevara al Hotel Sarbonnier. El taxi se puso en marcha. Sherlock se asomó por una ventana para ver las vistas y Matty se asomó por la otra.

La escala de los edificios era inmensa comparada con Farnham, Guildford y los otros pueblos a los que Sherlock estaba acostumbrado. Muchos de ellos tenían cinco o seis pisos de altura. Varios tenían columnas que soportaban pórticos sobre la puerta principal e hileras de esculturas a lo largo del tejado, algunas claramente de figuras humanas y otras de criaturas mitológicas con alas, cuernos y colmillos.

En unos minutos estaban cruzando un puente que atravesaba un ancho río.

—¿El Támesis? —preguntó Sherlock.

—Así es —asintió Crowe—. Uno de los ríos más sucios, congestionados y nocivos con los que he tenido la mala suerte de tropezar.

El cabriolé cruzó el puente repiqueteando y llegó al otro lado del río, giró unas cuantas veces y se detuvo frente a un gran edificio de piedra naranja. El conductor bajó de un salto y los ayudó a descargar las maletas. Tres botones salieron de una puerta giratoria a la entrada del edificio y se llevaron el equipaje.

Una vez dentro del impresionante vestíbulo, que tenía pilares blancos con la base esculpida, un mosaico colocado en el techo y baldosas de mármol rosa en el suelo, Amyus Crowe fue dando grandes zancadas hacia un largo mostrador de madera.

–Tres habitaciones para dos noches –le dijo al hombre uniformado detrás del mostrador.

El hombre asintió con la cabeza.

–Por supuesto, señor –dijo, y alargó el brazo para coger tres llaves de un tablero que había a su espalda. Se dio la vuelta y añadió–: Quizá le gustaría firmar en el libro de huéspedes, señor.

Crowe firmó con una rúbrica y el conserje le entregó las llaves. Estaban unidas a unas bolas grandes de latón y Sherlock supuso que sería para que no se perdieran fácilmente.

–Sherlock y Matthew, vosotros dormiréis en una habitación –dijo Crowe mientras les daba una llave–. Virginia tendrá una para ella sola y yo otra. Ahora os subirán las maletas. Matthew, propongo que tú y yo vayamos a algún sitio donde podamos comprarte algo de ropa y cosas de aseo –miró seriamente a Matty–. Y un corte de pelo –añadió–. Sherlock, Virginia, propongo que deis un paseo. Si giráis a la derecha y camináis hasta el final de la calle, encontraréis algo que puede que os interese. Volved en una hora para comer. Si os perdéis, pedidle a alguien que os indique el camino de vuelta al Hotel Sarbonnier.

Sherlock obedeció a Crowe, salió a la calle con Virginia y giraron a la derecha. Enseguida fueron arrastrados por la multitud que iba en su misma dirección. Preocupado porque pudieran separarles, Sherlock extendió la mano para que Virginia se acercara más a él, pero en lugar de eso ella se la agarró suavemente con cariño durante unos segundos. De repente pareció que el corazón del joven latía el doble de rápido. La miró sorprendido. Ella le sonrió con una timidez inusitada.

Solo tardaron unos minutos en llegar al final del bloque de edificios. La calle se ensanchaba formando una amplia plaza abierta que estaba presidida por una alta columna que se alzaba desde un pedestal situado en el centro. Por un momento, Sherlock pensó que había un hombre de pie en lo alto del pilar, y de pronto su mente retrocedió a la mansión Holmes y a lo que dijo su tío una noche durante la cena sobre los anacoretas que abandonaban su vida y su familia para vivir en lo alto de un palo y dedicarse a meditar sobre la naturaleza de Dios y comer solo lo que les tiraran los transeúntes. Después de prestarle atención un momento supo que la figura encima de la columna no era un hombre sino una estatua que había sido tallada para que pareciera que llevaba un uniforme de la Marina.

–¿Quién es? –preguntó Virginia, embelesada.

–Creo que es el almirante Nelson –respondió Sherlock–. Lo que convierte a esto en Trafalgar Square. La estatua conmemora una famosa victoria naval de 1805.

En la base del pilar había dos fuentes cuya agua pulverizada brillaba con todos los colores del arcoíris a la luz del sol. Era el centro de Londres, el centro de un Imperio que se extendía hasta la otra punta del mundo.

Y en algún lugar cerca de allí, su hermano Mycroft estaría probablemente sentado a su mesa ayudando a gobernarlo.

Vagaron por Trafalgar Square durante un rato, mirando a la gente y a los magníficos edificios que bordeaban las calles circundantes, y luego regresaron al hotel. Llegaron

justo a tiempo: Amyus Crowe estaba esperándoles en el recibidor. Con él había un chico de más o menos la misma edad que Matty Arnatt, pero con el pelo limpio y una ropa decente que les miraba con el ceño fruncido. Sherlock tardó un rato en darse cuenta de que era Matty.

—No —le advirtió Matty—. Ni se te ocurra.

Sherlock y Virginia se rieron. Los cuatro juntos fueron al comedor y pidieron algo de comer. Estaban rodeados de mujeres vestidas con trajes de seda, miriñaques, plumas de pavo real, sombreros y guantes y hombres con bigotes relucientes y levitas, pero nadie les prestó atención. Creyeron que se trataba de una familia que había ido a disfrutar de la capital más importante sobre la faz de la Tierra.

Sherlock pidió chuletas de cordero, que estaban cocinadas a la perfección —sangrientas en el centro— y venían con patatas y judías. Matty y Amyus Crowe se decantaron por el pudín de carne y riñones, mientras que Virginia, más aventurera, se arriesgó a pedir el pollo servido con una salsa francesa de nata y pimienta.

Mientras comían, Amyus Crowe les contó todos los detalles sobre por qué estaban ahí.

—Le mandé un telegrama a un hombre que conozco en esta hermosa ciudad —dijo entre un bocado y otro—. Una especie de socio del negocio.

Por un momento Sherlock se preguntó en qué clase de «negocio» estaba metido Crowe, porque nunca lo había mencionado, pero el estadounidense siguió hablando.

—Le dije por qué carretera venía el convoy de carros y le pedí que los interceptara y averiguara cuál era su destino final. Le conté dónde me quedaría y me acaba de mandar un telegrama para decirme que los carros acabaron descargando sus cajas y demás en un almacén de un sitio llamado Rotherhithe. Me ha dicho dónde está.

—¿Rotherhithe? —preguntó Sherlock.

—Está unos cuantos kilómetros río abajo. Es un lugar muy desagradable donde los marineros se entretienen entre viaje y viaje y guardan las mercancías antes de cargarlas en los barcos. No es un sitio donde uno quiera estar cuando anochece —negó tristemente con la cabeza—. En circunstancias normales no me arriesgaría a llevaros allí, pero esto es demasiado grande. El barón está tramando algo y es tan importante que está dispuesto a matar por ello. Ya lo ha hecho. Le costaría lo mismo deshacerse de vosotros dos que pisar a una araña. El problema es que tenemos que comprobar que las cajas de los carros son las colmenas que viste en Farnham, Sherlock, y eso significa que necesito que vengas a echar un vistazo a Rotherhithe. Pero te lo advierto: puede ser peligroso. Realmente peligroso.

Sherlock asintió despacio con la cabeza.

—Correré ese riesgo. Quiero averiguar lo que está pasando y por qué no deja de intentar matarme.

Crowe le echó una ojeada a Matty, que estaba zampándose unos guisantes con una cuchara.

—En cuanto a ti, muchacho, supongo que ya habrás visto suficientes embarcaderos y almacenes, dado que te pasas la vida viajando en una barcaza. Y también imagino que puedes arreglártelas en una pelea.

–Si empieza una pelea –dijo Matty con la boca llena de guisantes–, corro. Si no puedo correr, le doy un puñetazo muy fuerte en sus partes bajas.

–Yo no lo habría podido decir mejor –asintió Crowe–. Iré con vosotros, claro, pero puede que nos tengamos que separar para vigilar distintas zonas.

–¿Y qué pasa conmigo? –preguntó Virginia indignada con voz aguda, y les lanzó una mirada terrible con sus ojos violetas–. ¿Qué hago yo?

–Tú te quedas aquí –dijo Crowe en tono amenazante–. Sé que te las apañas bien en una pelea, pero no te imaginas lo que puede pasarle a una señorita en Rotherhithe. Las personas que viven allí son peores que animales. Nunca me perdonaría que te pasara algo, no después... –de pronto se calló. Sherlock miró a Virginia y vio que le brillaban los ojos–. Quédate –repitió Crowe–. Si nos separamos tenemos que saber que hay alguien aquí que puede recibir mensajes y transmitirlos. Ese es tu trabajo.

Virginia asintió con la cabeza sin decir nada.

Crowe se giró hacia los dos chicos y les dijo:

–Cuando estéis listos nos vamos.

Mientras atravesaban el vestíbulo del hotel, Sherlock se dio la vuelta y miró a Virginia. Ella le estaba mirando fijamente e intentó sonreírle, pero una mueca de preocupación se dibujó en sus labios. Él la sonrió para tranquilizarla, pero se imaginó que la expresión de su propia cara no era mucho más convincente.

En lugar de coger un cabriolé a Rotherhithe, Crowe llevó a los dos chicos a la orilla del Támesis, donde unos escalones de piedra manchados de verde por las algas conducían hacia un apestoso río marrón. La otra orilla estaba oculta por una nube de humo y miasmas negruzcos que parecía surgir del propio río. Un barco se balanceaba en el agua. Su dueño estaba sentado en la proa fumando una pipa.

–Rotherhithe –dijo Crowe en tono grave mientras le lanzaba una moneda. El barquero asintió, cogió al vuelo la moneda y la mordió para asegurarse de que era real. Crowe y los chicos se acomodaron en la popa mientras el barquero se preparaba, les daba la espalda y empujaba el barco por el agua con los remos.

A Sherlock el viaje le resultó extraño e inquietante. El agua chapoteaba en el fondo del barco y había cosas flotando en el río que intentó con todas sus fuerzas no mirar: heces, ratas muertas y pedazos de madera empapada cubiertos de algas. El olor era tan espantoso que tuvo que respirar por la boca, y aun así estaba seguro de poder sentir cómo le impregnaba la lengua y la parte de atrás de la garganta. Le dieron arcadas. En un momento dado otro barco surgió de la oscuridad y pasó cerca del suyo. Alguien gritó una palabrota y su barquero respondió con un gesto que Sherlock nunca había visto antes, pero que no le costó entender.

Tardaron unos veinte minutos en llegar a Rotherhithe y desembarcaron por una serie de escalones que casi no se distinguían de los que habían subido al principio. Crowe les condujo arriba del todo.

Una estrecha callejuela mal empedrada recorría la orilla del río y describía curvas a ambos lados. Crowe guió a Matty y Sherlock por aquel camino. Pasaron delante de los altísimos edificios de almacenes y paredes de ladrillo, siguieron por la orilla del maloliente

Támesis y fueron por la sombra siempre que era posible. Al cabo de unos diez minutos, Crowe se detuvo. Ante ellos había una taberna como la que podía encontrarse en cualquier parte de la metrópoli. La música discordante de un piano vertical mal afinado salía por las puertas y ventanas, junto a un batiburrillo de voces que entonaba letras diferentes para la misma canción. Varias mujeres estaban de pie en la entrada y observaron a Amyus Crowe con interés, hasta que vieron a Sherlock y a Matty y apartaron la vista.

—Creo que el almacén está justo a la vuelta de la esquina —murmuró Crowe, atento a todo lo que pasaba a su alrededor por si había alguna amenaza—. Sugiero que tanteemos el terreno y nos pongamos cómodos un rato.

—¿Qué pasa si nos ven? —preguntó Sherlock.

—Era cazador cuando vivía en Albuquerque —dijo Crowe—. Seguí la pista a algunas de las bestias más peligrosas de allí. Hay cosas que puedes hacer para minimizar las probabilidades de que te descubran. Para empezar, no establezcas contacto visual, porque todos los animales detectan los ojos enseguida. Mira todo con el rabillo del ojo: es más sutil que mirar de frente, aunque no distingas muy bien los colores. Si puedes evitarlo no te muevas, porque el ojo está preparado para reconocer el movimiento, no las cosas que están quietas. Lleva ropa discreta que no sea de ningún color que no esté presente en la naturaleza: gris piedra, verde musgo, marrón tierra... Y no lleves nada de metal, porque el metal no se encuentra en la naturaleza en grandes cantidades. Seguid estas reglas y podréis estar apoyados en una pared de ladrillo, que la gente simplemente pasará la vista por encima de vosotros y, al no veros, seguirá buscando hasta que encuentre algo más interesante.

—Parece magia —dijo Sherlock poco convencido.

—La mayoría de las cosas lo parecen hasta que sabes cómo se hacen —miró seriamente a los dos chicos—. Esos cortes que tienes en la cara te ayudarán a integrarte, Sherlock, pero ambos estáis demasiado aseados para este barrio. Hay que ensuciaros un poco —miró a su alrededor—. Vale, necesito que rodéis por el suelo un rato. Llenaos un poco de polvo la ropa.

—¿No sospecharán? —preguntó Sherlock.

—No si tienes una razón para hacerlo —explicó Crowe—. Matty, dale un empujón al joven Sherlock aquí en el pecho.

—¿Qué? —respondió Matty.

—Tú hazlo. Y Sherlock, tú ahora pégale un puñetazo en el hombro.

De repente Sherlock lo entendió todo.

—Y acabamos peleándonos en el barro, lo que hace que nuestra ropa se confunda con la suya y demuestra que somos de la zona. Si no fuéramos de aquí, no estaríamos peleándonos en la calle.

—Exacto —dijo Crowe haciendo un gesto de aprobación. Sherlock estaba a punto de preguntar durante cuánto tiempo tenían que pelearse cuando Matty le dio un fuerte empujón en el pecho.

—¡Te lo dije! —gritó.

Sherlock reprimió el impulso repentino de darle un puñetazo a Matty en plena mandíbula, y en lugar de eso lo golpeó en el hombro.

—¡No te atrevas! —chilló, y se sintió un poco avergonzado.

Matty se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo. Y pronto los dos estaban rodando y levantando nubes de polvo a su alrededor. Sherlock cogió del brazo a Matty, pero este le estaba tirando del pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

Sherlock estaba a punto de olvidarse de que era una pelea de mentira cuando las manos enormes de Amyus Crowe se acercaron a las suyas y a los hombros de Matty y les levantó.

—Ya está bien, chicos, haya paz —dijo usando de nuevo su acento inglés, pero esta vez más áspero.

Los dos chicos se pusieron de pie uno frente al otro e intentaron contener la risa pese a encontrarse en una situación peligrosa. Sherlock se echó un vistazo. Tenía un desgarrón en la manga de la chaqueta y todo estaba cubierto de polvo y crin de caballo y otras cosas en las que ni siquiera quería pensar.

—No te preocupes —le dijo Crowe—. Lo lavaremos. Y si no se quita, compraremos más ropa. Las posesiones siempre se pueden reponer. Un buen cazador sabe que cualquier cosa material puede ser sacrificada en pos de la presa.

—¿Qué clase de animales cazabas? —preguntó Matty.

—Nunca dije que fueran animales —murmuró Crowe. Antes de que alguno de los chicos le pidiera que aclarara lo que había dicho, se alejó. Se miraron intranquilos y le siguieron.

Crowe paró en una esquina y echó una ojeada a su alrededor.

—El almacén está ahí enfrente —dijo en voz baja—. Sherlock, tú quédate aquí. Agáchate en el suelo y juega con algo, con alguna piedra que encuentres por ahí. Recuerda: no establezcas contacto visual, pero mira lo que pasa por el rabillo del ojo. Matty, tú ven conmigo. Puedes vigilar la parte de atrás y yo iré de aquí para allá entre vosotros dos.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Sherlock.

—Cosas fuera de lo común. Algo que pueda indicarnos lo que está pasando aquí.

Crowe y Matty se marcharon y el americano le puso la mano en el hombro al joven. Sherlock siguió las instrucciones de su tutor, se sentó en cuclillas y sacó uno de los adoquines del barro. Lo hizo rodar una y otra vez. Era un juego aburrido, pero bastaba para parecer parte del entorno y además se dio cuenta de que seguía siendo capaz de ver lo que estaba pasando a su alrededor por el rabillo del ojo mientras hacía que jugaba.

El almacén era un edificio de ladrillo cuya fachada la ocupaban casi únicamente un par de portones de madera con unas bisagras para abrirse hacia la calle. No había nada que resultara sospechoso y Sherlock se preguntó si estarían mirando el sitio adecuado o simplemente un edificio escogido al azar.

Amyus Crowe volvió al cabo de un tiempo que se le hizo eterno pero que no sería más de media hora. Aunque llevaba la misma ropa que antes y no se la había ensuciado tanto como Sherlock y Matty, tenía un aspecto desaliñado. Su chaqueta estaba mal abrochada, lo que le hacía parecer desastrado, y llevaba la camisa por fuera de los pantalones. Zigzagueaba ligeramente y miraba al suelo que había justo delante de sus pies. Se detuvo

al lado de Sherlock y se dejó caer contra la pared.

–¿Todo bien? –susurró.

–No ha pasado nada –respondió Sherlock en voz igualmente baja.

–¿Estás bien?

–Me aburro.

Crowe soltó una risita.

–Bienvenido a la caza. Largos períodos de aburrimiento interrumpidos por momentos de excitación y miedo –hizo una pausa y luego continuó–: Creo que me daré un paseo por esa taberna a ver lo que dice la gente.

–Vale. No podrías traerme un poco de agua, ¿verdad?

–Hijo, mejor sería que bebieras agua del Támesis que la que te puedan dar en ninguna taberna de por aquí. Si tienes hambre o sed, olvídate y aleja el pensamiento de tu cabeza. No le des más vueltas. Un ser humano puede sobrevivir tres o cuatro días sin agua. No dejes de recordar eso.

–Para ti es fácil decirlo.

Crowe se rio.

–¿Te puedo hacer una pregunta? –dijo Sherlock, que quería que Crowe se quedara con él un poco más.

–Claro.

–¿Qué estás haciendo en Inglaterra? ¿Cuál es ese negocio del que hablabas antes?

Crowe le sonrió sin humor y apartó la vista para no encontrarse con la mirada de Sherlock.

–No es el de tutor, eso está claro –dijo en voz baja–, aunque se está convirtiendo en un pasatiempo interesante. No, me contrató el... bueno, a ver, digamos el gobierno estadounidense, para buscar a hombres que hubieran cometido crímenes, atrocidades, cosas horribles durante la reciente Guerra Civil y que huyeron del país antes de que el peso de la justicia cayera sobre ellos. Así es como conocí a tu hermano: él firmó el acuerdo que me permite estar aquí. Y por eso he estado desarrollando una red de gente útil, sobre todo en muelles y puertos. O sea que cuando me dijiste que el barón estaba acelerando su plan, cualquiera que fuera, hice llegar el mensaje de que buscaran sus carros. Y tengo que decir que me sorprendió que mi gente los encontrara tan fácilmente –volvió a mirar a Sherlock–. ¿Satisfecho?

Sherlock asintió con la cabeza.

–No le he contado esto a mucha gente –añadió Crowe–. Te agradecería que no se lo dijeras a nadie –se alejó antes de que Sherlock pudiera decir nada más.

El joven siguió con su juego y rodó la piedra sin parar, mientras los minutos pasaban uno detrás de otro. Vigiló las puertas del almacén, pero estaban cerradas a cal y canto y no se movía nada. Empezaba a pensar que estaban buscando una aguja en un pajar.

Un ruido cada vez mayor que surgió de repente detrás de él casi le hizo darse la vuelta para mirar, pero se detuvo justo a tiempo. Dejó que la piedrecita llegara un poco más lejos, se giró para cogerla y dejó que sus ojos deambularan hacia arriba hasta enfocar la taberna. Una de las puertas estaba abierta y algunos hombres salían claramente

contentillos. Bromearon un rato, luego se dieron la vuelta y caminaron hacia él. Sherlock se concentró en su piedra y escuchó para ver si decían algo del almacén, las colmenas, el barón Maupertuis, o cualquier cosa relacionada con el misterio.

—¿Cuándo partimos? —dijo uno de ellos.

—Mañana al amanecer —respondió otro. Tenía una voz que le resultaba familiar, pero Sherlock no la reconocía muy bien.

—¿Quién tiene la lista? —preguntó una tercera voz.

—Está en mi cabeza —respondió el segundo hombre—. Tú te vas a Ripon, Snagger va a Colchester, a este chaval de aquí, Nicholson, le toca un trayecto fácil a Woolwich y yo me vuelvo para Aldershot.

—¿No puedo ir mejor a Ascot? —preguntó una voz con acento del norte, que sería seguramente la del joven Nicholson.

—Tú vas a donde te digan, majo —respondió el segundo hombre. Mientras hablaba pasó cerca de Sherlock. Su pie paró la piedra y la lanzó de una patada al otro lado del callejón. Sin querer, Sherlock miró hacia arriba y se encontró con su mirada.

Era Denny, el hombre al que Sherlock había seguido al almacén de Farnham, el hombre que había estado ahí cuando su amigo Clem saltó encima de la barcaza para atacarlos, a él y a Matty. El hombre que trabajaba para el barón Maupertuis.

Se acabó lo de ser invisible. Denny se puso rojo del enfado al instante.

Sherlock se apartó rodando cuando las manos trataron de agarrarlo. Se puso en pie de un salto y salió escopetado por el callejón. Quería correr hacia la taberna donde estaba Amyus Crowe, pero los hombres estaban entre él y la puerta del bar, así que en lugar de eso se puso a correr cada vez más lejos de Crowe, de Matty y de todo lo que conocía.

El ruido sordo de los pasos detrás de él resonaba en las paredes de los edificios cuando pasó volando por delante. Tenía la respiración entrecortada y el corazón le latía como si fuera un ser vivo atrapado dentro de su caja torácica que estuviera luchando por salir. Dos veces sintió que unos dedos le tocaban la nuca y trataban de agarrarle el cuello de la camisa y dos veces tuvo que soltarse con un frenético despliegue de energía. Sus perseguidores gruñían para sus adentros mientras corrían, pero aparte de eso, del ruido sordo de sus botas y del sonido del corazón de Sherlock, la persecución se llevó a cabo en completo silencio.

Cuando llegó a mitad de camino vio que el callejón terminaba en una pared de ladrillo. Tenía los ojos como platos. ¡Estaba atrapado! Se giró desesperado y trató de averiguar si tenía suficiente tiempo para volver corriendo y encontrar otro camino, pero aquellos hombres le estaban pisando los talones. Con una inusitada calma pese a estar aterrorizado, se dio cuenta de que eran cinco y todos llevaban cuchillos o porras en la mano. No saldría con vida de aquello.

De repente oyó claramente una voz dentro de su cabeza que no sabía decir si era la de su hermano, la de Amyus Crowe o la suya propia, y que le decía así: «Las calles y los callejones llevan de un sitio a otro. No es lógico que un callejón acabe en una pared de ladrillo. No tiene razón de ser, y en ese caso nunca debería haberse construido».

Sherlock retrocedió y le echó un vistazo a los ladrillos del callejón. No había puertas ni

ventanas, apenas una zona en sombra en una esquina donde la apagada luz del sol no podía penetrar.

Si había una salida, ahí es donde estaría.

Corrió hacia la sombra. De no haber habido nada allí, se habría chocado contra los ladrillos y se habría quedado inconsciente, pero había un pequeño hueco. Una posible escapatoria.

El estrecho pasaje estaba entre dos edificios. Sherlock se echó a correr y oyó los gritos frustrados a su espalda mientras los hombres trataban de encontrar la oscura salida. Uno detrás de otro salieron a trompicones detrás de él y sus bufidos resonaron en las paredes inclinadas de ladrillo.

Sherlock fue zigzagueando por la oscuridad y salió dando traspiés a una calle ancha con puertas a los lados. Siguió corriendo, con las botas detrás de él golpeando los adoquines, y se metió patinando en otro callejón que había a la izquierda, adelantándose unos metros. Un perro saltó desde un agujero de la pared al verle pasar, pero desapareció antes de que los dientes del animal mordieran el aire. El perro se volvió entonces contra los hombres que le estaban persiguiendo. Sherlock escuchó ladridos feroces y palabrotas cuando intentaron escapar de él y se estremeció al oír el ruido sordo de una bota al golpear algo suave. El perro gimió y huyó cojeando.

Al doblar otra esquina a toda velocidad, Sherlock se dio de bruces contra un hombre y una mujer que paseaban por la orilla del Támesis. Derribó al hombre y él rodó hacia atrás por el suelo.

—¡Eh, tú! ¡Pequeño pordiosero! —gritó el tipo mientras se esforzaba por volver a ponerse en pie—. ¡Yo te enseñaré a pedir! —empezó a subirse las mangas de la chaqueta y puso al descubierto unos antebrazos musculosos cubiertos de tatuajes azules de anclas y sirenas.

—¡No le pegues, Bill! ¡Lo ha hecho sin querer! —la mujer trató de agarrarle del brazo. Tenía la piel blanca y se había aplicado mal el maquillaje: sus labios eran una raya carmesí y sus ojos estaban pintados con una sombra negra. El efecto que conseguía era que su cara pareciera una calavera—. Es solo un niño.

—Pensé que era un ladrón —volvió a gruñir el hombre, pero esta vez con menos agresividad.

—Me persiguen unos hombres —dijo Sherlock jadeando fuertemente—. Necesito ayuda.

—Ya sabes lo que les hacen a los niños por aquí —dijo la mujer—. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Bill, haz algo. Ayuda al chico.

—Ponte detrás de mí —dijo Bill, que al remangarse dejaba claro que estaba ansioso por pelearse con alguien, sin importarle demasiado quién fuera. Sherlock se puso detrás de aquella enorme mole cuando sus perseguidores doblaron la esquina.

—¡Deteneos! —dijo Bill con la voz grave y cargada de violencia—. Dejad al chico en paz.

—Ni lo sueñes —dijo Denny, que estaba al frente de los cinco hombres. Levantó una mano que empuñaba un cuchillo. La luz se derramaba por el filo de la navaja como un líquido brillante—. Es nuestro.

Bill estiró el brazo para coger el cuchillo, pero Denny se lo pasó de la mano derecha a

la izquierda y se lo clavó en el pecho a Bill. El hombre cayó de rodillas y escupió sangre. Tenía una expresión de incredulidad en la cara, como si no pudiera aceptar que esos momentos, ahí en ese callejón, fueran los últimos.

Denny sonrió a Sherlock cuando Bill se desplomó en la superficie empedrada de la calle.

–Contigo –prometió– no será tan rápido.

Capítulo 13

Sherlock se quedó totalmente paralizado por el horror. No se podía creer lo que estaba viendo. Lo invadió una intensa rabia. Dio un paso al frente y le pegó un puñetazo a Denny en la ingle. El matón se retorció de dolor y empezó a respirar con dificultad. Cuando se desplomó en el suelo, Sherlock dio un paso atrás y le arreó una patada en la mandíbula. Algo crujío. El hombre gritó con una boca que parecía haberse quedado encajada en el sitio y que estaba retorcida hacia un lado.

La mujer que iba con Bill también chilló. Soltó un alarido ensordecedor que cortó el aire como un cuchillo.

Los otros cuatro hombres se miraron incrédulos y avanzaron extendiendo sus sucias manos para alcanzar a Sherlock. A él cada detalle se le quedó grabado en la mente: la mugre bajo sus uñas, los pelos en el dorso de sus manos, la sangre acumulándose en el suelo y el chillido de la mujer y el grito de Denny que se unieron en un silbido persistente de dolor. El mundo pareció detenerse, congelarse y estallar en pedazos alrededor de él. Se volvió hacia la mujer, con la boca seca.

—Lo siento mucho —dijo, y se echó a correr de nuevo.

Dos de los hombres le siguieron y dejaron a Denny atrás, desplomado en el suelo empedrado junto a Bill. La mujer se quedó ahí de pie, mirándolos a los dos, y su grito poco a poco se fue debilitando hasta convertirse en unos sollozos ahogados.

Al doblar una esquina, Sherlock vio ante él un enorme edificio abovedado. Parecía totalmente fuera de lugar en medio de un terreno vacío en el que habían plantado árboles y arbustos. Varias calles anchas, no como los callejones de antes, salían de allí, y había un ir y venir constante de gente y caballos pululando por el exterior. Más allá del edificio, Sherlock alcanzó a ver un muro de madera y, a lo lejos, la superficie revuelta y gris del Támesis.

Fue corriendo hacia él. Era más probable que estuviera a salvo donde había gente.

Esquivó a toda prisa a los hombres y mujeres bien vestidos con los que se cruzaba y se agachó debajo de las varas de un carruaje sin perder de vista el edificio. A medida que se acercaba pudo ver que estaba decorado con estatuas y suelos de mosaicos. Una gran entrada se cernía ante él y desvió un poco su rumbo para dirigirse directamente a ella. Detrás de él, las palabrotas y los gritos indicaban que sus perseguidores no se habían rendido.

La entrada conducía a un vestíbulo circular iluminado por el sol que brillaba a través de una miríada de vidrieras en el techo abovedado. La luz dotaba al lugar de un aire pintoresco como la ropa de un payaso o un arlequín. En el centro del edificio había un agujero rodeado por un balcón. La gente estaba colocada a su alrededor y miraba hacia abajo. Más allá, en un lateral, una amplia escalera de caracol bajaba por el borde del hoyo hasta adentrarse en las profundidades de la tierra.

Sherlock pasó como una flecha entre la multitud y llegó a lo alto de la escalera. Se dio la vuelta y vislumbró a los dos hombres que se abrían paso a empujones entre la gente. Uno de ellos era un hombre calvo con las orejas y la nariz deformes, lo que llevó a la pequeña parte del cerebro de Sherlock que no estaba atacada intentando idear formas de escapar, a pensar que podría ser un boxeador. El otro era tan delgado que daba pena y tenía los pómulos marcados y una barbilla puntiaguda. Estaban claramente decididos a cogerle como fuera. Tal vez se habrían rendido antes de que le rompiera la mandíbula a Denny, pero ahora tenían un motivo de verdad. Uno de ellos había sido humillado, así que Sherlock tendría que pagar las consecuencias.

Se dio la vuelta y empezó a bajar la escalera.

Los peldaños formaban una espiral alrededor de los laterales de un enorme pozo que de vez en cuando eran interrumpidos por un balcón y luego seguían bajando hacia el abismo. De aquel hueco subía un olor insoportable, un hedor donde se combinaban la humedad, la podredumbre y el moho en un único tufo apestoso que hacía que le escociera la nariz y le lloraran los ojos. Parecía que Sherlock no iba a acabar nunca de bajar pesadamente la escalera de aquel pozo cilíndrico. No tenía ni idea de lo que había al fondo, pero un solo vistazo al otro lado del hoyo le bastó para saber lo que le esperaba arriba del todo. Dos de los hombres del barón Maupertuis bajaban a toda velocidad los escalones e iban hacia él.

Aceleró. Cualquier cosa que hubiera en el fondo del pozo no sería tan mala como la muerte segura y probablemente lenta que le estaba persiguiendo.

Le daba la impresión de haber pasado la mayor parte de los últimos días corriendo o luchando, e incluso cuando sus pies retumbaban contra los escalones de piedra y le ardía la mano al rozar contra la barandilla, una parte de su cabeza no dejaba de preguntarse qué pensaría exactamente el barón Maupertuis que él sabía que era tan importante para merecer morir por ello. ¿Qué estaba planeando hacer el barón exactamente y por qué era Sherlock un obstáculo para conseguirlo?

Cuando se quiso dar cuenta ya había llegado al pie de la escalera y caminaba torpemente por el suelo. Estaba en un vestíbulo iluminado por lámparas de gas del que salían dos túneles abovedados, ambos en la misma dirección. Los arcos eran de ladrillo y por lo menos cuatro o cinco veces la estatura de un adulto, pero en todas partes donde miraba los ladrillos estaban mojados. Supo por qué al ver la dirección que tomaban los túneles. Iban a parar directamente debajo del Támesis y era de suponer que terminarían en un pozo similar en el norte.

Si conseguía llegar al otro lado, lograría sobrevivir.

Se tropezó con el túnel izquierdo. Había gente paseando tranquilamente, como si andar

bajo la superficie de un río no fuera nada especial. Incluso había caballos que eran guiados con parsimonia por sus dueños. Obviamente no tenían ni idea de las innumerables toneladas de agua que había solo unos metros por encima de sus cabezas y que mantenían en su sitio unos ladrillos a punto de desmoronarse y un poco de yeso.

Había veces en que ser demasiado sensato era una maldición. Aquella era una de esas veces. Sherlock sabía el tipo de presión que estaba siendo ejercida en las paredes del túnel. Bastaría una pequeña grieta para que entrara el agua y los ahogara a todos.

Pero siguió corriendo. No tenía elección.

¿O sí? Mientras avanzaba a toda prisa, se dio cuenta de que los dos túneles eran paralelos y estaban conectados por túneles laterales más pequeños cada diez metros aproximadamente. En cada túnel lateral algunos londinenses emprendedores habían instalado puestos donde vendían comida, bebida, ropa y todo tipo de curiosidades. Si pudiera colarse en uno de aquellos túneles podría volver a bajar al túnel principal hacia el pozo, regresar al almacén y encontrar a Amyus Crowe.

Giró a la derecha hacia un lado de la perforación principal y se coló en el primer túnel que encontró. Un hombre se giró hacia él, iluminado por una lámpara de aceite que colgaba de un clavo de su caseta de madera. Tenía la piel grisácea y húmeda, como si hubiera vivido demasiado tiempo bajo tierra. Estaba envuelto en una manta vieja que se había quedado tiesa de la suciedad que había acumulado con el tiempo y parecía una extraña armadura. Sus ojos eran una pupila totalmente negra. Le echó un vistazo a Sherlock.

—¿Quieres un reloj? —preguntó esperanzado—. Un buen reloj. Siempre bien. Siempre en hora. El reloj del abuelo, el reloj de la abuela. Cualquier cosa que quieras, la tengo.

—No, gracias —dijo Sherlock, y dejó atrás el puesto. Pensó que el tiempo no tenía sentido debajo del Támesis. No había sol, no había luna, no había día ni noche. El tiempo simplemente pasaba. ¿Por qué ibas a necesitar un reloj?

—¿Qué me dices de un bonito reloj de bolsillo? Nunca tienes que preguntar la hora si tienes un reloj. Un caballero joven como tú puede impresionar a las damas con un reloj de bolsillo con cadena. De plata auténtica. Grabado si lo deseas. Dentro puedes poner una foto de tu novia.

Plata auténtica, grabado y sin duda robado.

—Gracias —dijo Sherlock sin aliento—, pero mi padre trae el dinero. Llegará en un minuto. Dile que quiero un reloj y no le dejes marchar sin que compre uno.

El tendero sonrió y a él le recordó a algún crustáceo depredador que acechara detrás de una roca esperando a que pasara su incauta presa.

Sherlock se asomó al borde del túnel lateral, hacia el hueco por donde había entrado antes, y soltó una palabrota. Sus perseguidores debían de haberse separado. Uno de ellos le había seguido por el túnel de la izquierda, pero el otro había bajado por el de la derecha y se estaba abriendo paso a empujones entre la muchedumbre mirando con desconfianza a cada hombre menor de veinte años por si acaso. Claramente se conocían la zona mejor que él.

Decidió esperar a que el hombre pasara la entrada del túnel lateral antes de volver

sobre sus pasos. Pero su plan se vio frustrado al instante por un repentino alboroto a su espalda. Se giró y vio al tendero intentando encasquetarle un pequeño reloj de mesa al matón que había seguido a Sherlock por el túnel izquierdo (el calvo con las orejas como coliflores y la nariz aplastada). El rufián le apartó mientras le insultaba, pero el tendero se escabulló hacia atrás. Debajo de aquella manta llena de suciedad incrustada, cada vez se parecía más a una criatura con el caparazón duro que viviera en el fondo del mar. Volvió a intentar endilgarle el reloj al gánster, chillando:

—¡Cómpreselo a su hijo! ¡Cómpreselo a su hijo!

El exboxeador le volvió a empujar más fuerte y esta vez se tropezó con la lámpara de aceite y la tiró contra la pared. El cristal se rompió y el aceite se derramó en la manta del tendero. La mecha, aún húmeda, también cayó en la manta y la incendió.

Al principio las llamas prendieron rápido, pero luego el tendero empezó a agitar mucho los brazos y se echó a correr por el túnel más grande que había a su izquierda. La gente se alejó aterrorizada. El tendero se chocó contra un transeúnte y el fuego se propagó por su levita. El hombre se tambaleó hacia un lado tratando de sacudirse las llamas de encima pero solo logró prenderle fuego a la vaporosa falda de miriñaque de una mujer que tenía al lado. Un caballo al que llevaban por el túnel salió huyendo al ver el fuego y arrastró a su dueño tras él.

En apenas unos minutos el túnel estaba envuelto en llamas. La ropa ardió deprisa y luego le tocó el turno a las telas que cubrían los puestos. Hasta la madera de las propias casetas se incendió, pese a estar mojada. El humo y el vapor llenaron el túnel de una neblina asfixiante. Horrorizado, Sherlock se alejó del humo y el fuego y se metió por el túnel más grande de la derecha, que afortunadamente estaba libre de llamas.

Pero uno de sus perseguidores seguía dentro. Una mano peluda le agarró del hombro.

—Ya te tengo, cabronazo —le espetó. Las axilas de su chaqueta estaban tan ennegrecidas por las manchas de sudor que se habían quedado duras y pastosas. El olor de su ropa era indescriptible.

Sherlock forcejeó para soltarse, pero fue inútil. El hombre tenía los dedos clavados firmemente en su hombro.

—Denny quiere hablar contigo —susurró el hombre, acercando su cara a la de él. El aliento le olía como si algo se le hubiera muerto dentro de la boca—. Y no creo que te guste lo que tiene que decir.

Sherlock estaba a punto de responder cuando notó que el suelo del túnel lateral se movía bajo el humo y ondeaba como si estuviera vivo. Y entonces se dio cuenta de que llevaba razón. Estaba lleno de ratas. Espantadas de sus agujeros y madrigueras por el fuego, habían corrido todas a salvarse. Una alfombra viva de andrajoso pelo marrón y negro se deslizaba por el suelo del túnel. La gente y los caballos se alejaron horrorizados de la masa de pelo, dientes y colas. Un niño pequeño al que sus padres se habían llevado arrastrando de allí perdió pie y se cayó al suelo. Las ratas treparon encima de él y le cubrieron la cara.

El hombre que agarraba a Sherlock aflojó un poco la mano que tenía en su hombro cuando las ratas se arremolinaron alrededor de sus tobillos y le empezaron a morder con

sus dientes diminutos. Él se puso a blasfemar e intentó aplastarlas con sus manos grandes como palas. Sherlock se soltó de un tirón y se sumergió en la masa de criaturas vivas, tratando de agarrar al niño que había desaparecido bajo aquella marea furiosa. Unas garras minúsculas le correteaban por los brazos, la espalda, las piernas y el cuero cabelludo. Le llegó un tufo rancio y seco, como de orina vieja. Sus dedos tocaron un pequeño brazo y tiró fuertemente de él. Una niña emergió de la avalancha de ratas, con los ojos como platos y la boca abierta preparada para gritar.

—Estás a salvo —dijo Sherlock mientras la devolvía a los brazos de sus padres, que estaban golpeando y dando patadas a las ratas para mantenerlas a una distancia prudente. Ellos se la arrebataron de las manos y la abrazaron fuerte.

Y entonces la oleada de ratas desapareció, salvo por unas cuantas débiles y cojas que se habían quedado rezagadas. Sherlock las vio salir pitando en ambas direcciones, lejos del humo que continuaba saliendo del túnel lateral. El matón que había agarrado a Sherlock seguía sacudiéndose desesperadamente la ropa, bajo la cual Sherlock pudo ver bultos que se movían donde las ratas habían corrido a salvarse y se habían quedado atrapadas. Sherlock se dio la vuelta y estaba a punto de volver corriendo hacia la orilla sur del río cuando recordó a los otros dos criminales. Sin duda seguirían esperando en lo alto del pozo. No, la mejor opción era dirigirse hacia el otro lado. Echó a correr por el túnel hacia la orilla norte del río. Había puentes que cruzaban el Támesis y barqueros. Por fin podría encontrar el camino de vuelta.

Sherlock caminó por el túnel y se fue alejando cada vez más del fuego. Unos hombres uniformados con cubos de agua pasaron corriendo delante de él. Se trataba sin duda de un improvisado y variopinto cuerpo de bomberos encargado de salvar el túnel. Los ignoró y siguió adelante.

Al cabo de un rato llegó a la orilla norte del Támesis.

El pozo que encontró allí, con su escalera de caracol, era el reflejo invertido del de la orilla sur. Subió penosamente los escalones de piedra, a punto de quedarse sin energía. Tuvo que parar en cada balcón para recobrar el aliento.

Salir de la oscuridad a la luz de la tarde era como salir del infierno para entrar en el Paraíso. El aire tenía un olor agradable y una brisa fresca le acariciaba la piel. Se detuvo un momento con los ojos cerrados para apreciar mejor las sensaciones. Era tan sencillo y sin embargo tan perfecto.

La zona que rodeaba el lado norte del túnel era más sofisticada que la zona sur. Los muelles estaban ocupados por barcos de todos los tamaños y unos estibadores fornidos subían y bajaban sus mercancías en planchas. Sherlock caminó por la orilla del Támesis después de pasar los barcos y buscó un puente que le sirviera para volver a cruzar al otro lado. Sabía que había puentes encima del Támesis; simplemente no estaba seguro de dónde estaban con respecto a Rotherhithe y el túnel. Pero era evidente que si seguía caminando encontraría uno. Suponiendo, claro está, que estuviera andando en la dirección correcta: hacia el centro financiero de la ciudad en lugar de alejándose de él. Sabía que si el túnel estaba en la parte este de Londres, que era donde él se encontraba, y si lo había atravesado del sur al norte, como efectivamente había hecho, si giraba a la

izquierda al salir de la entrada del túnel estaría yendo en la dirección correcta. El Hotel Sarbonnier, donde Amyus Crowe había reservado sus habitaciones, estaba más o menos cerca del Támesis y también en la orilla norte, así que si llegaba bastante lejos probablemente lo encontraría, aunque lo que en realidad quería hacer era cruzar de vuelta al otro lado y encontrar a Amyus Crowe y Matty Arnatt.

Después de media hora aproximadamente encontró un puente: un armatoste enorme con torres gemelas de piedra gris conectadas por una calzada cubierta que estaba bordeada de tiendas y puestos. La atravesó con poca energía, haciendo caso omiso de los gritos de los diferentes comerciantes que intentaban venderle cualquier cosa, desde un buey entero hasta una pistola cargada. Londres le pareció un lugar de casi infinitas posibilidades, si uno estaba preparado a pagar por ellas.

En el lado sur del puente de las torres volvió a girar a la izquierda y caminó por carreteras, calles, callejones y en algunos casos hasta la parte de arriba de muros gruesos para seguir yendo hacia el almacén de Rotherhithe donde había perdido a Amyus Crowe y Matty. A la orilla del río, los mástiles de los barcos se proyectaban hacia el cielo y formaban un bosque de madera fina. El Támesis tenía un omnipresente tufo a excrementos humanos. Si Mycroft trabajaba todos los días en aquel lugar, merecía algún tipo de medalla solo por sobrevivir.

Más o menos un kilómetro y medio río abajo desde el puente de las torres, Sherlock se encontró con un barco que estaba siendo abordado por una cuadrilla de estibadores. Estaban sudando y maldiciendo mientras trataban de colocar cajas enormes encima de las planchas sin que se les cayeran al río. Algo del tamaño y la forma de las cajas le intrigó y decidió acercarse, manteniéndose todo el tiempo al abrigo de un edificio cercano.

Un hombre fornido con una chaqueta azul marino estaba de pie a un lado y consultaba un fajo de papeles que estaban clavados en un tablón. De vez en cuando hacía una anotación con un lápiz que chupaba previamente.

Las cajas eran idénticas a las que Sherlock había visto en los jardines de la mansión en la que había estado prisionero: las colmenas con los lados hechos de listones de madera dentados. Y cerca de ahí había montones y montones de bandejas de madera como las que había visto encajadas debajo de las colmenas. Estaban envueltas en papel encerado, pero su forma era inconfundible.

Se había tropezado sin querer con la operación del barón Maupertuis. ¡Por eso Denny y su pandilla estaban ahí!

Se acercó y se quedó mirando. Habían cargado algunas colmenas en un palé que unos estibadores sudorosos subían con cuerdas y luego soltaban en la bodega del barco. Solo el cielo sabe cómo evitaban que las abejas atacaran a los hombres como habían hecho con los dos desgraciados de Farnham. Quizá el barón tenía algún método para tranquilizarlas.

Mientras Sherlock miraba, una cuerda que sujetaba una de las esquinas del palé y se balanceaba hacia el barco se partió. El palé se cayó hacia un lado y cuatro colmenas resbalaron y cayeron al suelo, donde rodaron lentamente y se hicieron añicos al

estrellarse contra las piedras que había abajo.

Varios hombres entraron por un lateral con unos cubos de hojalata que tenían unas boquillas pegadas. Lo que había dentro de los cubos producía un humo que parecía adormecer a las abejas. Algunas escaparon, pero la mayoría se quedó cerca de las colmenas hechas pedazos, zigzagueando alrededor de ellas como si estuvieran borrachas. Tiraron unas lonas sobre los restos de las colmenas, lo deslizaron todo por los adoquines y lo dejaron caer al torrente espumoso del Támesis. Sherlock supuso que era casi imposible reconstruir una colmena que se hubiera destrozado.

—¿Sherlock?

Una voz le llamó suavemente. Miró a su alrededor desde su escondite. No parecía Amyus Crowe. Ni tampoco Matty Arnatt.

—¿Sherlock? —la voz ahora era más insistente. Echó un vistazo a la zona y de repente vio otra figura, oculta como él detrás de un montón de cajones. Una figura femenina.

—¿Virginia?

Llevaba puestos sus pantalones de montar a caballo y una chaqueta encima de una blusa de lino blanca. Lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó.

Sherlock se movió un poco para acercarse a ella.

—Tardaría mucho en explicarlo —dijo.

Ella lo miró de arriba abajo.

—¿Qué has estado haciendo?

Sherlock se quedó pensando un momento.

—Nadando entre ratas —dijo por fin—, entre otras cosas. ¿Y tú, qué?

Ella apartó la vista, de pronto avergonzada.

—No me iba a quedar atrás mientras vosotros os divertíais —susurró—, así que me cambié de ropa, me puse mis pantalones de montar y os seguí.

—Fuimos río abajo. En un barco. ¿Cómo nos seguiste?

Ella se quedó mirándolo extrañada.

—En otro barco, por supuesto. Simplemente le pedí al barquero que os siguiera. Le pareció un poco raro, pero tenía algo de dinero que me había dado mi padre y eso pareció calmarle. Mientras vosotros vigilabais el almacén, yo os vigilaba a vosotros. Luego vi a algunos de los hombres venir para acá y como parecía que vosotros tres no os ibais a mover los seguí hasta aquí.

—No vi ni rastro de ti —dijo Sherlock poco convencido.

—Mi padre me enseñó todas sus técnicas de seguimiento —dijo ella con orgullo—. Si te estoy siguiendo, «ni rastro de mí» es exactamente lo que puedes esperar ver —hizo una pausa y estiró el brazo para tocarle el suyo un instante.

—Lo que has hecho es increíblemente peligroso —dijo Sherlock—, pero me alegro de verte.

Ella se encogió de hombros.

—Era mejor que esperar en el hotel a que volvierais todos.

—¿Pero por qué me has seguido a mí? ¿Por qué no fuiste a buscar a tu padre para

contarle lo que había ocurrido?

—Te estaba siguiendo a ti —dijo sin más—, no a él. A él le perdí la pista.

—Pero una chica... sola... en el East End de Londres... —su voz se fue apagando, no estaba seguro de cómo iba a acabar la frase—. Hay alguna gente muy mala por aquí... —empezó a decir al rato, y luego le explicó exactamente lo que había pasado aquella tarde, incluido el apuñalamiento y el incendio en los túneles. Le aliviaba hablar de ello, pero al mismo tiempo Sherlock sabía que su vida había corrido un peligro mortal y que aún no sabía por qué.

—No les podemos permitir que se salgan con la suya —dijo Virginia cuando acabó de hablar—. Solo eres un niño. Te podrían haber matado.

—Tú también eres solo una niña —protestó débilmente Sherlock.

Virginia sonrió.

—No quería decir eso —dijo—. Quería decir que no deberíamos estar metidos en algo como esto.

—Pero lo estamos —señaló Sherlock—. Y sea lo que sea que esté pasando, tenemos que impedirlo.

—Bueno, yo estoy preparada. Voy disfrazada de chico. Encontré un sombrero —dijo orgullosa Virginia, sacándolo de debajo de donde estaba agachada. Era una gorra de tela con visera. Se alisó el pelo detrás de la cabeza con una mano y se puso la gorra con la otra. Con el pelo oculto y el abrigo abrochado, Sherlock vio que podrían confundirla con un chico. Y además llevaba sus pantalones de montar. Las chicas normalmente llevaban vestidos, no pantalones. Nadie que no la conociera tendría ningún motivo para sospechar de ella.

—Ya que estamos los dos aquí —dijo Sherlock—, deberíamos aprovechar la oportunidad para averiguar adónde va ese barco —miró alrededor buscando al hombre que había visto antes, el que tenía el fajo de papeles—. Creo que ese hombre de ahí es el jefe de muelle o algo así. Podemos preguntarle.

—¿Así sin más?

—Tu padre me enseñó algunos trucos sobre cómo hacer preguntas.

Sherlock echó un vistazo a su alrededor, esperó a que nadie estuviera mirando hacia ellos y guió a Virginia fuera del escondite y por el embarcadero hasta un lugar donde pudieran sentarse en el muro de piedra que daba al Támesis. Sentía un hormigueo en la nuca como si alguien le estuviera vigilando, pero hizo caso omiso de su intuición. A esa hora Denny estaría seguramente con un médico o un cirujano, tratando de asumir que su mandíbula se había roto de verdad, y lo más probable era que los otros hombres no le hubieran visto tan bien como para distinguirlo de cualquier otro niño, sobre todo ahora que estaba cubierto de mugre, humo, pelo de rata y posiblemente otras cosas en las que no quería pensar. Estuvieron sentados y apoyados en la pared durante media hora larga, entablando sin ganas una conversación y convirtiéndose prácticamente en parte del paisaje. Al cabo de un rato, el jefe de muelle, o lo que fuera, terminó su trabajo en el barco y empezó a caminar hacia ellos. Cuando pasó por delante, Sherlock miró hacia él y dijo:

–Eh, jefe. ¿Hay alguna posibilidad de trabajar en el muelle?

El hombre miró con desprecio al flacucho de Sherlock.

–Vuelve dentro de cinco años, hijo –respondió en un tono no exento de amabilidad–. Cuando tengas un poco de músculo sobre esos huesos.

–Pero tengo que salir de Londres –continuó Sherlock en tono suplicante–. Sé trabajar duro, de veras que sí –señaló el barco que tenían cerca–. ¿Y con ellos? Parece que andan escasos de personal.

–Lo están –dijo el hombre–. Esta tarde se han quedado sin tres hombres. Pero no veo que puedas sustituir a ninguno, y además, ese barco no va a llevarte muy lejos de Londres.

–¿Por qué no? –preguntó Sherlock.

–Solo va a Francia y vuelve. Una entrega rápida, sin tiempo para que la tripulación se dé una vuelta –se rio–. Si quieres irte por ahí una temporada, únete a la Marina. O merodea por aquí el tiempo suficiente y te llevarán con ellos.

Se marchó sin parar de reírse.

–Francia –dijo Sherlock, intrigado–. Interesante.

–He oído que quieres unirme a nuestra tripulación –gritó una voz desde la proa del barco. Sherlock hizo una mueca y miró para otro lado, pero la voz siguió diciendo–: ¿Por qué no subís a bordo la chica y tú? Sí, sabemos que es una chica. Os hemos estado vigilando desde que aparecisteis por aquí. ¿Qué, pensabais que erais invisibles?

Sherlock echó un vistazo a la dársena donde el jefe de muelle se había detenido y les estaba mirando. Su cara tenía una expresión compasiva pero severa. No iba a serles de ninguna ayuda.

Sherlock cogió a Virginia de la mano y la ayudó a levantarse.

–Es hora de irse –dijo, pero cuando se dio la vuelta vio que alrededor de ellos se había formado una especie de semicírculo de marineros y estibadores que habían aparecido de la nada. Intentó correr arrastrando a Virginia con él, pero unas manos toscas lo cogieron y lo apartaron de ella. Intentó forcejear, pero las manos lo agarraban con fuerza. Vio que Virginia también se resistía, pero una mano que sujetaba un trapo se lo puso firmemente sobre la cara. El trapo olía a medicina, un olor muy amargo e intenso, y casi se asfixia. Y entonces de repente notó que caía en un pozo sin fondo que era del mismo color que los ojos de Virginia. Se quedó un rato dormido y soñó cosas terribles.

Capítulo 14

En el sueño, Sherlock luchaba con una serpiente enorme que tenía el cuerpo tan ancho como un barril de cerveza, todo músculo y costillas hasta donde él alcanzaba a ver. Su cabeza era un triángulo plano bordeado de dientes serrados. Luchaban en el agua, pero en el sueño el agua era tan espesa y oscura como la melaza. La serpiente se enroscaba lentamente alrededor de él y le apretaba, dispuesta a romperle las costillas, pero el agua le impedía moverse y Sherlock conseguía apartar los anillos de su cuerpo empujándolos fuertemente con los brazos y las piernas. Y entonces, cuando intentaba huir a nado, el agua le hacía reducir terriblemente la velocidad y la serpiente lograba una vez más deslizar su cuerpo alrededor de él y apretarle cada vez más fuerte. Y así todo el rato: él luchando eternamente por escapar y la serpiente luchando eternamente por aferrarse a él.

Cuando por fin se despertó, tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo. Tenía la boca y la garganta secas, y cuando se tocó el paladar con la lengua se le quedó pegada. También estaba muy hambriento.

Poco después se sintió con fuerzas para sentarse sin que le entraran náuseas. Y lo que vio le hizo olvidarse por un momento de la sed, el hambre y las náuseas.

Estaba tumbado en una cama con dosel que tenía un baldaquín bordado. Las almohadas eran blandas y estaban rellenas de plumas, y la habitación que tenía ante él estaba revestida de paneles de roble. Las tablas de madera del suelo estaban barnizadas y cubiertas de alfombras adornadas con un gusto exquisito.

Era la misma habitación en la que se había despertado después de que le hubieran dejado inconsciente tras el combate de boxeo de la feria, la que estaba a las afueras de Farnham.

¿Pero cómo era posible? El barón Maupertuis había abandonado aquella mansión dejándola vacía. No podría haber vuelto tan rápido, ¿verdad? ¿Por qué iba a hacerlo?

Sherlock rodó de la cama y se puso en pie. Se pasó la mano por la cara y le sorprendió encontrar algo seco alrededor de su nariz y su boca. Lo estuvo frotando hasta que se lo quitó de la piel y luego se miró los dedos. Estaban llenos de hilos de algo negro. Se restregó los dedos y descubrió sorprendido que los hilos eran ligeramente pegajosos.

Recordó el trapo que le habían sujetado con fuerza contra la boca. ¿Alguna clase de sustancia química? ¿Una droga para hacerle dormir? Parecía probable.

¡Y Virginia! Un arranque de ira eliminó los últimos restos de sueño y náuseas que le

quedaban en la sangre. ¿Qué le había ocurrido a Virginia? Si alguien le había hecho daño, él...

¿Él, qué? ¿Le mataría? En ese momento no estaba precisamente en posición de hacer eso.

Tenía que reunir información. Averiguar lo que estaba pasando y por qué. Solo entonces podría hacer algo al respecto.

Sherlock fue hacia las cortinas y las descorrió. Esperaba ver la tierra rojiza y seca y los cientos de colmenas que había visto fuera la última vez que estuvo en esa habitación, pero lo que vio hizo que se tambaleara hacia atrás de la sorpresa.

A poca distancia de la casa, una playa de arena gris daba paso a fuertes olas espumosas que se extendían hasta un horizonte recto como una regla. El cielo era de un azul intenso. En algún punto a lo lejos, Sherlock pudo ver unas velas.

Cerró los ojos durante un momento y pensó. ¿Estaba alucinando? Era posible, se dijo, pero el sueño de la serpiente y el agua con aspecto de melaza había estado impregnado de una sensación ilógica y extraña, que, pensándolo bien, significaba que de algún modo él sabía que estaba soñando, mientras que esto sí era razonable y claro.

¿Acaso era la imagen al otro lado de la ventana únicamente eso: un cuadro pintado con maestría que daba la impresión falsa de playa, mar y cielo azul, cuando en realidad eran solo pigmentos en un lienzo o una tabla? Volvió a abrir los ojos y miró atentamente. Lejos, volando en círculo sobre la cresta de las olas, había pequeñas uves blancas que se movían, aves marinas que se deslizaban por la corriente ascendente. Eso no se podía simular en un cuadro. Lo que estaba ahí afuera era real.

Y ya que no había ningún océano cerca de Farnham, la conclusión lógica era que él ya no estaba cerca de Farnham, y lo más seguro era que ni siquiera estuviera en Inglaterra. El jefe de muelle había dicho que el barco se dirigía a Francia. Eso explicaría lo de las montañas. ¿Y la habitación? Algo tan prosaico como el hecho de que el barón Maupertuis fuera un animal de costumbres y le gustara que su entorno fuera lo más familiar posible, dondequiera que estuviera. Suponiendo que la mansión a las afueras de Farnham no fuera su casa solariega, probablemente habría encargado que se la remodelaran y rediseñaran para que se pareciera a lo que él consideraba su hogar. Que bien podría ser su *château* francés. ¿Era así como se llamaba?

Se sentía tan satisfecho consigo mismo por resolver algo con lo que, sospechaba, habían pretendido confundirle y desestabilizarle, que ni siquiera se giró cuando oyó la cerradura en la puerta de la habitación y esta se abrió hacia dentro. Ya sabía lo que iba a ver: dos criados con bombachos negros, medias negras, chalecos negros y chaquetas cortas negras que llevaban unas máscaras de terciopelo negro con unos agujeros a la altura de los ojos. Igual que la última vez. Contó hasta diez en silencio y se dio la vuelta. Tenía razón en parte. Los dos sirvientes que estaban de pie en la puerta iban vestidos como él recordaba, pero había un tercer hombre en medio de la entrada. De hecho, casi la llenaba entera, porque era enorme. Tenía los brazos tan gordos como las piernas de un hombre normal y las piernas como troncos de árboles. Sus manos tenían el tamaño y la forma de unas palas, pero era su cabeza la que llamaba la atención sobre todo lo demás.

Era calvo, pero su cuero cabelludo estaba tan lleno de sinuosas cicatrices marrones que a primera vista parecía que su cabeza estuviera totalmente recubierta de pelo. Llevaba un abrigo largo de cuero marrón encima de un traje gris holgado, y el corte del abrigo, unido a su corpulencia, lo hacía parecer aún más grande.

—El barón quiere verte —dijo con una voz que sonaba como si molieran dos piedras de molino.

—¿Qué pasa si yo no quiero ver al barón? —dijo Sherlock en un tono de voz similar. Los dos sirvientes se miraron, pero el hombre de las cicatrices se limitó a negar ligeramente con la cabeza.

—Lo que el barón quiere, el barón lo obtiene. No cuenta ninguna opinión aparte de la suya.

—¿Qué pasa si me niego a ir con vosotros?

—Que te levantamos y te llevamos a la fuerza.

Sherlock sabía que estaba siendo infantil, pero quería dejarles claro que no era un simple prisionero pasivo, que tenía opiniones propias.

—¿Qué pasa si me agarro al marco de la puerta y me niego a soltarme?

—Que te rompemos los dedos y te llevamos de todas formas —el hombre sonrió, pero en su expresión no había ni un atisbo de alegría. Solo mostró los dientes, como un tigre preparándose para atacar—. Lo único que el barón necesita de ti es que le respondas a unas preguntas. Eso implica tu cabeza, para que tu cerebro pueda pensar y tu boca moverse, y tu pecho para que tus pulmones puedan respirar y mantenerte con vida. Todo lo demás es opcional. Tú eliges.

Sherlock se resistió un poco, únicamente para probar que sabía que tenía elección y la estaba ejerciendo, y luego fue hacia la puerta. El hombre de las cicatrices no se movió hasta que Sherlock estuvo a punto de chocarse contra su pecho, luego se hizo a un lado, lo justo para que Sherlock pudiera pasar.

—Soy el señor Surd —dijo mientras él y los lacayos seguían a Sherlock por el pasillo—. Soy el criado y factótum del barón. Cualquier cosa que quiere que se haga, la hago. Si quiere una copa de Madeira, es mi deber servírsela. Si quiere tu cabeza en un plato, es mi deber cortarla y entregársela. No es un placer, ni una tarea pesada. Es un mero trabajo. ¿Me entiendes?

—Entiendo —dijo Sherlock—. Eras tú el que sujetaba el látigo la última vez que estuve con el barón, ¿verdad? En la sombra.

—Solo un trabajo —repitió el hombre de las cicatrices—. Pero sí que encuentro placer en un trabajo bien hecho.

El salón de arriba era tal y como lo recordaba en la casa de Farnham, al igual que las escaleras que conducían al vestíbulo principal. Sherlock dejó finalmente de buscar huellas de cascos de cuando él y Matty se escaparon. No era esa casa. Era otra que, casualmente, se parecía.

Virginia estaba de pie en la entrada de la habitación en la que, según recordaba Sherlock, el barón Maupertuis estaría esperándoles. Dos sirvientes enmascarados estaban a su lado, junto a un gran armario de teca.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–He tenido sueños raros –dijo ella–. Estaba montando a Sandía, pero estaba furiosa y no podía controlarla. Cabalgábamos sin parar por un paisaje que desaparecía cada vez que lo miraba –se sacudió para quitarse de la mente aquel recuerdo–. ¿Y tú?

–Serpientes –dijo a secas.

–¿Qué fue lo que nos dieron para drogarnos? Aún estoy aturdida.

–Creo que era láudano, morfina disuelta en alcohol. Mis padres solían dárselo a mi hermana. Reconozco el olor. Está hecho con amapolas.

–¿Amapolas? –Virginia se rio–. Nunca me han gustado las amapolas. Es una flor muy macabra.

El señor Surd pasó entre ellos empujándoles y abrió la puerta de la sala donde esperaba el barón. Les hizo un gesto para que entraran.

El cuarto estaba en penumbra, igual que la vez anterior. Había dos sillas colocadas en un extremo de una mesa enorme cuyo extremo opuesto estaba envuelto en sombras. Unas pesadas cortinas negras colgaban de las ventanas, impidiendo que la luz del sol entrara en la habitación, y las pocas zonas de pared expuestas que Sherlock podía ver estaban llenas de espadas y escudos. Contra una pared, Sherlock vio una armadura completa con una espada que habían colocado como si hubiera un caballero dentro.

El señor Surd les indicó que se sentaran. Sherlock pensó en negarse, pero luego vio algo en los ojos del criado que le hizo deducir que esperaba, incluso quería, que lo hiciera, solo para provocarle un dolor terrible y asegurarse de que Sherlock obedecía. Así que se sentó, con Virginia a su lado. El señor Surd y los cuatro lacayos se marcharon a la oscuridad del otro extremo de la habitación.

El cuarto se quedó en silencio durante un rato, perturbado solo por el débil chirrido de las cuerdas y la madera tensada que Sherlock había oído la última vez.

Entonces una voz susurrante, como de hojas secas que volaran con el viento, dijo:

–Insistes en interferir en mis planes, pese a que eres solo un niño. Me vi obligado a abandonar una de mis casas por ti.

–Parece que te gusta tener tus casas diseñadas y decoradas de forma idéntica –dijo Sherlock–. ¿Por qué? ¿Prefieres que las cosas sean iguales?

Hubo un largo silencio y Sherlock esperó sentir en cualquier momento la punta de un látigo golpeándole desde la penumbra y arrancándole la piel, pero en lugar de eso la voz respondió:

–Una vez que encuentro algo que me gusta –dijo–, no veo la razón de permitir algo distinto. La distribución y mobiliario de una casa, un sistema de gobierno, cuando descubro algo que funciona quiero reproducirlo para que todo sea igual dondequiera que vaya. Lo encuentro... reconfortante.

–Y por eso tus sirvientes llevan máscaras negras, porque así puedes creer que son los mismos dondequiera que estés.

–Muy perspicaz.

–¿Y ahora dónde estamos?, ¿en Francia?

–¿Has reconocido el paisaje? Sí, esta casa está en Francia. Os durmieron a ambos en el

barco que os condujo aquí, y luego en el carruaje que os trajo a toda prisa a este lugar.

–¿Pero qué pasa con el señor Surd? –preguntó Sherlock–. Solo hay uno como él.

–El señor Surd es insustituible. Donde voy yo, va él.

–Eres el barón Maupertuis, ¿verdad?

–De nuevo vuelves a sorprenderme. No creía que mi nombre fuera tan conocido.

–Yo... lo he descifrado a partir de las pruebas.

–Muy inteligente. De verdad, muy inteligente. Te felicito por tus habilidades deductivas. ¿Y qué más has descifrado?

Virginia colocó su mano sobre la de Sherlock en señal de advertencia, pero él se sentía tremendamente orgulloso de las investigaciones que había llevado a cabo, los hechos que había descubierto y las piezas del complot que estaba empezando a encajar. Y se dijo a sí mismo que era importante que Maupertuis supiera que sus planes ya no eran secretos.

–Sé que has estado criando abejas, y también sé que son de una especie extranjera que es más agresiva que cualquier especie europea. Eso significa que no las estás criando para hacer miel, sino para atacar. Quieres que hieran o maten a la gente –los pensamientos se le agolpaban en la mente y su cerebro daba vueltas a los hechos para formar patrones que antes eran meras sospechas. Amyus Crowe quería enseñarle, entrenarle, pero el barón Maupertuis le estaba tomando en serio. El barón escuchaba las deducciones de Sherlock como si realmente significaran algo, en lugar de ser solo respuestas teóricas a problemas inventados sobre conejos y zorros–. También has estado dirigiendo una fábrica que producía ropa. Uniformes para el Ejército, creo –se quedó callado un instante. Había algo que estaba fuera de su alcance, un destino lógico de enorme importancia del que tenía todos los pasos salvo el último, que requería un salto intuitivo–. Tu empleado... Wint, creo que se llamaba, robó algunas prendas y las guardó en su casa. Fue atacado por las abejas. Otro hombre que trabajaba de jardinero en la finca de mi tío había estado previamente haciendo ropa en Farnham. Para ti, supongo. También fue asesinado por abejas. ¿Guardó algunas prendas para uso propio? ¿Te las robó? –la confusión mental que le impedía ver el destino lógico final empezaba a despejarse, y continuó en tono triunfal–: Así que hay algo en las prendas que provoca que las abejas las ataquen. En sus cajas o cajones están a salvo, pero cuando la gente se las pone... las abejas se sienten atraídas por ellas y pican a quien las lleve puestas.

En ese momento, la mano de Virginia sujetó fuertemente la suya, pero Sherlock no se inmutó.

–Aquellos hombres que estaban en el almacén de Rotherhithe hablaban de enviar las cajas a Ripon, Colchester y Aldershot. Todas ellas son bases militares. O sea que si toda la ropa es enviada a bases militares entonces probablemente se trate de uniformes. ¿Qué has hecho? ¿Conseguir algún tipo de contrato con el gobierno para suministrar uniformes al Ejército británico? Los soldados se ponen sus nuevos uniformes, seguramente mientras se preparan para irse a la India, y entonces... –sus pensamientos se le habían estado adelantando a Sherlock todo ese tiempo, pero de repente los dos se sincronizaron. Su padre. Aldershot. India. Uniformes–. Y entonces liberas a las abejas para que ataquen a todos y cada uno de los soldados rasos, subalternos y oficiales del Ejército británico –

susurró, en shock por el lugar al que le había llevado la lógica.

—Miles de muertes, todas ocurriendo misteriosa e inevitablemente —susurró el barón desde la oscuridad al fondo de la mesa—. Un golpe desmoralizador dirigido al corazón del Imperio británico y asestado por un abejorro, proveedor de miel para el té de mil domingos por la tarde. La ironía es... interesante.

—¿Pero por qué? —la mente de Sherlock se llenó de visiones de su padre con la cara hinchada y cubierta de pústulas, cayéndose y asfixiándose mientras las abejas le picaban una y otra vez.

—¿Por qué? —el barón no subió el tono, pero de pronto su voz se llenó de una malicia de la que antes carecía—. ¿Que por qué? Porque tu patético país de mierda tiene delirios de grandeza que le han llevado a conquistar medio mundo. Sería muy difícil encontrar un país más pequeño que Inglaterra. No sois más que un pinchazo en el mapa. En ningún globo terráqueo los cartógrafos pueden escribir la palabra «Inglaterra» dentro de los límites de la isla a causa de lo pequeño que es. Y aun así tenéis la arrogancia, la temeridad, el puro autoengaño de creer que el mundo estaba destinado a que lo dominarais con benevolencia. ¡Y el mundo se ha sometido sin más y os ha dejado que lo hicierais! Asombroso. Pero hay hombres en el mundo, militares de carrera, que no permitirán que vuestros instintos depredadores y descontrolados vayan más lejos. Las fronteras del Imperio británico tienen que reducirse, aunque solo sea para que otros países puedan tener un poco de espacio para respirar, algún sitio para vivir. Yo... represento... a un grupo de estos hombres. Alemanes, franceses, norteamericanos y rusos se han unido para frenar vuestras ambiciones territoriales. No descansaréis hasta que el rojo del Imperio británico se haya derramado por el mapa; y nosotros no descansaremos hasta que se haya borrado de vuestra isla diminuta —hizo una pausa—. Y tal vez de la Honduras Británica de Sudamérica. Podéis quedaros con la Honduras Británica.

—O sea que planeas destruir el Ejército británico de un solo golpe.

—No tanto un solo golpe como una enfermedad progresiva que ataca a los soldados pero a nadie más. Las abejas, como ya sabes, son extraordinariamente agresivas y territoriales. Han sido criadas para agredir, y ¡caray!, se reproducen rápido. El contaminante con el que hemos impregnado los uniformes será absorbido por los cuerpos de los soldados que lo eliminarán por la piel con el sudor. Las abejas, si lo huelen, atacarán inmediatamente. Una vez que las liberen de sus nuevas casas cruzarán toda Gran Bretaña durante varios meses, picando a todos los soldados que encuentren hasta matarles. Criaremos más en lugares secretos de toda Europa para la siguiente fase del ataque. El terror, el miedo y el puro pánico serán nuestros aliados más eficaces. Una plaga misteriosa que aqueja a los soldados. Y Gran Bretaña será relegada al lugar que merece: a ser una nación de poca monta.

—¿Pero qué hay de los dos hombres que murieron, tu empleado y el jardinero de mi tío? No eran parte de tu complot, ¿verdad?

Un crujido y un chirrido surgieron de la oscuridad, como si el barón Maupertuis se estuviera encogiendo de hombros. O alguien le hubiera hecho encogerse.

–Sabía que algunos trabajadores estaban robando parte de los uniformes, pero lo dejé pasar. Ese fue mi error. Una de las colmenas fue arrollada por un caballo y las abejas escaparon. Se volvieron salvajes, locas, y cuando olieron el contaminante de los uniformes robados, atacaron. El señor Surd tuvo que recuperar a la abeja reina y conseguir traer de vuelta a las supervivientes. Una misión muy valiente.

–Es mi trabajo, señor –dijo Surd desde el fondo de la habitación.

Pese a que lo había averiguado casi todo, la total desfachatez de aquella conspiración dejó a Sherlock sin habla. Y por muy terrible que fuera, no pudo encontrarle ningún fallo evidente. Si las abejas eran tan agresivas como Maupertuis decía, y si los uniformes eran distribuidos con tanta eficacia como él pensaba, entonces funcionaría. Funcionaría de verdad.

–Mi hermano te detendrá –dijo Sherlock con calma. Era su última esperanza.

–¿Tu hermano?

–Sí, mi hermano.

Sherlock oyó un murmullo en la oscuridad. Sonaba una vez más al áspero tono de voz del señor Surd.

–Ah –dijo Maupertuis con su voz fina como una hoja–. Te llamas Sherlock Holmes. Tu hermano debe ser entonces Mycroft Holmes. Un hombre listo. Ya lo hemos identificado como alguien de interés para nuestro grupo. Parece que has salido a él.

–Ya le he enviado un telegrama contándole lo que estaba pasando –dijo Sherlock de la forma más calmada posible.

–No –le corrigió el barón–, no se lo has enviado. Si lo hubieras hecho, no te habría hecho falta investigar mi barco. Mycroft Holmes habría enviado a sus propios agentes para hacer el trabajo.

«¿Sus propios agentes?» De repente Sherlock se percató del poder que tenía su hermano, y aquello le dio que pensar.

Se oyeron más murmullos al fondo de la habitación.

–En cualquier caso puede que tengamos que ocuparnos de tu hermano –susurró el barón Maupertuis–. Si tu inteligencia es un indicio de la suya, no le será difícil averiguar nuestros planes y tratar de impedirlos. Tú y él moriréis durante la misma semana, tal vez incluso el mismo día. A la misma hora, si puedo organizarlo, pues soy un hombre que aprecia el orden. Y ahorrará a vuestros padres el costo de organizar dos funerales.

Todo el esfuerzo de Sherlock por parecer arrogante de pronto se volvió en su contra. Por averiguar con orgullo todo el terrible complot y demostrar su inteligencia al barón Maupertuis y, lo que era peor, por presumir de su influyente hermano, Sherlock había condenado a los dos a muerte.

–Creo que me has contado todo lo que sabes –continuó Maupertuis–, y me sorprende la cantidad de cosas que has comprobado. Es evidente que debemos ser aún más cuidadosos en el futuro. Gracias por eso, al menos.

–¿Por qué Londres? –preguntó rápidamente Sherlock, sintiendo que todo se acababa y que pronto su vida y la de Virginia llegarían a su fin–. ¿Por qué llevasteis las colmenas a Londres para enviarlas aquí en lugar de, por ejemplo, a Portsmouth o Southampton?

—Tu huida nos obligó a mudarnos antes de lo previsto —susurró Maupertuis—. No había ningún amarradero disponible en Portsmouth o Southampton y el barco estaba en Londres esperando nuestra orden para moverse. Fue ineficiente llevar las colmenas a Londres, pero era inevitable. Y dicho esto, tu utilidad para mí ha terminado. La tuya y la de la chica que está sentada a tu lado. Tenía la intención de amenazar con matarla para obligarte a hablar, pero no ha sido necesario aplicar la fuerza. En todo caso, el problema ha sido hacerte callar a ti.

Sherlock se volvió hacia Virginia y sintió que se ponía rojo de vergüenza, pero ella le estaba sonriendo.

—Has impedido que me torturen —susurró—. Gracias.

—De nada —dijo Sherlock automáticamente, no del todo seguro de si debía llevarse el mérito o no.

—Señor Surd —dijo el barón Maupertuis desde la oscuridad. Aunque hablaba en susurros, su voz llegaba a todos los rincones de la habitación. Era una voz acostumbrada a dar órdenes—. Debemos acelerar nuestros planes. Da la orden. Libera a las abejas del fuerte. Para cuando logren llegar a tierra firme y atraviesen el país, los uniformes ya habrán sido distribuidos. ¡Y entonces reinará el caos!

Capítulo 15

Las palabras escalofriantes del barón resonaron por todo el comedor. En la oscuridad hubo cierto trajín cuando un sirviente se marchó para cumplir sus órdenes. Sherlock miró de reojo a Virginia. Tenía la cara pálida, pero su boca estaba cerrada con fuerza. Extendió el brazo para apretarle la mano y ella le sonrió ligeramente.

Su ánimo le dio a Sherlock el valor para continuar.

—Es un plan ambicioso —dijo hacia la oscuridad—, pero no funcionará.

Por un momento se hizo el silencio, solo roto por el extraño chirrido que Sherlock recordaba de la casa de Farnham, como el sonido de las jarcias de un barco humedecidas por el mar y tensadas por el viento, el cabeceo y las sacudidas del casco del barco.

—Para ser un niño pareces muy seguro de ti mismo —dijo de pronto la voz del barón.

—Piénsalo. Solo porque dos hombres hayan muerto como consecuencia de tus estratagemas, no hace que tu plan sea infalible. Toda clase de cosas podrían eliminar el químico de los uniformes, por ejemplo. Recuerda que en Inglaterra llueve. Llueve mucho. Algunos soldados tendrán sus uniformes lavados y planchados antes de que las abejas lleguen hasta ellos, especialmente los oficiales —le estaba empezando a coger el gusto a aquello, y en su mente no dejaban de aflorar ideas de por qué el monstruoso plan de Maupertuis estaba condenado al fracaso—. Puede que algunos soldados prefieran sus uniformes antiguos y los sigan usando, o soliciten al sastre de su regimiento que les haga uno nuevo en lugar de ponerse los que les habéis enviado. No sé en Francia, Alemania y Rusia, pero a la gente de Inglaterra no le gusta que le digan lo que tiene que hacer y lo que se tiene que poner. Saben lo que hay que hacer para saltarse órdenes de ese tipo.

—¿Qué hay de las propias abejas? —añadió Virginia de improviso—. ¿Cuántas de ellas llegarán en realidad al continente? ¿Cuántas abejas necesitas para cubrir todas las bases militares que tiene el Ejército? ¿Tienes suficientes? ¿Y qué pasa si hay una ola de frío y las abejas se mueren, o si hay algo en Inglaterra que se las coma, o si simplemente se adaptan, construyen una colmena y se vuelven parte de nuestro orden natural? Lo más probable es que acaben cruzándose con las abejas locales, las británicas, y pierdan toda esa agresividad de la que depende tu plan.

—Se han tenido en cuenta todos esos factores —respondió el barón con su voz terriblemente árida, pero a Sherlock por primera vez le pareció que vacilaba—. E incluso si algunos uniformes son lavados y planchados, y algunas abejas mueren, ¿qué más da?

Muchos ataques tendrán éxito a pesar de todo. La muerte generalizada llegará. El Ejército británico estará paralizado por el miedo. *Paralizado*.

—Simplemente no entiendes la forma de pensar de los ingleses, ¿verdad? —se burló Sherlock. Repasó mentalmente las lecciones del colegio, lo que había leído en los periódicos, repantingado en una silla del despacho de su padre, u oído decir a su hermano Mycroft—. ¿Has oído hablar alguna vez de la Carga de la Brigada ligera?

El chirrido en la oscuridad paró de golpe. Sherlock tuvo el súbito presentimiento de que muchos oídos estaban escuchando atentamente lo que decía.

—Oh, claro —siseó el barón—. He oído hablar de la Carga de la Brigada ligera.

—En 1854 —continuó Sherlock haciendo oídos sordos—, durante la guerra de Crimea, se ordenó a los soldados de los regimientos 4.º y 13.º de los Dragones ligeros, el 17.º de los Lanceros y los 8.º y 11.º de los Húsares que cargaran contra las líneas rusas durante la Batalla de Balaclava. Estaban atacando en un valle que tenía cañones rusos a cada lado y frente a ellos, pero siguieron adelante. Obedecían órdenes, sin dejarse llevar por el pánico y sin amotinarse. No digo que la obediencia ciega a las órdenes sea lo mejor, pero la disciplina está incorporada al soldado británico como una vara de hierro en la espalda. Lo sé porque mi padre es oficial. No se dejan llevar por el pánico. Nunca. No, incluso si hay muertes lo considerarán un simple brote de viruela o de cólera. ¿No lo entiendes? *Lo ignorarán*. Eso es lo que los británicos hacen. Por eso el Imperio británico está tan extendido y es tan fuerte. *Simplemente ignoramos lo que no nos gusta*.

—Hablas bien —dijo el barón—, pero no te creo. Obviamente quieres creer que vuestro Imperio está construido sobre cimientos sólidos, pero te equivocas. Los cimientos están podridos y el edificio se desmoronará si se empuja lo bastante fuerte. Quieres creer que el futuro será igual que el pasado, pero no será así. El mundo cambiará y el equilibrio de poderes se inclinará a favor de mis socios de la Cámara Paradol.

¿La Cámara Paradol? ¿Qué era eso? Mientras Maupertuis hablaba, Sherlock memorizó lo que podría ser un lapsus importante del que a Mycroft le gustaría saber.

Suponiendo que le dieran la oportunidad de volver a ver a su hermano.

—Quieres creer que tu hermano seguirá siendo un hombre importante en el gobierno británico —continuó diciendo Maupertuis—, pero no será así. A él, igual que al resto de sus compañeros, se los llevará por delante la corriente de la historia. Cuando este país pequeño y presuntuoso vuestro sea una mera provincia de una superpotencia europea que pueda rivalizar con Estados Unidos en tamaño y poder, entonces Mycroft Holmes y los de su ralea ya no serán necesarios. Su clase no hará falta en el nuevo orden mundial. Se encontrarán a merced de la guillotina o el garrote. No sobrevivirán.

Maupertuis se había dejado llevar de tal forma por aquella venenosa diatriba dirigida contra un país y un pueblo que tan claramente odiaba que su voz se había transformado en un leve siseo. ¿Por qué odiaba tanto a Gran Bretaña? Sherlock se preguntó qué funcionaría mejor, si un argumento razonado o llevar al barón a un estado más emocional. De cualquier manera, el resultado era incierto. Lo más probable es que los dos fueran a morir.

—Está loco —dijo Virginia en voz baja, pero firme, a Sherlock—. Loco de atar. Su plan es

una chaladura evidente y las consecuencias que cree que tendrá son imposibles. Le guste o no, Gran Bretaña es una potencia mundial. No puede cambiar eso.

—Me sorprende —siseó el barón— que defiendas este país tan firmemente, niña.

Virginia levantó la vista mientras él hablaba, desconcertada de verse de repente incluida en los pensamientos del barón.

—¿Sorprendido por qué? —preguntó—. No me gusta ver que matan a gente inocente. ¿Es eso raro?

—Tu país estuvo en deuda con este durante más de doscientos años —indicó el barón—. Todo en Estados Unidos era gobernado desde Londres. Erais solo un condado más, como Hampshire o Dorset, solo que un poco más grande y más lejano. Tuvisteis que rebelaros contra el dominio británico y libraros del yugo de Westminster.

—Y lo hicimos luchando limpiamente —señaló ella—. Sin trucos, estrategias ni planes secretos. Si tiene que haber guerras, así es como deben ser: justas, abiertas y limpias. Debería haber reglas para la guerra, igual que las hay para el boxeo.

—Muy ingenuo —murmuró el barón—. Tan ingenuo y tan inútil... Tú y el chico moriréis antes siquiera de saber que vuestro querido orden mundial será derribado.

—Te gusta dirigir en la sombra, ¿no? —continuó Virginia, en un tono de voz tan contundente que hizo que Sherlock la mirara y se preguntara qué estaba tramando.

—El buen luchador ataca desde la sombra y luego se vuelve a ocultar en ella para que el enemigo más grande y más fuerte no sepa dónde golpear —susurró el barón—. Esa es la guerra del futuro. Así es como un rival más pequeño puede derrotar a uno mucho más grande. Sigilosamente.

—¿Prefieres la sombra? Entonces vamos a ver qué te parece la luz del sol —gritó—, y se levantó de un salto. Sherlock notó un frenesí de actividad en el fondo oscuro de la habitación mientras el señor Surd se preparaba para atacar con su látigo de punta metálica, pero Virginia se echó a un lado como una flecha y el látigo golpeó la parte de atrás de la silla que acababa de dejar libre. Agarró las cortinas negras de terciopelo que bordeaban la habitación y tiró de ellas con fuerza. Sherlock oyó el sonido de algo que se desgarraba cuando el terciopelo se soltó del riel, y luego, con un ruido como de tormenta lejana, una cortina entera se cayó al suelo en una lenta avalancha de tela suave, permitiendo que la radiante luz del día se derramara por la habitación.

Las figuras enmascaradas vestidas de negro de la sala se protegieron los ojos, pero la mirada de Sherlock se sintió atraída por la figura del barón, sentado en una silla enorme en el otro extremo de la mesa. Era, en efecto, el mismo hombre de pelo blanco y ojos rosas que había visto en el carruaje de Farnham. Entrecerró los ojos por la luz y se tapó la cara con una mano mientras la otra sacaba unas gafas con los cristales oscuros y se las colocaba sobre sus ojos sensibles. Tenía los brazos delgados y retorcidos como las ramas de un roble viejo y la cabeza le colgaba encima de los hombros. Llevaba algo que parecía un uniforme militar negro con vistosos galones de oro adornando el pecho y los puños. Había algo alrededor de su frente, una especie de bastidor. De pronto enderezó la cabeza y sus ojos le lanzaron a Sherlock una mirada de odio tan intensa detrás de las lentes oscuras que él casi pudo sentir su calor. El joven vio que había cuerdas que subían del

bastidor y que se habían tensado en el momento exacto en que la cabeza de Maupertuis se enderezaba.

El señor Surd estaba de pie junto al barón, con las cicatrices de su cabeza amoratadas bajo la luz de la ventana, como un nido de gusanos que atravesara un cráneo desnudo. Miró fijamente a Sherlock y Virginia con una mirada asesina y blandió el látigo.

—¡No! —siseó el barón—. ¡Son míos!

La mirada de Sherlock volvió a fijarse inexorablemente en el cuerpo retorcido del barón Maupertuis. Había otras cuerdas sujetas a bastidores más pequeños en sus muñecas y codos, y un armazón de madera más grande revistiendo su pecho. Unas cuerdas más gruesas subían del bastidor del pecho, y cuando Sherlock las siguió con los ojos hacia el techo de la habitación se dio cuenta de que todas las cuerdas estaban conectadas a una viga de madera maciza como una horca que colgara encima del barón. El extremo de la viga más cercano a Sherlock estaba unido a una viga transversal más pequeña cubierta de ganchos y ruedas metálicas en ejes diminutos. Las cuerdas pasaban a través de esos ganchos y ruedas, y Sherlock las siguió de vuelta hasta donde los sirvientes enmascarados vestidos de negro sujetaban los extremos. Debía de haber veinte, quizá treinta cuerdas, todas conectadas a partes del cuerpo del barón. Y mientras Sherlock observaba, incrédulo, algunos sirvientes tiraban de sus cuerdas ejerciendo toda su fuerza mientras otros aflojaban las suyas o simplemente tensaban la cuerda sin tirar de ella. Y mientras hacían aquello, el barón se irguió de golpe.

Era un títere: un títere humano, manejado enteramente por otros.

—Grotesco, ¿verdad? —siseó el barón. Daba la sensación de que las únicas partes de su cuerpo que se podían mover solas eran la boca y los ojos. Su mano derecha se levantó y se señaló el cuerpo, pero el movimiento era causado por una serie de cuerdas que tenía atadas a la muñeca, el codo y el hombro, y otras más pequeñas fijadas a unos anillos en sus nudillos, y todas se movían no porque el barón quisiera que lo hicieran sino porque sus sirvientes vestidos de negro preveían lo que él haría si pudiera—. Este es el legado que me dejó el Imperio británico. Antes has mencionado la Carga de la Brigada ligera, muchacho. Un combate tedioso y sin sentido basado en órdenes malinterpretadas en una guerra que nunca debería haberse luchado. Yo estuve allí aquel día nublado, con el conde de Lucan. Era su intermediario con la caballería francesa, que estaba en su flanco izquierdo. Vi las órdenes cuando llegaron de lord Raglan. Sabía que estaban mal formuladas y que Lucan las había malinterpretado.

—¿Qué pasó? —preguntó Sherlock.

—Mi caballo fue alcanzado en la carga y el cañonazo le espantó. Me tiró de la silla y caí al suelo delante de cientos de caballos británicos. Galoparon justo encima de mí. Dudo que me vieran. Sentí que mis huesos se rompían cuando los cascos se me echaban encima. Mis piernas, mis brazos, mis costillas, mis caderas y mi cráneo. Cada hueso grande de mi cuerpo se fracturó, y casi todos los más pequeños. Era como un rompecabezas por dentro.

—Deberías haber muerto —dijo Virginia en voz baja, y Sherlock no estaba seguro de si lo decía con pena o porque lamentaba que no hubiera sido así.

—Me encontraron mis compatriotas después de que los británicos fueran descuartizados por el cañón ruso —continuó Maupertuis—. Me sacaron del campo de batalla. Cuidaron de mí. Me volvieron a ensamblar lo mejor que pudieron y ayudaron a que mis huesos se curaran, pero mi cuello estaba roto y aunque mi corazón seguía latiendo no podía mover las piernas. No se atrevían a llevarme muy lejos, así que me quedé ahí tumbado en una tienda entre el calor apestoso y el frío helador de Crimea durante un año. Un año entero. Y cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada semana y cada mes que estuve allí maldije a los británicos y a su estupidez por obedecer órdenes independientemente de lo estúpidas que fueran.

—Decidiste estar ahí —señaló Sherlock—. Llevabas uniforme. Y sobreviviste mientras cientos de hombres buenos morían.

—Y cada día deseé haber muerto con ellos. Pero estoy vivo y tengo un objetivo: llevar al Imperio británico al borde del desastre. Empezando por ti, hijo.

Mientras soltaba aquellas palabras, Maupertuis pareció flotar en el aire y aterrizar suavemente en la mesa. Las cuerdas sobre él se tensaron, tironeadas por sus titiriteros vestidos de negro. Un chirrido llenó la sala cuando las cuerdas y la madera aguantaron el peso del barón. De alguna manera los sirvientes habían adivinado lo que quería que hicieran. Sherlock supuso que llevarían tanto tiempo trabajando para él que sabían instintivamente lo que estaba pensando y podían traducir sus pensamientos en acciones inmediatas. Cuando los pies de Maupertuis tocaron la mesa, Sherlock se levantó de un salto de la silla. Virginia hizo lo mismo a su lado.

—¡Barón! —gritó el señor Surd—. No tiene que hacerlo usted mismo. ¡Deje que mate yo a los niños por usted!

—No —siseó el barón—. ¡No soy un lisiado! ¡Mataré a estos mocosos entrometidos yo mismo! Todos aquellos meses, todo aquel tiempo paralizado y diseñando este arnés, no habrá sido en vano. ¡Yo mismo los mataré! ¿Entendido?

—Por lo menos déjeme matar a la chica —insistió Surd—. Por lo menos déjeme hacer eso por usted.

—De acuerdo —le concedió el barón—. Pero yo me ocuparé del chico.

Con aparente ligereza, Maupertuis se dejó llevar hacia Sherlock, moviendo los pies sin apenas tocar la superficie de la mesa. Extendió la mano hacia él y por un momento Sherlock pensó que el barón le estaba invitando a subir a la mesa, pero en lugar de eso unas cuerdas y alambres se tensaron de pronto dentro de la manga del uniforme del barón y una espada brillante salió deslizándose de una vaina escondida en su antebrazo. Sus dedos raquíuticos asieron una empuñadura acolchada, que más que controlar la espada la guiaban un poco.

Sherlock retrocedió hacia la armadura que estaba colocada al lado de la puerta. Agarró la espada de su empuñadura de malla y la armadura cayó al suelo.

Sherlock apenas era consciente de que el señor Surd estaba saliendo de la oscuridad con su látigo de punta metálica colgando amenazadoramente de su mano, y entonces el barón saltó de la mesa hacia él, blandiendo su sable. La estructura parecida a un andamio que lo sujetaba estaba sobre unas ruedas y había más sirvientes detrás de ella,

empujándola, arrastrándola y haciéndola girar. Maupertuis podía ir a cualquier sitio de la habitación en segundos y se podía mover más rápido que Sherlock.

El barón blandió el sable. Él lo esquivó torpemente y sintió que el golpe le desgarraba los músculos del hombro. Saltaron chispas del punto donde las espadas se chocaron. El barón dio un salto en el aire y dirigió su espada hacia la cabeza de Sherlock, pero él rodó hacia su izquierda y la espada del barón rasgó el respaldo de la silla donde el joven había estado sentado momentos antes, haciendo astillas la madera y mandando pedazos de la silla en todas las direcciones.

Sherlock miró desesperado a su derecha. Virginia se estaba alejando del señor Surd, que desenrolló el látigo y lo descargó contra ella como si fuera una serpiente a punto de atacar. Ella retrocedió. Demasiado tarde. Un corte profundo se le abrió en la mejilla y la sangre le salpicó la piel y dejó una mancha en forma de flor.

Sherlock deseaba con todas sus fuerzas correr a ayudarla, pero en ese momento el barón aterrizó suavemente en el suelo delante de él. Sherlock se levantó de un salto y blandió su espada hacia un lado tratando de cortar una de las cuerdas que sujetaban al barón, pero los sirvientes vestidos de negro tiraron de su amo hacia atrás y lo dejaron fuera de su alcance. La cara pálida y cadavérica del barón se partió en una sonrisa burlona. Sus ojos rosas de rata parecían estar radiantes de júbilo. Deslizándose el pie derecho en la alfombra y extendiendo el brazo derecho que sostenía el sable, saltó hacia delante en una estocada perfecta apoyándose en su pie izquierdo. Sherlock oyó los gruñidos de los sirvientes en la sombra mientras empujaban con todas sus fuerzas el mecanismo que soportaba al barón. La espada se precipitó hacia la garganta de Sherlock. Intentó esquivarla, pero los pies se le enredaron en los pliegues de la alfombra y cayó despatarrado hacia atrás, dándose con la cabeza en el suelo.

—¡Era el mejor maestro de esgrima de toda Francia! —presumió Maupertuis—. ¡Y sigo siéndolo!

Virginia gritó y Sherlock miró sin querer en su dirección. Surd la tenía inmovilizada contra la pared. Tenía otro corte atravesándole la frente.

El color rojo de la sangre parecía más apagado al lado de su pelo cobrizo, que relucía a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana desprovista de cortinas. Sherlock intentó ir hacia ella pero el sable del barón apareció de la nada y rasgó el cuello de su camisa haciéndole una raja en el pecho. Él se puso en pie y retrocedió rápidamente, con la espada zigzagueando delante de él en un intento desesperado de bloquear las estocadas del barón.

Con un fuerte tirón del engranaje de madera y un chirrido de las cuerdas, el cuerpo del barón levitó y voló hacia delante de un modo que ningún espadachín humano podría igualar. Blandió su sable horizontalmente, como una guadaña. Pese a haber asegurado ser un maestro de la espada, parecía haber olvidado todo lo que sabía. Se limitaba a embestir a Sherlock sin ton ni son y los brazos del joven estaban cansados del esfuerzo de parar los golpes. Le ardían los músculos y tenía los tendones tan tensos como las cuerdas de un violín.

Algo pasó volando cerca de su cabeza y se giró para mirar. Era un guantelete de metal

de la armadura que había tirado antes al suelo. Virginia lo había recogido y se lo había lanzado al señor Surd, que se estaba protegiendo la cara. Luego la chica levantó una bota metálica y se la tiró. La punta de metal le dio a Surd encima del ojo y él soltó una maldición.

Sherlock retrocedió cuando Maupertuis avanzó hacia él dando grandes zancadas. Las cuerdas que había encima del hombre roto chirriaron por la tensión. ¿Cómo conseguirían los titiriteros vestidos de negro coordinar tan bien sus movimientos? Maupertuis caminaba igual de bien que cualquiera sin aquellas terribles lesiones. Su paso tenía hasta cierto aire fanfarrón.

El barón levantó la espada por encima de su oreja izquierda y la descargó en diagonal en dirección a la cabeza de Sherlock, que paró el golpe. Las chispas que salieron del punto donde chocaron las espadas echaron a volar como diminutos insectos luminosos y picaron a Sherlock en el cuello y los hombros.

Era inútil. Aunque fuera discapacitado, Maupertuis era un maestro espadachín gracias a que todos sus movimientos eran efectuados por sirvientes anónimos. O cualquiera de ellos era un maestro de la espada, algo que a Sherlock no le costaba creer, o habían practicado con el barón durante tanto tiempo que actuaban instintivamente como un único organismo, sin necesidad de comunicarse ni pensar. ¿Cuántos miles de horas habría pasado Maupertuis entrenándoles hasta convertirlos prácticamente en extensiones de su voluntad?

Sherlock se fue yendo hacia atrás poco a poco, pero su codo y su hombro chocaron contra algo duro. ¡La pared! Había retrocedido lo máximo que podía.

El codo de Maupertuis dio un tirón brusco hacia atrás y su espada avanzó tan rápido como un rayo. Desesperado, Sherlock se deslizó hacia un lado y la hoja atravesó el cuello de su chaqueta y fue a clavarse dentro del hueco entre dos bloques de piedra. Sherlock intentó apartarse, pero estaba inmovilizado, pinchado como una mariposa en un corcho.

Esperó a que Maupertuis sacara la espada de la pared y se preparara a asestar el último golpe para poder escurrirse y escapar, pero en lugar de eso el títere subió su mano izquierda. Alambres y cuerdas se retorcían como tendones y algo salió despacio de su manga izquierda. Por un momento Sherlock pensó que era un cuchillo, pero había algo raro en la punta. Parecía más bien un disco metálico con el borde dentado.

Algo zumbó en la oscuridad detrás de Maupertuis y la rueda empezó a dar vueltas, irradiando motas brillantes de luz en todas las direcciones. Sherlock podía sentir cómo el aire le rozaba la cara cuando el barón colocó la rueda dentada como una sierra cada vez más cerca de su ojo derecho.

Lo invadió la desesperación. Sherlock no estaba a su altura. No podía durar mucho con ese tipo de castigos.

Pero tenía que salvar a Virginia.

Aquella idea le animó a hacer un último esfuerzo. Se giró, sacó el brazo de la manga de la chaqueta y se tiró a las baldosas mientras el disco zumbante golpeaba en la pared, excavando un surco poco profundo y haciendo saltar chispas y trozos de piedra. El barón

soltó una maldición e intentó sacar su espada de entre las piedras.

Si Sherlock no podía vencer a Maupertuis con su habilidad para la esgrima, lo vencería con su capacidad intelectual. Lo único que tenía que hacer era averiguar un punto débil, algo de lo que pudiera sacar partido. Y debía ser algo que tuviera que ver con la forma en que Maupertuis se movía o era movido. Esa era su debilidad. Sherlock intentó otra vez arremeter contra las cuerdas y sogas que sujetaban a Maupertuis, pero el barón estaba al tanto y desvió la espada de Sherlock sin ningún esfuerzo con la sierra giratoria de su mano izquierda, y con el brazo derecho se la quitó de golpe.

Sherlock retrocedió y estuvo a punto de tropezarse con los restos de la silla donde había estado sentado, que la espada del barón había hecho pedazos. La madera retumbó al darle con el pie y un plan incompleto se materializó en su mente. Sin detenerse a pensarlo demasiado, Sherlock se agachó y cogió el trozo más grande de la silla con la mano izquierda. Era una pieza que incluía casi un brazo entero, parte del asiento y una pata tallada. Cuando el barón asestó un golpe en la frente desprotegida de Sherlock, este levantó el trozo de silla. La espada del barón se empotró contra la madera. Antes de que pudiera sacarla, Sherlock la empujó hacia atrás, alzando la espada por encima de la cabeza del barón. El dorso de su mano chirrió contra una de las cuerdas que sostenían a Maupertuis. Retorció la madera, dobló la espada hasta que estuvo prácticamente fuera del alcance del barón y la metió detrás de otras cuerdas; luego dejó que se retorciera de nuevo. Atrapado entre las cuerdas, el pedazo de silla de madera colgaba suspendido en el aire. Sherlock lo soltó, cogió primero una y luego otra de las cuerdas que quedaban y las enredó detrás de la madera con todas sus fuerzas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó el barón, pero ya era demasiado tarde. Las cuerdas que lo sostenían se habían convertido en una maraña y aquello, sujeto por la pata y el brazo de la silla de madera, parecía el juego infantil de la cuna. Maupertuis se quedó colgando sin poder hacer nada por evitarlo. Los sirvientes que estaban en la oscuridad al fondo de la habitación emplearon toda su fuerza, pero fue inútil. No pudieron arrancar los restos de la silla de las cuerdas.

Sherlock dio un paso atrás, atravesó las cuerdas con su espada y cortó cinco o seis. Liberadas de pronto de aquella tensión, saltaron por los aires y fueron a parar a todos los rincones de la habitación. Los brazos del barón se desplomaron y su cabeza colgó hacia un lado.

—Pagarás por esto —siseó.

—Mándame una factura —dijo Sherlock con calma. Se volvió a donde estaba Virginia, dispuesto a correr en su ayuda, y vio cómo lanzaba con fuerza el casco de hierro afilado de la armadura a la cabeza del señor Surd. El criado cayó al suelo, inconsciente y sangrando.

—Venía a ayudarte —dijo Sherlock.

—Qué raro —respondió Virginia—. Igual que yo.

Capítulo 16

—Muchas gracias, barón Maupertuis —dijo Sherlock en voz baja y con toda sinceridad mientras cerraba de golpe la puerta del comedor tras ellos. No había pestillo, así que empujó con fuerza el armario de teca que estaba al lado. Al moverse, las patas del mueble chirriaron encima de las baldosas.

—¿Por qué? —espetó Virginia, ayudándole a empujar. El armario se deslizó frente a la puerta, impidiendo que se abriera—. ¿Qué ha hecho por nosotros?

Los sirvientes del barón Maupertuis debían de haber alcanzado la puerta, porque de repente se abrió un poco y golpeó con un ruido sordo el armario. La sacudieron unas cuantas veces, pero el armario no se movió.

—Le gusta que todos los sitios donde viva sean iguales. Por eso sé dónde pueden estar los establos. ¡Vamos! —guió a Virginia por la parte de atrás de la casa hasta llegar a una puerta y cuando se aseguró de que ninguno de los sirvientes de Maupertuis estaba fuera, los dos corrieron por el lateral del palacete francés y encontraron los establos. A juzgar por la posición del sol, era media mañana. Les habían mantenido drogados al menos una noche, posiblemente más.

Virginia, como siempre tan práctica, no tardó en ensillar dos caballos.

—¿Qué vamos a hacer, Sherlock? ¡Estamos en un país extranjero! ¡Ni siquiera hablamos el idioma!

—En realidad —se ruborizó—, yo sí.

—¿Tú sí, qué?

—Hablo el idioma. Un poco, al menos.

Ella se dio la vuelta y le miró extrañada.

—¿Y eso?

—Mi familia por parte de madre proviene de un linaje francés. Ella solía insistirnos en que aprendiéramos el idioma. Era nuestra herencia familiar, decía.

Virginia alargó el brazo y apoyó su mano en el hombro de Sherlock.

—Nunca hablas de ella —dijo—. Hablas de tu padre y de tu hermano, pero no de ella.

—No —dijo Sherlock, y sintió que se le cerraba la garganta. Apartó la vista para que ella no pudiera mirarle a los ojos—. No hablo de ella —Virginia ajustó la última correa de los caballos.

—Bueno, dado que tú sí que hablas el idioma, ¿a dónde vamos? ¿Pedimos ayuda?

—Nos dirigiremos a la costa —dijo Sherlock—. Maupertuis ha dado la orden de soltar a las abejas. Si no las detenemos, matarán a gente. Quizá no a tanta como él espera, pero aun así algunos soldados británicos morirán. Tenemos que impedir que las liberen.

—Pero...

—Cada cosa a su tiempo —dijo él—. Lleguemos a la costa. Desde allí podemos enviarle un telegrama a mi hermano o lo que sea. Cualquier cosa.

Virginia asintió con la cabeza.

—Móntate entonces, maestro espadachín.

Sherlock sonrió abiertamente.

—Tú también has estado magnífica ahí dentro.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Sí, ¿verdad?

Montaron en sus caballos y comenzaron a cabalgar justo cuando se oyeron unos gritos y empezó a sonar una alarma en el palacete. Sherlock sabía que en pocos minutos estarían demasiado lejos para que les atraparan.

En el pueblo más cercano pararon a preguntar dónde se encontraban. Ambos estaban hambrientos, pero no tenían dinero francés y lo único que podían hacer era mirar con ansia las salchichas que colgaban en los escaparates y los bollos de pan, tan largos como el brazo de Sherlock, que se amontonaban en las bandejas. Un granjero le dijo a Sherlock que se encontraban a unos kilómetros de Cherburgo. Les señaló la carretera que debían tomar y siguieron adelante.

En un momento dado, Virginia le miró de arriba abajo.

—No está mal —dijo—. Montas como si fuera una bicicleta y no un ser vivo, pero aun así no está mal.

Media hora después volvieron a parar al borde de un huerto de perales y se llenaron los bolsillos de peras que comieron mientras cabalgaban, con el jugo chorreándoles por la barbilla. El paisaje pasó ante ellos como un rayo, familiar y sin embargo diferente a lo que Sherlock estaba acostumbrado a ver en Inglaterra. La cabeza le latía como el estruendo de los cascos de su caballo. Tenía que decidir lo que harían al llegar a Cherburgo.

Cuando llegaron, aún no sabía muy bien qué hacer.

La ciudad estaba construida en la ladera de una colina que descendía hacia las aguas azules de un puerto. Los cascos de los caballos trapalearon en el empedrado y se vieron obligados a aminorar el paso para que la pareja pudiera abrirse camino entre la multitud que se apiñaba en torno a diferentes puestos y tiendas que bordeaban las calles serpenteantes. Era una escena que podría verse en cualquier sitio de la costa sur de Inglaterra, salvo por el estilo de ropa y la gran cantidad de quesos en los puestos.

Sherlock y Virginia desmontaron, y, de mala gana, dejaron sus caballos atados a una valla. Alguien cuidaría de ellos. Sherlock puso a prueba al máximo su habilidad para hablar idiomas cuando preguntó si había cerca una oficina de telégrafos, y se quedó hecho polvo cuando se enteró de que la más próxima estaba en París. ¿Cómo iban a comunicarse ahora con Mycroft?

Tenían que encontrar un barco y regresar a Inglaterra. Era su única esperanza.

Encontraron la oficina del capitán del puerto y le preguntaron sobre buques o barcos que zarparan para Inglaterra. Había varios, les dijo el capitán. Repasó uno a uno los nombres de todos ellos. Cuatro eran barcos de la localidad que llevaban mercancías para vender –quesos, carnes, cebollas– de un lado a otro. Él podría interceder por ellos ante los capitanes.

El quinto era un barco pesquero británico que había atracado de improviso aquella mañana.

Se llamaba *Señora Eglantine*.

Cuando oyó el nombre, Sherlock sintió como si le tiraran un jarro de agua fría en la cara. Por un momento se convenció de que la señora Eglantine, el ama de llaves de sus tíos, era el cerebro que estaba detrás de todo aquello, pero luego imperó el sentido común. Alguien estaba usando el nombre como una bandera para llamar su atención. Y lo había conseguido.

Señora Eglantine era un barco pequeño anclado en un embarcadero en la orilla del muelle. Algunas cañas de pescar colgaban a su alrededor como telarañas. Amyus Crowe y Matty Arnatt estaban esperándoles junto a su plancha de desembarco.

Virginia corrió a los brazos de su padre. Él la levantó en el aire y la abrazó con fuerza. Sherlock le dio a Matty un golpe cariñoso en la espalda.

–¿Cómo sabíais dónde encontrarnos? –preguntó él–. ¿Cómo sabíais siquiera en qué país buscar?

–Recuerda que soy un rastreador profesional –dijo Crowe–. Como no regresasteis al hotel y nos dimos cuenta de que Ginny había desaparecido, intentamos seguir vuestros pasos. Oí lo del incendio en el túnel de Rotherhithe, y después de hacer algunas preguntas a la gente averigüé que habían visto huir a un chico que encajaba con tu descripción. Entretanto, Matty siguió al taxi que llevó a Ginny al puerto. Cuando llegamos allí, el barco de Maupertuis había zarpado, pero encontramos a un jefe de muelle que recordaba haberos visto subir a bordo. «Arrastrados a bordo», dijo. El barco zarpó, pero el hombre recordaba haber oído decir a los marineros que era un viaje corto por el canal de la Mancha a Cherburgo. Así que nos alquilamos un barco pesquero y vinimos hasta aquí a buscaros. Llegamos poco después que el barco de Maupertuis. O bien iban despacio o pararon por el camino en algún sitio. No estoy seguro de qué hicieron –su voz era igual de recia y amable que siempre y sus palabras no revelaban nada sobre su estado mental, pero Sherlock pensó que de alguna manera parecía más mayor, más cansado. Mantuvo el brazo apoyado en los hombros de Virginia y la atrajo hacia sí. Ella no parecía querer apartarse–. Averigüé que el barón tenía una casa cerca y estaba a punto de contratar a algunos hombres de aquí para formar una patrulla, cuando aparecisteis. Una útil confluencia de caminos, diría yo.

–Tiene sentido –dijo Sherlock–. Nosotros nos dirigíamos al puerto más cercano al palacete del barón Maupertuis, donde evidentemente estaría atracado su barco, y vosotros estabais siguiendo el barco. Lo más probable era que acabáramos todos en Cherburgo tarde o temprano –sonrió–. Lo único realmente asombroso es que

encontrarais un barco que lleva el nombre del ama de llaves de mi tío. ¿Cuáles son las probabilidades de que suceda algo así?

—Solía llamarse *Rosie Lee* —dijo Crowe, devolviéndole la sonrisa—. Creí que un nombre más familiar atraería tu interés en caso de que estuvieras por esta zona buscando la forma de volver a Inglaterra. Iba a llamarla *Mycroft Holmes*, pero su capitán me informó claramente que los barcos y barcas llevan nombres de mujer.

—¿Esperabas que escapáramos del barón?

Crowe asintió con la cabeza.

—Me habría decepcionado que no lo hicierais. Eres mi alumno y Ginny es mi familia. ¿Qué clase de profesor sería si los dos os hubierais quedado cruzados de brazos y hubierais permitido que os hicieran prisioneros? —sus palabras eran graciosas y tenía una sonrisa en la cara, pero Sherlock notaba en Crowe un profundo desasosiego, tal vez hasta miedo, que solo ahora, desde que habían aparecido, estaba empezando a desaparecer. Estiró el brazo y agarró a Sherlock del hombro con su enorme mano—. La has protegido —dijo en voz más baja—. Te lo agradezco.

—Sé que todo lo que habéis hecho para llegar aquí era lógico —dijo Sherlock, igual de bajo— y todo ha funcionado, ¿pero qué pasaría si no hubiera sido así? ¿Qué pasaría si nunca hubiéramos escapado, o si hubiéramos ido en otra dirección, o si hubierais estado en una punta del puerto y nosotros en la otra y nos hubiéramos subido a otro barco? ¿Qué habría pasado entonces?

—Entonces las cosas habrían salido de otra forma —dijo Crowe—. Estamos donde estamos porque las cosas pasaron de esta forma. La lógica puede reducir considerablemente las probabilidades a tu favor, pero siempre hay que enfrentarse al puro azar. Esta vez tuvimos suerte. La próxima, ¿quién sabe?

—Espero que no haya una «próxima vez» —dijo Sherlock—. Pero todavía tenemos que impedir los planes del barón.

—¿Cuáles son? —preguntó Crowe, desconcertado—. He atado algunos cabos, pero no todos.

Rápidamente, Sherlock y Virginia explicaron lo de las abejas, los uniformes contaminados y el plan para exterminar a una proporción considerable del Ejército británico mientras descansaba en sus barracones en Inglaterra. Crowe era tan escéptico como Sherlock acerca de la eficacia del plan, pero estuvo de acuerdo en que habría algunas muertes, y que incluso una muerte era demasiado. Tenían que frenar a las abejas.

—¿Pero cómo pueden las abejas orientarse en el mar para llegar al continente y luego encontrar los barracones? —preguntó Crowe.

—He estado leyendo sobre ellas en la biblioteca de mi tío —respondió Sherlock—. Las abejas son unas criaturas increíbles. Pueden distinguir entre cientos de olores diferentes, en concentraciones mucho más pequeñas de lo que requeriría un ser humano, y pueden viajar muchos kilómetros en busca del origen de esos olores. No me sorprendería que fuera posible —hizo una pausa para recordar algo—. Habló de un fuerte. Le dijo a su empleado, el señor Surd, que las abejas tenían que ser liberadas de un fuerte. ¿Hay

alguna fortificación a lo largo de esta costa, o a lo largo de la costa de Inglaterra, que podría estar utilizando?

—No es esa clase de fuerte —le interrumpió Matty Arnatt.

—¿Qué quieres decir?

—Hay fuertes contruidos en el canal de la Mancha, alrededor de Southampton y Portsmouth y la isla de Wight, una especie de islas —dijo—. Los situaron ahí por si nos invadía Napoleón. Ahora la mayoría están desiertos porque nunca hubo invasión.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Virginia.

Matty frunció el ceño.

—Mi padre fue destinado a uno cuando estaba en la Marina. Me contó todo acerca de los fuertes.

—¿Y qué te hace pensar que Maupertuis está utilizando uno de ellos? —preguntó Sherlock.

—Nos contaste cómo odiaba a los británicos por lo que le había pasado. ¿Acaso no tiene sentido que use contra nosotros precisamente uno de los fuertes que construimos para defendernos de los franceses?

Crowe asintió con la cabeza.

—El chico tiene razón. Y aunque su barco dejara Londres antes de que Matty y yo pudiéramos alquilar uno, llegaron a Cherburgo solo un poco antes que nosotros. Debieron de parar en uno de esos fuertes para dejar las colmenas.

—Pero hay un montón —dijo Matty—. No tenemos tiempo de registrarlos todos.

—El barón no quería que las abejas tuvieran que volar demasiado lejos —señaló Sherlock—. Hay que buscar el fuerte que esté más cerca de la costa. Y quería que estuviera cerca de una base militar bastante grande. Necesitamos un mapa de Inglaterra y de la costa donde trazar líneas entre cada fuerte del litoral y cada base militar británica. Hay que buscar la línea más corta —echó un vistazo a las caras de asombro de Amyus Crowe y Virginia—. Simple geometría —dijo.

—¿Qué haremos cuando encontremos el fuerte? —preguntó Matty.

—Podríamos regresar a la costa británica y enviar un mensaje a Mycroft Holmes —murmuró Crowe—. Él podría enviar un barco de la Flota Real al fuerte.

—Eso nos retrasaría demasiado —dijo Sherlock, negando con la cabeza—. Tenemos que ir nosotros. Ahora.

Al final acabaron haciendo las dos cosas. El *Señora Eglantine*, que antiguamente era y pronto volvería a ser el *Rosie Lee*, partió de Cherburgo mientras Crowe y Sherlock trazaban líneas en mapas e identificaban el fuerte que buscaban. Unas horas más tarde, cuando se aproximaron, el sol se dirigía hacia el horizonte y la costa inglesa era una línea oscura sobre un fondo oscuro.

—Enseguida localizarán este barco pesquero —señaló Crowe—. Incluso con las velas bajadas, el mástil se verá. Suponiendo que estén vigilando, y si yo fuera ellos lo estaría.

—Hay un bote de remos amarrado a un lado —dijo Sherlock—. Lo reconocí cuando embarcamos. Matty y yo podemos remar hasta el fuerte. Vosotros continuad hacia Inglaterra. Dad la voz de alarma.

–¿Qué tal si remo yo hasta el fuerte y tú, Matthew y Ginnie os dirigís a la costa?

–No sabemos navegar –indicó Sherlock. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho al pensar en lo que se estaba ofreciendo a hacer, pero no vio otra alternativa–. Y además, el Almirantazgo y el Ministerio de Guerra te creerán a ti antes que a mí.

–Lógico –reconoció Crowe de mala gana.

–Dondequiera que desembarques –continuó Sherlock–, si estás cerca del astillero de Portsmouth, Chatham, Deal, Sheerness, Great Yarmouth o Plymouth, hay semáforos de banderas. Si les das un mensaje, lo pueden transmitir rápidamente por el país a través de la cadena de semáforos hasta el Almirantazgo. Probablemente sea más rápido que un telegrama.

Crowe asintió con la cabeza, sonrió, sacó su enorme mano encallecida y estrechó la de Sherlock.

–Volveremos a vernos –dijo.

–Cuento con ello –contestó Sherlock.

Sherlock y Matty se deslizaron en un bote y remaron rápidamente y con fuerza hacia el fuerte. Un bote de remos podía acercarse sin ser visto, mientras que un barco pesquero, independientemente de lo discreto que fuera, se vería a la legua. Como habían acordado, Crowe y Virginia siguieron hacia la costa inglesa, donde podrían enviar un mensaje alertando al gobierno.

Virginia se quedó de pie en un lateral del *Señora Eglantine* mientras se alejaban del bote de remos y miró a Sherlock. Él le devolvió la mirada y se preguntó si la volvería a ver.

El mar donde los dos chicos remaban tenía un color verde grisáceo y estaba agitado. El fuerte era una mancha oscura en el horizonte que nunca parecía estar más cerca, por muy duro que remaran. Sherlock notó el sabor a sal en sus labios. Se preguntó cómo se las había arreglado para verse envuelto en aquella extraña aventura.

Al cabo de un rato levantó la vista y observó que el fuerte estaba solo a unos cuantos metros de distancia: una masa de piedra húmeda con algas incrustadas que parecía surgir de las aguas del canal de la Mancha. De algún modo habían conseguido llegar sin darse cuenta. Parecía deshabitado y desierto. Observó el borde almenado, donde solo unas décadas antes las fuerzas británicas habrían estado mirando hacia el mar para ver si se acercaban buques de guerra franceses. No vio a nadie. Absolutamente a nadie.

El bote de remos avanzó sin esfuerzo los últimos metros hacia la mole negra del fuerte y se detuvo al pie de unos escalones de piedra resbaladizos que conducían hacia arriba.

Matty ató rápidamente la cuerda a una barra de hierro oxidada que había sido fijada con cemento en un hueco entre las piedras. Los dos chicos subieron gateando los escalones. Sherlock casi pierde pie y Matty tuvo que sostenerlo para impedir que se cayera al agua.

–¿Cómo sabemos que no es demasiado tarde? –preguntó Matty.

–Es de noche. Las abejas permanecen inactivas de noche. El sirviente del barón no ha tenido mucho más tiempo que nosotros para llegar hasta aquí. Liberarán a las abejas por la mañana.

Cuando llegaron a lo alto, se arrodillaron detrás de un muro bajo de madera que rodeaba el borde exterior del fuerte. Los huecos entre las piedras estaban plagados de musgo.

Sherlock echó un vistazo a la parte superior. Supuso que técnicamente tenía que ser la cubierta, aunque ese particular «navío» no se dirigía a ningún sitio, pero en las baldosas no había nada salvo rollos de cuerda, matas de plantas marinas y algún cajón astillado de vez en cuando.

Al otro lado del fuerte vio el súbito destello de una cerilla iluminando una cara barbuda con una cicatriz que la atravesaba. Quienquiera que gobernara aquel fuerte, había apostado guardias. Matty y él debían tener cuidado.

El guardia se alejó de ellos y Sherlock lo vio pasar por una abertura de la cubierta de piedra que tenía una barandilla de madera en tres de sus lados. Probablemente sería una escalera hacia las profundidades del fuerte. El hombre continuó y Sherlock tiró de la camisa de Matty para que se detuviera.

Tenía razón. Unos escalones de piedra bajaban hacia la oscuridad. El olor a humedad, frío y descomposición subió a recibirles.

—Venga —siseó Sherlock—. Vamos.

Bajaron a toda prisa las escaleras y se adentraron en las profundidades del fuerte. Al principio aquello estaba tan oscuro que parecía el infierno, pero al cabo de un rato los ojos de Sherlock se acostumbraron y pudo distinguir varias lámparas de aceite fijadas a la pared a la misma distancia unas de otras. Estaban en un pasillo corto que parecía desembocar en una habitación más grande y oscura que la capa naranja de luz de las lámparas apenas iluminaba.

Sherlock y Matty fueron muy despacio por el pasillo hasta donde las paredes se abrían de pronto. El espacio circular que había ante ellos seguramente ocupaba la mayor parte del espacio en el que estaban. Cada pocos metros unos pilares de piedra soportaban el techo encima de sus cabezas, pero lo que hizo que a Sherlock se le acelerara el pulso fueron las colmenas, que estaban alineadas siguiendo un patrón regular a lo largo de las baldosas. Había cientos de ellas. Con decenas de miles de abejas en cada una, lo que significaba que algo así como un millón de abejas agresivas estaban situadas a escasos metros de él. Notó que le picaba la piel como respuesta inconsciente a su proximidad, casi como si estuvieran andando por sus hombros y bajando por su columna. Funcionara o no el ambicioso plan de Maupertuis en Gran Bretaña, la presencia de todas aquellas abejas en ese sitio era indudablemente peligrosa para cualquiera que estuviera en la zona.

—Dime que no vamos a subirlas por las escaleras y lanzarlas por la borda —susurró Matty.

—No vamos a subirlas por las escaleras y lanzarlas por la borda —le confirmó Sherlock.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—No estoy seguro.

—¿Qué quieres decir con que no estás seguro?

—Quiero decir que todavía no lo he pensado bien. Todo ha ido demasiado rápido.

Matty resopló.

–Has tenido mucho tiempo en el barco pesquero.
–Estaba pensando en otra cosa.
–Claro –dijo Matty–, ya me he dado cuenta –se quedó callado un momento–. Podríamos prenderles fuego –señaló.
Sherlock negó con la cabeza.
–Mira la separación que hay entre ellas. Podríamos prenderle fuego a una o dos, pero las llamas no se propagarían y las abejas probablemente nos alcanzarían.
Matty miró a su alrededor.
–¿Qué comen? –preguntó.
–¿A qué te refieres?
–Estamos en el canal de la Mancha. Aquí fuera no hay flores, y no creo que las algas cuenten. ¿Qué están comiendo las abejas?
Sherlock se quedó pensando un momento.
–Buena pregunta. Pues no lo sé –echó un vistazo a su alrededor–. Vamos a echar una ojeada por aquí a ver si encontramos algo. Nos separaremos y nos encontraremos en el otro lado. Que no te pillen.

Matty fue hacia la izquierda y Sherlock hacia la derecha. Al mirar atrás, Sherlock vio que la penumbra ya había envuelto a Matty.

Las apretadas filas de colmenas por las que pasaba formaban un patrón casi hipnótico. No podía ver a ninguna abeja –tal vez la oscuridad las mantuviera confinadas en su interior–, pero le pareció oír un zumbido sordo y soporífero casi en el borde de su conciencia. Se dio cuenta de que había bastidores colocados en varios puntos de aquel espacio cavernoso. Algunos contenían bandejas de madera y otros estaban vacíos. Sherlock se preguntó dónde había visto antes bandejas parecidas. Había algo en ellas que le resultaba familiar.

Una figura grotesca salió de la penumbra: era un hombre vestido con un mono de lona y tenía la cabeza tapada por una capucha de muselina apartada de su cara con unos aros de bambú. Estaba inclinado sobre una caja grande, una de las muchas que Sherlock pudo ver alineadas a lo largo de aquella parte de la pared curva que limitaba el espacio. Se enderezó, sujetando una bandeja como las que estaban encajadas en los bastidores con pinta de caballetes esparcidos por todas partes, y caminó hacia las colmenas. Cuando se alejó, a Sherlock le pareció ver una fina niebla saliendo de la bandeja.

Se acordó justo cuando el hombre con el traje de apicultor alcanzaba un armazón y metía dentro la bandeja. Había visto apicultores con la misma indumentaria en la mansión del barón Maupertuis a las afueras de Farnham sacando bandejas muy parecidas de la parte inferior de las colmenas. Y de pronto todo encajó: las bandejas, la neblina de polvo que salía de ellas, el hielo que había visto descargar del tren al matón de Denny en Farnham y la pregunta de Matty sobre qué comían las abejas cuando no había flores. ¡Todo era totalmente lógico! Las abejas recolectaban el polen de las flores y lo guardaban en los pelitos de sus patas hasta que llegaban a la colmena y lo usaban como comida. Coloca una bandeja debajo de una colmena creando una especie de «puerta» que los insectos tengan que atravesar para entrar, y al hacerlo sacude un poco del polen de sus

patas que se va a acumular en esas bandejas situadas ahí a propósito. Pon las bandejas encima de hielo y guarda el polen para cuando lo necesites; por ejemplo, cuando las abejas estén siendo criadas en algún lugar donde no haya flores. Coloca las bandejas desperdigadas por todas partes y las abejas podrán recolectar el polen de ellas, sin percatarse de que es la segunda vez que lo hacen.

Al acordarse de Farnham y la estación, otro recuerdo llamó su atención: algo que Matty le había comentado. Algo sobre polvo. Sobre panaderías. Rebuscó en el trastero de su memoria intentando rememorar aquellas palabras.

Sí. Polvo. Harina. Matty había mencionado un incendio que tuvo lugar en una panadería donde trabajó una vez. Había dicho que un polvo como el de la harina era altamente inflamable cuando flotaba en el aire. Si se prendía fuego a una mota de harina se propagaría al resto más rápido de lo que podría correr un hombre.

Y si funcionaba con la harina, funcionaría igual con el polen.

—¡En qué estarás pensando! —dijo una voz detrás de él. Sherlock se giró, sabiendo lo que se encontraría.

El señor Surd, el siervo leal del barón Maupertuis, estaba de pie en la sombra. La correa de cuero de su látigo le caía de la mano y se enroscaba cerca de sus pies.

—No importa —dijo Surd mientras avanzaba hacia Sherlock—. Si el barón quiere saber lo que hay en tu cabeza, simplemente le daré tu cabeza y él mismo lo podrá ver.

Capítulo 17

Sherlock se movió a un lado. El señor Surd se dio la vuelta y le siguió. La punta metálica del látigo se iba arrastrando por el suelo mientras él caminaba.

La cara de Surd aparentaba una cortés indiferencia, pero las cicatrices que se entrecruzaban en su cuero cabelludo eran rojas y ardían de ira.

—¿El barón te ha hecho pasar un mal rato? —se burló Sherlock—. Dejarnos escapar así no habrá ayudado mucho a tu reputación. Apostaría a que el barón se deshace de los sirvientes inútiles como cualquier otro hombre tira una cerilla usada.

El rostro de Surd permanecía impasible, pero su mano se movió con rapidez y le atacó con el látigo. Sherlock giró bruscamente la cabeza hacia un lado una fracción de segundo antes de que la punta metálica le cercenara la oreja.

—Ese es un truco de circo muy ingenioso, pero hay un sinfín de trucos mejores por ahí —continuó Sherlock, intentando que su voz no temblara y lo traicionara—. Quizá Maupertuis contrate a un lanzador de cuchillos la próxima vez.

El látigo volvió a vibrar y la punta pasó junto a la oreja izquierda de Sherlock con un chasquido que le dejó sordo un momento. Pensó que había fallado, pero una súbita mancha de sangre tibia en el cuello y un creciente dolor gélido a un lado de la cabeza indicaba que la punta metálica le había tocado. Se tambaleó, llevándose la mano a la oreja. El dolor todavía no era tan terrible, pero quería ponerse donde estaba él y aún le faltaba un poco.

—Cada insulto que me lances es otro trozo de piel que te arrancaré de la cara —dijo Surd con calma—. Me suplicarás que te mate y yo solo me reiré. Me reiré.

—Ríete mientras puedas —dijo Sherlock—. Tal vez pueda convencer al barón de que me contrate en tu lugar. Al menos he probado ser más competente que tú.

—Te mantendré con vida lo suficiente para que la chica vea en lo que te he convertido —continuó Surd como si Sherlock no hubiera dicho nada—. No querrá mirarte. Gritará cuando te vea. ¿Cómo te sentirás entonces, niño? ¿Cómo te sentirás?

—Hablas demasiado —dijo Sherlock. Dio otro paso a un lado. Surd también se movió.

Las cajas de madera que contenían las bandejas de polen estaban justo detrás de Sherlock. Alargó la mano derecha hacia atrás y tanteó con los dedos hasta agarrar el borde de una de las bandejas. Estaba fría por el hielo que tenía debajo.

—¿Qué estás haciendo, muchacho? —preguntó Surd—. ¿Crees que hay algo ahí que te

salvará? Te equivocas. Y mucho.

—Lo único que me salvará es mi cerebro —dijo Sherlock mientras ponía la bandeja delante de él. Un poco de polen amarillo y pulverulento se derramó y le hizo toser.

Surd volvió a sacar el látigo y apuntó al ojo derecho de Sherlock, pero él sostuvo en alto la bandeja como si fuera un escudo y el látigo se enrolló a su alrededor, haciendo que la punta de metal se hundiera en la madera y se quedara ahí clavada. Sherlock tiró con fuerza, arrancó el mango del látigo de las garras del sorprendido Surd y lo lanzó hacia un lado.

Surd bramó como un toro y corrió hacia delante con los brazos extendidos. Sherlock cogió otra bandeja de la caja y se la estampó en la cabeza. El hombre se tambaleó hacia atrás, envuelto en el asfixiante polvo amarillo. Si Surd sobrevivía, tendría aún más cicatrices en su cuero cabelludo.

Y desde luego, si Surd lograba sobrevivir, Sherlock probablemente moriría.

Dio un paso adelante y agarró a Surd de las orejas. Levantó la rodilla y le golpeó la cabeza con ella. La nariz de Surd se rompió con un chasquido tan fuerte como el de su látigo. Se tambaleó hacia atrás, con la sangre cayéndole como una catarata por la boca y la barbilla.

Antes de que Surd pudiera atacar de nuevo, Sherlock recogió el látigo del suelo, sacó la punta metálica de la bandeja de madera y desenredó la correa de cuero. Cuando Surd, enrabiado y gritando como un loco, salió de repente de la nube de polen y se dirigió hacia Sherlock, este le golpeó con él. Nunca antes había utilizado uno, pero después de ver a Surd había aprendido a hacerlo. Restalló el látigo contra el esbirro calvo y la punta metálica le hizo una raja en la mejilla. Del impacto, Surd se fue hacia atrás.

Directo a una de las colmenas.

La caja se cayó y Surd cayó con ella, o más bien dentro de ella. Los listones de madera se rompieron en pedazos cuando chocaron contra el suelo de piedra y él quedó encerrado en el pegajoso y ceroso interior de la colmena.

Y abejas. Miles de abejas.

Le cubrieron la cara como una capucha viviente y se colaron en su nariz, boca y orejas, picándole por todas partes donde se posaban. Él gritó; un sonido aflautado y sibilante que sonaba cada vez más fuerte. Y rodó por el suelo intentando aplastar las abejas, aunque solo logró volcar otra colmena.

En pocos minutos, el señor Surd se había vuelto invisible debajo de una capa de insectos que picaban en cada centímetro cuadrado de piel que encontraban. Las abejas que le llenaron la boca ahogaron sus gritos.

Sherlock se alejó horrorizado. Nunca había visto nada igual. Había estado luchando por su vida, pero lo que le estaba ocurriendo a Surd era tan terrible que le dieron ganas de vomitar. Había matado a un hombre.

—No te puedo dejar solo un momento, ¿eh? —dijo Matty detrás de él.

—¿Crees que me gusta meterme en líos? —dijo Sherlock, consciente de que su voz estaba temblando y al borde de la histeria—. Parece que son ellos los que me buscan a mí.

—Bueno, da la sensación de que te defiendes bien —admitió Matty.

—Sé lo que hay que hacer —dijo Sherlock, intentando controlar su voz. Señaló las nubes de polen amarillo dispersas por el espacio cavernoso del interior del fuerte—. Hay bandejas de polen apiladas en esas cajas. Tenemos que extender el polen por todo este sitio.

—¿Por qué? —preguntó Matty.

—¿Recuerdas lo que me contaste de la panadería de Farnham? —preguntó Sherlock.

A Matty se le iluminaron los ojos al comprenderlo.

—Ya lo pilló —dijo. Y de pronto se le ensombreció el rostro—. ¿Pero qué pasa con nosotros?

—Tenemos que impedir esto ahora mismo. Somos menos importantes que esos cientos, quizá miles de personas que morirán si no lo hacemos.

—Aun así... —dijo Matty, y luego sonrió abiertamente a Sherlock, que estaba estupefacto—. Era una broma. Venga, manos a la obra.

Cogieron todas las bandejas que pudieron de polen amarillo y frío de las cajas de hielo y corrieron por los pasillos que había entre las colmenas, dejando que el polvo se derramara y formara nubes cada vez más grandes a su espalda. Diez minutos después, el aire estaba lleno de motas flotantes y apenas podían ver a tres metros de distancia. Era difícil respirar sin ahogarse. Sherlock agarró a Matty del hombro.

—Vámonos —dijo.

Cegados por nubes de polen, avanzaron a tientas hacia el pasillo que conducía a las escaleras y se abrieron paso a duras penas entre el polvo amarillo mientras procuraban no derribar ninguna colmena.

El pie de Sherlock chocó contra algo blando y casi tropiezo. Miró hacia abajo y vio una masa hinchada de carne roja que le costó reconocer como la cara del señor Surd. Los ojos del criado parecían invisibles entre los inflados pliegues de su piel y su boca estaba llena de abejas muertas.

Pese a todo, Sherlock sintió fuertes deseos de ayudar al hombre que se estaba muriendo, pero era demasiado tarde. Siguió andando, helado de frío y con náuseas.

Tropezó con un muro de piedra. ¿Izquierda o derecha? Se decantó por la izquierda y guió a Matty tras él agarrándole de la camisa y tirando de él.

Cuando encontraron el pasillo parecía que habían pasado horas, aunque probablemente hubieran tardado menos de un minuto en llegar. Sherlock se giró y miró a su espalda. No había nada detrás de él salvo una pared turbia de polvo amarillo que flotaba en el aire.

Estiró el brazo y cogió una linterna de aceite de la pared de piedra del pasillo. Mientras la sostenía, pensó en las abejas, inocentes de cualquier cosa salvo de ser ellas mismas.

No tenía elección.

Lanzó lejos la linterna y esta trazó un arco en el aire, se sumergió en la nube de polen y desapareció. Instantes después, Sherlock oyó el estallido de cristales al golpear las baldosas.

Seguido de una enorme explosión cuando el polen se prendió.

Un puño invisible golpeó a Sherlock en el pecho, que salió volando hacia atrás por el pasillo. Todo el aire ante él parecía estar ardiendo y notó que se le chamuscaban las cejas

y las pestañas. Cayó de golpe y rodó por el suelo. Matty aterrizó encima de él.

El pasillo que tenían detrás estaba envuelto en llamas. Sherlock se tapó la boca con la mano y subió a Matty por las escaleras hasta la parte superior del fuerte. El aire se precipitó sobre ellos, alimentando el fuego que había debajo.

Los guardias corrían de un lado a otro mientras gritaban y se dejaban llevar por el pánico. El cielo estaba oscuro, solo había una línea roja en el horizonte que mostraba dónde se había escondido el sol. No prestaron atención a los dos chicos que pasaban corriendo delante de ellos, bajaban las escaleras hacia el mar y subían a su bote de remos.

Mientras se alejaban remando, Sherlock se volvió a mirar. Todo el fuerte estaba ardiendo. Los secuaces de Maupertuis se lanzaban al agua desde lo alto del fuerte. Algunos de ellos estaban en llamas, como estrellas fugaces que atravesaran la oscuridad y cayeran al mar.

Fue una imagen que Sherlock nunca olvidaría.

El viaje a la costa inglesa transcurrió en una nebulosa de brazos doloridos, piel achicharrada y puro agotamiento. Más tarde, Sherlock se preguntaría cómo él y Matty habían conseguido llegar sin zozobrar ni perderse e ir a la deriva mar adentro.

Por alguna razón, Amyus Crowe había averiguado dónde iban a acabar. Tal vez lo hubiera calculado basándose en la marea y la dirección del viento, o quizá simplemente lo hubiera adivinado. Sherlock no lo sabía, y francamente le daba igual. Solo quería que le envolvieran en una manta y le ayudaran a meterse en una cama confortable, y por una vez lo que quería fue lo que pasó en realidad.

Se despertó a la mañana siguiente con las gaviotas graznando al otro lado de la ventana y el sol centelleando sobre el mar y formando ondas en el techo de su habitación. Estaba muerto de hambre. Se quitó las sábanas de encima y se vistió con una ropa que no era suya, pero era de su talla y la habían dejado para él en el respaldo de una silla. Bajó unas escaleras que no recordaba haber subido y vio que estaba en la entrada de una taberna que claramente alquilaba sus habitaciones a los viajeros y a los aventureros.

Frente a la fachada se extendía un campo que descendía bruscamente hacia el mar. Sherlock tuvo que entornar los ojos por el resplandor del sol. Matty Arnatt estaba fuera sentado a una mesa, engullendo un desayuno enorme. Amyus Crowe estaba a su lado, fumando una pipa.

—Buenos días —dijo Crowe amablemente—. ¿Tienes hambre?

—Me comería un caballo.

—Mejor que no te oiga Ginnie decir eso —Crowe le indicó una silla—. Siéntate. La comida estará lista pronto.

Sherlock le obedeció. Le dolían los músculos, los oídos aún le zumbaban de la explosión, tenía los ojos secos y le picaban. De alguna manera se sentía diferente. Más mayor. Había visto morir a gente, había provocado que muriera gente y le habían drogado con láudano y torturado con un látigo. ¿Cómo iba a volver ahora al internado masculino de Deepdene?

—¿Se ha solucionado todo? —preguntó por fin.

—Tu hermano recibió el mensaje que enviamos y se puso enseguida en acción. Tengo entendido que hay un navío que ha partido rumbo al fuerte napoleónico, pero por lo que murmurabas anoche me temo que no encontrarán mucho más que cenizas. E incluso si el gobierno británico puede convencer al francés de que le eche un vistazo al palacete de Maupertuis, creo que lo encontrarán vacío. Se habrá marchado con sus sirvientes. Pero su complot se ha desmoronado como un castillo de naipes soplado por una fuerte brisa, gracias a ti y a Matthew.

—Nunca habría funcionado —dijo Sherlock mientras recordaba la confrontación entre él, Virginia y el barón—. No de la forma en que él quería.

—Tal vez. O tal vez no. Pero creo que algunas personas habrían muerto, y vosotros las habéis salvado. Puedes darte las gracias por eso. Y tu hermano también te lo agradecerá cuando llegue.

—¿Mycroft va a venir?

—Ya está en el tren.

Una mujer con un delantal salió de la taberna con un plato que parecía estar repleto de todas las cosas posibles que uno pudiera querer desayunar, más algunas que Sherlock ni siquiera conocía. Sonrió y puso el plato delante de él.

—¡A comer! —dijo Crowe—. Te lo mereces.

Sherlock se quedó callado un momento. Todo lo que le rodeaba parecía al mismo tiempo demasiado nítido y ligeramente distante.

—¿Estás bien? —dijo Crowe.

—No estoy seguro —contestó Sherlock.

—Has sufrido mucho. Te dejaron inconsciente y te drogaron con láudano, por no hablar de las múltiples peleas y un largo trecho remando. Todo eso tiene que afectar por fuerza a tu cuerpo.

Láudano. Al recordar los extraños sueños que había tenido después de que le drogaran mientras le llevaban a Francia, Sherlock sintió una punzada de... ¿qué? Melancolía, quizá. Nostalgia. No podía ser. ¿Añoranza? Cualquiera que fuera ese sentimiento, lo apartó. Había oído historias de gente que se había vuelto dependiente de los efectos del láudano y no tenía ganas de recorrer ese camino. Ninguna.

—¿Cómo está Virginia? —preguntó para cambiar de tema.

—Enfadada por perderse toda la diversión. Y echando de menos a su caballo, claro. Quiere echar un vistazo a la ciudad, pero le he dicho que no puede ir sola. Supongo que se alegrará de que estés despierto.

Sherlock miró fijamente el mar.

—No puedo creer que todo se haya terminado —dijo.

—No se ha terminado —dijo Crowe—. Ahora es parte de tu vida, y tu vida sigue. No puedes aislar estos acontecimientos como una historia con un principio y un final. Eres una persona distinta gracias a ellos y eso significa que la historia nunca se acabará realmente. Pero como tutor tuyo que soy, la pregunta que debo hacerte es: ¿qué has aprendido de todo esto?

Sherlock se quedó pensando un momento.

–He aprendido –dijo finalmente– que las abejas son unas criaturas fascinantes y profundamente menospreciadas. Creo que quiero saber más sobre ellas. Quizá hasta trate de cambiar la opinión que la gente tiene de ellas –hizo una mueca–. Probablemente se lo deba, después de haber matado a tantas –le echó una ojeada a Matty Arnatt–. ¿Y tú qué, Matty? ¿Qué has aprendido?

Matty levantó la vista de su desayuno.

–He aprendido –dijo– que necesitas que alguien cuide de ti, de lo contrario tus ideas lógicas van a conseguir que te maten.

–¿Te ofreces como voluntario para el puesto? –preguntó Amyus Crowe, y sus ojos se arrugaron por el buen humor.

–No sé –respondió Matty–. ¿Cuánto pagan?

Mientras Amyus se reía y Matty aseguraba que hablaba en serio, Sherlock miró fijamente hacia el mar infinito, preguntándose qué sería lo siguiente que pasaría en su vida. Sentía como si le hubieran desviado a una carretera que no sabía que existiera. ¿Qué encontraría al llegar al final?

Algo se movió en un lado de su campo de visión y atrajo su atención. Miró más allá de la taberna, donde la calle se bifurcaba. Un carruaje se estaba acercando; un carruaje negro arrastrado por dos caballos negros. Por un momento pensó que Mycroft había llegado y empezó a levantarse.

Sintió un escalofrío al ver una cara amarillenta y unos ojos rosas lanzándole una mirada de odio a través del cristal antes de que una mano enguantada bajara con fuerza la cortina mientras el carruaje pasaba por delante. Y supo que tenía razón: nada volvería a ser igual. El barón Maupertuis y la Cámara Paradol seguían ahí y no descansarían nunca.

Lo que significaba que él tampoco descansaría nunca.

Epílogo del autor

Arthur Conan Doyle escribió cincuenta y seis relatos cortos y cuatro novelas sobre Sherlock Holmes. Todavía se pueden encontrar en la mayoría de las librerías. Cuando apareció por primera vez, Sherlock tenía unos 33 años y ya era un detective con una serie de capacidades y costumbres arraigadas. En su última aparición tenía aproximadamente 60 años y se había retirado a la costa de Sussex a criar abejas. Sí, abejas.

Mi intención con el libro que tienes en las manos, y con los siguientes, es descubrir cómo era Sherlock antes de que Arthur Conan Doyle lo presentara por primera vez al mundo. ¿Qué clase de adolescente era? ¿A qué colegio fue y quiénes eran sus amigos? ¿Dónde y cuándo aprendió las habilidades de las que hizo gala posteriormente en su vida: el pensamiento lógico, el boxeo y la lucha con espadas, el amor por la música y por tocar el violín? ¿Qué estudió en la universidad? ¿Cuándo viajó al extranjero, si es que lo hizo alguna vez? ¿Qué le asustaba y a quién amó, si llegó a amar a alguien?

A lo largo del tiempo mucha gente ha escrito sobre Sherlock Holmes, hasta el punto de que es probablemente el personaje de ficción más conocido del mundo. El número de historias escritas sobre Sherlock por otros novelistas es muy superior al que escribió Arthur Conan Doyle y sin embargo son los relatos de Doyle los que la gente sigue retomando. Y es por una razón: que él conocía a Sherlock por dentro, mientras que casi todos los demás escritores solo trataban de copiar lo de fuera.

Arthur Conan Doyle reveló poco sobre los primeros años de Sherlock y desde entonces la mayoría de los escritores también ha evitado esa etapa. Sabemos poco sobre sus padres, e incluso sobre dónde vivió. Sabemos que por su lado materno era descendiente del artista francés Vernet y que tenía un hermano llamado Mycroft, que aparece en algunos de los relatos. Pero eso es todo. Todo ello me ha dado la libertad de crear una historia de Sherlock que es coherente con las pocas pistas que Conan Doyle dejó entrever, pero que a su vez conduce inevitablemente al hombre que describió Conan Doyle. En este empeño he tenido la suerte de contar con la aprobación de Jon Lellenberg, el representante de los sucesores de Conan Doyle, y la de los parientes vivos del escritor: Richard Pooley, Richard Doyle y Cathy Beggs. También me siento afortunado por contar con el visto bueno de Andrea Plunkett, dueña de varias marcas registradas en Europa. Y he tenido la suerte de tener un agente y un editor –Robert Kirby y Rebecca McNally, respectivamente– que entendieron a la perfección lo que quería hacer.

Varios escritores han intentado escribir sus propias biografías de Sherlock Holmes vinculando lo que Doyle reveló con hechos históricos reales. Estas obras, como era de esperar, tienen fallos, están incompletas y son muy personales, pero confieso que tengo

una ligera debilidad por *Sherlock Holmes – A Biography of the World's First Consulting Detective*, de William Baring-Gould, y he cogido algunos detalles (fechas, concretamente) de esta emblemática obra.

Prometo que habrá más aventuras de Sherlock Holmes en el colegio y en la universidad, pero mientras tanto puede que queráis buscar las historias originales de Arthur Conan Doyle. Sus relatos cortos se han recogido en cinco libros: *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Memorias de Sherlock Holmes*, *El regreso de Sherlock Holmes*, *Su última reverencia* y *El archivo de Sherlock Holmes*. Las novelas son *Estudio en escarlata*, *El signo de los cuatro*, *El sabueso de los Baskerville* y *El valle del terror*. Si queréis ir más lejos, os aconsejaría que buscarais las tres novelas más recientes de Holmes escritas por Nicholas Meyer –*Elemental*, *Dr. Freud. Solución al siete por ciento*, *Horror en Londres* y *The Canary Trainer*–, así como *La venganza del sabueso*, de Michael Hardwick, y *Dust and Shadow*, de Lyndsay Faye. Puede que también queráis echar una ojeada a los relatos de Michael Kurland contados desde el punto de vista del archienemigo de Sherlock Holmes, el profesor James Moriarty, que proporcionan una mirada original y diferente del genial detective: *The Infernal Device*, *Death by Gaslight* y *The Great Game*. Las librerías de segunda mano o eBay posiblemente sean el mejor sitio donde buscar.

Hasta la próxima, cuando Sherlock se enfrentará al repulsivo Red Leech...

Nota sobre el dinero

El dinero en Inglaterra en la década de 1860 no era como el que tenemos hoy. En la actualidad usamos el sistema decimal, que fue introducido en 1971, y según este 1 libra tiene 100 peniques. En aquel tiempo cada libra tenía 240 peniques, no 100. A lo largo de todo este libro he empleado los términos adecuados que se utilizaban en aquella época: cuartos de peniques, soberanos, chelines, etc. Por si os interesa, la conversión es la siguiente:

Un cuarto de penique = 0,1 peniques

Medio penique = 0,2 peniques

Un penique = 0,4 peniques

Una moneda de dos peniques = 0,8 peniques

Una moneda de tres peniques = 1,2 peniques

Un chelín (12 peniques) = 5 peniques

Media corona = 12,5 peniques

Una corona = 25 peniques

Medio soberano = 50 peniques

Un soberano = 1 libra (£1)

Una guinea (1 soberano y 1 chelín) = 1 libra y 5 peniques (£1,05)

Agradecimientos

He consultado varios libros para comprender mejor la historia de esa época y lugar. Me gustaría dar las gracias a las siguientes obras en particular:

London's Lost Route to Basingstoke: The Story of the Basingstoke Canal, de P. A. L. Vine, publicado por Allan Sutton Publishing en 1968 y revisado y ampliado en 1994. Mucho material sobre las vías fluviales y los canales del área de Farnham.

The Tongham Railway, de Peter A. Harding, autopublicado en 1994. Obviamente el producto de la obsesión de un hombre, pero inmensamente útil.

Bygone Farnham, de Jean Parratt, publicado por Phillimore & Co. Ltd en 1985. Útil aunque solo sea por la lista exhaustiva de pubs y tabernas que contiene, lo que da a entender que en uno de cada dos edificios de Farnham se vendía cerveza.

London Under London – A Subterranean Guide, de Richard Trench y Ellis Hillman, publicado por John Murray (el editor original de los cuentos de Sherlock Holmes en formato libro) en 1984. La guía clásica de los ríos y túneles subterráneos de Londres.

Subterranean City – Beneath the Streets of London, de Antony Clayton, publicado por Historical Publications en el año 2000. Trata prácticamente el mismo asunto, por así decirlo, que el libro de Trench y Hillman, pero se beneficia de material que ha sido descubierto más recientemente. O quizá cabría decir «desenterrado».

The London of Sherlock Holmes, de Michael Harrison, publicado por David & Charles en 1972. Una investigación impecable y de inestimable valor sobre el Londres que vivió Sherlock Holmes.

Notas

¹ *Sheer* es «escarpado» y *lock* «esclusa», en inglés. (*N. de la T.*)

² En el original, *mah father is aowt*, que resulta imposible traducir al español, pues se trata de la transcripción fonética del acento americano del personaje. (*N. de la T.*)

³ En el original, *Ah see you've met mah dawter*, también imposible de mantener en español. (*N. de la T.*)

⁴ «Camino» es *way* en inglés, de ahí el malentendido entre los personajes. (*N. de la T.*)

Créditos

Título original: *Young Sherlock Holmes: Death Cloud*

Edición en formato digital: julio de 2013

© Andrew Lane, 2010. First Published 2010 by Macmillan Children's Books a division of Macmillan Publishers Limited

© Del diseño de la cubierta, Stefan Hilden, www.hildendesign.de

© De la ilustración de cubierta, HildenDesign/ Shutterstock.com

© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-18-0

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
LA NUBE DE LA MUERTE	4
Epílogo del autor	163
Nota sobre el dinero	165
Agradecimientos	166
Notas	167
Créditos	168